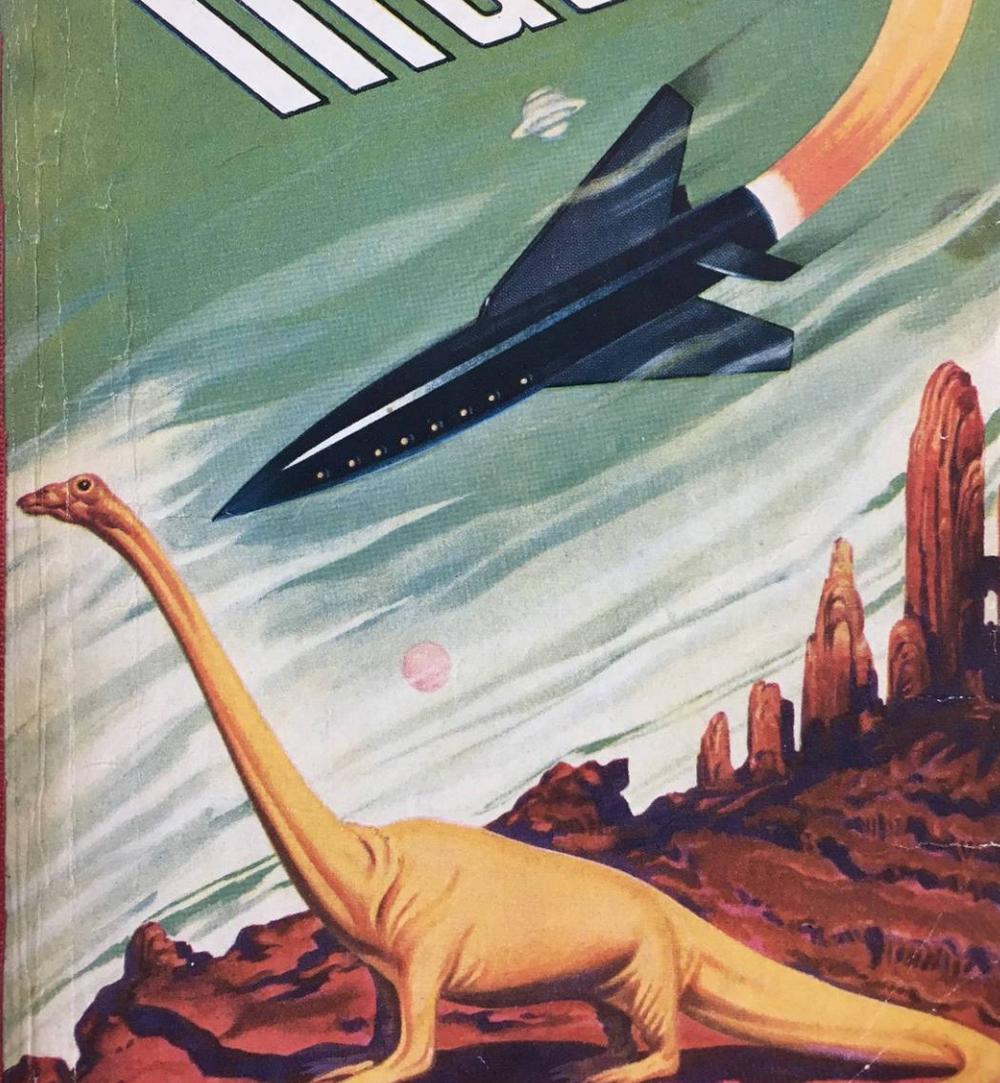


VOL. 1 N° 6

NOVIEMBRE 1953

# Más allá



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA



**MAS ALLA DE LA CIENCIA  
Y DE LA FANTASIA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

**SUMARIO**

**ILUSTRACION  
DE LA TAPA**

por Julio Orione

Los milenios del pasado frente a los milenios del futuro: el brontosaurio asiste al vuelo de la astronave. No hay contradicción: lo imposible es sólo lo que no podemos imaginar.

Redac. y Administ.:  
Editorial Abril S. R.  
L., Av. Alem 884,  
Bs. As., Rep. Arg.

**NOVELA COMPLETA:**

- EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA*, por ROBERT  
A. HEINLEIN  
*El más colosal negocio jamás intentado* ..... 102

**CUENTOS:**

- ESTRELLA, LA BRILLANTE*, por MARK CLIFTON  
*Teleportándose al pasado, iban hacia el futuro* ..... 4
- EL PORTAL DE LA GALAXIA*, por DAMON KNIGHT  
*Para conquistar las estrellas, una civilización debe me-  
recerlo* ..... 44
- COLONIZADORES*, por PHILIP K. DICK  
*El enemigo era todo, pero nada parecía serlo* ..... 74

**CUENTOS CORTOS:**

- PROTONIQUEL*, por ABEL ASQUINI  
*En Buenos Aires se hizo un descubrimiento sensacio-  
nal: y sensacional fué su primera aplicación* ..... 23
- CUERPOS INUTILES*, por KURT VONNEGUT, JR.  
*¡Aléjese de sus preocupaciones, alejándose de su cuerpo!...* 90

**NOVEDADES COSMICAS:**

- LA CONQUISTA DEL ESPACIO (VI)*, por WILLY  
LEY y CHESLEY BONESTELL ..... 30
- ESPACIOTEST* ..... 66
- CONTESTANDO A LOS LECTORES* ..... 68
- FRANKENSTEINS* ..... 72
- CHATARRA SUPERSÓNICA (Editorial)* ..... 2

# chatarra supersónica

LOS museos históricos y de ciencias naturales son cementerios de ideas y de ideales, depósitos de cosas viejas y raras: máquinas que ya no funcionan o que nunca funcionaron, objetos pasados de moda, útiles inútiles o inutilizados. Chatarra. Escorias. Desechos. Sin embargo, la gente los visita. Algunos los recorren por obligación, conducidos por sus maestros; otros, para completar la documentación de sus estudios; otros, para cobijarse de una lluvia improvisa o para matar una hora de espera. Pero muchos los visitan por simple gusto. ¿Por qué la gente va a los museos?

Una razón es por el placer de ver cosas extrañas. Lo que es diferente atrae la atención y la curiosidad. Estamos, a veces, aburridos, y nos gusta cambiar de ambiente. Uno puede ir a un museo como va a ver una película policial: escapismo.

Otra razón, más sutil y profunda, es por el placer de reconocerse. Inevitablemente, en cuanto hombres, sentimos afinidad con todas las creaciones humanas; en cuanto seres vivos, sentimos curiosidad hacia las demás formas de existencia. El museo es el lugar ideal para comparar y para buscar parecidos. Reconocemos nuestros instintos

usanzas de tribus salvajes; nos satisface aprender que una pequeña manía nuestra tiene su paralelo en la costumbre de una civilización desaparecida; nos da gusto encontrar un parecido físico entre el más antipático de nuestros acreedores y el más horrible monstruo antediluviano.

El museo, pues, nos hace sentir superiores. La añoranza del tiempo pasado es, en realidad, un sentimiento falso. La verdad es que, por regla general, el hombre está orgulloso de su mundo, y no lo cambiaría por ningún otro. A veces —¡muchas veces!— afirmamos lo contrario; pero lo hacemos porque algo nos molesta en el momento, por debilidad frente a algún tropiezo, porque estamos desanimados. Si un automóvil nos atropella, es muy natural que maldigamos el progreso mecánico; si peleamos con nuestra única esposa, es muy natural que añoremos los tiempos de la poligamia. Pero, en el fondo, sabemos que todo tiempo pasado fue peor...

Un museo, con sus mudos testigos de épocas lejanas, alivia nuestro espíritu y nos asegura que, si la raza humana ha salido de tantos apuros, también nuestras dificultades presentes podrán ser superadas.

Un recorrido por un museo es un vistazo panorámico sobre las conquistas del hombre. La chatarra, las escorias y los desechos del pasado son la base de nuestro optimismo. Nuestras creaciones de hoy se volverán pronto chatarra y desechos también, pero forman parte de la corriente del progreso y de la civilización.

Ya propósito de chatarra, ¿cuán lejos está el día en que los aviones supersónicos serán chatarra? No es éste un problema de interés puramente teórico, sino uno de candente interés práctico.

Veamos por qué: la estrategia defensiva de los Estados Unidos y de Gran Bretaña se basa, en la actualidad, en el bombardero dotado de bombas atómicas; el avión que puede volar tan velozmente y a tal altura, y llegar al blanco desde tantas direcciones, que ningún sistema conocido podrá impedirle de infligir daños gravísimos a los centros de la resistencia enemiga. Estos aviones se están produciendo en número creciente y a costo altísimo. Pero estos aviones, por más que progrese su perfeccionamiento, podrán servir sólo hasta cuando el enemigo no domine el arte de interceptarlos por medio de armas dirigidas, de exactitud y rapidez superhumanas. Sin duda, los aviones supersónicos serán un día tan anticuados como hoy las corazas medievales. Pero, ¿cuándo?

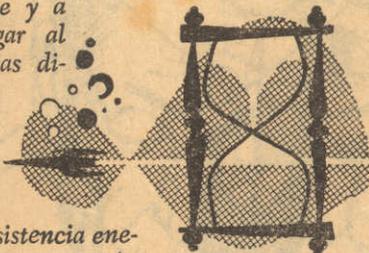
Siendo así las cosas, un dilema gravísimo y arremiante se impone a

los gobiernos: las posibilidades de investigación y de producción, el abastecimiento de materias primas y, sobre todo, las disponibilidades económicas son limitadas; ¿hasta qué punto, entonces, se debe insistir en la producción y en el estudio de los bombarderos atómicos de gran autonomía, cuando, simultáneamente, se están desarrollando las armas que harán de ellos inútil chatarra supersónica?

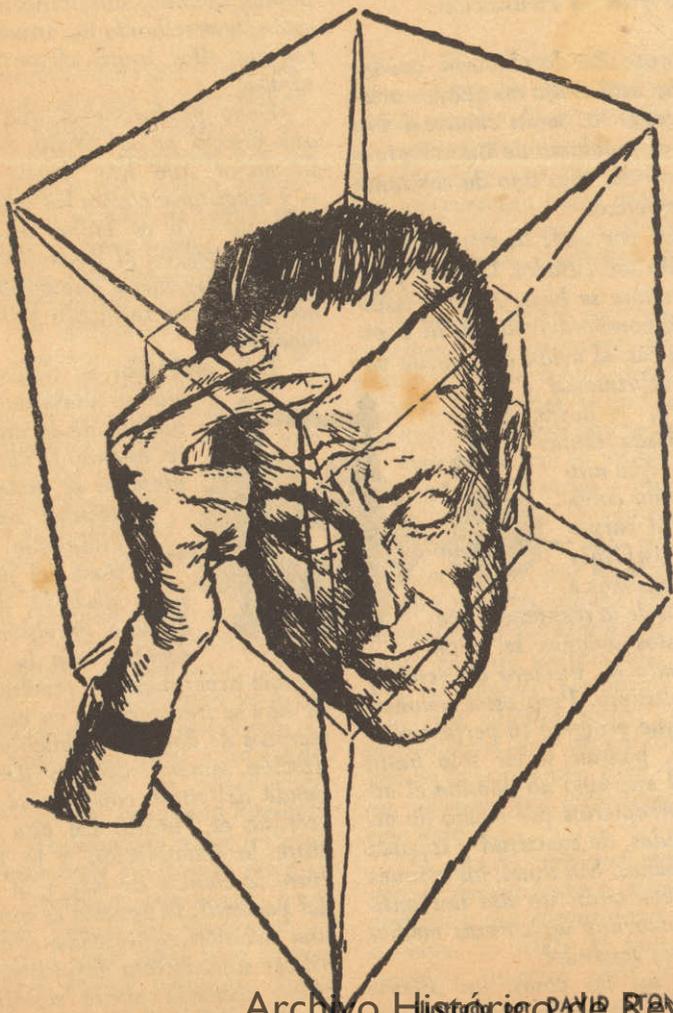
¿Debe producirse lo que se sabe que pronto ya no servirá, porque es lo mejor que hoy puede hacerse — y asegurarse contra los peligros del presente — o es mejor dedicar todas las energías al desarrollo de una idea revolucionaria que posiblemente no puede dar resultado práctico inmediato?

Este problema es típico de los que se presentan en el umbral de la era atómica, cuando la técnica del presente se mide con la técnica aun parcialmente misteriosa del porvenir. Y la decisión depende de una previsión de la rapidez, con la cual la

ciencia experimental y revolucionaria de hoy se transformará en elementos técnicos de dominio público y de utilización generalizada; es decir, depende del ritmo con el cual se nos acerque el Futuro. En esta carrera entre la imaginación y la técnica, entre la ciencia de hoy y la ciencia del porvenir, la apuesta es tremenda: una decisión equivocada puede significar una derrota definitiva; la decisión acertada puede significar el dominio del mundo.



# ESTRELLA



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

MAS ALLA

## la brillante

por MARK CLIFTON

*No hay pasado ni presente, decían los niños; simplemente, todo es. Y no hay duda de que tenían sus razones para afirmarlo.*

Viernes, 11 de junio. —

UNA niña, a los tres años de edad, no puede tener bastante inteligencia como para cortar y pegar una cinta de Moebius. O bien, si lo hiciera por pura casualidad, no podría tener la suficiente aptitud razonadora como para escoger uno entre sus lápices y trazar cuidadosamente la línea continua, destinada a probar que dicha cinta sólo tiene una superficie.

Pero, si por alguna extraña coincidencia, lo hiciera en forma simplemente accidental, ¿quién podría explicar-

me el hecho de que esta hijita mía, por lo general tan activa (y quiero destacar esto último), haya permanecido sentada y quieta durante una buena media hora, con el mentón apoyado en la mano, contemplando fijamente el espacio y meditando con tal concentración que casi era penoso observarla?

Instalado en mi sillón de lectura, me hallaba revisando un trabajo. Sentada en la alfombra, dentro del círculo de mi luz, Estrella tenía en sus manos una tijera de puntas chatas y unos trozos de papel.

Su largo silencio me indujo a observarla en el momento en que estaba uniendo los dos extremos del papel. Pensé entonces que era puramente accidental el que hubiera hecho medio giro en la cinta antes de cerrar el círculo; y luego, cuando la tomó entre sus deditos regordetes, sonreí para mis adentros.

—Una criatura constituye el enigma de los tiempos — musité.

Pero, en vez de dejar a un lado la cinta o de destrozarla, como hubiera hecho cualquier otro chico, empezó a darle vueltas en sus manos, estudiándola por todos lados. Luego tomó uno de sus lápices y comenzó a trazar la raya. Hizo esto como si estuviera verificando una conclusión a la que hubiese llegado previamente.

Para mí fué ésta una amarga comprobación. Durante largo tiempo había estado rehuyéndola, pero ahora no podía seguir ignorando este hecho: Estrella tenía un coeficiente de inteligencia superelevado.

Por espacio de media hora me dediqué a estudiarla. Sentada en cuclillas, con los ojos muy abiertos en expresión asombrada, escrutaba las potencialidades del fenómeno que ella misma acababa de descubrir.

Arduos esfuerzos me había significado el atenderla y cuidarla desde la muerte de mi esposa. Y ahora, este

ESTRELLA, LA BRILLANTE

nuevo problema. ¡Si al menos hubiera sido una niña de inteligencia normal, una criatura como las demás!

**M**IENTRAS la observaba, llegué a una decisión. Si recurría al sistema de medición adecuado, podría tal vez descubrir el grado de su inteligencia y, en esta forma, tener una idea cabal con respecto al alcance de mi problema. Un salto de veinte puntos en el coeficiente de inteligencia crea un conjunto de problemas diferentes a los normales. El niño de 140 grados vive en un mundo muy distinto al de aquel que sólo tiene 100, y su mundo sólo puede ser vagamente percibido por el niño de 120 grados. Los problemas que irritan al de 160, pasan sobre el de 140 como una mosca sobre una rata de campo. Así, pues, no debo incurrir en el error de plantear a Estrella problemas propios de una categoría a la que ella no pertenezca. Mientras tanto, tendré que tratarla con toda naturalidad.

—Eso se llama cinta de Moebius, hijita — dije, interrumpiendo sus meditaciones.

Un sobresalto la hizo salir de su ensueño. No me gustó la rapidez con que sus ojos buscaron los míos, en forma casi furtiva, como si la hubiera sorprendido en falta.

—¿Ya la hizo alguien? — preguntó con cierto dejo de decepción en su voz.

¡No ignoraba lo que había descubierto! Sin poder evitarlo, me invadió una sensación de angustia, que poco a poco se convirtió en terror. No obstante, me esforcé en hablarle en tono normal.

—Su nombre viene de un señor llamado Moebius, que vivió hace mucho tiempo. Pero te hablaré de esto cuando seas más grande.

—No; ahora, que soy chica — dijo imperiosamente, frunciendo el ceño. Y no me lo digas: léemelo.

¿Qué quería significar con esa actitud? ¡Oh!, sin duda estaba parafraseándome, en aquellos tiempos en que yo sólo quería hechos y no generalizaciones vagas. ¡No podía ser otra cosa!

—Muy bien, señorita — levanté una ceja y la miré con aire de fingida ferocidad; habitualmente, este gesto la hacía desternillarse de risa —. Te lo explicaré detalladamente.

Ella permaneció muy seria, mientras yo iba a buscar un libro de física. No está escrito en lenguaje demasiado sencillo, por cierto; y yo empecé a leer en voz alta, a la velocidad normal con que hablo. Mi propósito era obligarla a admitir que no entendía nada del asunto y, entonces, traducírselo al lenguaje básico. ¿Cuál fué su reacción?

—Lees muy despacio, papito — protestó con irritación —. Dices una palabra, después piensas mucho tiempo, luego dices otra palabra.

Comprendí lo que quería decir con esto. Recuerdo que, cuando era niño, mis pensamientos solían lanzarse en vuelos vertiginosos, mientras oía el lento zumbido de las palabras de los adultos. En esos breves instantes, universos enteros aparecían y desaparecían.

—¿Y? . . . — le pregunté para hacerle completar su pensamiento.

—¿Y? . . . — burlóse ella traviesamente —. Enséñame a leer, así puedo pensar tan rápido como quiero.

—Rápidamente — corregí con voz débil —. La palabra es "rápidamente": un adverbio.

Me miró impaciente, como si viera a través de este ardido, que yo empleaba para poner en evidencia la ignorancia de un niño. ¡Entonces sí que me sentí el menos inteligente de los dos!

### 1º de setiembre. —

**M**UCHAS cosas han ocurrido en los últimos meses. Varias veces y por diversos medios de prensa

ciar con Estrella una conversación relacionada con el problema de su anormalidad. Pero posee una habilidad tan extraordinaria para desviarme el tema, como si de antemano supiera lo que quiero decirle y no le interesara mi opinión. Es que tal vez, a pesar de su genio, es demasiado infantil para comprender la hostilidad del mundo hacia la inteligencia.

Algunos vecinos que nos visitan se divierten al verla sentada en el suelo, volviendo rápidamente las hojas de una enciclopedia tan grande como ella. Sólo ella y yo sabemos que está leyendo con toda la rapidez con que le es posible dar vuelta a las páginas. He tranquilizado a los vecinos con esta explicación:

—Le gusta mirar las láminas.

Ellos le hablan en lengua infantil..., y lo asombroso es que Estrella ¡les contesta en lengua infantil! ¿Es posible que haya llegado a saber tanto en tan corta edad?

Me he pasado meses tratando de aplicar al caso presente todo el sistema de medición existente: aptitudes, velocidades, reacciones, cuadros y toda clase de datos, para medir algo sobre lo cual nada sabemos. ¡Pero Estrella parece estar más allá de toda medición!

"Bien, Peter Holmes — pensé —, ¿cómo vas a plantear esos problemas y resolverlos, cuando no tienes noción de lo que son?" Sin embargo, es preciso que yo los conozca para poder comprender al menos una mínima parte de la situación que afronta mi hijita. No puedo quedarme de brazos cruzados en circunstancias tan insólitas como éstas.

Sin embargo, hay que obrar con calma. Nadie sabe mejor que yo lo inútil que es querer competir con alguien perteneciente a otra categoría. ¿Cuántos estudiantes, obreros y patronos han tratado de competir conmigo? Los he observado y les he tenido lástima, comparándolos con un burro que se obsti-

nara en participar en una carrera de caballos de raza. ¿Cómo me sentiría yo en el lugar del burro?

Pero resulta que ahora se trata de mi propia hija: ¡debo comprender!

### 1º de octubre. —

**E**STRELLA ha cumplido cuatro años y, de acuerdo a las leyes, su mente está lo bastante desarrollada como para asistir a un "kindergarten". He tratado de acostumbrarla a esta idea. Pero me escuchó apenas dos frases y en seguida cambió el tema. No puedo asegurar nada con respecto a esta niña. ¿Sabe de antemano las respuestas? ¿O ni siquiera se da cuenta de que existe un problema?

Ayer por la mañana pasé las de Cain cuando la llevé por primera vez a la escuela. Anoche estaba yo, como de costumbre, leyendo en mi sillón. Estrella dejó a un lado sus muñecas y se dirigió a la biblioteca; de uno de los estantes sacó un libro de cuentos de hadas.

He aquí otra de sus peculiaridades. Está dotada de una percepción infinitamente veloz y, sin embargo, posee todas las reacciones normales de una niñita de su edad.

Le gustan las muñecas, los cuentos de hadas, jugar a disfrazarse de grande. No; evidentemente, no es un monstruo. Así, pues, me trajo el libro que había escogido en los estantes.

—Papito, léeme un cuento — pidió muy seria.

La miré con asombro.

—¿Por qué? Puedes leerlo tú misma.

Ella alzó una ceja, imitando mi gesto característico.

—Los niños de mi edad no leen — sentenció con grave pedantería —. No puedo aprender a leer hasta que esté en primer grado. Es muy difícil, soy demasiado chica.

Ella misma había encontrado la res-

puesta a su problema: ¡conformidad! Ya había aprendido a ocultar su inteligencia. ¡Tantos de nosotros nos destruimos el alma antes de aprenderlo! Pero no tienes que ocultármela a mí, Estrella; ¡a tu padre, no!

Sin embargo, podía seguirle la farsa, si era eso lo que ella quería.

—¿Te gustó el *kindergarten*?

—¡Oh!, sí — exclamó con entusiasmo —. Es muy divertido.

—¿Y qué aprendiste hoy, hijita?

Me siguió el juego sin ninguna clase de rodeos:

—No mucho. Traté de recortar muñequitas de papel, pero las tijeras se me resbalaban.

¿Había un duende travieso detrás de su expresión aparentemente seria?

—Vamos, no exageres — le advirtió —, no exageres. Eso es tan malo como ser demasiado rápida. Todo el mundo debe estar a la altura de su edad. Eso es lo único que toleramos. Una niña de cuatro años debe saber recortar muñecas de papel correctamente.

—¿Cómo? — preguntó algo pensativa —. Creo que eso es lo difícil, papito: saber cuánto se debe saber.

—Sí, eso es lo difícil — asentí en tono ferviente.

—Pero no importa — me tranquilizó —. Una de las Estúpidas me mostró cómo hay que recortarlas, y ahora esa niñita me quiere. Se encargó de mí y les dijo a las otras chicas que me quieran también. Y le hicieron caso, porque ella es jefe. Creo que estuve bien, ¿no te parece?

“¡Oh, no!”, dije para mis adentros. La pequeñuela ya sabía cómo manejar a otras gentes. Entonces mi pensamiento comenzó a girar en torno a otro concepto. Era la primera vez que Estrella clasificaba verbalmente a la gente normal bajo la categoría de “Estúpidos”; pero lo había dicho tan naturalmente, que comprendí que lo había pensado hacía largo tiempo. En segui-

da, del remolino de mis pensamientos brotó una tercera deducción.

—Sí, tal vez hiciste bien — concedí —; por lo menos en lo que respecta a esa chica. Pero no olvides que estabas siendo observada por una maestra grande en la misma sala. Y ella es más inteligente.

—Quieres decir que es más vieja, papito — me corrigió.

—Quizá también más inteligente. Tú no puedes saber.

—Sí, puedo — suspiró —. Ella es más vieja, nada más.

Creo que fué un temor creciente el que me hizo ponerme a la defensiva.

—Está bien — dije enfáticamente —. Está muy bien. Entonces puedes aprender mucho de ella. Se necesita mucho, mucho estudio para aprender a ser estúpido.

Me vino a las mientes mi propia vida de negocios, llena de preocupaciones, y me dije: “Creo que nunca lo aprenderé”.

Juro que no expresé tal pensamiento en voz alta. Pero Estrella, adoptando una actitud consoladora, me dió unas palmaditas y respondió como si yo le hubiera dirigido la palabra:

—Eso es porque tú eres un poquito brillante nada más, papito. Eres un Entre, y eso es más malo que ser realmente brillante.

—¿Un Entre? ¿Qué es un Entre? — repetí para ocultar mi confusión.

—Es lo que te estoy diciendo, papito — respondió ella exasperada —. Tú no entiendes rápido las cosas. Los Inteligentes, sí. Las otras personas son Estúpidas; yo soy Brillante, y tú, un Entre. Yo inventé estos nombres cuando era chiquita.

¡Dios santísimo! Además de tener un talento incommensurable, ¡es una telépata!

“Bien, Peter; he ahí las cosas. Frente a la posibilidad de que eres un estúpido, me quedo con la posibilidad de que eres un telépata.”

ciertas posibilidades de éxito; pero, ¡tratándose de telepatía!...”

—Estrella — prorumpí impulsivamente —, ¿puedes leer la mente de las personas?

—Claro, papá.

Era como si le hubiera formulado una pregunta francamente necia.

—¿Puedes enseñarme a hacerlo?

Me miró traviesamente.

—Ya estás aprendiendo un poquito. ¡Pero eres tan lerdo! Ya ves; todavía no te diste cuenta de que estabas aprendiendo.

Luego dijo con voz melancólica:

—Quisiera... — e hizo una pausa.

—¿Qué quisieras?

—¿Ves lo que quiero decir, papá? Tú lo intentas, pero eres tan lerdo...

De todas maneras, ya sabía: sabía que ella deseaba tener un compañero cuya mente marchara de acuerdo con la suya.

Todo padre está preparado para perder eventualmente a su hija; pero no tan pronto, Estrella...

**Junio, nuevamente. —**

**T**ENEMOS vecinos nuevos. Estrella dice que se apellidan Howell. Bill y Ruth Howell. Tienen un hijo, Robert, al parecer un año mayor que mi Estrella, la cual cumplirá pronto cinco años.

Los dos chicos parecen entenderse bien. El es un niño bien educado y excelente compañero para Estrella. Sin

embargo, estoy preocupado. La niña tuvo algo que ver en la mudanza de esa gente: estoy convencido. Y, por poco que lo haya visto, también estoy convencido de que Robert es un Brillante y un telépata.

Pudiera ser que, al no encontrar rápido acuerdo con mi mente, Estrella hubiera extendido sus facultades más y más, hasta establecer contacto con un compañero telépata.

Pero no; esto es demasiado fantástico. Aun si fuera así, ¿cómo hubiera podido ella coordinar las circunstancias de manera que Robert viniera a vivir en la casa de al lado? Los Howell provenían de otra ciudad. Simplemente, los anteriores vecinos se habían mudado, y la casa fué puesta en venta.

Entonces, ¿cómo había ocurrido? ¿Son frecuentes tales casos de seres Brillantes? ¿Cuáles son las probabilidades de que la vecindad de personas semejantes se produzca porque sí?

Sé que el chico es un telépata, porque, mientras escribo esto, siento que él lo está leyendo. Y hasta capto su pensamiento:

—¡Oh, discúlpeme, señor Holmes!, no quería espiar. Créame que no.

¿Me lo he imaginado? ¿O es que Estrella me está creando esta capacidad mental?

—No está bien eso de entrometerse en la mente de otras personas, a menos que te lo pidan, Robert — le respondí severamente, con el pensamiento. Era tan sólo un experimento.

### Agua y petróleo por gravedad

**M**EDICIONES muy exactas de la fuerza de gravedad en distintas regiones de la Tierra, realizadas por medio de un aparatito llamado gravímetro, harán posible revelar diferencias en aquella fuerza y, por lo tanto, determinar de modo aproximado las ubicaciones de zonas de distintas densidades, o como también suele decirse, conocer la estructura subterránea. Por consiguiente, podremos saber si hay agua o petróleo en ciertas zonas. Les ha sido invitado a los raddomantes.

—Lo sé, señor Holmes, y le pido disculpas.

El muchacho está ahora acostado, en su casa, al otro lado de la calzada para coches.

—No, papá; él no quiso hacerlo, realmente.

Y Estrella está en su cama, acá, en esta casa.

### Sábado, 11 de agosto —

HE ideado una broma. No veo a Jim Pietre hace ya bastante tiempo: desde que le otorgaron esa beca de investigación en el museo. Sería bueno sacarlo de su agujero, y, para tal fin, vendría bien este cachivache que a Estrella se le cayó durante sus correrías en la casa y que yo he recogido. Curioso invento de la publicidad, sin duda. Simplemente, una moneda de extraño aspecto, ni siquiera completamente redonda, al parecer de bronce. Deben de estamparla por millones, sin cambiar jamás la matriz.

Pero es justamente el tipo de objeto capaz de despertar en Jim una reacción si se lo envió. Siempre ha sido capaz de apreciar una buena broma práctica. Me pregunto cómo se sentiría al saber que no es más que un Entre.

### Lunes, 13 de agosto. —

SENTADO aquí, ante mi escritorio, he estado contemplando fijamente el espacio durante una hora. No sé qué pensar.

Fué hoy al mediodía cuando Jim Pietre me llamó por teléfono a la oficina.

—Oye, Peter —comenzó diciendo—, ¿qué clase de bromas son ésas que te gastas conmigo?

—¿Qué quieres decir, muchacho? —pregunté a mi vez, haciéndome el desentendido—. ¿Broma? ¿A qué broma te refieres? ¿De qué hablas?

—De la moneda — su tono revelaba impaciencia —. ¿Recuerdas que me enviaste una moneda dentro de un sobre?

—Oh, sí, ya recuerdo... Como tú eres una eminencia en materia de investigación de metales (demasiado eminente para acordarte de tus viejos amigos), pensé que ésta sería una forma de llamarte la atención hacia mí.

—Bien, bien —respondió bajando la voz—. Pero, dime: ¿de dónde la sacaste?

—Acabemos con eso, Jim. Admito que ha sido una broma tonta. Es algo que a Estrella se le cayó el otro día. Un nuevo invento de la publicidad, seguramente.

—Te hablo con la mayor seriedad, Peter. Esto no es publicidad ni nada que se le parezca.

—¿Crees que tiene algún significado especial?

—No sé lo que significa. ¿Dónde la consiguió Estrella?

Su impaciencia se había tornado en irritación.

—Oh, no sé.

La broma ya me estaba fastidiando, pues no marchaba de acuerdo al plan.

—No se lo he preguntado —proseguí—. Tú sabes cómo desparraman los chicos sus cosas por toda la casa. A ningún padre se le ocurre jamás investigar el origen de todos los cachivaches que pueden comprarse con diez centavos.

—Esto no fué comprado por diez centavos. No fué comprado en parte alguna, por ningún precio. En realidad, si se aplica la lógica, esta moneda no tiene existencia verdadera.

Me reí de buena gana. El que así hablaba, se parecía más al Jim de los buenos tiempos de antaño.

—Muy bien; veo que has vuelto la broma contra mí. Es lo que se llama un empate. Bueno, viejo, ¿qué te parece si vienes a cenar una de estas noches?

—Encantado, mi amigo —respondió, manteniendo su seriedad—. Voy esta misma noche. Y conste que no te estoy haciendo ninguna broma; trata de mértelo en la cabeza. Tú dices que ese objeto pertenece a Estrella, y, por supuesto, te lo creo. Pero no es ni un juguete ni una imitación. Es la moneda auténtica. Sólo que... no es.

Su tono denotaba que estaba francamente intrigado y desconcertado. Empecé a experimentar una extraña sensación de terror.

—¿Qué te parece si me explicas lo que quieres decir? —dije dominándome.

—Es algo más que eso, Peter. Te



diré lo que hasta ahora sabemos de esa moneda. En primer lugar, es pre-egipcia. Ha sido modelada a mano y está hecha con uno de los bronce perdidos. Le atribuimos una antigüedad de aproximadamente cuatro mil años.

—Eso sería fácil de resolver —ar-

güi—. Probablemente, algún coleccionista de monedas está chillando a estas horas por haber perdido algo que Estrella encontró. Debe de haber muchas monedas como ésa en museos y en colecciones privadas.

Este razonamiento lo hacía más para convencerme a mí mismo que a Jim. El sabía todo eso sin necesidad de que yo se lo mencionara. Sin embargo, esperó hasta que hube terminado toda mi explicación.

—En segundo lugar —prosiguió—, en el museo contamos con una de las eminencias mundiales en materia de numismática. En cuanto vi ese metal se lo llevé. Y ahora, Peter, afirmate bien a la silla; me ha dicho que no hay ninguna moneda como ésa en el mundo, ya sea en museos o en colecciones privadas.

—Ustedes, los muchachos de los museos, suelen vivir fuera de la realidad. Baja a la tierra, Jim. Piensa que, alguna vez, un coleccionista la recogió en algún sitio exótico y la guardó sin decir nada. No tengo necesidad de contarte cómo son los coleccionistas: se encierran en un cuarto oscuro y allí se deleitan contemplando cualquier chuchería sin valor, en el más absoluto secreto...

—Perfectamente, hombre sabio —interrumpió el otro—. En tercer lugar, esa moneda tiene por lo menos cuatro mil años de antigüedad; sin embargo, ¡está completamente nueva! Veamos cómo explicar esto.

—¿Nueva? —pregunté débilmente—. No comprendo.

—Las monedas antiguas revelan desgaste. Los bordes se redondean con el uso; la superficie se oxida; la estructura molecular cambia, se cristaliza. Esta moneda no muestra ningún desgaste ni oxidación ni cambio molecular alguno. Esta moneda parece haber sido acuñada ayer. ¿Dónde la encontró Estrella?

COMENCE a reconstruir las circunstancias. El sábado por la mañana, Estrella y Robert habían estado entregados a un juego; era un juego muy curioso, sumamente peculiar.

Estrella entraba corriendo a casa y se paraba frente al estante de la enciclopedia. Entonces, se oía a Robert contar en voz alta junto al árbol que está en el fondo. Ella se quedaba un momento observando la enciclopedia. Una vez la oí murmurar:

—Ese es un buen lugar.



O, quizá, solamente lo pensó y yo capté su pensamiento. En los últimos tiempos estas cosas me ocurren con frecuencia. Luego la chica se fué corriendo afuera; unos instantes después llegaba Robert, se paraba frente al mismo estante y escapaba afuera. Durante unos minutos reinaba un silencio sólo interrumpido por leves carcajadas y gritos. Inmediatamente, Estrella volvía corriendo al mismo lugar, y así seguían un rato.

—¿Cómo hace él para encontrarme? — la oí pensar cierta vez —. No lo puedo razonar, y no puedo ESPárselo.

Durante uno de los silencios a los que me he referido, Ruth, la madre de Robert, me preguntó desde su ventana:



—¡Eh, Peter! ¿Sabe dónde están los chicos? Es tiempo de que tomen su leche con bizcochos.

Los Howell son muy bondadosos con Estrella, afortunadamente. Me levanté y me dirigí a la ventana:

—No sé, Ruth. Hace unos minutos los vi jugando. Entraban y salían de la casa.

—Bien, entonces no tengo por qué afligirme — dijo —. No creo que hayan cruzado la calle solos; son demasiado chicos para eso. Seguramente habrán ido a ver a su amiguita Marily. Cuando regresen dígales que vengan a tomar su leche.

—Muy bien, Ruth.

Me aparté de la ventana y retorné a mi trabajo. Minutos después, los chicos entraron corriendo a casa. Conseguí retenerlos el tiempo suficiente para decirles lo de la leche con bizcochos.

—¡A ver quién llega primero! — gritó Robert a su amiguita.

Ambos salieron precipitadamente. Fue entonces cuando noté que me había

había dejado caer la moneda; la recogí y se la envié a Jim Pietre.

—HOLA, Jim — dije en el teléfono —. ¿Todavía estás ahí?

—Sí, esperando una respuesta.

—Bien, Jim; creo que lo mejor sería que vinieras a mi casa inmediatamente. Salgo de la oficina ahora mismo; allá conversaremos. ¿Puedes salir?

—¿Que si puedo? — exclamó —. El jefe me ha dicho que investigue el origen de esa moneda y que no haga otra cosa. Estaré contigo dentro de quince minutos.

Pensativamente, colgué el receptor y me dirigí hacia mi auto. Más tarde, cuando estaba a pocos metros de casa, vi a Jim que se acercaba en su coche. Me detuve en la curva y esperé. No vi a los niños jugando por allí.

Cuando Jim descendió de su auto, me pareció que nunca había visto tal expresión de ansiedad en rostro humano alguno. El, por su parte, al notar el terror que se traslucía en el mío, se puso muy serio.

—¿Qué te pasa, Peter?

—No lo sé. Por lo menos, no estoy seguro. Vamos, entra.

Llevé a Jim a mi estudio. Este cuarto tiene una amplia ventana que se abre al jardín del fondo.

Al principio era una escena inocente y tranquila: tres niños jugando a las escondidas en el jardín de atrás. Ma-

rily, la chica de una vecina, se dirigía hacia el árbol.

—Vean, chicos — decía en ese momento —; ustedes tienen que esconderse donde yo pueda encontrarlos; si no, no juego más.

—Pero, ¿adónde podemos ir. Marily? — argüía Robert a gritos —. Allí está el garage; allí están los árboles y arbustos. Tienes que mirar por todas partes, Marily.

—Y después ha de haber otros edificios y más árboles y arbustos — advirtió Estrella con regocijo.

—¡Sí! — corroboró Robert burlonamente —. Y antes ha habido muchos, muchos edificios y árboles y arbustos, sobre todo árboles. Tienes que mirar detrás de ellos también.

Marily irguió su cabeza.

—No sé de qué están hablando, ni me importa. Escóndanse donde yo pueda encontrarlos, y nada más.

Ocultó su cara contra el árbol y comenzó a contar. De haber sido yo el único espectador de la escena, hubiera creído que mi vista me fallaba o me habría creído víctima de una alucinación. Pero Jim estaba a mi lado y él también veía.

Marily comenzó a contar; sin embargo, los otros dos no se escondieron. Estrella tendió su mano a Robert, y ambos permanecieron simplemente donde estaban. Durante unos instantes pareció que sus cuerpos emitían un

### ¡También para preservar los vinos!

LA radiación de frecuencia ultraalta (o sea, longitudes de onda desde unos milímetros hasta un metro) puede utilizarse para mejorar las cualidades de conservación de los vinos durante el proceso de añejamiento. Se han observado, por ejemplo, disminuciones en el contenido de "acidez volátil" (o sea, los ácidos fácilmente eliminables) de 10 a 34 %, así como también un efecto de retardo del "torcido" de los vinos, como consecuencia de un tratamiento con esas ondas. De modo que ahora no sólo sirven para el agua, sino también para los vinos.

débil resplandor, y, de pronto... ¡desaparecieron sin haber dado un paso!

Marilyn acabó de contar y corrió a revisar todos los escondrijos posibles del parque. Al no poder encontrarlos por ningún lado, comenzó a gimotear y, abriéndose paso a través del cerco de plantas, entró en la casa de Ruth por la puerta trasera.

—¡Otra vez se escaparon! — quejóse llorando a Ruth.

Jim y yo nos mirábamos fijamente a través de la ventana. Yo observé el rostro de mi amigo: estaba demudado y pálido; pero, seguramente, no estaría peor que el mío.

De pronto vimos reaparecer el débil fulgor. Primero Estrella y luego Robert volvieron a materializarse y corrieron hasta el árbol, gritando:

—¡Piedra libre! ¡Piedra libre!

Marilyn lanzó un grito de rabia y salió corriendo a refugiarse en el regazo de su madre.

**L**LAME a los niños para que entrarán en la casa. Lo hicieron, todavía tomados de la mano, con expresión entre avergonzada y desafiante.

¿Cómo empezar? ¿Qué demonios decirles?

—No es justo lo que han hecho — comencé —. Marilyn no puede seguirlos hasta allá.

Con estas palabras no hacía sino lanzar tiros en la oscuridad, pero al menos tenía cierta luz para orientarme.

Estrella palideció lo bastante como para que las pecas de su naricita se destacaran nítidamente. Robert se ruborizó y la miró furioso.

—¡Te lo dije, Estrella! Te dije que no era juego limpio — y luego se volvió hacia mí —. De todas maneras, Marilyn no puede jugar a las escondidas. Es una Estúpida.

—Dejemos eso por ahora, Robert.

Y dirigiéndome a Estrella inquirí:

—Dime, ¿adónde te fuiste?

—Oh, no es nada, papito — se ponía a la defensiva, como tratando de disminuir la importancia del asunto —. Simplemente nos vamos un poco lejos cuando jugamos con ella. Ella tendría que saber enconstrarnos.

—Eso es hacer trampa. ¿Dónde van... y cómo van?

Jim se acercó y mostró a la niña la moneda de bronce que yo le había enviado.

—Fíjate, Estrella — dijo tranquilamente —; hemos encontrado esto.

—No tengo por qué contarles mi juego — replicó ella a punto de soltar las lágrimas —. Ustedes no son más que Entres; no pueden comprender.

Pero luego, arrepentida, volvióse hacia mí y continuó:

—Papá, he tratado muchas veces de ESParte. Te lo aseguro. Pero tú no ESPas nada que valga la pena.

Deslizó femeninamente su mano en el brazo de su compañero y añadió:

—Robert lo hace muy bien. Debe de hacerlo mejor que yo, porque no sé cómo se arregla para encontrarme.

—Te diré cómo hago, Estrella — exclamó el chico ansiosamente, como si quisiera desquitarse ahora que los mayores los habían descubierto —. Es que tú no usas la imaginación. ¡Nunca vi a nadie con tan poca imaginación!

—Sí, yo también tengo imaginación — replicó ella firmemente —. Yo inventé el juego, ¿no es cierto? Yo te dije cómo se hacía, ¿no?

—¡Sí, sí! — gritó el muchachito —. Pero siempre tienes que mirar un libro para ESPar lo que hay en él, y así dejas un rastro. Entonces yo voy a la enciclopedia y ESPo donde lo hiciste tú; y voy a ese lugar y allí te encuentro. Es muy fácil.

Estrella quedó boquiabierta y consternada.

—No había pensado en eso — dijo. Jim y yo los mirábamos con asom-

bramiento, pero que el significado de

esas frases penetrara lentamente en nuestras mentes incrédulas.

—De todas maneras — afirmó Robert —, tú no tienes imaginación — se sentó en el suelo cruzando las piernas —. No puedes teleportarte a ningún lugar que nunca ha existido.

Ella se sentó en cuclillas junto a él.

—Sí que puedo. ¿Y qué me dices de la gente de la Luna? Ellos no han existido todavía.

El niño la miró con expresión de disgusto en su rostro infantil.

—Sí, Estrella, han existido; tú bien lo sabes — abrió sus brazos en un gesto parecido al de un "referee" de baseball —. Esa época no ha existido todavía para tu papá, por ejemplo; pero sí para alguien como... como esas cosas de Arcturus.

—Bueno, pero tú no te has teleportado a lugares que nunca existieron — arguyó Estrella a modo de defensa —. Así que estamos a mano.

**I**NDIQUE a Jim un sillón; yo me hundí, vacilante, en otro, y, por lo menos, sentí sólidamente sus brazos bajo mis manos.

—Bueno, niños, veamos — dije interrumpiéndoles su intento de evasión —. Comencemos por el principio. Parece que han inventado ustedes una forma de viajar a lugares del pasado o del futuro.

—Pero es claro, papito — Estrella dejó caer estas palabras con negligencia —. Simplemente nos teleportamos por ESP a cualquier lugar adonde queremos ir. No hacemos nada malo.

¡Y éstos eran los niños a quienes creíamos demasiado chicos para cruzar la calle solos! Muchas veces he experimentado sorpresas y conmociones, y sé por experiencia que, a veces, la mente queda demasiado anonadada para reaccionar; y, en apariencia, es como si nada hubiera ocurrido.

—¿Por qué no te fuiste a un lugar

sorprendí al oír el tono normal de mi voz —. No sé si es malo o no. Tendré que pensarlo. Pero ahora dime cómo lo haces.

—Sería más fácil si pudiera ESPArlo — respondió Estrella indecisa.

—Bueno, suponte que soy un Estúpido y dímelo en palabras.

—¿Recuerdas la cinta de Moebius? — preguntó lentamente, comenzando con el punto primero y básico, en la misma forma en que se explica cualquier cosa a un niño corriente.

Sí, la recordaba. Recordaba también cuánto tiempo había pasado desde que ella la había descubierto: más de un año. Desde entonces, su mente activa y brillante había estado explorando las posibilidades de ese descubrimiento. ¡Y yo creyendo que ella se había olvidado!

—Bueno, se juntan las puntas de una cinta de papel, dándole media vuelta para formar una superficie — continuó la niña, como para estimular mi lerd a insegura memoria.

—Sí — respondí —. Todos sabemos lo que es la cinta de Moebius.

Jim pareció sobresaltarse. Nunca le había yo referido este incidente.

—Luego tomas una hoja y le haces una media torcedura y juntas los extremos, formando una graciosa botella.

—La botella de Klein — apuntó Jim, con asombro creciente.

—¡Ah, usted lo sabe! Así es más fácil. Ahora la etapa siguiente. Se toma un cubo — su semblante volvió a ensombrecerse con expresión de duda. Pero en seguida explicó —: No se puede hacer esto con las manos. Hay que ESParlo, porque es un cubo imaginario.

Nos lanzó una mirada interrogadora. Le hice con la cabeza un signo afirmativo, y continuó:

—Hay que ESPar el cubo retorcido, igual que con la botella de Klein. Pero si haces uno bastante grande a tu alrededor, de manera que quedés medio



BOTELLA DE KLEIN.

retorcido en el centro, entonces puedes TP (teleportarte) — aclaró — a cualquier parte donde te dé la gana. Y eso es todo — concluyó apresuradamente.

—Pero, ¿adónde fueron? — pregunté con toda calma.

**L**A técnica para realizarlo requería, sin duda, larga meditación. Yo sabía bastante de física como para comprender qué ésa era la forma en que se construían las dimensiones. La línea, el plano, el cubo: física euclidiana. La cinta de Moebius, la botella de Klein, el cubo retorcido inominado: física einsteiniana. Sí, era posible.

—Oh, hemos ido por todas partes — respondió vagamente la niña —. Roma y Egipto...; lugares como ésos.

—¿Robaste una moneda en uno de esos lugares? — le preguntó Jim, procurando hablar en el tono más natural posible. Yo adivinaba su agitación interior ante el mundo de conocimientos que seguramente se desplegaba en él.

—No, papito, la encontré — Estrella me miró desconsolada, a punto de llorar —. La encontré entre la basura, y, como Robert estaba por alcanzarme, salí escapando y me olvidé de que tenía la moneda — me lanzó una mirada suplicante —. No quería robarla, papi

to; yo nunca robé nada en ninguna parte. Y después quise llevarla de vuelta y dejarla donde la encontré, te lo aseguro. Pero se me cayó y luego ESPÉ que tú la tenías. Creo que me porté muy mal.

Me pasé la mano por la frente.

—Dejemos el asunto del bien y del mal por ahora — dije, sintiendo que la cabeza me bullía —. ¿Qué hay de esa cuestión de ir al futuro?

**R**OBERT tomó la palabra. Sus ojos tenían un brillo singular.

—No hay ningún futuro, señor Holmes. Eso es lo que siempre le digo a Estrella; pero ella no puede razonar: es una niña, nada más. Todo pasará. Todo es siempre pasado.

Jim se quedó mirándolo como herido por un rayo, y luego abrió la boca para protestar; pero yo le hice un gesto negativo para impedir que hablara.

—Cuéntame un poco de eso, Robert — dije.

—Bien — comenzó alzando un poco la voz y frunciendo el ceño —. Es algo difícil de explicar. Estrella es una Brillante y, a pesar de eso, no lo comprende exactamente. Pero, usted sabe, yo soy más grande que ella — la miró con aire de superioridad y, en seguida, cambiando el tono, la defendió —; pero cuando sea tan grande como yo, lo comprenderá bien.

Consoló a su compañera con unas palmaditas. Este personaje tenía justamente seis años de edad.

—Uno vuelve al pasado. Se vuelve a Egipto, a Atlántida: cosas todavía recientes — subrayó con sorna —. Pero se sigue para atrás, más atrás... y, de pronto, se llega al futuro.

—Yo no lo hice así — protestó Estrella enérgicamente —. Yo razoné el futuro; razoné lo que vendría después y fui allí; luego razoné otra vez y otra vez. Y siempre así. Yo también puedo razonar.

—Es el mismo futuro — nos explicó Robert en tono dogmático —. Tiene que serlo, porque es todo lo que siempre ocurrió. La razón de que tú — continuó, volviéndose a Estrella — nunca hayas encontrado un Jardín del Edén es que nunca hubo Adán ni Eva — luego se dirigió a mí —. Y el hombre tampoco viene del mono. El hombre empezó por sí solo.

Jim tenía el rostro congestionado y los ojos parecían saltársele de las órbitas.

—¿En qué forma? — preguntó con voz ahogada.

Robert miró fijamente al vacío, como meditando.

—Bueno — dijo —, hace mucho tiempo (ustedes saben lo que quiero decir, lo que un Estúpido pensaría de *hace mucho tiempo*), los hombres se metieron en un lío. Un lío muy grande... Hubo en ese tiempo algunas personas que imaginaron la misma clase de viajes que hacemos Estrella y yo. Así es que, cuando el mundo iba a estallar y a formar un nuevo astro, muchos de ellos se teleportaron para atrás, a la época en que la Tierra era joven, y entonces comenzaron a recorrer de nuevo el camino.

Jim se quedó mirando al muchachito, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—No comprendo — dije.

—No todos pueden comprenderlo — explicó el chico pacientemente —; solamente algunos Brillantes. Pero ellos encerraron a mucha otra gente y se la llevaron.

Al llegar a este punto su explicación se volvió algo vaga.

—Creo que después los Brillantes perdieron interés en los Estúpidos, o algo así. De todas maneras, los Estúpidos se volvieron cada vez peores, hasta que se convirtieron en animales.

Empezaron a caer mal — el chico hizo

un gracioso gesto con la nariz —, y adorarán a los Brillantes como a dioses.

Robert me miró y se encogió de hombros, antes de proseguir:

—No sé bien todo lo que pasó. Sólo estuve allí unas pocas veces. No es muy interesante. De todas maneras — concluyó —, los Brillantes terminaron por desaparecer.

—¡Cómo me gustaría saber adónde han ido! — suspiró Estrella.

Fué ésta una indudable manifestación de soledad. Triste por no poder consolarla, tomé involuntariamente su mano y seguí meditando en las palabras de su compañerito.

—Todavía no comprendo bien — dije al cabo de un instante.

Entonces él tomó un par de tijeras, un trozo de cinta de celofán y una hoja de papel. Rápidamente cortó una cinta haciéndole media lazada y uniendo ambos extremos. Luego, sobre la cinta de Moebius, escribió: "Hombres de las Cavernas. Estos hombres, Esos hombres, Hombres Mu, Hombres Atlántidos, Egipcios, Hombres Históricos, Nosotros Hombres de Ahora, Hombres Atómicos, Hombres de la Luna, Hombres Planetarios, Hombres Estelares..."

—Ahí tiene — dijo —. No hay más lugar en la cinta; escribí todo alrededor. Después de los Hombres Estelares vienen los Hombres Cavernarios. Todo es una sola cosa; todo está unido. No es futuro; no es pasado. Simplemente, es. ¿No lo ve?

—Me gustaría saber cómo hicieron los Brillantes para salirse de la cinta — dijo Estrella pensativamente.

**T**RATE de captar todas esas ideas en la medida en que mi inteligencia me lo permita.

—Veán, chicos — advertí en tono suplicante —, no sé si este juego es peligroso o no. ¡Quién sabe si no acaban metiéndose en las fauces de un león...

—¡Oh, no, papito! — chilló Estrella

regocijada —. En seguida nos teleportaríamos fuera de allí.

—¡Más pronto que volando! — rió el chico.

—De todas maneras, tengo que pensar lo bien — insistió —. No soy más que un Entre; pero, al fin y al cabo, Estrella, soy tu papá, y tú eres una chiquita; así es que tienes que hacerme caso.

—Siempre te hago caso — replicó ella adoptando aires de niña modelo.

—Ah, sí, ¿eh? Entonces, ¿por qué te apartas de la manzana donde vivimos? Visitar a los griegos y a los hombres estelares no creo que sea la mejor forma de quedarse dentro de la manzana.

—Pero tú nunca me hablaste de eso, papá. Me dijiste que no cruzara la calle. Y nunca he cruzado la calle. ¿No es verdad, Robert? ¿Cruzamos la calle alguna vez?

—Nunca hemos cruzado una sola calle, señor Holmes — confirmó el otro.

—¡Caramba! — exclamó Jim, tratando de encender un cigarrillo.

—Bien, muy bien. De todas maneras, no más escapadas — advertí.

—¡Espera!

Fué un grito de angustia de Jim. Se le había quebrado el cigarrillo y, con mano temblorosa, lo aplastó en un cenicero.

—El museo, Peter — rogó —. Piensa en lo que eso significaría. Fotos, especímenes, registro de voces... Y no sólo de lugares históricos, sino de hombres estelares, Peter. ¡Hombres de las estrellas! ¿Por qué no han de ir los niños a lugares donde nada malo les puede ocurrir? Yo no les pediría que fueran si hubiera algún peligro; pero...

—No, Jim; el museo es cosa tuya, pero ésta es mi hija.

—Sí, naturalmente... — suspiró el otro —; supongo que lo mismo me pasaría a mí.

Me volví hacia los dos amiguitos.

—Estrella, Robert: deben prometer-

me que no volverán a irse, hasta que yo no les dé permiso. Si no cumplen su promesa, yo no podría castigarlos, puesto que no podría seguirlos. Pero quiero que me den su palabra de honor de que no se irán sin mi permiso.

—Prometido.

Los dos levantaron una mano, como jurando ante un tribunal.

—No nos iremos más, a menos que nos des permiso.

Los dejé que se fueran a jugar al jardín. Jim y yo nos miramos largo rato, respirando con tanta dificultad como si hubiéramos corrido una carrera.

—Lo siento mucho, viejo — dije al fin.

—Lo sé. También yo. Pero no te culpo; simplemente, en cierto momento me olvidé de cuánto puede significar una hija para un hombre — calló un instante y luego hizo un gesto humorístico con la comisura de sus labios —. Ya me veo informando de esta entrevista al museo.

—Supongo que no lo harás, ¿verdad? — pregunté alarmado.

—¿Para que se rían y me tomen el pelo? No, no soy tan estúpido.

### 10 de setiembre. —

¡L O estoy comprendiendo, realmente? Tuve una rápida visión; algo así como un relámpago. Me estaba concentrando en la marcha triunfal de César hacia Roma. Durante un brevísimo instante, ¡se produjo! Yo estaba en el camino, observando. Pero lo más singular es que era un cuadro; yo era lo único que se movía en él; y luego, tan bruscamente como se había presentado, se desvaneció.

¿Fué tan sólo una alucinación?, ¿un fenómeno provocado por la inmensa concentración y el deseo de creer en algo determinado?

¡Veamos! — me dije —; tú visualizas un cubo, luego...

torsión y sellas los bordes. No, cuando se le ha hecho la media torsión, sólo hay una superficie. Sellas esa superficie en torno a ti..."

A veces pienso que lo he conseguido. Otras, me desespero. ¡Si al menos fuera un Brillante en vez de un Entre!

### 23 de octubre. —

N O sé cómo me he ingeniado para hacer, solo, tanto trabajo de teleportación. Es la cosa más sencilla del mundo; no requiere esfuerzo alguno, ¡un niño podría hacerlo! Esto puede parecer una humorada, considerando que fueron dos niños quienes me enseñaron a hacerlo; pero quiero decir que todo el asunto es lo bastante fácil como para que pueda aprenderlo cualquier niño. El problema es comprender los pasos... No; comprender, no, pues no puedo decir que lo comprenda; más bien, descubrir las etapas del proceso.

Además, no hay en ello ningún peligro. No es extraño que al principio pareciera un cuadro inmóvil, pues la velocidad es increíble. Por ejemplo, esa bala cuya trayectoria me tocó seguir: pude ir a su encuentro y caminar a su lado mientras ella atravesaba el aire. Para los hombres que estaban trabados en duelo, yo no debo de haber sido más que una raya instantánea de movimiento.

Por eso los chicos se rieron cuando les sugerí que podría haber peligro. Aun si ellos se materializaran en medio de una explosión atómica, ésta es tan lenta, en comparación, que podrían teletransportarse lejos antes de experimentar el menor daño. Evidentemente, la explosión no puede viajar más velozmente que la luz, mientras que no hay límite para la velocidad del pensamiento.

Pero todavía no he autorizado a los niños para teletransportarse fuera de este tiempo. Antes quiero viajar a través de

las edades con todas las precauciones del caso; no deseo tomar una decisión prematura, aun cuando no vea qué peligro pueda haber en esa aventura. Sin embargo, Robert afirmó que los Brillantes iban desde el futuro hasta los comienzos, lo cual significa que podrían viajar a través del tiempo hasta alcanzar a cualquiera de nosotros tres, y que uno de ellos podría sernos hostil... .

Siento que soy un miserable al no llevar a Jim cámaras fotográficas, cajas para especímenes y aparatos grabadores. Pero habrá tiempo para eso. Mucho tiempo, una vez que descubra el hilo de la historia sin sentirme incomodado por todos esos cachivaches molestos.

Y hablando de tiempo e historia, ¡qué pésima tarea han realizado los historiadores! Por ejemplo: Jorge III de Inglaterra no fué ni un loco ni un imbécil. No era un sujeto particularmente simpático, lo admito. No sé cómo hubiera podido serlo, estando rodeado de tanta adulación como la que vi. Pero fué víctima de la expansión imperial y del fermento de la Revolución Industrial. Lo mismo ocurrió con otros gobernantes europeos de la época; aunque, sin duda, él se desempeñó mejor que Luis de Francia: por lo menos, Jorge mantuvo su puesto y su cabeza.

Por su parte, John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln, fué definitivamente psicótico. Se pudo haber curado si hubieran existido nuestros modernos métodos psicoterápicos. En cuanto a Lincoln, es claro que no hubiera sido asesinado. Era casi ineludible el evitar su muerte, pero yo no me atreví... Dios sabe qué efecto hubiera tenido esto en la historia. Cosa extraña, Lincoln parecía menos sorprendido que nadie cuando se le disparó un tiro; triste, sí, y tan afectado en el sentido emocional como en el físico; pero, con

todo, podría jurarse que él lo esperaba.

El faraón Keops estaba sumamente preocupado por el número de esclavos que morían mientras se construía la pirámide. No era fácil reemplazarlos. Les daba cuatro horas libres en la parte más calurosa del día, y no creo que en ninguna otra parte se les proporcionara mejor alimento y vivienda.

Nunca encontré huellas de Atlántida o de Lemuria, tierras remotas — recuérdese que, entonces, unos pocos cientos de millas eran consideradas una gran distancia — que, según la leyenda, se habían hundido en el mar. Para la exagerada noción que los antiguos tenían de la geografía, una isla grande era lo mismo que un continente; no otra debe de haber sido la fuente de aquellas leyendas.

Colón fué un tunante, muy testarudo. Estaba pensando en volverse a su país cuando los marineros se amotinaron; esto le hizo obstinarse en proseguir el viaje. Todavía no he podido ver de qué se alimentaban Gengis Kan y Alejandro Magno. Me hubiera sido muy útil conocer los idiomas respectivos, porque sus campañas comenzaron como viajes de vacaciones o exploración. Elena de Troya era, en realidad bastante atractiva; pero sólo fué una excusa para la lucha que se desarrolló.

Hubo varios intentos para confederar a las tribus indias, antes de la llegada del hombre blanco; pero la búsqueda de esposas y de esclavos arruinó siempre estas tentativas. Creo que habrían podido conservar a América si se hubieran unido; de todas maneras, podían haber traficado en armas y herramientas e industrializar el país más o menos en la forma en que lo hicieron los japoneses. Admito que esto es sólo una hipótesis, pero sin duda el mundo habría sido muy diferente si ellos se hubieran impuesto.

Un día incluiré todos estos capítulos en una historia amplia y revisada

de la humanidad, completa con fotografías; entonces dejaré que los "experimentos" discutan, mesándose los cabellos y sufriendo ataques de nervios.

No llegué muy lejos en el futuro; desde luego, no alcancé hasta los Hombres Estelares ni tampoco a esos comienzos de los que nos había hablado Robert. Es cuestión de descubrir el camino razonándolo, y yo no soy un Brillante. Cuando vaya, si es que voy, llevaré a Estrella y a Robert como guías.

Lo que vi del futuro no era tan bueno, pero tampoco tan malo. Evidentemente, el lío mayúsculo no ocurre hasta que aparecen los Hombres Estelares muy lejos en la historia, si Robert dice bien (y yo creo que sí). No puedo imaginar cuál será la dificultad, pero ha de ser algo horroroso, si no pueden resolverla con la tecnología enormemente avanzada que poseen. O, tal vez, sea ésta precisamente la razón; al menos, lo es actualmente entre nosotros.

#### Noviembre, sábado 24. —

LOS Howell se han ido a hacer una excursión de fin de semana y me dejaron a Robert. Es un buen chico y no da trabajo. Estrella y él han cumplido su promesa, pero están preparando alguna otra cosa. Lo presiento; en estos días he vuelto a experimentar esa sensación de terror expectante que me es tan conocida desde hace algún tiempo.

Ultimamente, los niños se muestran muy misteriosos. Los he sorprendido concentrándose intensamente, suspirando con ansiedad y, luego, estallando en risitas inexplicadas.

—Recuerda tu promesa — advertí a Estrella en presencia de su amiguito Robert.

—No dejaremos de cumplir lo prometido, papito — respondió ella seriamente.

Y en seguida exclamaron a coro:

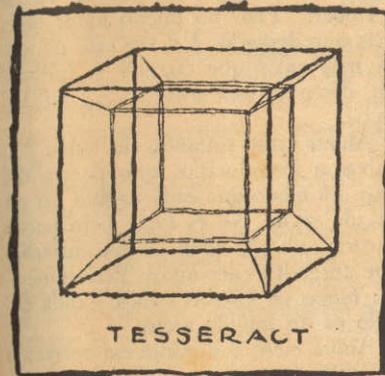
—No nos iremos esta vez.

Pero de inmediato se largaron a reír sin poder contenerse.

Tengo que observarlos, aunque no sé bien de qué puede servir mi vigilancia. Están preparando algo; sin embargo, ¿cómo puedo detenerlos? ¿Encerrándolos en sus cuartos? ¿Dándoles una buena zurra? Quisiera saber qué es lo que me recomendaría otra persona.

#### Domingo, noche. —

LOS chicos se han ido! Estuve esperándolos durante una hora. Sé que no se quedarían tanto tiempo fuera si pudieran volver. Deben de haber-



se metido en algún lío. Brillantes como son, no por eso dejan de ser niños.

Tengo ciertas claves. Los dos prometieron que no saldrían de este tiempo presente. Pese a su espíritu travieso, Estrella nunca ha dejado de cumplir sus promesas conmigo; mejor dicho, tal como las interpreta su mente típicamente femenina. Por eso sé que ambos están en nuestro tiempo.

En varias ocasiones, Estrella ha aludido a la cuestión, preguntándose dónde han ido los Viejos, los Brillantes, y

de Moebius. He aquí la clave. ¿Cómo puedo salir de la cinta de Moebius y seguir permaneciendo en el presente?

Un cubo no servirá. Allí tenemos un simple viaje a lo largo de la superficie única. Esta es la progresión lógica de las matemáticas. Los Brillantes deben de haber perseguido esa línea de razonamiento.

Ahora bien; yo debo hacer una cosa semejante, pero sin la ventaja de ser un Brillante. Sin embargo, no es lo mismo que esperar que una persona normalmente inteligente produzca una obra de genio: genio en el sentido de nuestras normas, naturalmente, y que Robert y Estrella clasificarían como a un Entre. Cualquiera que posea regular coeficiente de inteligencia, educación y experiencia adecuadas puede seguir la lógica de un genio, siempre que los pasos estén trazados, y, especialmente, si esa lógica tiene aplicación práctica. Pero lo que no puede hacer es iniciar y completar esa estruc-



tura lógica. Sin embargo, yo no tengo necesidad de hacerlo, pues ya lo ha hecho por mí una pareja de Brillantes, y yo, "simplemente", debo aplicar sus descubrimientos.

Veamos ahora si puedo hacerlo.

Al reducir el pasado-presente-futuro

del hombre a una cinta de Moebius, hemos arrancado una dimensión. Es una cinta bidimensional, porque no tiene profundidad. Naturalmente, sería imposible que una cinta de Moebius tuviera profundidad, puesto que posee una sola superficie.

Reduciéndola a dos dimensiones, se hace posible viajar en ella adonde se quiera, vía tercera dimensión. Y yo estoy en la tercera dimensión cuando me pongo envuelto por el cubo retorcido.

Sigamos un paso más adelante, hacia una dimensión más. En resumen: el tesseract. Para obtener el equivalente de una cinta de Moebius sin profundidad, hay que entrar en la cuarta dimensión, lo que, me parece, es la única forma en que los Brillantes pueden salir de este ciclo cerrado del pasado-presente-futuro. Deben de haber razonado que un escalón en las dimensiones era todo lo que necesitaban. Es igualmente obvio que Estrella y Robert han seguido la misma línea de razonamiento. Querían mantener su promesa de no abandonar el presente, y para ello tuvieron que recurrir a un expediente algo tortuoso: salir de la cinta de Moebius para entrar en otro presente.

Toda esta especulación la hago para ti, Jim Pietre; pues sé, en primer lugar, que eres un Entre igual que yo, y, en segundo lugar, que habrás pen-

sado mucho en todo lo ocurrido después de que te envié la famosa moneda ballada por mi hija. Espero que puedas explicar perfectamente estas cosas a Bill y Ruth Howell, o por lo menos con bastante claridad para que sepan la verdad sobre su hijo y mi hija.

Dejo estas notas donde puedas encontrarlas, cuando tú y el matrimonio registren la casa en busca de nosotros. Si lees esto, será porque habrá fracasado mi búsqueda de los niños. También es posible que los encuentre y no pueda volver a esta cinta de Moebius. Tal vez el tiempo tenga allí un valor diferente o no exista en absoluto. Saber qué pasa fuera de la cinta: he ahí el interrogante.

Bill y Ruth: quisiera poder darles la esperanza de que les traeré de vuelta a Robert. Pero no puedo hacer nada más que desearlo. Tal vez esto no tenga más valor que cuando se formula un deseo a una estrella... mi Estrella.

Ahora estoy tratando de tomar seis cubos e introducirlos uno dentro del otro, de modo que cada ángulo sea un ángulo recto. No es fácil, pero puedo hacerlo, usando toda la concentración que aprendí de los niños. Perfectamente: tengo ya los seis cubos y cada ángulo es un ángulo recto.

Ahora bien; si durante esa operación yo ESPo al tesseract una media torsión alrededor de mí mismo y...

### El número asombroso

Los antiguos egipcios representaban el número 1 con una línea vertical; el número 10 con una herradura; el número 100 se representaba como un sacacorchos; el número 10.000 mediante un dedo indicador; el número 100.000 con una rana saltando. ¡Y el número 1.000.000 con la figura de un hombre con la cara asombrosa.



CALDERO pateó furioso la cartera bien abultadita que aparecía tendadoramente en la vereda.

Era señal de que estaba llegando a su casa. Los chicos del barrio le hacían todos los santos días el chiste de la cartera que, atada con un piolín, desaparecía en un zaguán mediante un tirón oportuno en el instante en que las manos de Caldero iban a apoderarse de ella. Pero Caldero jamás dejaba de agacharse; su teoría era que alguna vez la cartera podía ser auténtica. Y, total, agacharse es buen ejercicio.

La verdad es que venía siempre tan ensimismado con los detalles del último aparato que estaba diseñando en el LIO o en su casa, que ni se acordaba de la existencia de los chicos, esa especie tristemente indispensable para renovar la grey humana, y se agacha-

**Aunque nadie lo supo,  
en Buenos Aires  
fué hecho un valioso aporte  
a la física contemporánea.  
Y he aquí la razón  
por la cual ese descubrimiento  
nunca fué publicado.**

ba automáticamente al ver la cartera. Pero ese día Caldero no se agachó. Sin titubear le pegó tal puntapié que casi le arranca un dedo al Sebo, el chico que sostenía la otra punta del piolín.

—¡Por fin se avivó! — dijo uno de los que acechaban desde el zaguán.

—Este no se aviva más — contestó el Sebo, que lo conocía bien por ser hijo de su cocinera y martirizador número uno del "sabio loco", como lo llamaban en el barrio —. Lo habrán echado del trabajo o algo así.

Y "algo así" era lo que en efecto

# PROTONIQUEL

por ABEL ASQUINI

ilustrado por OLMOS

había sucedido. Caldero acababa de recibir un desaire científico lapidario frente a todos sus compañeros del LIO.

Tan orgulloso que se sentía siempre de pertenecer al renombrado Laboratorio de Investigaciones Orselec (nombre que los directores de la Compañía Orselec habían cifrado LIO desde sus oficinas de Nueva York, inconscientes de la seguidilla de chistes malos y repetidos que eso iba a desatar en Buenos Aires), ¡y tener que sufrir semejante papelón allí! Y todo por culpa del Petiso Trapisóndez, ese canalla, ese... Pero no valía la pena indignarse con él; ya estaban prácticamente a mano. Lo increíble era que Nogler, el jefe del laboratorio, le hubiese prestado oídos. ¡Nogler, a quien todos creían tan inteligente, había sido incapaz de comprender la importancia de su aparato para producir protoniquel!

UNA semana atrás, Caldero le había presentado los circuitos, cálculos y planos completos, y hoy Nogler se había acercado a su mesa de trabajo devolviéndole su prolija carpeta y meneando la cabeza.

—No termino de entenderlo a usted, Caldero — le había dicho —. Usted es una maravilla para mejorar cualquier instrumento que se le traiga; lo deja prácticamente perfecto.

Caldero recibía impávido los elogios. Nogler elevaba la voz sin darse cuenta, y poco a poco los demás investigadores del LIO empezaban a prestar atención. Trapisóndez ya se había acercado descaradamente, abandonando sin apagarlo su generador de onda pentagonal en audiofrecuencia que producía varios decibeles de un chicharreo que crispaba los nervios.

—Usted, Caldero — proseguía Nogler —, es capaz de aprovechar una válvula hasta el último electrón y de cambiar de sitio dos átomos de un transistor para que rinda más.

Caldero asintió. La modestia no figuraba entre sus vicios.

—Pero... — continuó Nogler, y ya todo el mundo formaba círculo para escucharlo —, pero cada vez que se le ocurre una idea genial, resulta algo como ¡el movimiento continuo! Esto que me propone es imposible; no puede funcionar, ¡viola todas las leyes físicas!

Caldero casi explota; pero Nogler había empleado un tono tan amistoso y campechano que no permitía ofenderse. No le quedó más remedio que responder con una risita de circunstancias.

—¿Qué inventaste esta vez? — preguntó el Flaco Puntualini, uno de los "cráneos" del LIO.

—Un método para fabricar protoníquel — dijo Caldero con dignidad.

—¿Con qué se come eso? — corearon varios.

—Caldero quiere hacer materia su-

perdensa, y propuso empezar con níquel y llamarlo así — explicó Nogler —. Dice que es capaz de sacarle ¡todos los electrones a los átomos y juntar miles de núcleos en el sitio que ocupaba un solo átomo!

**CALDERO** explotó:

—¿Y qué hay con eso? ¿Acaso no es lo que pasa en las estrellas enanas? — todos miraron instintivamente a Trapisóndez, que enrojció —. En ellas cada centímetro cúbico pesa toneladas.

—No parece tan descabellado — aventuró Puntualini, siempre imparcial —. El núcleo de un átomo ocupa un volumen billones de veces más chico que el átomo entero. Y allí está todo el peso; si se pudiera rellenar con otros núcleos todo ese espacio que sobra...

—Pero no se pueden fabricar núcleos muy grandes — protestó Manuelki, otro de los cráneos —. Por encima de cien protones, se fisionan solos.

—¡Gran novedad! — rugió Caldero —. ¿Te crees que no lo sé? Pero mi método no es hacer un núcleo grande, sino poner muchos núcleos a poca distancia entre sí. El protoníquel será el primer resultado de la polimerización nuclear.

—¿Y ya hiciste los cálculos? — preguntó Puntualini.

Caldero casi se traiciona en su afán de aplastar a esos descreídos, pero se contuvo a tiempo y se limitó a señalar la carpeta.

—Aquí está todo — respondió, ya más sereno al recordar que la última risa iba a ser suya de todos modos —. He descubierto cuál es la desintegración radioactiva que da níquel y una temperatura capaz de eliminar todos los electrones, y hasta la presión del chorro de helio con que se pueden condensar los núcleos desnudos.

Nogler parecía un poco desconcertado.

puede controlar personalmente todo. No hay peor cosa que ser nombrado jefe. Se pierde todo el día en trámites burocráticos y no queda tiempo para la investigación.

—Y entonces, ¿cómo se atreve a decir que está todo mal? — rugió Caldero.

—Le entregué su proyecto al señor Trapisóndez — e indicó al Petiso, que sonreía cínicamente —, en cuya capacidad tengo plena confianza, y él lo estudió, encontrando varias fallas fundamentales...



Y al llegar a esta etapa de sus recuerdos, Caldero elevó los brazos al cielo, alarmando a los chicos que lo seguían intriguados a pocos metros.

—¡Nogler, Nogler, esto no te lo perdono más! — estalló Caldero en voz alta, y entró a su casa hecho una furia.

Si; el objeto de su cólera era Nogler y no el Petiso. Y por una razón muy sencilla: con el Petiso ya estaba en paz.

Había decidido matarlo, naturalmente.

Un mequetrefe semejante, que se

creía capaz de detener la marcha de la ciencia, no merecía vivir; no podía vivir. ¡Era un deber moral hacerlo desaparecer!

**P**EPA, la cocinera y factótum del desordenado departamento laboratorio de Caldero, lo recibió con sus habituales protestas.

—¡Otra vez me arregló mal la plancha, señor! ¡Saltaron los taponés! ¡No hay luz!

—Bueno, bueno, Pepa; ahora lo arreglo todo...

—No se diría que sabe tanta electricidad, ¿eh? —gritó venenosamente el Sebo, que había entrado detrás de él—. ¡No sabe ni arreglar una plancha!

Lo cual no era cierto, como el Sebo sabía muy bien, pues era él mismo quien se encargaba de poner en cortocircuito la plancha cada vez que el "sabio loco" la arreglaba.

Pero Caldero ni lo oyó. Ya se dirigía a su laboratorio, plancha en ristre. Allí estaba su secreto...

El laboratorio de Caldero era el caos homogéneo. A primera vista parecía en total desacuerdo con su personalidad, tan minuciosa y ordenada. Pero en aquel desorden aparente había un método. Caldero jamás perdía un segundo buscando un condensador de 100 mumufios o un tornillo de 18 por 25; una zona estrictamente localizada de su cerebro dirigía su mano sin titubear al lugar exacto donde se encontraba la pieza deseada.

Caldero cerró la puerta a sus espaldas y dejó posar su mirada cariñosamente en un objeto extraño apoyado en una mesa de acero bien aislada. ¡La sangre, sudor y pesos que le había costado aquello!

Era una esfera metálica de unos cincuenta centímetros de diámetro, con varias protuberancias en su superficie, por donde entraban caños de agua, gases, y una pequeña abertura adelante,

cerrada por un opérculo. Parecía una araña gigantesca cuyas patas se hubiesen independizado agarrándose cada una a un aparato diferente de los que había en el laboratorio.

Una sonrisa mefistofélica iluminó la chata fisonomía de Caldero. Aquellos ignorantes se burlaban de su método, y aquí estaba la prueba palpable de que él era un genio. Aquella esfera era el modelo en pequeña escala, la planta piloto para fabricar el protoníquel. ¡Y funcionaba!

Caldero, por vanidad científica, no había mencionado la existencia de dicha esfera. Acariciaba la idea de aparecer en los textos futuros de Física como el sabio que había previsto teóricamente los detalles de la polimerización nuclear, así como Leverrier había descubierto a Neptuno por simple cálculo, sin necesidad de telescopios. La verdad, por supuesto, era que había procedido por ensayo y error, probando innumerables sistemas hasta encontrar el método satisfactorio.

Y ahora su artimaña para alcanzar la gloria como teórico le venía de perilla para sus planes de liquidar al Petiso Trapisóndez.

¡Qué satisfacción espiritual! Lo mataría con la misma sustancia cuya posibilidad de fabricación el Petiso le había negado. ¡El protoníquel sería el arma trapisondicida!

Caldero cambió los taponés quemados, arregló la plancha, entregándosela al Sebo para que la llevara a su madre, y libre ya de compromisos con el mundo exterior, comenzó a preparar el protoníquel.

**Y**A tenía unos siete kilos de molibdeno en polvo, que por desintegración radioactiva iban a transformarse en níquel. Los mezcló con un poco de berilio y, abriendo el opérculo de la esfera metálica o polimerizador de núcleos, introdujo...

terior, bien envuelta en papel de estaño, colocándola en un sitio marcado groseramente con lápiz dermatográfico. Cerró un conmutador, y el papel se elevó con su contenido y quedó balanceándose en el centro de la esfera, sostenido por un campo electromagnético bien graduado. Un leve balanceo fué corregido modificando los circuitos estabilizadores, y la mezcla de molibdeno y berilio quedó inmóvil, suspendida en el aire en el centro exacto de la esfera.

Caldero respiró. Era un milagro que no se desajustaran esos circuitos contruidos con tanto apremio.

Cerró el opérculo de la esfera y puso en acción las bombas de vacío, terminando con la difusora de aceite silicón. A los pocos minutos el instrumento Knutzen indicó que se había alcanzado el vacío necesario.

Todo aquello eran simples preparativos. Ahora venía la parte brava. Caldero cerró los ojos y puso en marcha el acelerador de partículas alfa y el compresor de helio. Las partículas alfa debían chocar contra el berilio mezclado con el molibdeno y producir neutrones que iniciarían una reacción en cadena en el molibdeno, transformándolo en níquel y a la vez desprendiendo una energía fenomenal que arrancaría de su sitio a todos los electrones que rodeaban a los núcleos como capas protectoras. Al mismo tiempo, chorros de helio a altísima presión caerían desde todos lados sobre la sustancia en reacción, absorbiendo la energía en exceso y obligando a los núcleos desnudos a aproximarse entre sí hasta una distancia crítica en que actuaban ciertas fuerzas de atracción, que se encargarían de mantenerlos unidos ya para siempre. ¡Protoníquel!

Esa al menos era la explicación que Caldero daba a lo que ocurría dentro de su polimerizador. ¡No era raro que...



## ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilicelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Qué opina del ESPACIOTEST, de las ilustraciones y de la nota científica sobre "El sistema solar" que publicamos en la tapa? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? Si este espacio no le alcanza, añada una hoja suya.

Escriba a  
**más allá**  
Av. Alem 884 — Buenos Aires

Pero lo extraño es que la cosa funcionaba. Una luz roja indicó el comienzo de la desintegración, y una pequeña explosión sacudió la esfera. Todo se desarrollaba a la presión deseada. Caldero cortó el acelerador de partículas alfa; ya no eran necesarias, pues la reacción iniciada era en cadena. Los contadores de Geiger indicaban radioactividad satisfactoria.

A los diez minutos se apagó la luz roja, y Caldero lanzó un profundo suspiro. Le parecía que no había respirado en todo ese tiempo.

Abrió los cierres del polimerizador y lo examinó a la luz de una potente lámpara.

¡Sí; allí en el fondo había algo: una esferilla minúscula, de menos de un milímetro de diámetro.

Con unas pinzas fuertes y delicadas, Caldero la extrajo cuidadosamente. A pesar de estar preparado, volvió a sorprenderse del esfuerzo necesario para levantarla. La esferita de protoníquel pesaba ¡los siete kilos del molibdeno que le había dado origen! Es decir, casi siete kilos; pues un pequeño porcentaje de la masa se había transformado en la energía necesaria para la polimerización.

La esferita parecía un perdigón de munición para cazar perdices. Y su misión iba a ser igualmente mortífera, pero con un blanco de más importancia: el Petiso.

**E**L plan era muy simple. La pesada esferita, cayendo desde cierta altura sobre la cabeza del Petiso se la atravesaría por completo y lo dejaría como fulminado por un síncope. Y eso es lo que todos pensarían, pues, ¡quién iba a encontrar después la esferita! Y además podría hacerse todo en presencia de testigos. El techo del laboratorio era alto. Allí tendría suspendida la esferita con un electroimán. Invi-

LIÓ a visitarlo, con un pretexto cualquiera, y, en cuanto ese malvado estuviera justo debajo del electroimán, cortaría la corriente, y la esferita caería atravesándolo de arriba abajo. ¡Digno de una novela de detectives! Sólo que aquí no habría ningún Sherlock Holmes capaz de sospechar siquiera que se trataba de un crimen.

Pero había que preparar bien las cosas. La puntería debía ser perfecta.

Primero, el electroimán. Con tres mil vueltas de alambre de 0,5 alcanzaría. Las bobinó rápidamente, colocó el núcleo, conectó los bobinados al rectificador y midió su fuerza portante.

—Diez kilos; alcanza y sobra — murmuró.

En el techo tenía tantas cosas colgadas que nadie notaría el potente electroimán. Lo instaló sobre el pesado sillón donde solía sentarse Trapisóndez cada vez que iba a visitarlo.

Al conectarlo sostenía perfectamente la esferita de protoníquel, que quedó allí, adherida al electroimán en el techo, como una espada de Damocles sobre la cabeza del que se sentara en el sillón.

Pero había que ser más exacto. Mojó la esferita con un poco de agua y se fijó en dónde caía la gota. Había que correr un poco el sillón. Se sentó en él adoptando la postura habitual del Petiso.

¡Sí; ahora estaba perfecto. En cuanto el Petiso apoyara la cabeza sobre las manos así, él cortaría la corriente y la esferita se desprendería del electroimán y caería como justicia divina sobre el hereje...

En la cocina, Pepa enchufó la plancha arreglada por su patrón. No sabía que en el intervalo el Sebo la había puesto de nuevo en cortocircuito.

El fogonazo le hizo dar un grito de susto. La casa quedó a oscuras; se habían vuelto a quemar los tapones, y la corriente quedó cortada.

En el laboratorio, Caldero estaba tendido en el suelo, sin vida.

Los médicos diagnosticaron muerte por ataque cerebral.

Nadie descubrió jamás la esferita de protoníquel enterrada en el piso de cemento ni los minúsculos agujeritos de entrada y salida en la cabeza de Caldero, donde ni había alcanzado a formarse una gotita de sangre... ✦

### Vegetales peligrosos

**U**NA de las maneras en que puede dañar una bomba atómica es a través de inocentes vegetales, como lechuga, zanahoria o cebada. Uno de los productos de la fisión del uranio es el estroncio radioactivo, que queda en la tierra y es absorbido por muchas plantas en cantidad suficiente para constituir un peligro. Otras sustancias radioactivas son absorbidas en menos cantidad, y la planta que más afición tiene a estos dañinos isótopos es el poroto. En caso de guerra atómica, ¡cuidado con el puchero!



en menos cantidad, y la planta que más afición tiene a estos dañinos isótopos es el poroto. En caso de guerra atómica, ¡cuidado con el puchero!

# La Conquista del Espacio

por WILLY LEY

ilustraciones de Chesley Bonestell

## VI. LOS PLANETAS GIGANTES

MAS allá de Marte queda el reino de los enanos: de los asteroides o planetoides. Ya hablaremos más detenidamente de ellos en el próximo número. Hay más de quinientos conocidos y registrados, y probablemente falten por descubrir veinte veces ese número. Como ocurre con los cráteres lunares, el número de cuerpos en el cinturón de planetoides depende del poder resolvente del instrumento utilizado y del trabajo de buscarlos.

Y más allá del reino de los enanos, tal como en los cuentos de hadas, está el de los gigantes. Sólo que los gigantes no son muchos. Nada más que cuatro: Júpiter el Grande, Saturno el Herano

so, Urano el Extravagante y Neptuno el Solitario. En lo que al tamaño se refiere, Urano y Neptuno compiten, mientras Saturno ocupa un lugar intermedio entre ellos y Júpiter.

Los cuatro gigantes tienen muchas características fundamentales semejantes, y son tan diferentes de los planetas interiores que uno a duras penas puede creer que sean hijos de un mismo Sol. Los cuatro son enormes, comparados con los planetas interiores, y si bien por necesidad recorren sus órbitas con lentitud, en cambio rotan muy rápidamente alrededor de sus ejes. La enorme masa de Júpiter da una vuelta

en minutos; Saturno, en 10 horas y 14 minutos; Urano, en 10 horas y 40 minutos, y Neptuno, en 15 horas y 40 minutos. Todos tienen atmósferas de enorme espesor. Exactamente, no sabemos dónde comienza en realidad la "tierra firme", y los diámetros que suelen figurar en las tablas incluyen también a la atmósfera. Este hecho explica también hasta cierto punto la poca densidad media que tienen. Las de Júpiter, Urano y Neptuno resultan algo más altas que la del agua, mientras la de Saturno ni siquiera la alcanza.

Salvo Neptuno, todos tienen muchas lunas. Con toda probabilidad, Neptuno tiene también más de una, pero el planeta está tan lejos que las presuntas lunas más pequeñas todavía no han sido detectadas. Y si bien las astronaves del futuro visitarán por lo menos alguna vez a todas estas lunas, es seguro que jamás descenderán sobre los planetas. Las condiciones de la superficie de Júpiter, en particular, deben de ser tales, que ningún ser humano podría sobrevivir allí un período razonable de tiempo, no importa cuán protegido esté por un equipo especial.

Si esta afirmación se hubiera hecho en 1900, todos los astrónomos profesionales habrían estado de acuerdo, así como lo estarán ahora. Pero las razones para que esto suceda han cambiado.

Para el ojo desnudo, Júpiter es, con gran frecuencia, la estrella más brillante del cielo, y por esa razón el observador ocasional la confunde muchas veces con Venus. La manera más simple de asegurarse es volver a mirar en las primeras horas de la noche, ya que Venus se pone muy temprano y Júpiter no. Aun con la ayuda óptica más deficiente, Júpiter presenta un disco al observador, y un telescopio un poquito mejor no sólo muestra las huellas de las nubes que atraviesan el disco como si fueran los grados de latitud en un mapamundi, sino tam-

bién el achatamiento de la esfera de Júpiter. El achatamiento está causado por la rapidez de rotación, que es tan grande, que un punto de su Ecuador se mueve con una velocidad sólo inferior en tres metros por segundo a la velocidad de escape de la Tierra. A ojo desnudo la luz de Júpiter es amarilla, pero el telescopio muestra un tinte más bien rojizo. Juzgando por su tamaño, densidad baja y color, los astrónomos sacaron la conclusión natural de que Júpiter todavía estaba caliente, derretido y hasta cierto punto brillando con luz propia. La cuestión pareció decidida cuando por primera vez en 1878 apareció un fenómeno que se denominó "La Gran Mancha Roja".

Esta era una superficie elíptica, no lejos del ecuador de Júpiter, de unos 46.000 kilómetros de largo y la mitad de ancho. Al principio se pensó que uno de los planetas menores se había estrellado contra Júpiter, produciendo una marea de lava de alrededor de un millón y cuarto de kilómetros cuadrados. Duratne un tiempo la Mancha Roja se hizo más intensa, como si estuviera ascendiendo a las capas superiores, y simultáneamente se vió que se atrasaba con respecto a la rotación de Júpiter. Los astrónomos se congratularon mutuamente de ser los testigos del nacimiento de una nueva luna. Sin embargo nada sucedió. Desde entonces la Mancha Roja es ha ido desvaneciéndose, aunque todavía es fácilmente visible. Desde su posición original se ha desplazado alrededor de un cuarto de la circunferencia del planeta.

Las primeras investigaciones espectroscópicas añadieron otro toque de intriga. Había una línea en el espectrograma que no parecía coincidir con nada, excepto la línea de la clorofila, esa substancia verde de las plantas que de alguna manera se las arregla para fabricar almidón a partir del agua, del anhídrido carbónico y de la luz solar.

Esta línea se encontró en todos los planetas, apareciendo más fuerte en Neptuno. La conclusión fué que, dado que la vida todavía no podía existir sobre las superficies calientes de esos planetas, tendría que flotar en la atmósfera como "plankton aéreo", comparable al plankton de nuestros océanos.

Todas estas ideas se mantuvieron hasta 1920; luego empezaron a crujir. Supongamos que Júpiter no produce ningún calor por su cuenta; ¿cuál sería su temperatura? Los cálculos, aceptados de mala gana, mostraron que debía de ser de unos 93 grados centígrados bajo cero. Posteriores medidas con termocuplas dieron lecturas que correspondían a 98 grados centígrados bajo cero. La asombrosa línea de clorofila se resolvió en lo que se conoce como "bandas de absorción" del amoníaco y el metano. Y en 1932 Rupert Wildt de Princeton lanzó una nueva teoría acerca de la estructura de los planetas exteriores, que desde entonces ha sido aceptada en general.

Supuso que todos comenzaron con gran cantidad de átomos de hidrógeno que no escaparon debido a las enormes masas y fuerzas de gravitación involucradas. Primero los elementos metálicos habrían formado el núcleo, luego el hidrógeno se habría combinado con el oxígeno para formar agua ( $H_2O$ ), con el nitrógeno para formar amoníaco ( $NH_3$ ), y con el carbono para formar metano ( $CH_4$ ): compuestos, todos ellos, que utilizan grandes cantidades de hidrógeno. El hielo habría formado una capa espesa alrededor del núcleo metálico, en un estado desconocido por nosotros, debido a las enormes presiones a la que se encuentra sometido. El resto del hidrógeno formaría parte de la extensa atmósfera junto con nubes de cristales de metano y amoníaco. Esta capa de nubes es todo lo que vemos con el telescopio, la cámara, la termocupla o el espectroscopio.

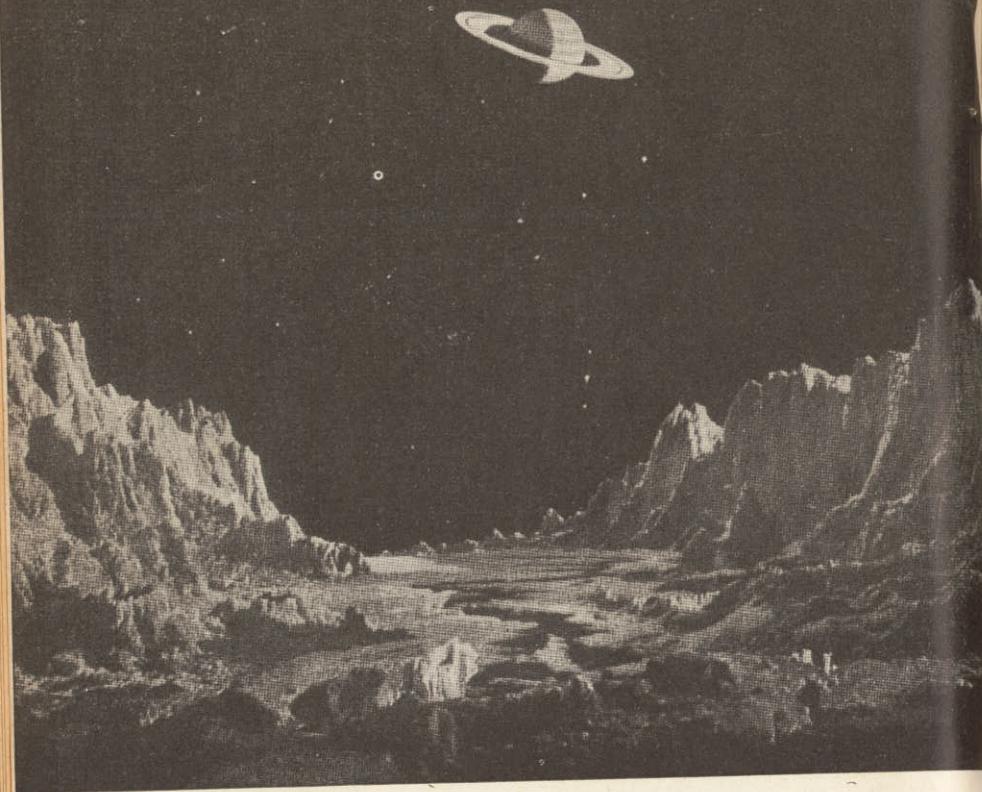
Es dudoso que Júpiter se haya realmente "aquietado" del todo. Su atmósfera y su "superficie" pueden sufrir todavía cambios muy violentos; después de todo, la Mancha Roja no es producto de la imaginación, ni tampoco la llamada "Perturbación Sudtropical". Se puede decir que son volcánicas, si se quiere; pero parecen más bien explosiones químicas del hidrógeno, causadas probablemente por el sodio, u otras reacciones químicas que no se encuentran en nuestra química de baja presión. ¡Todo esto entre acantilados de hielos eternos surgiendo de un mar de amoníaco líquido!

Comparado con este cuadro, las superficies de las lunas de Júpiter deben de ser un espectáculo casi familiar. Cuatro de los satélites, descubiertos por Galileo Galilei, son de enorme tamaño. El N° III (Ganymede) y el N° IV (Callisto) son más grandes que Mercurio. El N° I (Io) es más grande que nuestra propia Luna, mientras que el N° II (Europa) es sólo un poquito más chico. Los otros siete son cuerpos muy pequeños. Algunos de ellos, como el N° III y posiblemente el N° IV, presentan siempre la misma cara a Júpiter; pero, dado que tardan pocos de nuestros días en dar toda la vuelta alrededor de Júpiter, exponen toda la superficie al Sol a intervalos cortos y regulares de tiempo.

Sin embargo, están demasiado lejos del Sol como para que eso les reporte alguna utilidad. Tendrán luz, pero no calor. Europa, el más pequeño de los "cuatro grandes", tiene un albedo excepcionalmente alto, causado probablemente por la atmósfera congelada. De los satélites más pequeños, el N° V es de interés por su cercanía al planeta, y los N° VIII, N° IX y N° XI violan todas las reglas por ser "retrogradados", lo que significa que se mueven en dirección opuesta a la usual en el sistema



La superficie de Júpiter. Una catarata de hidrógeno líquido cae desde un acantilado de magma recubierto de hielo. El lago que puede observarse en la parte de abajo es de amoníaco disuelto en metano líquido.



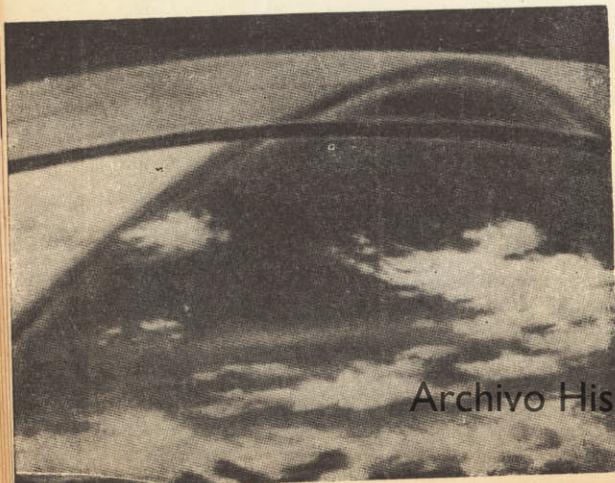
Saturno visto desde su satélite Japetus. El diámetro de Japetus es casi igual a la mitad del diámetro de nuestra Luna, y la distancia que lo separa de su primario, de 3.560.000 kilómetros, casi el décuplo de la distancia de la Tierra a la Luna. Los anillos de Saturno se observan aquí con gran claridad, pero cuando están de "perfil" es necesario un anteojo potente para percibirlos.



Vista de Saturno desde Titán, la mayor de todas las lunas del sistema solar. Dadas las dimensiones de Titán (4.100 kilómetros de diámetro) y el hecho de haberse verificado que posee atmósfera, se deduce la presencia de agua en él, claro que congelada. El cielo debe ser azul y no negro. Saturno se halla en cuarto menguante a 1.200.000 km. de distancia.



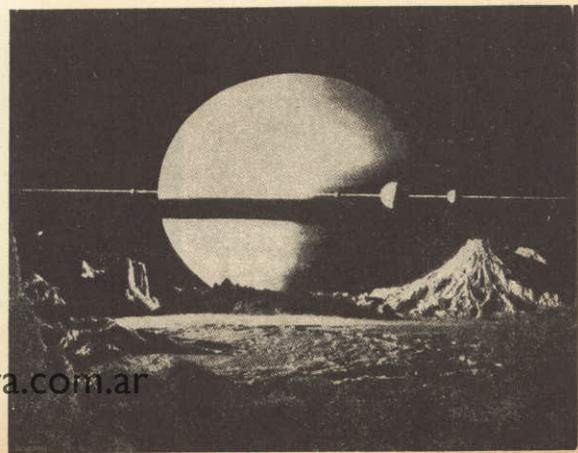
Los anillos de Saturno vistos desde un punto situado a 15° de latitud sur sobre el planeta, iluminados por la luz reflejada por Saturno. Las bandas brillantes las descubrió Bernard el año 1907.



Los anillos vistos desde la superficie de Saturno durante el solsticio de verano, desde 40° de latitud sur. La parte superior del anillo es apenas visible. La sombra del planeta está bordeada por una línea rojiza debido a un fenómeno de refracción.



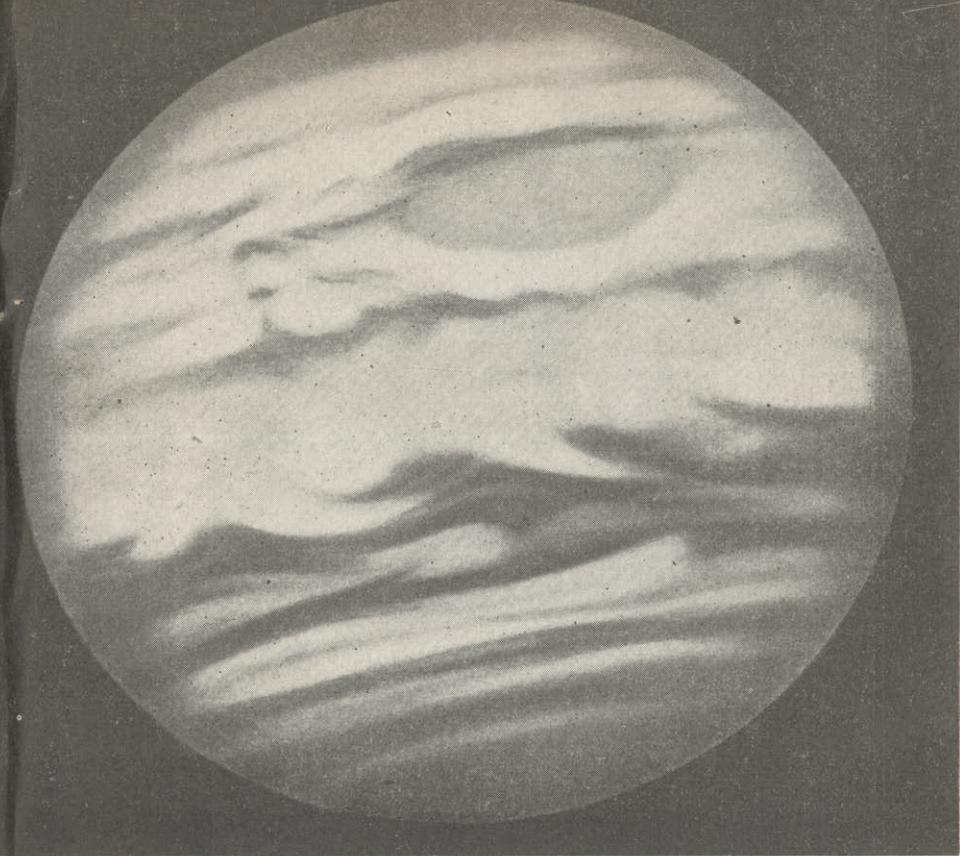
Saturno visto desde Phoebe, su satélite más alejado, a 13.000.000 de kilómetros de distancia. Desde aquí Saturno tiene un diámetro aparente igual al de la Luna vista desde la Tierra.



Otro aspecto de Saturno, desde su satélite Rhea. Cuatro satélites son visibles en el plano de los anillos, así como la sombra de éstos sobre el planeta.

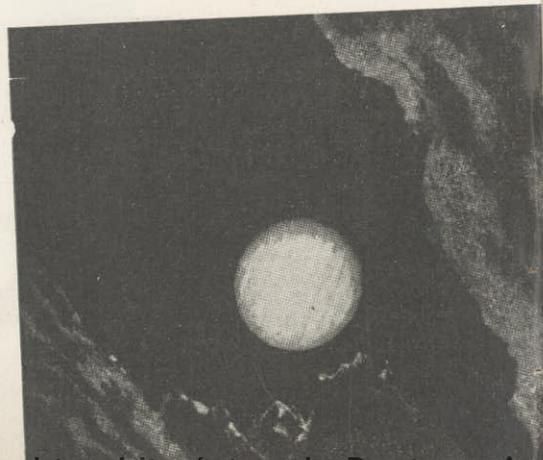


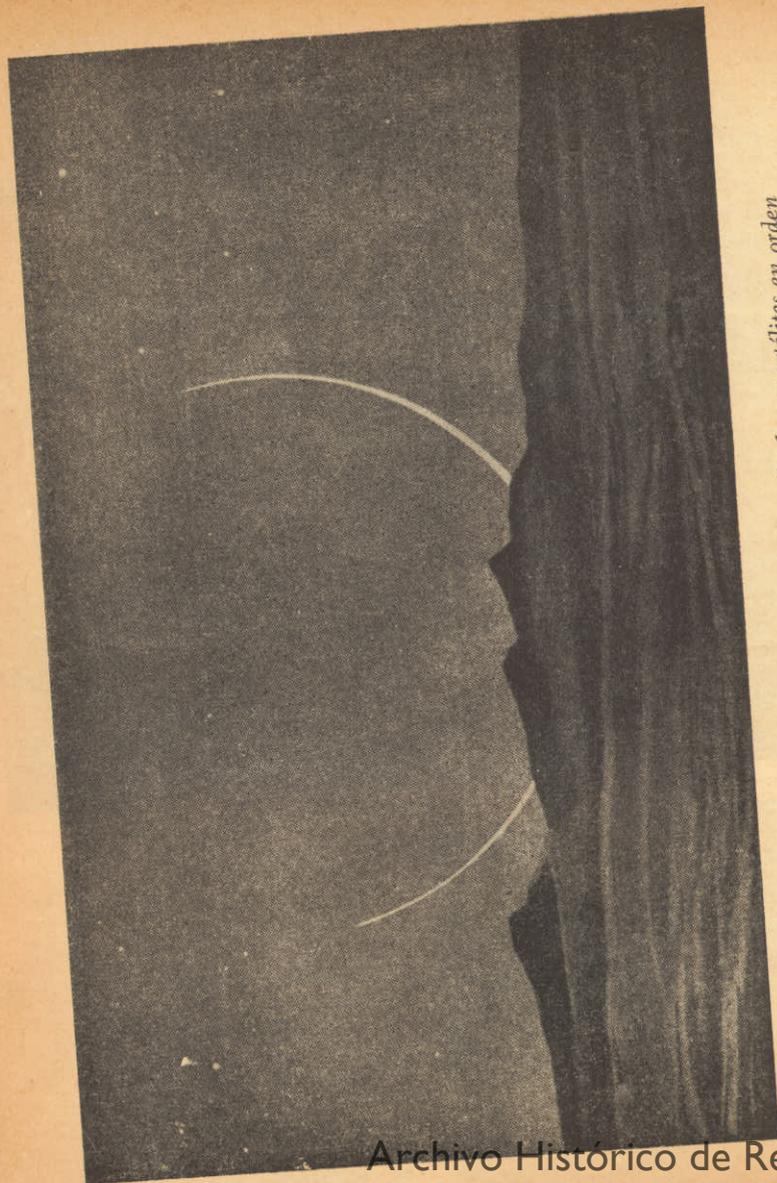
Urano visto desde su satélite Umbriel, el tercero en orden de tamaño. Bajo el planeta se ven otras de sus lunas; arriba, la constelación de la Osa Mayor. Las órbitas de los satélites son casi verticales con respecto a la del planeta.



Un ciclón gigantesco sacude la atmósfera de Júpiter, constituida principalmente por hidrógeno, metano y amoníaco. Arriba, a la derecha, puede observarse la famosa "Gran Mancha Roja", que según la época cambia de intensidad.

Una vista de Neptuno desde su satélite mayor, Tritón, a 330.000 km. de distancia. Tritón recorre su órbita alrededor de Neptuno en sentido retrógrado, es decir, al revés que la gran mayoría de





Una fase de Júpiter, vista desde lo, el segundo de sus satélites en orden de distancias al primario, el tercero en cuanto a su tamaño. Lo tiene un diámetro de 3.700 km., es decir, casi 300 km. más que nuestra Luna.

(Viene de la pág. 82)

solar. Los satélites están numerados por su orden de descubrimiento. Por sus distancias, de mayor a menor: V, I, II, III, IV, VI, VII, X, XI, VIII, IX.

Saturno es la "vedette" del sistema solar. En las noches en que el observatorio está abierto al público, lo primero que pide el visitante son "los canales de Marte", y luego "el planeta con anillos". Y mientras Marte es inevitablemente una desilusión para el lego, Saturno en general es superior a lo que espera. Aunque los anillos parecen bastante materiales (algo más brillantes que el planeta mismo), son extraordinariamente delgados. Si uno quisiera hacer un modelo en papel de diario, con las proporciones correctas, si el espesor del anillo estuviera representado en el espesor del papel, ¡el diámetro exterior debería medir alrededor de un metro y medio! Que algo que tuviera esas proporciones no podía ser un sólido, quedó bien claro en los comienzos de la astronomía moderna. Los anillos debían de estar constituidos por un sinnúmero de pequeñas partículas. Observaciones más recientes han confirmado este parecer. De acuerdo con las leyes de Képler, las partes interiores del anillo revolucionan en torno del planeta con mayor velocidad que las exteriores. Y la perturbación causada por la atracción gravitatoria de la luna más grande, es responsable de la fisura llamada "división de Cassini". Las partículas que componen el anillo deben de ser muy pequeñas, hasta tan chicas como los granos de arena de la playa. Partículas más finas serían arrojadas de sus órbitas debido a la presión que ejerce la luz solar sobre los cuerpos pequeños. La masa total de los anillos es como 1/100 de la de nuestra Luna.

De las nueve lunas de Saturno, hay tres de especial interés: la N<sup>o</sup> VI (Titán, la más grande), la N<sup>o</sup> VII (Japetus), y la N<sup>o</sup> IX (Phoebe). Claro que

la N<sup>o</sup> X también es interesante por el hecho de haberse perdido, a menos que el profesor Pickering se haya equivocado cuando en 1905 anunció su descubrimiento. Phoebe, la más pequeña de las lunas de Saturno, es retrógrada, igual que la más pequeña de las lunas de Júpiter. Japetus, de un tamaño alrededor de la mitad de nuestra Luna, tiene un lado cinco veces más brillante que el otro. Nadie sabe cómo explicarlo, pero no hay dudas de que el hecho es así. Y finalmente Titán, mucho más grande que nuestra Luna, es el único satélite de todo el sistema que tiene atmósfera. El profesor G. P. Kuiper consiguió obtener un espectrograma de esa atmósfera y encontró que contenía grandes cantidades de metano. También se sospecha que contiene amoníaco. La atmósfera de Titán, por consiguiente, es del mismo tipo que la atmósfera de los planetas exteriores.

Más allá de Saturno el sistema solar se ralea. Urano se desliza caprichosamente a lo largo de su órbita, con su plano ecuatorial casi en ángulo recto con ella. Sus cuatro grandes lunas, así como también la quinta más pequeña, recientemente descubierta, revolucionan en el plano de su ecuador de manera que las órbitas que describen son casi perpendiculares a las del planeta. Estructuralmente, Urano debe de parecerse mucho a Júpiter y Saturno, pero hay más metano y menos amoníaco en su atmósfera. La temperatura de "superficie" es de 148° bajo cero.

Cuando en 1781 Hérshel descubrió Urano, pensó al principio que era un cometa. Luego se estableció la naturaleza planetaria del nuevo cuerpo celeste, y más tarde se les ocurrió a los astrónomos que en realidad ya había traicionado su existencia perturbando levemente la órbita de Saturno. En consecuencia, se pusieron a observar con atención el movimiento de Urano para ver si nuevas irregularidades traí-

cionaban de nuevo la existencia de otro planeta. Cuando así apareció, John C. Adams, en Inglaterra, y Urbain J. J. Leverrier, en París, pusieron manos a la obra. Ambos tuvieron éxito, pero Leverrier fué publicando su obra a medida que avanzaba y Adams no. Adams tuvo también la mala suerte de que el observador inglés encargado de verificar sus cálculos fuera perezoso y descuidado. No encontró el planeta. Leverrier envió sus resultados a Berlín, donde Galle, el 23 de septiembre de 1846, encontró el nuevo planeta. Leverrier desestimó las en realidad bien fundadas zeclamaciones inglesas y al principio hasta quiso añadir su nombre al nuevo planeta (su protector Aragó le discutía que el planeta debía llamarse "Herschel"); pero al final quedó el nombre de Neptuno. El mismo año se descubrió la más grande de sus lunas. Recorre una órbita inclinada alrededor de cuarenta grados con respecto a la órbita del planeta. La otra que se conoce mide apenas 320 kilómetros de diámetro y fué descubierta en 1949.

Habiendo aclarado el motivo de las perturbaciones de Urano, Leverrier decidió hacer lo propio con las dificultades que presentaba la órbita de Mercurio. Suponiendo que estas perturbaciones eran causadas por la existencia de un "Intramercurio", se puso a trabajar y calculó dónde debía de estar y cómo sería de grande el nuevo planeta. Al resultado lo llamó "Vulcano". La cuestión era encontrarlo. Dado que, de acuerdo con el cálculo, debía de estar mucho más cerca del Sol que Mercurio, iba a ser muy difícil de ver. Y Leverrier pensó que el primer descubrimiento, probablemente, sólo podría hacerse durante un eclipse.

Un día, en 1859, recibió una carta, correctamente dirigida a "Monsieur le Directeur de l'Observatoire", cargo que ocupaba desde hacía cinco años. El que la enviaba era un astrónomo aficionado

llamado Lescarbault, que vivía a cierta distancia de París. La carta establecía que el remitente había visto a "Vulcano" en tránsito, el 26 de marzo de 1859. Leverrier consideró la carta lo suficientemente importante como para hacer el viaje para ver a monsieur Lescarbault y obtener lo que podía ser el elemento de información que le faltaba. Todos los que conocieron a Leverrier en sus últimos años lo describen como "arrogante" y "obstinado". Durante su visita a Lescarbault estos dos atributos debieron de resplandecer.

Resultó que monsieur Lescarbault era un pequeño doctor de provincia que, para ganar algunos pesos más, hacía también el oficio de carpintero. Se dice que Leverrier inició la conversación con un severo reproche porque Lescarbault había esperado tantos meses después del tránsito para decidirse a enviar su carta al Observatorio de París. Luego pidió ver el telescopio. Por supuesto, era un instrumento muy pequeño y barato; pero Lescarbault convenció a Leverrier de que había visto un tránsito de Mercurio en él. "Vulcano", según dijo Lescarbault, tiene la mitad del diámetro de Mercurio, diámetro aparente, desde luego; y su telescopio había mostrado un disco de justamente ese diámetro. Entonces Leverrier pidió que le mostraran el cronómetro. Lescarbault no tenía cronómetro: sólo un enorme reloj de bolsillo, de aspecto prehistórico. Juró que el reloj era muy exacto. Leverrier señaló que el reloj sólo tenía manecillas para las horas y los minutos. ¿Qué había de los segundos? Lescarbault indicó triunfalmente un pedazo de plomo suspendido por un hilo de seda. El péndulo necesitaba precisamente un segundo para hacer una oscilación completa. Leverrier podía comprobarlo midiendo la longitud del hilo. Emocionado por la evidencia por la serie de afirmaciones del pobre hombre, Leverrier se sumió en un

guntó si monsieur Lescarbault había tratado de calcular la órbita de "Vulcano". Lescarbault replicó que había intentado, pero que no pudo llegar a nada, dado que no era matemático.

Leverrier quiso ver por lo menos la tentativa, y Lescarbault trajo de su taller algunos pizarrones con diagramas. Explicó que el papel era caro. Lo que Leverrier vió lo convenció de que Lescarbault no era matemático. Pero también lo convenció de que era un hombre honesto. Al volver a París se preocupó de que le dieran la cinta roja de la *Légion d'honneur*.

Después que Leverrier hubo utilizado la información dada por Lescarbault para corregir la órbita, los astrónomos profesionales se dedicaron a cazar a "Vulcano", aunque sin éxito. Más tarde Max Wolf cumplió una lista de diecinueve observaciones entre los años 1761 y 1865, que podrían haber sido de "Vulcano", pero naturalmente era imposible comprobar estas observaciones viejas. La número veinte dió un indicio de lo que en realidad debían de haber sido las diecinueve anteriores. Un alemán de nombre Weber, que vivía en el norte de China, informó haber visto un tránsito el 4 de abril de 1875. Por pura casualidad los astrónomos de Madrid habían estado observando también el Sol ese día, pero con un instrumento mayor. Y el instrumento más grande había mostrado una pequeña mancha solar, aproximadamente redonda. Un anuncio en 1878 también resultó estar equivocado.

Mucho tiempo después el problema de la órbita de Mercurio se explicó sin necesidad del "Intramercurio". Y entonces, si "Vulcano" nunca existió más allá del papel, ¿qué es lo que vió Lescarbault aquella noche de 1859?

Mientras tanto, en el otro confín del sistema solar, Neptuno seguía calladamente su órbita. Los astrónomos

que no marchaba tan bien como habría debido. A principios de siglo un grupo de ellos (Crommelin, Gricul, Lówell y otros), siguiendo los pasos de Leverrier, se convenció de que por lo menos tenía que haber otro planeta. Percival Lówell murió en 1916, pero su observatorio continuó la investigación. El planeta fué encontrado por Clyde Tombough y el descubrimiento fué anunciado en 1930. El nuevo planeta, que durante las discusiones teóricas había sido llamado en general "Transneptuno", fué bautizado Plutón. Constituyó una sorpresa en todo sentido. A cualquier astrónomo que se le hubiera pedido antes de su descubrimiento que dijera cómo iba a ser, habría contestado que grande, aproximadamente del tamaño de Neptuno. Quizás añadiera que tendría una densidad muy baja, de acuerdo con los otros cuatro gigantes. En cuanto a su órbita, estaría muy lejos de la de Neptuno, como la denominación provisional lo indicaba: digamos a doble distancia del Sol, término medio, que Urano. También esperaríamos encontrar lunas en el nuevo planeta, aunque éstas podrían no ser visibles desde la Tierra.

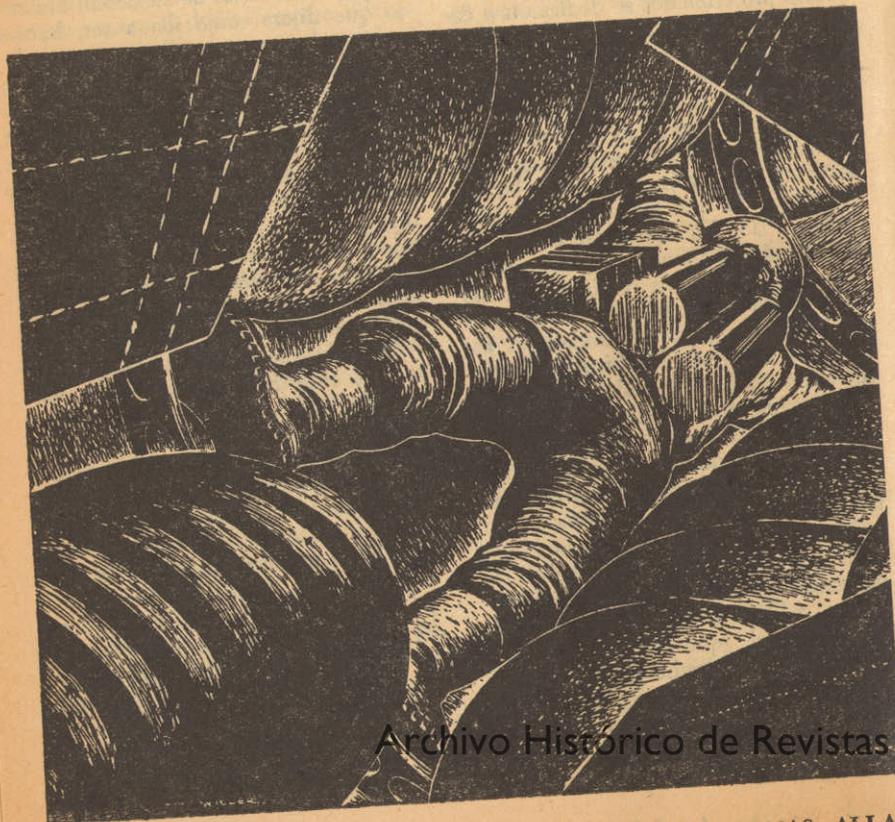
Se halló que Plutón tenía una órbita muy excéntrica, que no yacía muy lejos de la de Neptuno. Más que eso: ¡el perihelio de Plutón está dentro de la órbita de Neptuno! Y el planeta mismo no es gigante. Su tamaño es aproximadamente el de la Tierra. Es muy pesado y quizá muy oscuro. Por supuesto, todavía se sabe muy poco de él.

Dado que todo resultó diferir de lo que se esperaba, no es sorprendente que algunos teóricos de la vieja guardia se inclinaron a considerar que Plutón no es el noveno planeta que andaban buscando, sino un miembro inesperado e insospechado de la familia solar. El "Transneptuno" real estaría todavía por descubrirse. ✦

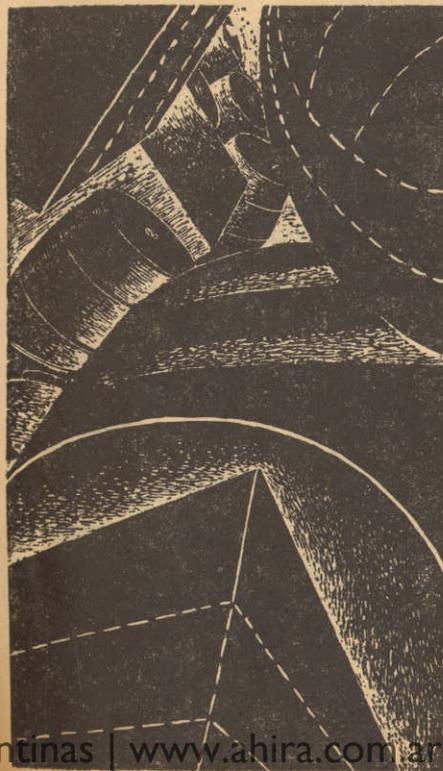
# El Portal de la GALAXIA

por DAMON KNIGHT

ilustrado por WILLER



*¡Hay paso libre  
a todos los ámbitos  
del universo!  
Pero con una  
restricción:  
¡No puede usted  
elegir el punto  
de destino!*



**R**ICHARD era un hombre cuerdo. Hasta tres semanas antes, según su propia comprobación, era el único sensato que quedaba en un mundo de lunáticos.

Pero ahora estaba muerto. Yacía en un ataúd metálico de dieciocho metros de largo por dos metros y medio de ancho, desprovisto de aire y de sonido. Tras la placa frontal de su casco, bajo una atmósfera escarchada, sus labios se habían vuelto de color azul intenso, en tanto que sus mejillas, nariz y frente tenían un tinte violáceo. La carne todavía estaba rígida como cuero congelado. El hombre no se movía, no respiraba ni pensaba; estaba muerto.

Junto a él, sujeta al abultado torso de su traje, una caja de metal ostentaba la siguiente inscripción:

**SONDA PARA EL CORAZÓN**  
*Ver instrucciones en el interior*

Y alrededor del hombre, amarradas con correas a las paredes, había cajas, latas, sacos de lona, barrilitos; en fin, carga diversa. Su ataúd era un carguero que iba rumbo a Marte; y él, un polizón congelado a bordo del mismo.

Los recuerdos acudían a su mente con nitidez; no ya ensamblados, sino como células aisladas, pues la entropía de su mente había caído a cero. Pero, durante esa espera de la descongelación que tal vez no se produciría, los recuerdos que más se destacaban eran los de sus últimas horas de vida.

Luego de haberse deslizado en el interior de la astronave y de haber ésta emprendido su vuelo, tuvo que esperar hasta que las danzantes moléculas se aquietaron, después de haber irradiado todo su calor al espacio. En seguida, nueva espera, con el calorífero apagado, escuchando el silencio reinante, mientras su propio calor vital se le iba escapando: primero se entu-

mecieron los dedos de los pies y manos, luego las orejas, nariz, labios, mejillas, toda la carne. Temblando bajo un frío agónico, había observado cómo su aliento llenaba el casco como una nube y formaba gotas que se escurrían en la placa delantera, más fría aún.

Era una situación difícil, que exigía coraje. Si actuaba con excesiva prontitud, la rigidez final vendría demasiado lenta; los líquidos congelantes de su cuerpo irían cristalizándose, clavando en sus células un millón de agujetas heladas. Si esperaba demasiado, el frío lo privaría de su autonomía motriz; la orden de actuar partiría de su cerebro, correría por sus dendritas; pero no habría respuesta.

Aguardó hasta que el falso color de la agonía lo invadió gradualmente; el sutil destructor fué trabando sus miembros, no con violencia sino con prodigiosa calma. Luego, retorciéndose en el centro muerto donde flotaba, se arrastró hasta un hueco entre dos fardos y los apartó con gran esfuerzo para ir a aferrarse al casco de la nave. Extendiendo los brazos sobre el frío metal y abrazándolo como quien se crucifica voluntariamente, allí murió.

La espacionave, el más silencioso de los sepulcros, estaba suspendida en el centro de la bóveda estrellada. Hubiera podido permanecer así durante un lapso indefinido, inmutable, sin noción del tiempo, que allí no existía. La nave y todo su contenido, a excepción del control robot (ahora inactivo pero calentado por medio de electrones), estaban a una temperatura de casi cero absoluto.

SE produjo un golpecito en el regulador, que comunicó un estremecimiento a la totalidad de la estructura y el casco. El tiempo se había reanudado. El equipo de radar instalado en la proa comenzó a emitir series de radiaciones. Poco después, otros reguladores produ-

ieron chasquidos; la máquina se despertó, rezongó durante un momento y quedó otra vez en silencio. Por breves instantes, la nave había vuelto a convertirse en un objeto en movimiento, algo así como un guijarro disparado en medio de las estrellas. Este fenómeno se repitió varias veces hasta que, por último, el casco tembló azotado por las moléculas atmosféricas. Entonces se sumergió livianamente en el aire marciano, volvió a salir y a entrar de nuevo, recorriendo en esta forma un gran circuito del globo. Un regulador dejó oír un último chasquido, y el ataúd de Falk se precipitó, libre del esqueleto de la nave, cuyos cohetes volvieron a encenderse conduciéndola de regreso a la profundidad donde el tiempo no existe.

Se abrió un paracaídas, en el momento en que el casco del carguero se proyectó hacia abajo; era una ridícula sombrilla que, en la atmósfera terrestre, ni durante un minuto hubiera soportado el peso en relación con la gravedad de la Tierra. Pero aquí, retardó su caída, permitiendo que el ataúd tocara tierra marciana a prudente velocidad.

Dentro del inmóvil carguero, el cadáver de Falk se deshelo.

SU corazón palpitaba. Esta fué su primera impresión consciente. Escuchó aquellos latidos con agradecimiento. Su pecho subía y bajaba con ritmo lento y profundo; oía el soplar y resoplar de la respiración a través de sus fosas nasales y sentía el pulso arterial en las sienas. Luego, unos pinchazos algo dolorosos en sus brazos y piernas. A través de sus párpados cerrados, distinguió una tenue luz rojiza.

Abrió los ojos y se encontró frente a un pálido resplandor que, a poco rato, se convirtió en un rostro. Este se desvaneció y reapareció. Luego retornó. Ahora podía verlo mejor. Era

el semblante de un hombre joven, de unos treinta años, pálido y con sombra de barba negra, casi azulada; cabellos lacios, oscuros, algo desaliñados; anteojos de aro negro; pliegues irónicos a ambos lados de la delgada boca.

—¿Se siente bien? —preguntó el rostro.

—Creo que sí —murmuró Falk.

El otro meneó la cabeza; recogió unos instrumentos de la cama y empezó a acomodarlos en las divisiones almohadilladas de una caja metálica. Era la sonda del corazón. Falk veía todo: la abultada caja de control y la corta aguja de espesor capilar.

—¿Dónde conseguí esto? —preguntó el joven—. ¿Y qué diablos estaba haciendo a bordo de ese carguero espacial?

—Robé la sonda —gruñó Falk—; también el traje y el resto de las cosas. Coloqué carga suficiente como para equilibrar mi peso. Quería ir a Marte. La única forma de hacerlo era como polizón.

—¿Así que la robó? —repitió el otro, incrédulamente—. ¿De modo que nunca se sometió al tratamiento análogo? Falk sonrió.

—Sí, ya lo creo; muchas veces. Pero nunca dió resultado. Se sentía invadido por un gran cansancio.

—Le ruego que me permita descansar —suplicó.

—Por supuesto. Perdóneme.

El joven salió y Falk cerró los ojos. Sin poder evitarlo, su mente repasó una y otra vez esas últimas horas tan penosas. Le había quedado un trauma, indudablemente; no podía ignorarlo, pues le causaría molestias más tarde. Debía aceptarlo, conocer ese miedo, vivir con él.

Al cabo de un momento, el joven volvió trayendo una humeante taza de caldo, que Falk bebió agradecido. Luego, insensiblemente, se durmió. Al despertar, sintióse más fuerte.

Trató de incorporarse y, con gran sorpresa, comprobó que podía hacerlo. El otro, que permanecía sentado en un sillón al extremo de la pieza, dejó su pipa y se acercó para darle unas píldoras. Luego volvió a su asiento. La habitación estaba desordenada y olía a rancio. Piso, paredes y techo eran de metal esmaltado. Había libros y algunos rollos de cinta grabada dispuestos en estantes, y otros apilados en el piso. Una camisa sucia colgaba del picaporte.

—¿Tiene deseos de conversar —preguntó el hombre—. Mi nombre es Wolfert.

—Mucho gusto en conocerlo. Me llamo Falk. Supongo que, ante todo, querrá saber lo del tratamiento análogo.

—Sí; y también por qué ha llegado usted acá.

—Todo es una misma cosa. Yo soy inmune al tratamiento análogo. No lo supe hasta que tuve diez años de edad; pero creo que es de nacimiento. Desde los siete años, recuerdo que los demás chicos hablaban de sus *guardianes* y que yo fingía tener uno. Usted sabe cómo son los chicos: capaces de cualquier cosa, con tal de formar parte de una pandilla. Pero durante largo tiempo no supe si los demás también fingían, o si realmente yo era el único que no tenía un guardián invisible con quien conversar. Estaba casi seguro de que los chicos mentaban cuando decían que podían ver a los suyos; pero, que existieran o no, era cuestión diferente. Yo no lo sabía y, en realidad, no me preocupaba mucho. Un niño de esa edad no distingue fácilmente entre la realidad y la fantasía. Cuando cumplí diez años, cometí un robo. Era un libro que yo quería y que mi padre no me dejaba tener. El empleado del negocio no miraba en ese momento, y entonces aproveché para esconderlo debajo de la chaqueta. Lo curioso es que apenas había salido, se me ocurrió que

acababa de probar que yo no tenía guardián. Antes de eso, había llegado a la conclusión de que si yo no había visto al mío, era porque nunca había hecho nada malo, ¿comprende? A decir verdad, me sentí un poco orgulloso de mi hazaña: lo único que deseaba era tener ese libro... Gracias a Dios —concluyó—, tuve el buen sentido de quemarlo tan pronto como lo hube leído. De otro modo, creo que no hubiera llegado a contar el cuento.

—Seguramente que no —dijo Wolfert, clavando en Falk una mirada alerta y cautelosa—. Un hombre sin control podría echar a perder todo. Pero yo creía que la inmunidad era teóricamente imposible.

—He pensado mucho en eso. De acuerdo con la psicología clásica, lo es. No soy excepcionalmente resistente a las drogas hipnóticas; cedo a sus efectos. Pero el mecanismo censor, simplemente, no responde. He llegado a figurarme que tal vez yo constituya una mutación producida como reacción al tratamiento análogo, como un factor de antisupervivencia. Pero no lo sé. Según lo que he podido averiguar, no hay más casos como el mío.

—Hum —expresó Wolfert, lanzando una bocanada de humo—. Se me ocurre que su próximo paso será casarse y tener hijos, para ver si ellos también son inmunes.

Falk lo miró durante un momento, con expresión grave.

—Wolfert, ¿podría usted sentirse feliz estableciéndose en una comunidad de maníacos?

EL otro notó que la sangre le afluía al rostro. Se quitó la pipa de la boca, la observó unos instantes y finalmente dijo:

—Perfectamente; entiendo lo que quiere decir.

—Tal vez no lo entienda —respondió Falk, sonriendo: *Lo he ofendido, sin*

*poder evitarlo—*. Usted está aquí desde hace diez años, ¿no es verdad?

Wolfert asintió.

—Las cosas se están poniendo cada vez peor allá —prosiguió Falk—. Me he tomado el trabajo de consultar algunas estadísticas. No fué difícil encontrarlas, pues esos malditos locos están orgullosos de ellas. El número de personas recluidas en instituciones ha decrecido constantemente desde 1890, cuando se empezó a aplicar el programa análogo en escala mundial. Este programa se extendió en forma continua. Las dos curvas han llegado a igualarse. Es cada vez menor el número de personas que deben ser recluidas en manicomios; pero no porque se hayan producido mejoramientos en la terapéutica, sino porque los procedimientos análogos se perfeccionan cada vez más. Un individuo que hace cincuenta años hubiera sido considerado un loco incurable, hoy tiene dentro de su cabezita a actuar en forma normal. Exteriormente, él es normal; interiormente, es un loco furioso. Pero lo peor es que un individuo que hace cincuenta años hubiera sido un poquito chiflado y se le hubiera sometido a tratamiento, es ahora tan loco como aquél. Esto ya no importa. Todos podríamos ser maníacos, y el mundo seguiría marchando igual que antes.

El rostro de Wolfert se contrajo en una sonrisa:

—¿Y qué hay de malo? Como quiera que sea, es un mundo pacífico.

—Sin duda —respondió Falk—. No hay guerra ni posibilidad de guerra; no hay asesinatos, robos ni crímenes. Esto es porque cada uno de ellos tiene un policía dentro de su cráneo. Pero la acción engendra la reacción, en psiquiatría tanto como en física. Una pri-

—No hay que li-  
brarse, especialmente si dura toda la vida. Creo que dentro de algunos años,

digamos diez o veinte, verá usted que la curva de los manicomios volverá a elevarse. Porque no hay otra manera de escapar a la represión de los guardianes, que sumergirse aun más en la insania. Y, eventualmente, se llegará a un punto en que ningún tratamiento podrá ser eficaz. ¿Qué van a hacer entonces?

Wolfert apagó lentamente su pipa y se puso de pie.

—Se refiere usted, supongo, a los psiquiatras que en realidad gobiernan la Tierra. Sin duda, usted ya ha decidido lo que van a hacer ante una situación semejante, ¿no es así?

—Sí —sonrió Falk—. Con su ayuda, me iré a las estrellas.

El otro se quedó un instante petrificado; luego, tratando de reponerse, replicó:

—¿De modo que ya está enterado? Bien; acompáñeme a la otra habitación. Le mostraré.

FALK había oído hablar de aquel pasaje o portal, pero no se lo imaginaba así. Era un cubículo de una materia lustrosa, que parecía vidrio color marrón, de tres metros de alto por dos de ancho y profundidad. Adentro, en la pared del fondo, al nivel de la cintura, había una palanca cuyo manubrio estaba curiosamente contorneado como la cabeza de un bastón antiguo. Nada más que eso. La vivienda de Wolfert había sido montada alrededor. Es que, en realidad, ésa era la única razón de la presencia de Wolfert en Marte.

—Así es que ésta es la famosa abertura —dijo Falk, al tiempo que avanzaba un paso.

—Quédese donde está —advirtió severamente el otro—. Frente a la entrada, hay una trampa para cazar bobos.

Falk se paró en seco y miró a Wolfert. Luego volvió a la pared del

atornilladas al piso, a ambos lados de la abertura. Ahora que las tenía cerca, veía las lentes por donde se proyectaban haces de luz negra y, encima de ellas, unos discos metálicos que supuso eran puntos de descarga.

Wolfert se lo confirmó.

—Si algo saliera de allí, la corriente lo atraparía. Pero si ésta fallara, para eso estoy yo —y al decir esto, llevó su mano a la pistola automática de fuego rápido, que pendía de su cinturón.

Falk se sentó con lento ademán en un banco próximo a la pared.

—¿Por qué tanto temor por lo que pueda salir del portal?

—Entonces, usted no conoce toda la historia. Dígame lo que sabe, y yo completaré lo que falte. Escuche.

—Fué descubierto por la primera expedición que llegó a Marte, en 1976. Al parecer, se le consideró como un sistema de transporte interestelar; pero, según lo que he averiguado, nadie pudo comprobarlo. Yo sabía que habían dejado aquí a un centinela (su predecesor, supongo), después que se hubo abandonado la idea de colonizar Marte. Pero ignoraba las razones.

Wolfert sonrió brevemente y se apoyó contra la pared. Empezó su relato.

—Es un sistema de transporte, indudablemente. Ponga un objeto en ese cubículo, baje la palanca, y el objeto se desvanecerá. Lo mismo ocurre con cualquier cosa que se use para accionar la palanca. Ffff... desaparece. No sabemos la edad que tiene esta abertura, ni hay forma de saberlo. El material de que está hecha es mucho más duro que el diamante. Casi la mitad de ella es subterránea. Así se la encontró, perfectamente nivelada con la superficie del desierto. Creo que debe de contener algún mecanismo de autonivelación, de modo que se le pueda emplear en cualquier momento, independientemente de los cambios que sufra la superficie del planeta. Se han encontrado

otras ruinas en Marte, pero son todas de piedra, muy primitivas; nada que se parezca a esto. La primera expedición trató de investigar cuál era el mecanismo secreto que regía su funcionamiento; pero, naturalmente, fracasó. Se puede ver su interior... sólo que no hay nada que ver.

Sonrió en forma breve e irónica; luego prosiguió:

—Es decepcionante; como para que un físico se sienta igual que un alumno atrasado de *kindergarten*. Sabemos que esto forma parte de una red interestelar. Un hombre hizo la prueba. Vió el cubículo y la palanca, se acercó y la accionó para averiguar qué ocurriría, sin duda; pero no creo que nosotros sepamos jamás cuál es el resultado de su averiguación. Más tarde, una segunda expedición trajo consigo un equipo de poderosos transmisores de ondas de toda clase y atravesó la abertura. La primera señal fué recogida años después, desde la dirección general de la estrella Régulo; dos señales más, al cabo de siete años, y luego otras cuatro durante el décimotercer año, todas desde distintas direcciones. Las ocho restantes, no han sido escuchadas todavía.

Hizo una pausa y miró atentamente a Falk.

—¿Comprende, ahora? La cosa no tiene selectividad; es completamente al azar. Podríamos pasar a través de eso y entrar en un planeta de otra estrella, pero quizás necesitaríamos un millón de años para encontrar el camino de retorno, a causa de los tanteos erróneos que se realizarían.

Falk se reclinó contra la pared, tratando de captar la idea.

—Tal vez sólo exista aproximadamente una docena de estrellas en la red —sugirió.

—No sea ingenuo. ¿Acaso la raza que fué capaz de construir eso se contentó con una docena, o con mil

estrellas? ¡Ellos poseían la Galaxia! Setenta billones de estrellas. Según la teoría corriente, las más importantes tienen planetas.

Señalando la abertura, prosiguió:

—Alrededor de doce metros cúbicos. Suficiente para un hombre con abastecimientos para un año; o bien para doce personas y abastecimientos para un mes. Ese es el tamaño límite de la colonia que podríamos enviar. Y esto, sin ninguna seguridad —agregó con amargura— de aterrizar en algún sitio donde pudieran subsistir un minuto.

—Es desconsolador —asintió Falk—. Pero, con todo, no veo por qué ha de estar usted aquí armado de una pistola. Puede comprender que, si un miembro de la raza que construyó esto apareciera —lo cual me parece muy improbable—, sería un acontecimiento importante. Pero ¿por qué matarlo?

—No es cuestión mía, Falk. Yo sólo obedezco órdenes.

—Lo comprendo. Pero ¿no tiene idea del motivo de tales órdenes?

—Miedo. Están en juego intereses muy importantes —Wolfert se movió, gesticulando con su pipa—. ¿No comprende usted que, sin este aparato, podríamos realizar la colonización interestelar por nuestra cuenta? Si consiguiéramos una fuente de combustible suficiente para poder mantener en constante aumento la velocidad durante ocho meses, podríamos llegar a las estrellas dentro del período de la vida humana. Pero ¿sabe por qué no lo hacen? No se atreven ni siquiera a establecer colonias aquí, en Marte, o en los satélites de Júpiter, simplemente porque el transporte lleva demasiado tiempo. Imagínese una colonia separada de la Tierra por una travesía de cinco a diez años. Ahora bien; suponga que algo empieza a andar mal allá abajo. Por ejemplo, casos como el suyo, imprevistos por naturaleza al tratamiento análogo, o algún otro que le impida



dir ese tratamiento y luego se las arregla para modificarlo. Digamos que viola la directiva única de "No se debe hacer nada contra la política o los intereses de la Tierra". Entonces, tendríamos nuevamente dos comunidades; ¿y qué pasaría?

—La guerra —repuso Falk, confirmando con la cabeza—. No se atreven a correr el menor riesgo en este sentido.

—No es cuestión de atreverse; simplemente, *no pueden*. Es una de las normas de su propio condicionamiento.

—Entonces, nunca podremos llegar a las estrellas.

—A menos —observó Wolfert— que esa abertura sea atravesada por alguien que conozca su funcionamiento. El voltaje es elevado, pero no bastante para matar a un humano, naturalmente. A lo sumo, quedará aturdido; y, si la corriente no lo paraliza y el hombre logra regresar a través de la abertura, aquí estoy yo con mi arma mortífera. Sea como sea, hay que impedir que

vuelva allá abajo para advertir a otros que jamás se acerquen a esta estación. Porque, si supiéramos cómo alterar el sistema de modo que fuera selectivo...

—Entonces tendríamos colonias —concluyó Falk—. Desde las más cercanas hasta las más distantes de la Tierra. Los locos heredarán el Universo... ¡Ojalá nadie pueda atravesar la abertura!

**R**ECORRIO el resto de la pieza en compañía de Wolfert, descansando a ratos para recuperar sus energías. No había mucho que ver: el cubículo de la abertura, con mirilla, que Falk no había notado, entre ella y el dormitorio; el gabinete que contenía la radio, el radar y el computador que controlaba las órbitas de la provisión de cohetes; la planta de energía y el compresor que mantenía el aire de la cabina a presión respirable; cocina, baño y dos cámaras de almacenamiento.

La cabina radial tenía una ventana. Falk permaneció allí largo tiempo, con-

templando el extraño desierto, que se teñía de violeta a medida que el sol descendía en el horizonte. Las estrellas brillaban con resplandor singular en el oscuro cielo, casi privado de atmósfera.

El pensamiento de que mañana estaría en un planeta perteneciente a uno de esos soles le asustaba, al mismo tiempo que lo seducía. Se sentía como niño al borde de un torrente insondable, cuyas negras aguas pudieran encerrar un tesoro o la muerte: tenía miedo de zambullirse y, sin embargo, sabía que debía hacerlo.

¿Cómo podía un hombre sentirse de otro modo, reflexionaba, sabiendo que el camino estaba abierto y que no tenía más que dar el primer paso?

Wolfert dijo bruscamente:

—No me ha preguntado usted si informé a la Tierra cuando lo encontré en ese ataúd de la nave carguera.

Falk lo miró y respondió con firmeza:

—Estaré muy lejos antes de que puedan tomar ninguna medida contra mí.

—¿Qué le hizo pensar que encontraría solidaridad en mí?

—Usted es un voluntario. Ellos no han llegado todavía a la etapa de condicionar gente para hacer tareas contrarias a sus gustos, aunque supongo que eventualmente lo harán. Usted es un ermitaño. No le gusta, como tampoco a mí, el manicomio en que se está convirtiendo la Tierra.

—No sé —dijo el otro—. Tal vez vea usted demasiada similitud entre nosotros. No opino como usted con respecto al sistema análogo ni al actual gobierno. Preveo que tarde o temprano conducirá al desastre, pero no me preocupa mayormente. Para entonces, estará muerto. En cambio me interesan las estrellas, por un afán emocional. . . No hay pólvora en estos cartuchos. . . Indicó la pistola que pendía de su cinturón— ni en ninguna de las municio-

nes que tengo. No me condicionaron contra esto.

—Escuche —dijo bruscamente Falk—; usted tiene instrucciones de impedir el paso a través de esa abertura, ¿no es verdad?

El otro asintió.

—Bien; pero no hay ninguna razón —continuó Falk— que me impida darle a usted un golpe en la cabeza e introducirlo allí a la rastra.

Wolfert sonrió irónicamente, meneando la cabeza.

—Alguien debe quedarse de este lado.

—¿Por qué?

—Porque usted podría descubrir el secreto una vez que esté allá afuera; eso es lo que espera, ¿no es cierto? Usted no busca solamente un lugar donde esconderse, ya que en la Tierra hallaría por lo menos mil. Lo que busca es el conocimiento; y, a pesar de todas mis advertencias, confía en obtenerlo y regresar luego a la Tierra para reformarla.

—Suenan un poco mesiánico, pero es así.

Wolfert se encogió de hombros, dejando vagar su mirada en derredor.

—Bien; entonces, tiene que quedar alguien aquí. Alguien que tenga una pistola descargada. Si yo fuera con usted, la próxima vez ellos tendrían buen cuidado de enviar a un tipo diferente —su mirada se posó en la de Falk por un instante—. No pierda tiempo en compadecerme. Tal vez no lo crea, pero soy muy feliz acá; cuando estoy solo, se entiende.

Falk se había estado preguntando por qué el gobierno no había destacado a un matrimonio en vez de enviar a un hombre solo, que corría peligro de enloquecer a causa de la soledad. Ahora veía lo estúpido de su razonamiento. Cuando un hombre tiene esposa, ya no se preocupa. Al cabo de un momento, dijo a su compañero:

—Wolfert, me gusta usted más que todos los hombres que he conocido. Créame, se lo digo sinceramente.

El otro empezó a limpiar la pipa, con un complicado instrumento de muchas piezas fijadas a una bisagra, cuyos extremos sueltos estaban tallados en formas diversas.

—Creo que usted no me gusta, Falk; pero no es culpa suya. Me chocan su coraje y el dominio que tiene su mente

—se dió vuelta y extendió la mano, sonriendo—. Aparte de eso, pienso que es usted un gran tipo.

Falk le estrechó la mano.

—Espero que estará usted aquí a mi regreso.

—Estaré —replicó Wolfert— unos treinta y tantos años más, para impedir accidentes. Si usted no está de vuelta para entonces, no creo que vuelva más.

## II

A sugerión de su nuevo amigo, Falk vistió uno de los livianos trajes marcianos de Wolfert, en vez del traje espacial que había usado en el carguero; pues éste, diseñado para la estación de servicio orbital en el espacio que circunda a la Tierra, era demasiado incómodo para usarlo en la superficie de un planeta. El traje más liviano proporcionaba adecuada protección en la tenue atmósfera marciana y además, estaba mejor equipado que el otro: lámpara de cabeza, mecanismo para trepar, compás interior y, desde luego, víveres. Iba provisto de tanques de aire, pero también tenía un equipo de comprensión que, en una atmósfera no inferior en oxígeno a la de Marte, podía mantener la vida durante todo el tiempo que resistiesen las baterías.

—Tendrá que hallar un lugar donde pueda alimentarse de los productos del suelo —dijo Wolfert—. Si todos los planetas que encuentre están muertos, lo estará usted también a corto plazo. Pero, por lo menos, este traje le permitirá tomarse el tiempo suficiente para buscar. Le daré una pistola, aunque no le servirá de nada sin municiones.

Desconectó la trampa y se quedó a un lado mientras Falk se dirigía a la entrada de la abertura. Falk lanzó una última mirada al cuarto de metal y a la enjuta figura de Wolfert, cuyo rostro estaba sombrío. Dió un paso ha-

cia el interior del lustroso cubículo marrón y apoyó su mano enguantada en la palanca.

—Hasta la vista —dijo.

Wolfert lo saludó con gesto sobrio.

Falk encendió la lámpara de su casco, apoyó su mano libre cerca de la caja de control fijada a su cinturón y accionó hacia abajo la palanca.

La figura de Wolfert se desvaneció. Un instante después, Falk tuvo conciencia de que la palanca ya no estaba bajo su mano. Aturdido, se dió vuelta y vió que aquélla había vuelto a su posición original.

Luego recordó el extraño vacío que se había producido en el lugar donde estaba Wolfert, y se volvió nuevamente hacia la entrada. Vió una blancura grisácea, sin rasgos, indescriptible. ¿Era esto alguna especie de estado intermedio? De ser así, ¿cuánto duraba? Sintió una oleada de pánico al recordar que no se sabía a ciencia cierta si el viaje era instantáneo, y luego otra cuando pensó en los ocho transmisores de los cuales no se había tenido más noticia.

Se apoyó en el borde de la abertura y se inclinó hacia adelante para mirar abajo; sólo vió un caos de colores confusos, en medio del cual nada podía distinguir. Luego vió un peñasco, y todo el resto de la escena adquirió perspectiva.

Estaba en lo alto de una escarpada

montaña, de una altura exagerada, inverosímil. Al pie se extendía un incomprensible tapiz de color pizarra. Miró a derecha e izquierda y no vio ninguna otra cosa. Ningún sonido llegaba a través del diafragma de su casco. Sólo las respuestas táctiles y musculares de su propio cuerpo y la sólida realidad de la abertura misma le daban la seguridad de que él era algo real y viviente.

El planeta estaba muerto; Falk lo sabía irracionalmente. Ni siquiera se percibía un murmullo de viento.

Miró el equipo colocado en su cinturón: indicador de presión, papel de tornasol, fósforos. Pero no tenía sentido el probar esa atmósfera. Aun si fuera respirable, no había forma de salir de la abertura, pues el peñasco comenzaba a casi una pulgada de distancia de la entrada.

Falk se dirigió hacia la palanca y volvió a bajarla. Esta vez la observó

mientras llegaba hasta el final de su recorrido. No hubo el menor indicio de transición. La palanca estaba allí, bajo su mano. Luego volvió a la posición inicial.

Se dió vuelta. Noche de un azul profundo, encendida de estrellas. Abajo, un llano azul verdoso.

Falk descendió hasta la llanura helada y miró en derredor, luego hacia arriba. El cielo era tan parecido al que había conocido durante su infancia en Michigan, que tuvo la certeza casi absoluta de que esta región pertenecía a la Tierra; tal vez era el Antártico, cerca del polo, adonde ningún explorador se había atrevido a llegar. Luego, al buscar la Osa Mayor, el Cinturón de Orión y la Cruz del Sur, comprendió que estaba equivocado.

Directamente encima de él, notó un grupo de ocho estrellas; dos de ellas muy brillantes, cuatro dispuestas en línea recta y el resto diseminadas en un

### Electrones y polvo interplanetario

**D**os hombres de ciencia alemanes, Siedentopf y Behr, han calculado la cantidad de electrones y de partículas de polvo existentes por unidad de volumen en el espacio interplanetario, sobre la base de observaciones realizadas en el Observatorio de Gran Altura de Jungfraujoeh, Suiza. Y aquí viene lo curioso del caso: ellos estudiaron la luz zodiacal, que, como ya hemos dicho en MAS ALLA, son esos débiles destellos que se observan en el cielo, en las proximidades de la eclíptica (órbita terrestre); se preocuparon por observar en qué proporción esa luz estaba polarizada (es decir, mostraba en determinados planos ciertas propiedades características), y atribuyeron tal efecto a los electrones. En cuanto a la luz restante, o sea, la que no mostraba efectos de polarización, supusieron que era simplemente la proveniente de la difusión (dispersión) por electrones y partículas de polvo. Así han obtenido datos sobre esos números de partículas por centímetro cúbico, llamados también densidades, las cuales han resultado ser: 600 electrones por centímetro cúbico, y una partícula de polvo en cada mil millones de metros cúbicos. Como vemos, si hemos de creer en estos cálculos, el espacio interplanetario es realmente casi vacío, y no debe de ser muy peligroso aventurarse por allí en una espacianapa temiendo recibir el impacto de un grano de polvo, para no hablar, para no hablar, de la electrón que, ya sabemos, es realmente muy chiquito.

semicírculo casi perfecto. Pensó que si alguna vez hubiera visto esa constelación, no la habría olvidado.

En seguida bajó la vista hacia el horizonte, más oscuro que el cielo. ¿Cómo podía saber que la luz, el calor, la seguridad, el conocimiento, no se ocultaban tras la curva del planeta? Regresó al cubículo. Aquí no lo esperaba sino el sufrimiento; era un hombre en traje de marciano a quien le quedaban semanas o, tal vez con mucha suerte, meses o años de vida. Tenía que encontrar lo que buscaba, dentro de un radio lamentablemente pequeño desde la abertura.

Bajó nuevamente la palanca. Todavía era de noche. No obstante, cuando Falk volvió hacia la abertura, vio una avenida de grandes edificios bajo las estrellas.

El indicador de presión de aire bajó por primera vez, pero podía ser reemplazado por el compresor. Los papeles de tornasol dieron negativo. El fósforo ardió débilmente y sólo por un instante, pero ardió.

Falk puso a funcionar el compresor y cerró el flujo de aire de los tanques fijados a su espalda. Luego encendió la luz de su casco y se internó en la avenida.

**L**OS edificios, en forma de pirámides y cuñas, se elevaban inclinados hacia afuera, de modo que, pese a su enorme masa, no ocultaban el cielo. Después de avanzar unos pasos, Falk miró hacia arriba, esperando ilógicamente ver la constelación semicircular. Pero no estaba allí; y entonces, con un sobresalto, dióse cuenta de que debía encontrarse atravesando la Galaxia, a mitad de camino desde el punto donde había estado cinco minutos antes.

Trazó mentalmente un cuadro de la Galaxia: una lente oval de estrellas destacándose contra la negrura. Próximo

un punto brillante que representaba al Sol. Luego puso otro punto y trazó una línea resplandeciente entre ambos. En seguida otro punto y otra línea, y así hasta formar una letra N extendida a través del brumoso óvalo.

Era incomprensible. ¿Una raza capaz de surcar la Galaxia y que no podía escoger una meta entre otras? La única alternativa que quedaba era que la abertura tuviera alguna función que los hombres no habían llegado a captar, algún método selectivo que los desorientaba, así como un salvaje que se siente aturdido en un moderno sistema de subterráneos. Pero la mente de Falk rechazó tal idea. El mecanismo era claro y simple. Un cubículo y una palanca. La función está expresada por la forma, y la forma de la abertura decía: "Anda". Pero no decía "¿Adónde?".

Volvió a mirar los edificios. Ahora veía que su parte superior estaba muy erosionada y considerablemente carcomida. Al observar la fina arena anaranjada que pavimentaba la avenida, vio que cubría casi totalmente los vanos de las puertas. El espacio que dejaba en la parte superior de éstos era estrecho, pero pensó que a pesar de todo él podría introducirse por allí. Escogió un edificio, lo enfocó bajo el brillante disco de su lámpara y se quedó en medio de la avenida, con pocos deseos de moverse.

Se dió vuelta para mirar el cubículo, como si buscara algo que lo reconfortara. Todavía estaba allí, tranquilizadoramente claro y preciso, sin tiempo. Ahora comprendía por qué se sentía perturbado. Esta ciudad estaba muerta; muerta como el planeta de la roca o el planeta de hielo. Los edificios eran piedra, que se había desmoronado bajo los efectos de la intemperie.

Había reconocido ante Wolfert que iba en busca del conocimiento, que esperaba que la abertura lo conduciría eventualmente de regreso al Sol, arma-

do de conocimientos con los cuales podría rehacer el mundo. Sin embargo, no era verdad. Esa había sido su idea consciente; pero sólo era un sueño, un autoengaño, una excusa. El no amaba a la Tierra ni estaba convencido de que la humanidad debía ser salvada. Si tal hubiera sido su móvil, no habría sido lógico partir. Hubiera podido quedarse, introducirse en las altas esferas gobernantes y organizar un cambio desde adentro. Sus posibilidades de éxito habrían sido pocas, pero reales.

Si, hubiera podido hacerlo; pero ¿para qué? La humanidad incontrolada, no era apta para colonizar; controlada, no se atrevía a asumir los riesgos.

Pero hubo otra civilización que fue digna de las estrellas, pues las había conquistado. Falk no creía que estaba muerta. La piedra estaba desmoronada y el metal oxidado; sin embargo, las aberturas subsistían y todavía funcionaban, desafiando al tiempo. Mas esa raza no estaba allí y no había dejado huellas, a excepción del portal.

Sin mirar más los edificios que lo

rodeaban, Falk decidió regresar al cubículo.

Cuando estaba a poca distancia de él vió huellas de pisadas. Eran cinco, ligeramente impresas en la arena, cerca de la entrada a la abertura. Registró cuidadosamente, pero no pudo encontrar más. Aparentemente, dos apuntaban desde el cubículo hacia afuera y las otras tres en sentido contrario.

Las huellas eran más pequeñas que las dejadas por las botas de Falk; eran de forma oval, ligeramente achatadas a los costados. Falk las estudió atentamente, como si este solo hecho pudiera proporcionarle información; pero, en verdad, no le decían nada.

No eran humanas. Podrían pertenecer a un constructor de la abertura, o bien a un viajero como él. Sin embargo, lo más triste de todo era que, después de haber encontrado el rastro, no podía seguirlo; pues conducía, a través de la abertura, a alguno de los sesenta billones de soles...

Falk penetró en el cubículo y bajó la palanca una vez más.

### III

UNA luz blanca hirió sus ojos; luego, sintió una terrible ola de calor. Sofocado, buscó a tientas, desesperadamente, la palanca.

La imagen occidental se desvaneció poco a poco. De nuevo, vió noche y estrellas. "La última que vi", pensó, "debió de ser el planeta de una estrella transitoria". ¿Con cuántos de éstos iba a tropezar?

Se asomó por la abertura. Un desierto: ni un palo ni una piedra. Volvió a la palanca. Nuevamente, una luz de intensidad insoportable y un tumulto de colores, allá afuera.

Distinguió en la lejanía un paisaje brillante bajo un sol tropical. Tonos vivos de color violeta grisáceo, semive-

ladas por la bruma; más cerca, altos tallos con pesado follaje de sorprendente tono verde azulado; y, directamente ante él, una ancha plaza que parecía esculpida en una inmensa piedra de jade. A ambos lados se veían estructuras bajas en forma de caja, hechas de oscuro material vítreo, en tonos azul, marrón, verde y rojo. Y en medio de la plaza aparecía un grupo de formas alargadas, incuestionablemente vivas y consciente. Era un espectáculo asombroso y fascinante.

Falk sintió que el corazón le latía con violencia. Buscó protección tras la pared y espío. Por curioso que pareciera, el conglomerado de cosas vivientes lo que más le atraía, eran los

edificios que había a ambos lados. Estaban hechos de la misma sustancia perdurable que la abertura. Por una ciega casualidad, había llegado finalmente al lugar preciso.

Miró a las criaturas agrupadas en medio de la plaza. Se sintió decepcionado. Eran delgadas, en forma de S, bastante graciosas cuando estaban en reposo; algo semejantes a lagartos, erguidas sobre dos patas, rosa el vientre y pardo oscuro el lomo. Pero, no obstante las bandoleras que cruzaban sus estrechos hombros, así como los gestos rápidos y vivaces con que acompañaban su parloteo, Falk no podía convencerse de que éstos eran los seres que buscaba.

Eran demasiado parecidos a los hombres.

Uno de ellos se alejó mientras otros dos hablaban; luego volvió y se abalanzó impetuosamente entre ambos, gesticulando en forma desenfrenada. Los demás le gritaron hasta que lo hicieron callar, y entonces se retiró, trazando un semicírculo alrededor del grupo. Se movía igual que un pollo, torpemente, proyectando su largo cuello hacia adelante a cada paso que daba, en rítmico movimiento.

De los otros cinco, dos discutían, dos se limitaban a escuchar, atentos y cabizbajos, y el último se mantenía algo apartado, mirando en torno suyo con expresión desdenosa.

Eran graciosos, como lo son los monos por parecerse al hombre. Nos ha-

cen gracia porque es como si nos viéramos en el espejo. Aun las diferentes razas humanas se ríen unas de otras, cuando debieran tenerse compasión.

"Son turistas", pensó Falk. "Uno quiere ir al Lido; otro insiste en visitar primero el Gran Canal; el tercero está furioso con ambos porque pierden el tiempo; los otros dos, por timidez, no se atreven a intervenir, y al último no le interesa el asunto".

No podía imaginarse cómo reaccionarían frente a él. Tal vez quisieran llevárselo como recuerdo. El estaba ansiando entrar en esos edificios, pero tendría que esperar hasta que las criaturas se hubieran alejado.

Mientras esperaba, sacó su equipo registrador de atmósferas. El manómetro indicó que la presión era apenas inferior a la normal de la Tierra; los papeles de tornasol no reaccionaron, y el fósforo ardió vivamente, tal como lo hubiera hecho en la Tierra. Falk abrió con precaución la válvula del casco y husmeó la atmósfera.

Después de respirar aire fétido de su traje, esta atmósfera le pareció tan agradable que casi podía saborearla. Era suave, delicadamente tibia y endulzada por la fragancia de las flores. Abrió los cierres de su casco, lo echó hacia atrás y dejó que la brisa le bañara el rostro y los cabellos.

Volvió la mirada hacia aquellas criaturas y vió con terror que el grupo marchaba hacia él. Metió de nuevo su cabeza en el casco, y su vista buscó ins-

### Superlativo

EL récord mundial de velocidad de latido para los mamíferos lo posee la musaraña, diminuto animal cuyo corazón llega a latir 1300 veces por minuto (compárese con las 72 veces por minuto del hombre adulto).

tintivamente la palanca; luego miró de nuevo hacia afuera.

Ahora, las criaturas corrían: lo habían visto. Andaban torpemente, cabeceando con ímpetu hacia adelante y atrás. El que encabezaba el grupo, abría y cerraba su boca triangular, de la que brotaban débiles gritos.

De un salto, Falk emergió del cubículo haciendo un brusco viraje a la derecha para escapar corriendo.

Desgraciadamente, el edificio más próximo, con entrada visible, estaba bastante lejos. Cuando recorrió la mitad del camino, se dió vuelta. Los lagartos, por así llamarlos, formaban ahora una fila bastante espaciada; pero el líder estaba a sólo pocos metros de distancia de él. Eran más veloces de lo que parecían. Bajó la cabeza y trató de correr arrastrando sus pesadas botas. Cuando casi había llegado a la puerta, se volvió para mirar. El lagarto estaba a distancia de un salto y extendía sus manos con dedos terminados en especies de bolitas.

Cuando el bicho lo alcanzó, Falk, reuniendo todas sus fuerzas en un acceso de desesperación, le asestó un terrible puñetazo a la altura del hocico. Entonces oyó un fuerte silbido como de escape de vapor, vió caer al animal y en seguida se precipitó hacia la puerta abierta.

La puerta se cerró suavemente tras él, y una lámina de material brillante del mismo tono azul de las paredes, se deslizó hacia abajo cerrando la abertura. A través de su transparencia, pudo distinguir las formas oscuras de los lagartos que se amontonaban inclinándose para espiar al pie de la puerta, gesticulando entre sí. Era evidente, al menos, que la puerta no se abriría para ellos. Si se abriría o no para él, cuando deseara salir de allí, era otra cuestión.

Miró a su alrededor. El edificio contenía una sola habitación, enorme, tan larga y profunda que apenas podía des-



cubrir las paredes del fondo. Diseminadas en el piso había cajas o cajones, gavetas, estantes. Casi todos los objetos que allí se encontraban estaban hechos de un mismo material semejante a sí mismo.  
No se veía polvo; pero, al reflexiona-



WILLER

en ello, Falk recordó que tampoco lo había en ninguna de las aberturas. No podía imaginarse a qué se debía este fenómeno. Tomó el objeto que estaba más próximo, una especie de gaveta, aparentemente destinado a guardar cosas de diversas formas y tamaños. Su contenido era muy escaso y diverso. Había allí un huso de vidrio anaranjado, lleno de hilos o fibras, curiosamente enrollados. También una esfera hueca de ópalo, construída en dos partes; parecía vacía, pero Falk no pudo separar ambas mitades. Luego tomó un objeto de color marrón que tenía la forma de dos medias lunas, con una línea de fractura que las atravesaba en diagonal.

Media hora después, comprendió que no encontraría libros ilustrados, manuales de ingeniería ni cosa alguna que le descubriera el misterio de las gentes de la abertura. La única fuente de información era, pues, el edificio en su conjunto.

Los lagartos lo distraían. Podía verlos a través de las paredes del edificio, apretando sus hocicos contra el vidrio, mirando fijamente con sus ojitos redondos y haciéndole gesticulaciones. Finalmente, el grupo se dispersó, dejando a uno solo para vigilar la salida. Falk vio a uno de ellos entrar en el edificio que quedaba al otro lado de la plaza. La puerta se cerró tras él. Poco

después, otro se acercó y golpeó en la puerta; pero ésta no se abrió hasta que el lagarto de adentro no se acercó. Evidentemente, algún misterioso mecanismo automático respondía a la presencia o ausencia de cualquier ser viviente dentro de cada edificio. Cuando la última persona se iba, la puerta permanecía abierta; cuando entraba otra, se cerraba, y no se abría para la próxima a menos que el que estaba adentro lo permitiera.

Eso agregaba un nuevo aspecto a la descripción que Falk se estaba trazando mentalmente. Las gentes de la abertura no tenían el sentido de la propiedad, ni temían que en su ausencia entraran ladrones, pues las puertas permanecían abiertas cuando ellos se iban; pero, evidentemente, respetaban la vida privada del prójimo.

Previamente Falk había creído que este edificio podía ser una enorme fábrica, un laboratorio, un hotel, en fin, cualquier lugar destinado a servir a gran número de gente. Pero ahora cambió de opinión. Cada edificio, pensó, era el dominio privado de una persona o, si había entre ellos grupos familiares, de dos o tres a lo sumo. ¿Pero cómo era posible que una persona o una familia usaran todo ese espacio, todas esas sesiones?

Los objetos que lo rodeaban eran en su totalidad herramientas especializadas; él no era capaz de hacerlas fun-

cionar, de modo que no podían decirle nada sobre los constructores de la abertura. No había allí nada que se pudiera comparar a una cama, una mesa o una ducha. Era imposible imaginar a la gente que había vivido allí.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió dejar de pensar en términos humanos. Lo que importaba eran los hechos, no sus propios prejuicios. Y entonces, lo que había sido una barrera, se convirtió en un camino. No había camas, mesas ni duchas. Por lo tanto, los seres de la abertura no dormían, no comían ni se bañaban. Probablemente, pensó Falk, no morían.

El enigma de la casa abandonada se burlaba de él. ¿Cómo, habiendo construído esta ciudad, la habrían abandonado? ¿Cómo habían extendido la red de aberturas a todo lo largo de la Galaxia para luego dejarla inutilizada?

La primera pregunta se respondía por sí sola. Al mirar la habitación en desorden, Falk pensó que esto no se asemejaba al gran departamento de un millonario de Nueva York, sino a... una tienda. Alguna vez habría existido algo de particular interés en ese mundo. Imposible saber de qué se trataba, pues habían transcurrido millones de años desde que Marte fuera un mundo viviente. Pero las gentes de la abertura o algunos de ellos, habían llegado aquí como observadores. Concluída su tarea, se habían retirado dejando sus tiendas, así como un hombre abandona un primitivo refugio rústico. Pero, ¿y las otras cosas que habían dejado? ¿Cubos, conos, varillas, extraños objetos sin valor para los humanos? ¡*Latas vacías*, pensó Falk, *tubos de dentrífico, papel de envolver!*

EL Sol, ahora más cerca del horizonte, se había teñido de rojo intenso. Falk observó el cronómetro, fijado al puño de su traje y, con gran

más de cinco horas desde que dejara a Wolfert en Marte.

Extrajo las latas de víveres y se fijó en las etiquetas. Pero no tenía hambre; ni siquiera sentía cansancio. Observó a los lagartos que estaban allá afuera y vio cómo se escurrían alrededor de la plaza, trayendo brazadas de hierro viejo desde el edificio y apilándolo en grandes cajas rojas. Una curiosa estructura se divisaba al fondo de la plaza: era una especie de nave aérea, un casco abierto, con dos lagartos en su interior, sostenido por dos prolongaciones semejantes a las alas, de forma aerodinámica, cuyos extremos apuntaban hacia abajo. Se movió lentamente hasta quedar suspendida sobre la pila de cajas que los extraños bichos habían ido reuniendo. Luego, una portezuela se abrió en el vientre del aparato, y salió un gancho. Los lagartos enlazaron en él las cuerdas con las que habían atado los cajones. Falk los observaba ociosamente. El gancho empezó a elevarse, arrastrando las cajas y, a último momento, uno de los lagartos le arrojó otro lazo. La nueva caja era pesada; el gancho se detuvo al recibir el cabo de cuerda, y la nave aérea se hundió ligeramente. Luego volvió a elevarse, y también el gancho, hasta que toda la carga estuvo a unos diez metros del suelo.

Bruscamente, una de aquellas cuerdas se rompió; Falk la vio chasquear en el aire como un látigo y notó que la carga cabeceaba pesadamente hacia un lado. Entonces el piloto efectuó un pequeño descenso para igualar la tensión de las cuerdas restantes.

Los lagartos se desparramaron. La carga chocó violentamente contra el suelo, y un momento después ocurrió lo mismo con la aeronave; rebotó, patinó alborotadamente y, por fin, se detuvo cuando el piloto cortó la corriente.

Los bichos volvieron a acercarse, y

### Párpados soñadores

EL antiquísimo problema de saber si una persona que duerme está soñando, parece que se halla en vías de resolverse. Dos fisiólogos de Chicago: Aserinsky y Kleitman, descubrieron que varias veces por noche los párpados del durmiente hacen rápidas contracciones, y si se lo despierta en ese momento, afirma haber estado soñando. Por supuesto, los dos hombres de ciencia no se pasan la noche mirando al sujeto que duerme, sino que conectan a un aparato eléctrico, que les avisa cuando se mueve, y al mismo tiempo registra las ondas cerebrales.

los dos tripulantes descendieron del aparato para sostener con los restantes una interminable conferencia. Luego subieron nuevamente a bordo, y el aparato se elevó unos metros, mientras los otros soltaban el gancho. Acto seguido, otra conferencia. Falk vió que la escotilla a duras penas se había podido cerrar, por el excesivo contenido.

Finalmente, el aparato bajó una vez más, y luego de muchas discusiones y gesticulaciones las cajas fueron desembaladas y parte de su contenido vuelto a cargar en dos nuevas cajas, que con gran esfuerzo fueron izadas hasta ser depositadas en la cabina del piloto. Las restantes cajas quedaron diseminadas en la plaza.

El vehículo levantó vuelo. La mayoría de los lagartos se dispersaron. Un rezagado se aproximó a Falk para echarle una última mirada; después de gesticular un momento ante el muro transparente que lo separaba, tomó la deci-

sión de seguir a sus compañeros. Entonces, la plaza quedó desierta.

Pasó algún tiempo antes de que Falk pudiera ver una blanca llama que se alejaba en el cielo, despidiendo un resplandor plateado. Luego la llama se arqueó hacia arriba, en dirección al zenit, y se fué achicando hasta desaparecer.

De modo, pues, que los lagartos tenían espacionaves. Tampoco ellos se atrevían a usar las aberturas. No eran aptos... demasiado parecidos a los hombres.

**F**ALK salió a la plaza y dejó que la brisa refrescante encrespase sus cabellos. El sol se escondía tras las montañas y el cielo se tornaba rubicundo, semejante a una gran capa carmesí extendiéndose desde el oeste. Sin deseos de alejarse, Falk se quedó observando hasta que las tonalidades pasaron del rojo al violeta y luego al gris.



Entonces surgieron las primeras estrellas.

Era un bello mundo. Probablemente, un hombre podía quedarse allí y llevar una vida cómoda y agradable. Sin duda, esos árboles daban frutos exóticos y había agua en abundancia. El clima era bueno. Falk pensó sardónicamente que, con seguridad, no habría bestias salvajes, pues de otro modo a esos parlanchines turistas no se les habría ocurrido trasladarse a ese lugar.

Si todo lo que un hombre necesitaba era un sitio donde ocultarse, no podía haber ninguno mejor que éste. Por un momento Falk sintióse fuertemente tentado de hacerlo. Pensó en los helados mundos que había visto y se preguntó si encontraría alguna vez un lugar tan amable. Además, sabía ahora que si los constructores de las aberturas aún vivían, debía de hacer largo tiempo que se habían retirado a sus remotos lares. Tal vez vivían en uno solo de todos los billones de planetas; seguramente, Falk moriría antes de descubrirlo.

Miró los restos que los lagartos habían dejado en medio de la plaza. Una de las cajas estaba semiabierta; era la que había causado todo el conflicto. Había desparramadas a su alrededor un montón de chucherías infantiles: bonitos juguetes de vidrio de colores rojo, verde, azul, amarillo, blanco.

Un lagarto, abandonado por sus compañeros, sin duda llegaría a ser feliz aquí.

Suspirando, Falk regresó al edificio. La puerta se abrió ante él. Reunió sus pertenencias, se ajustó el casco y la mochila.

Ahora el cielo estaba oscuro. Alzó la vista para seguir el recorrido de la Vía Láctea, que le era familiar. Luego encendió la luz de su casco y se volvió hacia la abertura, que allí aguardaba. Cuando la luz se proyectó sobre la caja que los lagartos habían dejado, Falk

vió algo duro que sobresalía del borde. No era el diamante lustroso de los constructores de la abertura; parecía de piedra. Se acercó y abrió la caja. Vió un trozo de roca, toscamente labrada en forma de cuña. En su cara frontal estaba grabada una inscripción.

Sintiendo que la sangre le golpeaba las sienas, Falk se arrodilló junto a la piedra y leyó lo siguiente:

*Las aberturas detienen el proceso del envejecimiento. Yo tenía 32 años cuando abandoné Marte; ahora tengo muy poco más, aunque he estado viajando de estrella a estrella durante un lapso que calculo en no menos de 20 años. Pero hay que seguir. Yo me detuve aquí dos años y noté que estaba envejeciendo. He observado que la Vía Láctea se ve casi igual desde todos los planetas que he visitado. Esto no puede ser mera coincidencia. Creo que el viaje a través de las aberturas se hace al azar, dentro de círculos concéntricos de estrellas, y que, tarde o temprano, se tropieza con una abertura que da entrada al siguiente círculo interno. Si no me equivoco, el punto final es el centro de la Galaxia. Espero verlo a usted allá.*

JAMES A. TANNER.

Nativo de la Tierra.

Falk quedó cegado ante la gloriosa visión que se presentó a su mente. Creía comprender ahora por qué las aberturas no eran selectivas y por qué sus constructores ya no las usaban.

Una vez — hacía de esto quizá un billón de años —, ellos debían de haber sido los amos incontestados de la Galaxia. Pero muchos de sus mundos eran pequeños planetas como Marte, no bastante grandes, para mantener eternamente sus atmósferas y su agua; al parecer, hacía millones de años que esos seres habían comenzado a retirarse de

ellos. Y, entretanto, pensó Falk, en los mundos hirvientes que ahora se enfriaban, habían surgido las razas menores. Los animales reptantes y alborotadores. Los lagartos. Los hombres. Criaturas indignas de las estrellas.

Y así el camino se hacía largo y difícil; y las razas menores permanecían en los planetas que habían sido de aquellos otros seres. Pero para un hombre, o un lagarto, que, en aras del conocimiento, abandonase lo que llamaba "vida", el camino estaba abierto.

Falk apagó el foco de su casco y alzó la vista hacia la bruma diamantina de la Galaxia. ¿Dónde estaría él, al cabo

de mil años? ¿En esa mota de luz?, ¿o en aquélla?

Por lo menos, no se convertiría en polvo. No sería llorado, ni denigrado. Sería un viajero con destino y tal vez lograría cumplir la mitad de su largo viaje.

Wolfert esperaba en vano su retorno, pero esto no importaba; él era feliz, si cabía este calificativo a su existencia. Y en la Tierra seguirían surgiendo y cayendo las montañas hasta mucho después que la cuestión de la supervivencia humana hubiera sido olvidada. Quizá para entonces, Falk estaría de regreso. ✦



EN LA EDAD DE PIEDRA

Un conocido escritor de la revista "El Mundo" que se dedica a la

## ¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted *puede* vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted *puede* visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 5 usted podrá comprar su *pase* mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 50 su viaje durará un año...

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 50 al año.  
En el extranjero: U\$S 5.

**Más allá**

AV. ALEM 884  
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a **MÁS ALLÁ**. Adjunto cheque o giro postal por \$ 50.

Nombre .....

Dirección .....

# Espaciotest

En cada uno de los cuadritos que siguen usted deberá indicar la letra que corresponde a la respuesta que le parece acertada. Una vez llenados los cuadritos —¡pero no antes!— usted podrá comparar las respuestas con aquellas de la página 166.

Las preguntas de este Espaciotest tienen las siguientes finalidades: a) entretener; b) torturar su cerebro; c) exprimir de su memoria los conocimientos obtenidos de MAS ALLA y de otras lecturas, y d) medir sus progresos en los campos de las ciencias que son de particular interés para la fantasía científica.

Si usted no ha cometido ningún error, apresúrese a pedir un premio Nobel. Si ha acertado 7 a 5 respuestas, usted tiene un nivel cultural mayor que lo común. Con 3 ó 4 aciertos, usted puede considerarse una persona culta. Con dos, uno o ningún acierto... bueno, le aconsejamos suscribirse a MAS ALLA, cuya lectura es la manera más agradable de formarse una cultura científica ultramoderna.

Pregunta Nº 1:  4      Pregunta Nº 5:  5  
 Pregunta Nº 2:  1      Pregunta Nº 6:  4  
 Pregunta Nº 3:  3      Pregunta Nº 7:  3  
 Pregunta Nº 4:  3      Pregunta Nº 8:  5

## Nº 1. ¿Qué es el neutrón?

- 1) Un aparato acelerador de partículas.
- 2) Un planetaoide.
- 3) Un ser carente de diferenciación sexual.
- 4) Una partícula elemental.
- 5) El átomo de algún elemento.

## Nº 2. ¿Qué es el albedo de un planeta o satélite?

- 1) El poder reflector de la luz que recibe.
- 2) La relación entre el calor que emite y el que recibe.
- 3) Un eclipse parcial.
- 4) El movimiento aparente.
- 5) El periodo de rotación.

## Nº 3. ¿Qué es el protón?

- 1) El primer átomo.
- 2) El primer habitante de la Tierra.
- 3) El núcleo de la célula.
- 4) El núcleo del Sol.
- 5) El núcleo del hidrógeno.



## Nº 4. ¿En qué forma se pierde mayor proporción de la energía del combustible en el motor del automóvil?

- 1) Por recalentamiento del gas.
- 2) Por pérdidas debidas a frotamientos del motor.
- 3) Por combustión incompleta del combustible.
- 4) Por pérdidas de refrigeración.
- 5) Por frotamiento en la transmisión.



## Nº 5. ¿Qué es el calor?

- 1) Energía potencial.
- 2) La temperatura.
- 3) El fuego.
- 4) Energía de movimiento de los electrones.
- 5) Energía de movimiento de las moléculas.



## Nº 6. ¿Qué son los isótopos de un elemento?

- 1) Átomos de igual peso atómico y distinto número de protones.
- 2) Átomos de distinto peso atómico y distinto número de protones.
- 3) Átomos de distinto peso atómico e igual número de protones.
- 4) Átomos de distinto peso atómico e igual número de neutrones.
- 5) Átomos de igual peso atómico e igual número de protones.



## Nº 7. ¿Qué es el color?

- 1) Emisión de partículas luminosas.
- 2) Una sensación óptica.
- 3) Una forma de energía.
- 4) Radiación electromagnética.
- 5) Una propiedad de los objetos.

## Nº 8. Cómo puede estimarse la edad de un árbol?

- 1) Por su desarrollo exterior (volumen o tamaño).
- 2) Por el ritmo de renovación de sus hojas.
- 3) Por la composición química de su savia.
- 4) Por su capacidad de dar semillas o frutos.
- 5) Por la estructura interna del tronco.



# CONTESTANDO A LOS LECTORES



MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

## PREGUNTA:

A su criterio, ¿estará muy lejos el primer viaje al espacio?  
Ismael Chaves, San Agustín, FCNGR.

Respuesta: En opinión de muchísimos entendidos en proyectiles cohete, si se dispusiera de la décima parte del dinero que hoy gastan las naciones en armamentos, dentro de dos o tres años se podría llegar a la Luna.

## PREGUNTA:

¿Por qué los tripulantes de una astronave usan zapatos magnéticos cuando salen al exterior, si de todos modos deben ser atraídos hacia la nave debido a la ley de Newton?  
A. T. A. M.

Respuesta: Porque la astronave tiene una masa muy pequeña, y por lo tanto, se requiere muy poca velocidad para escapar a su atracción (relea la explicación de "velocidad de escape" en el N° 1 de Conquista del Espacio). Si no estuvieran imantados los zapatos, cual-

quier envié casual sería suficiente para alejar indefinidamente al tripulante, pues la fuerza de atracción de Newton, aunque existe, es pequeñísima.

## PREGUNTA:

¿Cuál es actualmente la defensa más eficaz contra un bombardeo atómico?  
F. Borgogno, General Alvear, Mendoza.

Respuesta: Las defensas contra la explosión son del mismo tipo que para las bombas comunes: refugios subterráneos, pero de mayor solidez. Contra las radiaciones que siguen actuando después de la explosión, lo mejor es alejarse de la zona cuanto antes. Si la bomba no cayó muy cerca bastará con encerrarse en casa sin usar el agua de las canillas ni renovar el aire durante las pocas horas necesarias para que el peligro desaparezca. Muy útil será disponer de un contador de Geiger, sencillo aparatito que indica la cantidad de radiaciones, y con el cual uno se evita el maltrato en la gran ciudad.

taminados, y sabrá en qué momento conviene disparar.

## PREGUNTA:

¿Cuál es la temperatura media en la superficie de Marte?  
A. J. Labadie, Capital.

Respuesta: La temperatura media es inferior a cero grados. La máxima alcanza a 20° algo después de mediodía, y la mínima a 45° bajo cero al amanecer, ambos datos como promedio anual.

## PREGUNTA:

¿Por qué la gente tiene tanto temor a la aparición de visitantes de otros planetas?  
D. A. Futuro.

Respuesta: El común de la gente tiene un terror general a todo lo desconocido, pero en este caso, además, casi todo lo que se escribe y se comenta acerca de habitantes de otros planetas hace que se piense en ellos como seres muy parecidos a nosotros en motivos y emociones, pero de técnica muy superior. Como consecuencia lógica lo primero que uno piensa es que nos tratarán como a salvajes, como trataron por ejemplo los conquistadores españoles a los indios americanos. Y sería realmente como para asustarse.

## PREGUNTA:

¿Qué es el espacio, qué lo constituye y cuáles son sus propiedades?  
H. S., Capital.

Respuesta: Su pregunta tiene contestaciones muy diferentes según se le dé carácter filosófico, físico teórico o astronómico. Desde este último punto de vista, que es el más afín a nuestra revista, se llama espacio a las regiones

interplanetarias e interestelares. Lo "constituyen" simplemente coordenadas de posición, y sus propiedades principales son la bajísima cantidad de materia que contiene por unidad de volumen (lo que hace que se lo llame el "vacío"), la cantidad un poco menos baja de radiaciones que lo atraviesan, y las misteriosas características de curvatura y finitud que le asignan ciertas teorías físicas.

## PREGUNTA:

¿Puede existir otro sistema de vida que no necesite oxígeno?  
Fernando R. Pujadas, Capital.

Respuesta: Es probable que sí. El oxígeno sólo es necesario para devolver, quemando alimentos, la energía gastada por el cuerpo. Hay muchas otras reacciones químicas que podrían dar tanta o más energía, utilizando flúor o cloro en vez de oxígeno. Tal vez eso impediría que la vida estuviese formada por compuestos del carbono, pero eso tampoco es un inconveniente absoluto. El carbono podría ser reemplazado por silicio, por ejemplo. Además no se ha demostrado que la energía del cuerpo deba provenir de reacciones químicas. Podría tener también origen eléctrico, y (¿quién sabe?) hasta nuclear. Al fin y al cabo un cerebro electrónico apenas mil veces más complicado que los actuales tendría pleno derecho a ser llamado una forma de vida...

## PREGUNTA:

¿Puede existir en otro planeta vida de carácter exclusivamente psíquico?  
Fernando R. Pujadas, Capital.

Respuesta: Su pregunta no tiene sentido mientras no defina usted concretamente lo que entiende por "vida de carácter psíquico". Tal vez quiera usted

decir si es posible llegar a un planeta y percibir allí imágenes o comunicaciones inteligibles sin que provengan de ningún objeto material. De todos modos, para que produzcan efectos sobre nuestro cerebro tendrán que gastar energía. Si usted acepta que esa energía no proviene de ninguna parte, derriba toda la física, cosa que nadie se animaría a hacer en serio. Si en cambio supone que esa energía proviene de alguna fuente que no es eléctrica, mecánica, térmica, radiante o nuclear, se trata de buscar las leyes a que obedece ese nuevo tipo de energía, usando métodos científicos comunes. Planteada de esta manera, su pregunta tiene respuesta afirmativa: puede haber en otros planetas y en el nuestro propio formas de energía que aún no conocemos y que sólo dependan indirectamente (tal como la energía radiante) de la presencia de objetos con masa.

#### PREGUNTA:

La ilustración del N° 2 que representa la bahía de San Francisco vista desde 80 km. de altura, es una foto o un esquema?

Fernando R. Pujadas, Capital.

Respuesta: Es un dibujo de Bonestell, inspirado en fotografías tomadas desde cohetes V-2.

#### PREGUNTA:

¿Cómo se producen los rayos ultravioleta y los infrarrojos?

José M. Garralda, h., Rauch, FCNGR.

Respuesta: Los rayos ultravioleta se producen por saltos de los electrones de un átomo de una órbita a otra, igual que la luz común, pero de energía algo mayor. Es fácil conseguirlos en los átomos de mercurio, y por eso las lámparas ultravioleta comunes son a mercurio.

Los rayos infrarrojos provienen de vibraciones y rotaciones de átomos enteros, con menos gasto de energía que en los saltos electrónicos. Se obtienen calentando un objeto cualquiera, por ejemplo, una resistencia eléctrica.

#### PREGUNTA:

¿Por qué vemos de diferente magnitud el disco de la Luna en cada una de sus fases?

Elba L. Scarafia, Córdoba.

Respuesta: Porque, aunque el Sol ilumina siempre la mitad de la Luna, nosotros esa mitad no la podemos ver cuando la Luna se halla entre el Sol y la Tierra; la vemos toda cuando estamos entre ella y el Sol (no tan en línea recta como para hacerle sombra: eclipse), y sólo vemos una parte de esa mitad cuando la Luna, al girar alrededor de la Tierra, ocupa otras posiciones que las mencionadas.

#### PREGUNTA:

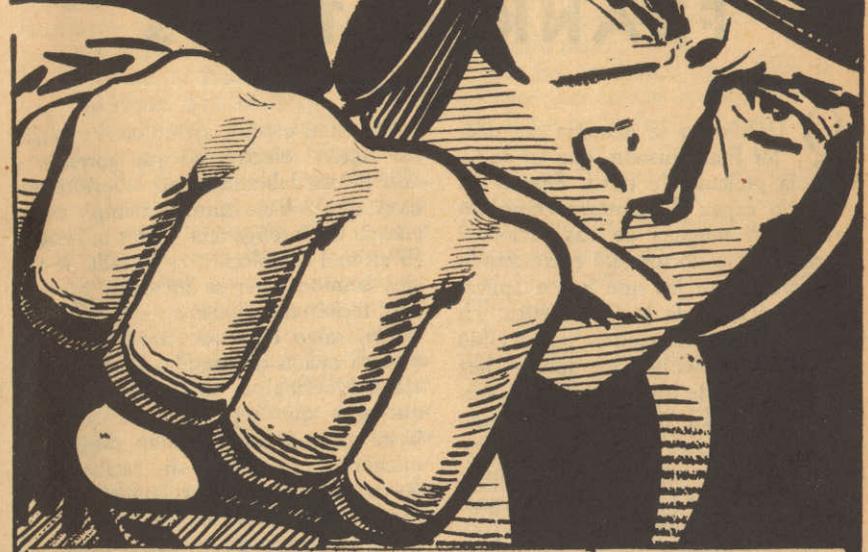
¿Cómo y cuándo fueron hallados mamuts helados en Siberia?

Roberto Cunningham, h.,  
Eva Perón, Bs. As.

Respuesta: El primero de estos famosos descubrimientos fué hecho en 1900, por un pastor siberiano, junto al río Beresovka, tributario del Kolyma. El pastor le cortó los colmillos y los vendió a un mercader, que por suerte comprendió la importancia del hallazgo. Recién a los trece meses pudo llegar al Beresovka una comisión de sabios rusos, que encontraron al mamut devorado en parte por los lobos, lo que basta para dar una idea de su perfecto estado de conservación. Desde entonces varios otros cadáveres de animales prehistóricos se han encontrado preservados por el frío.

# ¡Esté Alerta! ¡No lo deje pasar!

El lunes 9 aparece



## SUPERMISTERIX

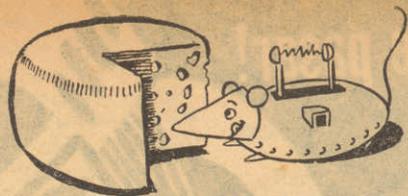
Super seleccionado de la aventura.  
1132 páginas de historietas y cuentos completos!

\$ 4.- el ejemplar

### ¡RESERVE HOY SU EJEMPLAR!

Archivo histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

MAS ALLA



## FRANKENSTEIN'S

¿QUIEN no se acuerda del doctor Frankenstein, que en aquella vieja película de terror fabricó un monstruo capaz de portarse como un hombre en muchas de sus acciones? Ahora el sabio doctor está encontrando imitadores entre los que hacen aplicaciones prácticas de la Cibernética. La Cibernética es una ciencia que recibió su fe de nacimiento hace apenas diez años, a manos de un matemático: Norbert Wiener. El trabajó en colaboración con científicos de casi todas las especialidades (fisiólogos, físicos, antropólogos) para dar las bases teóricas para el estudio de la comunicación y el control en el hombre y los animales.

Como resultado de esos estudios, se pueden hoy construir máquinas que actúan, en ciertas situaciones, como lo haría un animal. Esas máquinas han recibido amplia publicación en diarios y revistas, y la merecen, porque su parecido con los animales no es superficial, sino que proviene de que sus circuitos están contruídos para funcionar de manera análoga al sistema nervioso.

Entre los cibernéticos que se han dedicado, entre otras cosas, a eso, tal vez el más famoso es Claude Shannon, un verdadero Frankenstein.

Shannon es, por ejemplo, el creador del "ratón" electrónico que aprende a salir de un laberinto. Los laberintos se usan desde hace mucho tiempo como ensayo de inteligencia de los animales. El animal se coloca a la entrada de varios caminos que se bifurcan y enredan, terminando todos en callejones sin salida, salvo uno que conduce a una sabrosa ración de comida. La inteligencia del animal se mide por las veces que hay que repetir el experimento hasta que aprende el buen camino de memoria y lo recorre sin vacilar. Luego se cambia de lugar la ración, o se cambia la disposición del laberinto, y se ve el tiempo que necesita el animal para convencerse de que el camino que había aprendido no sirve más y aprender otro.

Bien. Shannon fabricó un aparatito electrónico, a cuya caja dió forma de ratón para más realismo, y que en la prueba del laberinto le da ciento y raya a cualquier ratón de veras. Es impresionante ver a ese montoncito de válvulas y relevadores desplazarse sobre sus rueditas, volviendo atrás cada vez que choca con una pared (porque aunque sería fácil dotarlo de "vista", el ratón de Shannon percibe a través de un sensor hasta llegar a la meta. Y luego,

al ponerlo de vuelta a la entrada, dirigirse por el camino más corto posible, sin desviarse, hasta la línea de llegada. Y al cambiar la disposición del laberinto, le basta también una sola prueba para "olvidar" el camino aprendido y descubrir el nuevo.

Si este aparatito que cabe en la mano es capaz de eso, ¿qué no podrá hacer un cerebro electrónico de los que tienen miles de relevadores y válvulas? Hasta ahora sólo se los usa para resolver problemas matemáticos, en vez de laberintos. Claro, son demasiado caros para que se los use como juguetes, pero si se quisiera... No olvidemos que ya hay máquinas que obedecen órdenes dadas verbalmente, y que incluso escriben al dictado, aunque con faltas de ortografía (la hache muda, por ejemplo, es una letra que las máquinas no se dignan tener en cuenta; ellas no son tradicionalistas en gramática, y con mucha razón). Hay máquinas capaces de leer libros en voz alta, y eso aunque haya varios tipos de letras: reconocen la forma de la letra! Eso fué un golpe terrible para los psicólogos que creían que la forma de las cosas era algo sólo perceptible por un cerebro vivo.

Las máquinas pueden ser dotadas de propósitos fijos, y hasta ordenados entre sí en importancia creciente. Con eso sus movimientos tendrán "sentido", es decir, servirán como medios para lograr ciertos fines. ¡Hasta la "libertad" se puede imitar perfectamente, con un dispositivo que cada tanto ordene movimientos al azar. Eso sería el equivalente de las cosas que nosotros hacemos "porque sí", sin motivo conocido.

Claro que hacer una máquina con todas esas cualidades y que además sea capaz de salir de situaciones complicadas tiene la dificultad, no sólo del precio, sino del tamaño enorme que habría que darle. Sin embargo, ahora que las válvulas de radio están siendo re-

emplazadas por los pequeños transistores en muchas de sus tareas, ese tamaño podrá reducirse probablemente a la mitad. Por desgracia las partes del aparato que le sirven de "memoria" (porque naturalmente, estos cerebros también recuerdan lo aprendido y pueden olvidarlo del todo a voluntad) siguen siendo delicadas y complicadas. Ese es el punto en que el cerebro humano les lleva mucha ventaja... por ahora. No sería difícil que los ingenieros terminaran copiando a las células nerviosas el sistema químico de conservar recuerdos que ellas parecen usar.

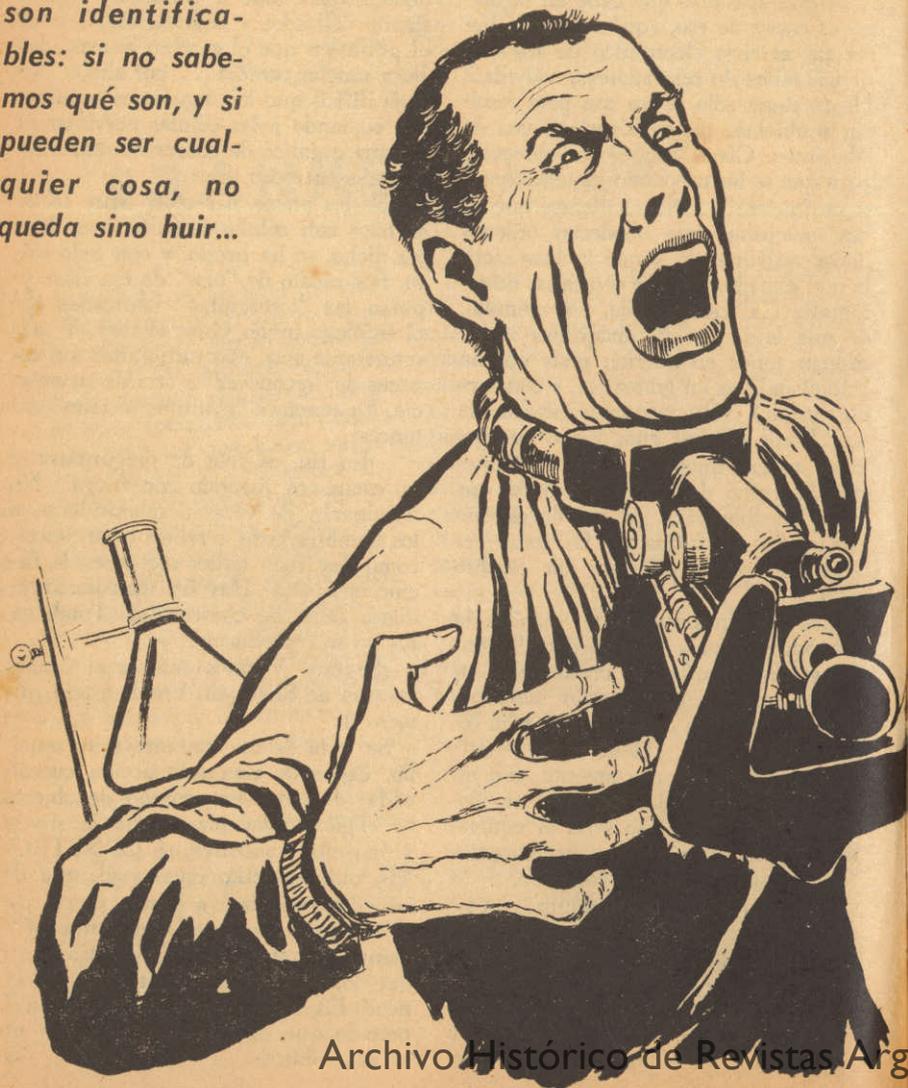
¿Se les puede dar ojos? Muy fácil: se hace con células fotoeléctricas. Mejor dicho, se ha hecho, y con todo éxito. Por medio de "ojos" de esa clase se guían las "tortuguitas" fabricadas por el fisiólogo inglés Grey Walter. Y más interesante aún, esas tortuguitas son capaces de "reconocer" a otra de su especie. Ya tenemos "instintos sociales" entonces...

En fin, es cosa de preguntarse si no estaremos jugando con fuego. ¿No terminarán de veras desplazándonos a los hombres estos cerebros electrónicos, como describen tantos escritores de ficción científica? Hay un remedio inmediato: dejar de construirlos. Total, solos no se reproducen...

¿Seguro? Veamos cuál es el último invento de Shannon, Frankenstein número 1.

Se trata de un aparatito muy sencillo, capaz de una sola acción coordinada: de entre un montón de objetos va eligiendo las piezas que le sirven y con ellas construye, sí, CONSTRUYE, otro aparatito igual a él, que de inmediato se pone a buscar piezas para construir otro igual, que inmediatamente... etc., etc. ¡Y después dicen que los cuentos de robots son fantásticos! En fin, el mundo andará mal, pero lo que es nuestra generación no se va a aburrir. ♦

No todos los enemigos del hombre son identificables: si no sabemos qué son, y si pueden ser cualquier cosa, no queda sino huir...



# COLONIZADORES

por PHILIP K. DICK

EL doctor Lawrence, inclinado sobre su microscopio binocular, ajustaba el campo de visión.

—Interesante — murmuró.

—¿Verdad que sí? Tres semanas en este planeta y no hemos encontrado todavía ninguna forma viva dañina.

El subteniente Friendly se sentó en el borde de la mesa de laboratorio y apartó las cubetas.

—¿Qué clase de lugar es éste? — comentó —. Ni gérmenes virulentos, ni moscas, ni insectos, ni ratas, ni...

—Ni bares, ni cabarets. Es un paraíso. Estaba seguro de encontrar en este cultivo algún espécimen de *eberthella typhi* o algo parecido a los hongos marcianos.

—¿No se ha convencido todavía de que este planeta está absolutamente libre de todo germen nocivo? Ni una cámara de esterilización lo estaría más.

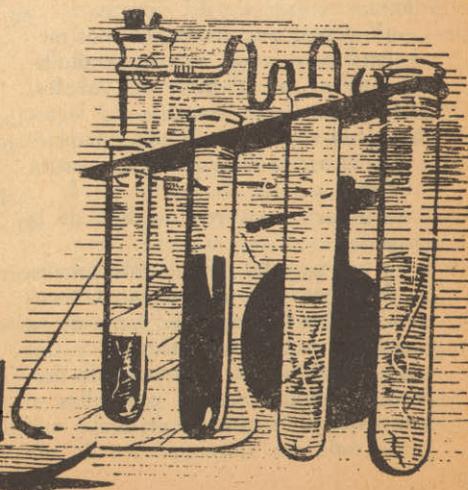
El doctor Hall se acercó a la ventana del laboratorio y contempló el paisaje que se extendía ante su vista. Tuvo que reconocer que era atractivo.

Bosques espesos, colinas onduladas, laderas verdes matizadas por flores versicolores, saltos de agua, árboles frutales, prados y prados en flores, lagos. La tripulación de la espacionave de exploración no había ahorrado esfuerzos para preservar intacta la superficie del "Planeta Azul" (así lo habían bautizado), en el cual habían aterrizado seis meses antes. Hall suspiró:

—¡De veras que es hermoso! Le aseguro que no me disgustaría pasar aquí una temporadita de vez en cuando.

—La Tierra parece un poco desolada al lado de esto, ¿verdad? — dijo Friendly dejando su cigarrillo —. ¿Se reiría de mí si le confieso que este lugar me produce un efecto muy curioso? No me atrevo ni a fumar para no arrojar descuidadamente las colillas.

ilustrado por Emsch.



Esto es demasiado limpio, demasiado tarjeta postal. Me siento como si estuviera de picnic en una florería.

—No se preocupe. Pronto llegarán los turistas y se encargarán de ensuciarlo un poco..., si es que no encuentran algún germen letal en este cultivo.

—Haga todo lo posible. Lo dejo ahora, pero pasará dentro de un rato para ver si tuvo suerte. Tengo una conferencia con el Estado Mayor en pleno. Se va a resolver formalmente si podemos dar el visto bueno para que la Comisión de Inmigración Intraplanetaria autorice a su vez la salida de los colonizadores. En la Tierra esperan sólo nuestro informe.

Salió Friendly cerrando la puerta tras sí. Sus pasos resonaron por el corredor y el doctor Hall quedó solo en el laboratorio.

Se sentó un momento para concentrar su atención, se acercó luego al microscopio y retiró el portaobjetos para examinar a la luz el rótulo. Lo depositó en su caja correspondiente y tomó otro, que revisó también a la luz. El laboratorio estaba tibio y silencioso. Los rayos de sol entraban por las ventanas y se reflejaban en el suelo. Afuera, una suave brisa movía la copa de los árboles.

—¡Y pensar que dentro de unos meses tendremos aquí una sucia multitud, ansiosa por derribar los árboles, arrancar las flores, ensuciar los lagos, pisotear el césped... Si sólo apareciese un virus, la inmigración no sería autorizada y...

Se detuvo y su voz no salió de la garganta.

Su voz no salió porque súbitamente las dos ramas del microscopio binocular se habían enroscado en torno de su garganta, como dos tentáculos, y trataban de asfixiarlo. Hall trató de deshacer su mortal abrazo, pero ellas se mantuvieron firmes, apretándolo más y más cada vez. Consiguió por fin sol-

tarlas y arrojó el microscopio al suelo.

El microscopio, sin darse por vencido, avanzó rodando hacia él, tratando de asirlo nuevamente con sus tenazas. Hall lo rechazó con un fuerte puntapié y sacó al mismo tiempo su pistola de rayos. Hizo fuego y el microscopio se desintegró.

—¡Santo Dios! ¡Qué demonios pasa? — exclamó, sentándose exhausto y secando el sudor de su frente.

LA sala de reuniones estaba atestada. No sólo la plana mayor del destacamento de explotación "Planeta Azul" estaba presente, sino también toda la oficialidad inferior y la totalidad de los técnicos. La comandante, Estrella Morrison, golpeó el mapa con su puntero de plástico:

—Esta franja de terreno es ideal para levantar la primera ciudad. Está cerca del agua, y las condiciones climáticas son adecuadas. Existen, además, depósitos minerales abundantes a corta distancia. Los colonos podrán instalar las fábricas necesarias y no tendrán que importar prácticamente nada. Aquí tienen el bosque más extenso de todo el planeta. Si tienen sentido común, no lo tocarán; pero si quieren talarlo para industrializar la madera, a nosotros no nos debe importar.

La comandante sintió pesar sobre ella el silencio de los hombres que la escuchaban.

—Señores: ¡seamos sensatos! Yo soy la primera en lamentar que nuestro hermoso planeta sea colonizado y estropeado, desde un punto de vista egoísta. Ciertamente, quisiera reservarlo para que viniéramos a pasar en él nuestras vacaciones; pero nuestro deber es avisar cuanto antes a la Comisión de Inmigración y proporcionarles un informe que les permita no prolongar la permanencia ni un minuto más de lo indispensable. Y lo

único que nos queda prácticamente por hacer es transmitir a la Tierra nuestro veredicto.

—¿Tenemos ya el informe bacteriológico? — preguntó el vicecomandante Wood.

—Todavía no, pero no creo que modifique substancialmente nuestra opinión. He seguido de cerca los trabajos y hasta la fecha no se ha encontrado ni siquiera un solo tipo de virus pernicioso. Si ustedes están de acuerdo, pienso que podemos transmitir ahora mismo la señal. Cuanto antes lo hagamos, antes pasará a recogerlos la espacionave y menos tiempo tendremos para lamentar la pérdida de nuestro querido planeta. No veo motivo...

La comandante se detuvo. Un murmullo iba tomando cuerpo en la sala. Todas las cabezas se volvían en dirección a la puerta.

Estrella Morrison frunció el ceño:

—Doctor Hall, ¿no sabe usted que cuando hay sesión en esta sala absolutamente nadie puede entrar en ella sin ser llamado?

El doctor Hall se balanceó sosteniéndose con una mano en el picaporte de la puerta. Paseó una mirada extraviada por la sala de reuniones. Finalmente, sus ojos tropezaron con los del subteniente Friendly, sentado en un extremo.

—Venga.

—¿Yo?

—¿Qué significa esto, doctor Hall? — intervino el vicecomandante Wood — ¿Está usted borracho o...?

El vicecomandante se detuvo. Acababa de ver en manos del doctor la pistola de rayos.

—¿Qué sucede, doctor? — dijo cambiando de tono.

Alarmado, el subteniente Friendly se levantó para sostener al doctor.

—¿Qué es? ¿Qué le pasa?

—Venga al laboratorio.

—¿Encontró algo nuevo? — preguntó

al subteniente, escrutando el rostro demudado de su amigo.

—Venga — repitió Hall dirigiéndose al laboratorio. Friendly lo siguió y entró tras él.

—Bueno, ¿de qué se trata? — preguntó nuevamente.

—Mi microscopio.

—¿Qué tiene su microscopio?

Friendly paseó su mirada por el laboratorio sin descubrirlo.

—Desapareció.

—¿Se lo han robado?

—No. Lo desintegré yo con mi pistola.

—¿Que lo desintegró? ¿Y por qué?

La boca del doctor se abrió y cerró repetidas veces, pero no emitió ningún sonido.

—Doctor Hall, ¿se siente bien de veras? — preguntó Friendly, preocupado ya por el estado mental de su amigo —. ¿Y esto qué es?

El subteniente había levantado una caja de plástico.

—Vamos, Hall, ¿en qué consiste la broma? — dijo, sacando el microscopio de la caja —. ¿Cómo dice que lo desintegró, si aquí está intacto? Vamos, cuénteme lo que sucedió. ¿Encontró alguna bacteria tóxica o letal?

Hall se aproximó lentamente al microscopio. Efectivamente, era el suyo. Lo reconoció porque una de las cremalleras estaba ligeramente gastada. Lo tocó con el dedo.

Cinco minutos antes, el microscopio había tratado de estrangularlo. El doctor sabía positivamente que lo había desintegrado con su pistola.

—¿Está seguro de que no necesita una visita al psicólogo? — preguntó Friendly muy preocupado —. Tiene todo el aspecto de haber recibido un fuerte choque emocional.

—Supongo que sí — respondió su amigo con un murmullo.

Toda unidad de exploración interplanetaria cuenta con un especialista

en desórdenes mentales y un equipo automático completo. Dadas las condiciones de sus trabajos, la higiene mental es tan importante como la física. Hall se encontraba sentado en la cabina del automático.

En la pantalla del robot aparecían y desaparecían luces de distintos colores y los casilleros se iban llenando de cifras y signos. Por último, todos los datos necesarios estuvieron listos.

—¿Y? —preguntó Hall al psicólogo.

—Usted presenta un estado de perturbación agudo. El índice de inestabilidad psíquica es 10.

—Más del coeficiente de peligro, ¿verdad?

—Sí. El coeficiente de peligro es ocho. Diez es completamente anormal, especialmente para personas tan equilibradas de ordinario como usted. Su índice normal es cuatro.

—Es verdad —asintió Hall.

—¿No podría darme alguna indicación sobre lo sucedido?

No. No le puedo decir nada más.

El parlante de la máquina robot protestó.

—No se pueden negar informes en el curso del examen.

—No pienso agregar nada más —dijo Hall al psicólogo—. Pero independientemente de los motivos, ¿debo considerar que me encuentro en un estado de anarquía psíquica?

—Efectivamente. Lo que no puedo decirle, mientras usted persista en ocultar datos, es por qué causa o qué significado tiene.

—Muchas gracias.

Hall sentía zumbiar sus oídos mientras se dirigía a su habitación. ¿Estaría loco? No podía dudar de que había hecho fuego contra algo. Había explorado con radar la atmósfera del laboratorio y encontrado partículas metálicas en suspensión, especialmente cerca del lugar en que había desintegrado su microscopio.

“Pero, ¿cómo es posible que un objeto inanimado cobre vida de repente y trate de matarme? ¿Cómo es posible que Friendly lo haya encontrado intacto en su caja, si estoy seguro de haberlo desintegrado, o por lo menos absolutamente cierto de no haberlo guardado?”

Estas preguntas torturantes volvían una y otra vez a su mente mientras se desnudaba en su habitación y entraba en el baño automático. El agua caliente lo tranquilizó algo y pudo ordenar sus pensamientos. El examen psíquico demostró que su mente estaba severamente alterada, pero esto podía ser el resultado y no la causa de lo sucedido. Estuvo a punto de contárselo a Friendly para conocer su opinión, pero se contuvo. ¿Quién podía dar crédito a una narración tan fantástica?

Apretó un botón y salió del baño para secarse. Tomó del toallero una toalla y la acercó a su cuerpo.

La toalla se enroscó a su pecho y lo apretó contra la pared. Hall trató de desasirse y la toalla envolvió su cabeza. Luchó durante varios minutos, que le parecieron siglos, y logró desprenderse. Cayó exánime al suelo y tropezó con la cabeza en uno de los artefactos.

Cuando volvió en sí, miró al toallero: en él estaba el mismo número de toallas que antes de su baño y todas presentaban exactamente el mismo aspecto. ¿Una nueva alucinación?

Salió del baño procurando no acercarse al toallero. Con grandes precauciones tomó otra toalla de su armario y se secó con ella. Luego, comenzó a vestirse

Esta vez fué su cinturón el que trató de asfixiarlo. Tenía muchos refuerzos de metal para las pistolerías y era sumamente sólido. Hall rodó por el suelo trabado en lucha a muerte con su cinturón. El cinturón parecía una serpiente de acero, se enroscaba y desenroscaba para apretar y aflojar

mente más su abrazo. Por último, Hall pudo llevar la mano a su pistola. El cinturón se soltó de inmediato y Hall lo desintegró de un tiro.

Hall se dejó caer exhausto en un sillón: los brazos del sillón trataron también de envolverlo. Pero esta vez la pistola estaba preparada. Disparó seis veces hasta que dió en el blanco y la silla desapareció también.

En el medio de la pieza y a medio vestir, con el corazón estallándole en el pecho, Hall murmuró:

—No es posible. ¿Estaré loco?

Terminó de calzarse y vestirse como pudo, salió al corredor, tomó el ascensor y subió al piso donde estaban las oficinas de la comandante.

Estrella Morrison estaba en su escritorio. Cuando el doctor Hall entró en la pieza, una pantalla de detección automática dió un silbido de aviso.

—¿Por qué viene armado, doctor?

Hall miró sin entender; de pronto se acordó de la pistola. La tenía aún en la mano.

—Disculpe, comandante.

—Está bien, doctor. ¿Qué desea? He recibido un informe del gabinete de psicología según el cual su índice de desequilibrio psíquico ha subido de cuatro a diez en sólo veinticuatro horas. Creo que hace mucho tiempo que somos amigos, doctor: ¿no querría decirme qué le sucede?

Hall respiró hondo:

—Mire, Estrella, mi microscopio acaba de intentar estrangularme.

—¿Cómo?

—Luego, al tomar un baño, una toalla trató de asfixiarme y cuando me fuí a poner el cinturón...

La comandante se había levantado:

—¡Soldado de guardia! —gritó.

—Espere un momento, Estrella. Escúcheme. Hablo en serio. Pasa algo misterioso. Cuatro objetos distintos han cobrado repentinamente vida y han

lo que estábamos buscando. Tal vez...

—¿Usted sostiene que su microscopio trató de matarlo?

—Sí: cobró vida de repente y sus ramas trataron de estrangularme.

Hubo un largo silencio. Estrella preguntó:

—¿Vió alguien lo que usted dice?

—No.

—¿Qué hizo usted?

—Lo desintegré con mi pistola.

—¿Quedaron fragmentos?

—No —admitió Hall con desagrado—. Para decirle la verdad, el microscopio apareció al poco tiempo en su caja, completamente intacto.

—Muy bien.

Los dos centinelas que habían acudido al llamado de Estrella, tomaron al doctor a una señal de la comandante:

—Conduzcan al doctor Hall a los calabozos, y que permanezca confinado hasta que lo podamos remitir a la tierra para un tratamiento.

Los guardias habían asegurado al doctor con esposas magnéticas. Estrella lo miró con pesar.

—Lo siento mucho, doctor. Mientras no pueda probar lo que me ha referido, tenemos que considerarlo víctima de una crisis psicótica. Comprenderá que no podemos dejarlo en libertad.

Hall no respondió y se dejó conducir por los soldados sin oponer la menor resistencia. Le pareció que su cabeza se iba a desintegrar de un momento a otro, como los objetos que él había destruido. “Tal vez tiene razón”. “Debo de estar loco”.

A la entrada de la sección disciplinaria, los centinelas se detuvieron.

—¿Qué desean? —preguntó el robot.

—La comandante Morrison ordena que este hombre sea alojado en un calabozo. Llame al oficial de guardia.

—El oficial de guardia está ocupado

—respondió la máquina con su voz ligeramente chillona.

—Se trata de un caso urgente.

La máquina tardó un buen rato en responder. Se veía que la situación era de las más complicadas que podía afrontar su maravilloso mecanismo. Después de casi un minuto preguntó nuevamente:

—¿Dijo que es orden de la comandante Morrison?

—Sí. Abra de una vez.

—Pueden pasar —respondió la máquina. La verja de acceso se hundió en el piso y los centinelas llevaron su prisionero a la oficina de guardia. Uno de ellos abrió la puerta y se quedó con el terror pintado en su rostro.

En el piso yacía el oficial de guardia con el rostro violáceo y los ojos saltando de sus órbitas. Todo lo que se veía de él eran la cabeza y los pies; el resto estaba envuelto por una alfombra roja que lo apretaba como una boa.

Hall se precipitó en su ayuda. Tomó uno de los extremos de la alfombra y gritó a los centinelas:

—¡Rápido, agarren del otro extremo! Los tres tiraron con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! —gritó el oficial de guardia semiinconsciente.

—¡Un momento; ya va! —le respondió Hall.

La alfombra se defendía desesperadamente. De pronto, cedió y comenzó a deslizarse velozmente hacia la entrada. Uno de los soldados apuntó y la desintegró de un tiro.

Hall corrió al aparato de televisión y marcó el número del comandante. En la pantalla apareció el rostro de Estrella.

—¡Mire! —le gritó Hall.

Estrella dirigió su mirada al oficial que todavía estaba en el suelo y a los soldados, uno de los cuales tenía en la mano su pistola.

—¿Qué... qué sucede?

—Una alfombra atacó al capitán Taylor —respondió Hall, no sin satisfacción—. ¿Quién es el loco ahora?

—Inmediatamente mando un destacamento abajo —respondió Estrella—. Pero, ¿cómo...?

—Díales a los soldados que tengan preparadas sus armas. O mejor, dé la alarma general.

HALL colocó tres objetos en el escritorio de la comandante: su microscopio, su toalla, su cinturón metálico, y señaló con la mano a la alfombra arrollada en un rincón.

—¿Está usted seguro, doctor, que...?

—Tranquilícese, comandante. Los objetos han vuelto a la normalidad y esto es precisamente lo más alarmante del asunto. Esta toalla trató de sofocarme hace tres horas; yo pude salvarme desintegrándola. Y ahora está como si nada hubiera pasado: completamente inofensiva.

El capitán Taylor señaló a la alfombra.

—Esta alfombra es de mi propiedad. La tejí mi esposa.

Estrella y los dos hombres se miraron.

### Cráneos de plástico

UN plástico acrílico, usado ya por los dentistas, se está ensayando en la famosa clínica Mayo para reemplazar trozos de huesos craneanos. La gran ventaja del plástico sobre el metal es que puede moldearse en el mismo agua que el metal. Este método fué ideado por un alsaciano: el doctor Worringer.



—Recuerde que la alfombra fué desintegrada en su presencia — le advirtió Hall.

Los tres quedaron en silencio.

—Bueno; si desintegramos la alfombra, y la alfombra está aquí..., ¿qué fué lo que me atacó?

—Algo que tenía exactamente la forma de su alfombra, como lo que intentó asfixiarme a mí tenía la forma de una toalla.

—Pero si es una toalla completamente vulgar..., ¿cómo pudo atacarlo?

—Por supuesto que no hubiera podido hacerlo —reconoció el doctor—; he analizado estos objetos mediante todos los procedimientos posibles. Puedo garantizar que son exactamente lo que parecen ser: cuerpos sólidos formados por sustancias anorgánicas, ninguna de las cuales puede cobrar vida y, mucho menos, atacar a alguien.

—Pero alguien o algo me atacó; si no fué la alfombra, ¿qué ha sido?

EL subteniente Dodds estaba en el vestuario terminando de vestirse a toda prisa. La unidad había sido convocada con urgencia. Sólo le faltaban los guantes.

—¿Dónde habré...? ¿Dónde demonios...?

Sobre el banco estaban dos pares de guantes, absolutamente idénticos.

—Estoy seguro de que no tengo más que un par... ¿Quién se habrá olvidado éstos, o a quién se los habré sacado?

La pantalla de televisión se iluminó, y sonó un silbato en el parlante.

—¡Atención! ¡Atención! Todo el personal debe reunirse inmediatamente en el salón... ¡Atención! Reunión de emergencia para todo el personal.

—Muy bien —respondió Dodds, para que el automático consignase su "conforme".

Tomó uno de los pares de guantes y hundió sus manos en ellos. No bien estuvieron calzados, los guantes comenzaron a moverse por sí mismos, arrastrando tras ellos las manos del subteniente.

—¿Qué demonios me...?

Sus manos fueron llevadas hasta la pistolera, se cerraron sobre el mango, la extrajeron y la apuntaron contra el pecho de su dueño.

Dodds sintió que sus dedos se doblaban dentro de los guantes. Se oyó un alarido espantoso y Dodds cayó al suelo con un enorme boquete en el pecho. En su rostro quedó estereotipada su angustia y su terror.

EL cabo Tenner corría por la explanada frente al edificio principal del Grupo de Exploración Interplanetaria: había escuchado la señal de reunión en un extremo del campo y corría a presentarse. Ante la puerta de

acceso se detuvo, se descalzó sus botas claveteadas, e iba a pararse en el felpudo para que las microondas lo esterilizaran, cuando advirtió con sorpresa que había dos felpudos en lugar de uno, como era habitual. Sin dar importancia a la novedad, se paró en uno de los felpudos.

La superficie del felpudo lanzó una descarga de microondas para destruir todas las bacterias o esporas que pudiera traer desde el exterior. El cabo entró en el edificio.

Detrás de él llegó, también a la carrera, el subteniente Fulton. Se despojó de sus botas y se paró en un felpudo.

—¡Eh! —gritó dolorido— ¡Suélteme!

El felpudo se había arrollado sobre su pie. Trató en vano de separar su pie, pero el felpudo no se desprendía. Fulton se asustó.

—¡Socorro!

Dos soldados acudieron a la carrera.

—¿Qué sucede, mi teniente?

—¡Sáquenme este maldito felpudo!

Los soldados creían que bromeaba.

—¡No es broma! ¡Pronto! ¡Me está quebrando el pie!

Fulton comenzó a vociferar como un animal degollado. Los soldados forcejearon titánicamente con el felpudo. Fulton rodó por el suelo, aullando y gimiendo. Pudieron por fin separar un extremo del felpudo, y el subteniente retiró sus pies, o, mejor dicho, lo que quedaba de sus pies: carne y músculos habían desaparecido; sólo quedaban los huesos, que comenzaban también a disolverse.

NO cabe duda —afirmó el doctor Hall—; nos encontramos en presencia de una forma de vida orgánica.

La comandante Morrison preguntó al cabo Tenner:

—¿Está absolutamente seguro de que había dos felpudos cuando usted entró?

—Sí, mi comandante; me paré en uno y entré.

—Puede dar gracias a Dios por haber elegido bien.

—Debemos extremar las precauciones. Estos seres misteriosos tienen la capacidad de transformarse en duplicados de cualquier objeto. Es una especie de camaleón.

—Dos vasos —comentó Estrella ensimismada—; dos vasos, y uno de ellos puede ser fatal. ¿Cómo vamos a hacer para distinguir los objetos verdaderos de los duplicados? Piense usted el número casi infinito de objetos múltiples que nos rodean.

—Esto es lo grave. Los objetos duplicados no presentan absolutamente ningún rasgo que permita distinguirlos de los auténticos. Mi microscopio no tenía ninguna peculiaridad extraña cuando me incliné sobre él.

Estrella se apartó de los dos vasos.

La pantalla de televisión se iluminó; el rostro preocupado del vicecomandante Wodds apareció.

—Estrella, otro muerto.

—¿Quién?

—Un oficial desintegrado: el subteniente Dodds. Sólo quedaron sus botones y la pistola.

—¡El tercero en seis horas! —exclamó Estrella.

—Si es una forma orgánica de vida, debe de haber algún sistema para destruirla. Hemos desintegrado varios, luego es posible destruirlos. Pero, ¿cuántos otros habrá? Es muy probable que puedan reproducirse por segmentación. Debe de ser alguna especie de protoplasma indiferenciado...

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, estamos a su merced. Esta es la forma letal propia del planeta. No pudimos encontrar ninguna otra porque ésta es mucho más eficaz y ha eliminado todas las demás. En todo sistema de seres vivientes

la Tierra tenemos las bacterias y sus agentes portadores. En Venus, las babosas...; pero en todo el sistema solar no había aparecido hasta el momento nada comparable a esto.

—Bueno, doctor, pero si se lo puede matar, quiere decir que todavía podemos defendernos.

—Siempre que podamos encontrar la substancia adecuada. Debemos buscar algún veneno o algún agente corrosivo que pueda utilizarse en grandes cantidades profilácticamente. No podemos estarnos sentados esperando el ataque para defendernos entonces. Necesitamos una substancia que pueda ser desparramada o, si es posible, nebulizada en grandes extensiones, como hicimos con las babosas en Venus.

Estrella miró sobre el hombro de Hall. Este giró siguiendo su mirada.

—¿Qué sucede?

—No recuerdo haber visto dos archivos en ese rincón. Me parece que había solamente uno...

La comandante se pasó una mano por la frente:

—Si seguimos así, vamos a enloquecer todos.

—Me parece que le hace falta un traguito, Estrella.

—¡Excelente idea, doctor! —exclamó Estrella Morrison, pero inmediatamente decayó nuevamente.

—No se ría de mí, pero no me atrevo a tocar nada. Vivo con la mano en la pistolera, aguardando minuto a minuto el ataque.

UNGER, el botánico, escuchó en los tele-telefonos de su yelmo la señal de reunión, recogió a toda prisa los ejemplares que había reunido en el bosque y se dirigió a su helicóptero individual con las herramientas.

Le pareció que no lo había dejado tan cerca, pero supuso que se había confundido. Subió a la cabina, depositó cuidadosamente las plantas, ajustó

el piloto automático y apretó la palanca, dispuesto a emplear los escasos minutos del viaje en la lectura de sus apuntes científicos.

El helicóptero no levantó vuelo. Intrigado, se inclinó sobre el tablero de control, y al hacerlo divisó algo que lo hizo estremecer: a pocos metros estaba otro helicóptero, en un macizo que recordaba perfectamente. Ese era su helicóptero. Alguien había venido después que él y había dejado otro. Unger maldijo su propia distracción y se dispuso a bajar.

Pero la puerta no se abrió. El techo comenzó a bajar hacia su cabeza. El vidrio delantero comenzó a fundirse. El botánico trató en vano de librarse: las partes sólidas del helicóptero se habían vuelto elásticas como tejidos animales y segregaban en gran cantidad un líquido espeso y maloliente.

Entonces Unger sintió que el líquido atacaba su cuerpo y comenzaba a disolverlo. Como un relámpago pasó por su mente la explicación: era jugo gástrico; el helicóptero se había transformado en un estómago gigantesco y lo estaba digiriendo.

**N**O me mires —gritó Mónica Gail a su novio, el cabo Hendricks.

—¿Por qué? ¿No puedo mirar?

—Porque voy a salir del agua.

El sol se hundía en las tibias aguas del lago. Las orillas estaban flanqueadas por gigantescos árboles cubiertos de musgos, de los que pendían pintadas enredaderas y viñas agrestes.

Mónica salió a la playa y sacudió el agua de sus largos cabellos. Ante ella se extendía el bosque, cuyo silencio era turbado solamente por el crepitar de las hojas arrastradas por el viento. Estaban lejos de las instalaciones del grupo.

—¡Mónica! —gritó a sus espaldas su novio—, ¿me dejas mirar ya?

—Todavía no —respondió la joven penetrando en el bosque.

A pocos pasos había dejado su uniforme. El sol acariciaba su espalda con la tibieza de sus últimos rayos. Se sentó en el césped y se dispuso a vestirse.

Primero sacudió las hojas y ramitas que habían caído sobre su ropa interior y empezó luego a vestirse.

Hendricks seguía nadando en el lago con brazadas largas y serenas. Ya había pasado un cuarto de hora desde que Mónica lo dejó. No se oía ruido alguno.

—¡Mónica!

No obtuvo respuesta. El silencio era más profundo que nunca.

—¡Mónica!

Nada.

Alarmado, Hendricks nadó en dirección a la costa lo más rápidamente que pudo y salió a la orilla. En una piedra estaba pulcramente doblado su uniforme, pero su novia no se veía por ninguna parte.

Su grito se perdió en la quietud del bosque. Se detuvo atónito mirando en torno. Nada. Un pánico glacial se apoderó de él.

—¡Mónica! ¡Mónica!

El bosque no le respondió.

**E**STRELLA Morrison estaba completamente abatida:

—Tenemos que tomar de inmediato alguna medida. No podemos seguir hablando y esperando. Las víctimas ya pasan de diez.

Hall se volvió dando la espalda a la mesa del laboratorio.

—Por lo menos ya sabemos contra quién tenemos que combatir. Es una forma protoplasmática enteramente indiferenciada, pero con una capacidad de diferenciación y de multiplicación prácticamente infinita. Creo que esto nos podrá dar una idea de la cantidad

que existe.  
—¿Qué es?

—Un compuesto de arsénico e hidrógeno: la *arsina*.

—¿Cómo piensa usarla?

—Voy a gasificarla en el laboratorio —respondió Hall mientras se ajustaba su yelmo de exploración interplanetaria. Su voz resonó en los tele-telefonos colocados en el yelmo de Estrella Morrison—. Creo que en este laboratorio es donde existe más protoplasma que en ninguna otra parte.

—¿Y por qué aquí precisamente?

—Porque aquí fueron almacenados todos los especímenes botánicos y sospecho que el protoplasma ha venido en ellos, o peor aún, que *alguno de los ejemplares era protoplasma comestible*. Del laboratorio se ha extendido al resto de los edificios metamorfoseado en los objetos más diversos.

La comandante y los cuatro soldados que la acompañaban se ajustaron sus yelmos.

—La arsina es fatal para los seres humanos, ¿verdad, doctor?

—Efectivamente. La voy a usar sólo aquí, y a título de experiencia, pero hay que descartar la posibilidad de un uso ilimitado. Conecten el oxígeno a los yelmos.

—¿Y cuál es la comprobación que busca usted?

—Si da resultado, conoceremos en cierta medida el grado de dispersión del protoplasma. Sabremos si tenemos que luchar solamente contra un foco o contra una plaga.

—¿Qué sería lo peor?

—Nuestro grupo de exploración está formado por cien hombres; en la situación actual, lo peor que puede suceder es que nos vayan eliminando uno tras otro. Pero esto no es nada; cada día se pierden grupos de exploración enteros. Cien hombres no es una cifra elevada en sí misma.

—¿Le parece poco?

—Sí, Estrella. Supongamos que el protoplasma es divisible al infinito. Si

esto es así, tenemos que pensar muy seriamente si podemos correr el riesgo de salir de este planeta llevando con nosotros los gérmenes. Un solo germen sería suficiente para acabar con la vida en todos los planetas habitados.

Estrella Morrison lo miró:

—¿Entonces lo que usted pretende es saber si el protoplasma es infinitamente divisible o no?

—Me conformo con bastante menos. Tal vez sólo hay unas cuantas formas, o tal vez hay muchísimas. Tal vez la mitad de los objetos de este laboratorio no son lo que parecen ser... No tengo tanto miedo a que nos ataquen como a que dejen de hacerlo.

—No entiendo.

—El protoplasma puede duplicar un objeto con absoluta perfección. No se trata de una semejanza superficial: el microscopio que trató de estrangularme funcionaba exactamente como uno verdadero, aumentaba, ajustaba, reflejaba perfectamente. Es un tipo de mimesis que deja muy atrás todo lo que hubiéramos podido pensar.

—¿Usted sugiere que podríamos llevar con nosotros el protoplasma a la Tierra bajo la forma de algún objeto de vestir o de un instrumento?

—Efectivamente.

—¿Cree usted que, además de estar dotados de vida, lo están también de razón?

—Todavía no lo puedo afirmar.

Hall tomó el tubo de arsina y abrió la válvula.

—¡Atención!

El gas salió con un silbido tenue y se esparció por el laboratorio. El comandante y los soldados observaban en silencio. El sol entraba por los ventanales reflejándose en los balones y frescos de las mesas. No hubo cambio alguno.

—No veo nada —dijo Estrella—. Está seguro de que sale el gas?

—Completamente. No lo podemos

ver porque es incoloro, pero el medidor registra la salida de medio metro cúbico. Todavía no está suficientemente saturada la atmósfera. No vayan a quitarse los yelmos.

Transcurrieron cinco minutos más. Luego...

—¡Santo Dios! —exclamó Estrella.

En un extremo del laboratorio, una vitrina comenzó a tambalearse. Se arrugaron sus paredes, su volumen disminuyó rápidamente, y pronto no quedó más que una masa informe de gelatina transparente.

—¡Miren allí!

Una estufa se fundió y desapareció en contados segundos. En todo el gabinete los objetos comenzaron a moverse. Una hilera completa de recipientes de vidrio, la piletta, dos microscopios...

—¡Cuidado! —gritó Hall.

Una inmensa campana de vidrio cayó a los pies de un soldado abollándose contra el suelo.

El doctor se inclinó sobre el bloque de gelatina: era una gigantesca célula; podían verse a simple vista el núcleo, el citoplasma y los gránulos ligeramente fosforescentes.

Alambiques, soportes, crisoles, la mitad del equipo del laboratorio danzaba y desaparecía. El propoplasma había duplicado uno por uno todos los objetos existentes.

Uno de los guardas sacó su pistola.

—¡No tire! La arsina es inflamable. Vámonos de aquí; ya sabemos lo que queremos.

—¿QUE opina, doctor, cuál es la situación? —interrogó Estrella.  
—Muy mala. La arsina ha afectado al protoplasma. Si hubiéramos soltado más, lo habría matado. Pero no tenemos cantidad suficiente de arsina para someter al mismo proceso toda la superficie del planeta. Y aun que

la tuviéramos, no podríamos usar las pistolas.

—Entonces tenemos que irnos del planeta.

—No podemos correr el riesgo de llevar el protoplasma con nosotros.

—Pero no nos podemos quedar aquí esperando que nos absorba uno por uno.

—Podemos esperar y pedir a la Tierra que nos manden arsina o algún otro veneno equivalente. Por supuesto que destruiríamos toda la vida del planeta.

—¡No importa! Si es necesario, incendiaremos el planeta entero.

Estrella y el doctor se miraron.

—Voy a comunicarme con la Tierra. Hay que sacar de aquí a toda la unidad, o lo que queda de ella. Cuando estemos a salvo podremos estudiar mejor la forma de limpiar el planeta.

—¿Y vamos a correr el riesgo de llevar con nosotros el protoplasma?

—Dígame, doctor, ¿puede duplicarnos a nosotros?; ¿puede imitar formas superiores de vida?

—Parece que no. Hasta el momento sólo lo han hecho con objetos anorgánicos.

—Entonces tendremos que dejar aquí todos los materiales anorgánicos.

—Pero, ¿y nuestros vestidos?

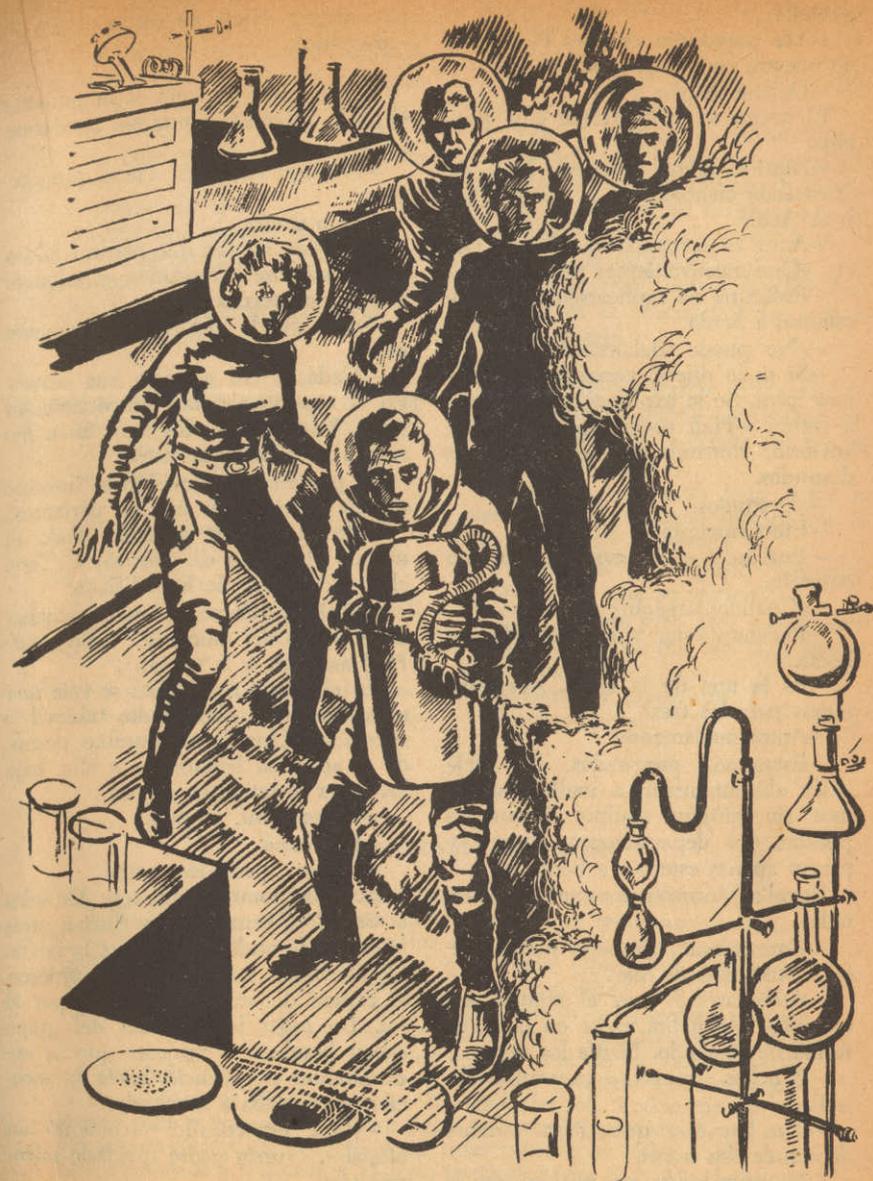
—Nos iremos sin ellos. Nos iremos sin llevar *absolutamente nada*.

—Ya entiendo. Creo que daría resultado. ¿Podría inducir al personal a que... dejase aquí todas sus cosas?

—Puesto que es para salvarles la vida, puedo *ordenárselo*.

—Creo que es la única posibilidad que nos queda de salir vivos.

LA única espacionave de capacidad suficiente para rescatar a los hombres del grupo, se encontraba a cuatro horas de vuelo de allí, con destino a



Estrella Morrison se apartó de la pantalla.

—Me preguntan cuál es el motivo de nuestro pedido de auxilio.

—Déjeme hablar a mí.

El doctor se sentó frente a la pantalla.

—Aquí el doctor Lawrence Hall, de la división científica de la unidad Planeta Azul.

—Aquí el comandante Daniel Davis. ¿Qué inconvenientes tiene, doctor?

—Preferiría no explicárselo hasta que estemos a bordo.

—¿No puede adelantarme algo?

—Si se lo dijera, pensaría que estamos locos. Se lo explicaré mejor frente a frente —Hall vaciló un poco—. Le advierto, comandante, que subiremos desnudos.

—¿Desnudos?

—Efectivamente.

—Entiendo —era evidente que no entendía.

—¿Cuándo llegarán?

—Podemos estar allí dentro de dos horas.

—Es la una de la tarde, ¿los esperamos para las tres?

—Aproximadamente.

—Estaremos preparados. No deje bajar absolutamente a nadie. Subiremos sin ningún equipo. Abran las puertas del departamento estanco y partan apenas estemos a bordo.

Estrella Morrison se asomó a la pantalla:

—Comandante, ¿le sería posible decir a sus hombres que...

—Aterrizaremos con el control automático. No habrá nadie en la plataforma de comando. Nadie los verá.

—Muchas gracias —murmuró Estrella.

—No hay por qué. Nos veremos dentro de dos horas.

—La tripulación se reunirá en el campo de aterrizaje diez minutos antes de las tres. Dejarán sus equipos aquí

para tener la seguridad de que no habrá ningún objeto en contacto con la espacionave.

—¡ME niego! —rugió el subteniente Friendly—; prefiero quedarme aquí.

—No diga tonterías. Tiene que obedecer.

—Pero doctor...

—No hay tiempo que perder: faltan veinte minutos. Desvístase y salga al campo de aterrizaje.

—¿No puedo llevar absolutamente nada?

—Nada... ni siquiera sus armas. En la espacionave nos proporcionarán ropas. Vamos, todos los otros están haciendo lo mismo que usted.

La pantalla de televisión se iluminó y una voz resonó en los parlantes: "¡Todo el mundo afuera! ¡Todo el mundo al campo de aterrizaje! ¡Todo el mundo fuera de los edificios!"

—¿Ya?... ¿Cómo no hemos escuchado el ruido del aterrizaje? —preguntó Hall asomado a la ventana.

En el centro de la pista se veía una espacionave de alto bordo, inmóvil y silenciosa. Una muchedumbre desnuda se acercaba lentamente a ella, bajo los rayos penetrantes del sol.

—Ya está ahí, ¡vamos!

—Espéreme.

—Bueno, ¡pero dése prisa!

Los dos hombres salieron desnudos al corredor. Junto a ellos corrían otros hombres desnudos camino de la salida. Descendieron las escaleras y corrieron al campo de aterrizaje bañado por el sol. De todos los edificios del grupo salían hombres y mujeres que se encaminaban en silencio hacia la espacionave que iba a rescatarlos.

—¡Qué espectáculo! —comentó un oficial—. Nunca podré olvidarlo mientras viva.

—Pero por lo menos vivirá —respondió

—¡Lawrence!

Hall se dió vuelta a medias.

—¡No se dé vuelta, por favor! —suplicó Estrella—. Iré detrás de usted.

—¿Cómo se siente, Estrella?

—Muy rara.

—¿No cree que vale la pena pasar por esto?

—Supongo que sí.

—¿Espera que alguien nos crea?

—No me parece: yo misma comienzo a dudar.

—Por lo menos, estaremos vivos.

—Así lo espero.

HALL miró a la espacionave. Acababan de bajar una planchada y algunos trepaban ya por ella.

—Lawrence...

La voz de la comandante tembló:

—Lawrence, tengo...

—¿Qué, Estrella?

—Tengo miedo.

—¿Tiene miedo? —respondió Hall deteniéndose—. ¿Y de qué?

—No lo sé.

Habían llegado a la planchada. Junto a ellos estaba un grupo que pugna-

ba por subir. Hall puso el pie en la planchada:

—¡Arriba!

—Quiero volver... quiero... —Estrella estaba alarmada.

—Vamos, Estrella, ya es tarde.

Hall subió a la rampa, empujado por otros hombres y mujeres y llegó a la cabina estanco. El hombre que estaba delante de él desapareció en el interior de la espacionave.

El doctor entró detrás de él sumergiéndose en la obscuridad. La comandante lo siguió.

A las 15.00 en punto, el comandante Daniel Davis aterrizaba con su espacionave en el centro del campo del "Planeta Azul".

Apretaron un botón para bajar la planchada, y se quedó sentado en la sala de control esperando.

—¿Qué pasa? —preguntó el comandante—. ¿Por qué no vienen?

—Tal vez les pasa algo —respondió un oficial—. Tal vez nos han hecho una broma.

Esperaron y esperaron.

No vino nadie.

## Las emociones de los perros

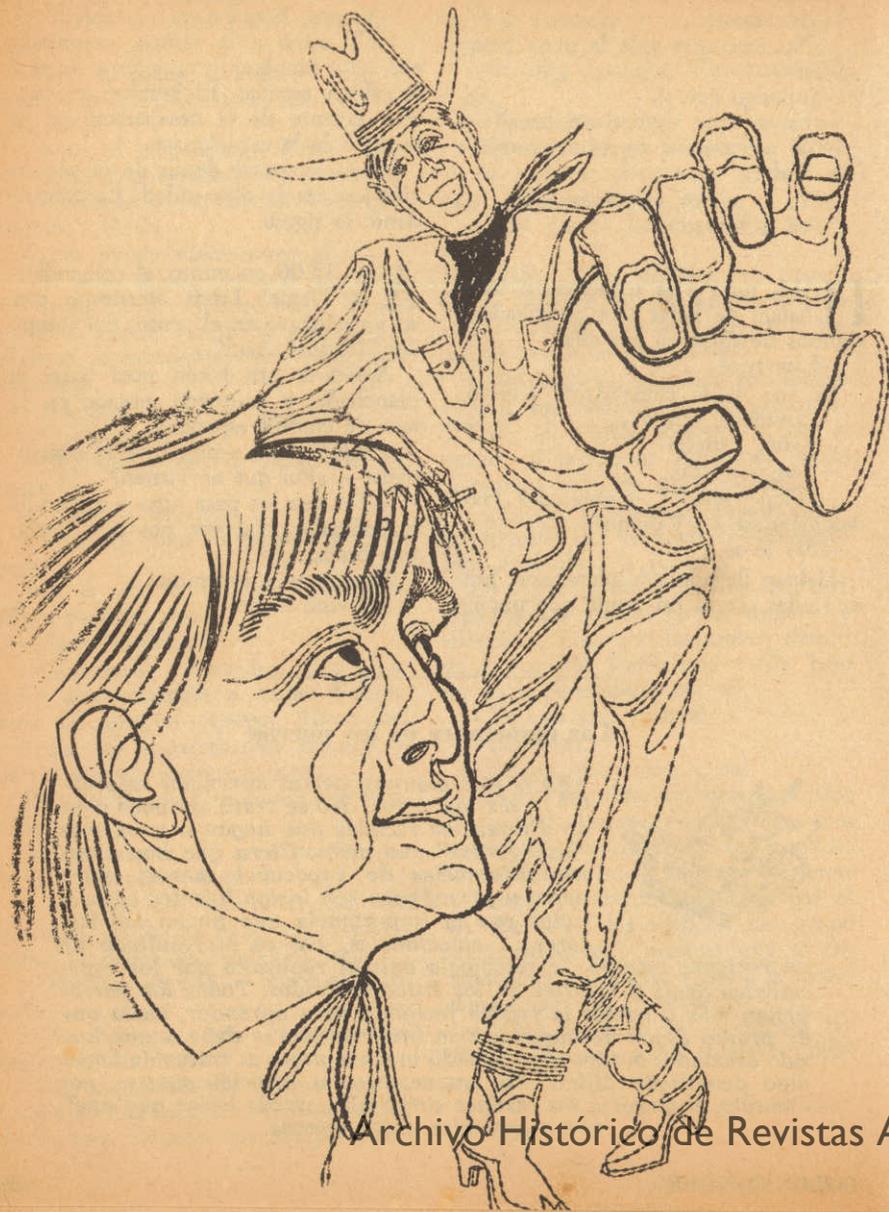


¿POR QUÉ algunos perros aprenden más cosas que otros? No se trata tampoco aquí de diferencias raciales que hagan a unos más "inteligentes" que otros. Claro que hay algunas diferencias de capacidad mental entre perro y perro, pero son insignificantes comparadas con la importancia que tienen los factores... emocionales. Tal es el resultado de un reciente estudio de psicología animal realizado por los especialistas Scott y Charles en los Estados Unidos. Todos los perros tienen más o menos la misma facilidad para aprender, hasta que de pronto dejan de hacerlo. Esta interrupción se debe a que han sido asustados o a que han fallado muchas veces al tratar de hacer algo demasiado difícil. Por supuesto, una emoción mayor, por ejemplo, el terror a los castigos corporales, puede hacer que vuelvan a aprender cosas nuevas.

# CUERPOS INUTILES

por KURT VONNEGUT, Jr.

*Huir de las preocupaciones es un sano consejo médico . . . , ¡con tal de no quedarse uno atrás!*



ME imagino que los veteranos, los que no nacimos así, no nos sentiremos nunca muy a gusto siendo anfibios...: anfibios en el nuevo sentido de la palabra. Todavía me enoja a veces por cosas que realmente ya no importan.

Por ejemplo, no dejo de preocuparme por mi negocio... o lo que era antes mi negocio. Después de todo, yo lo fundé y me pasé treinta años trabajando en él, y ahora los equipos se están oxidando y cubriéndose de tierra. Pero, aunque me doy cuenta de que es una tontería preocuparme por lo que le ocurre a mi negocio, de cuando en cuando pido un cuerpo en alguno de los depósitos y voy a mi ciudad natal para limpiar y aceitar los equipos lo mejor que puedo.

Claro está que esos equipos sólo servían para ganar dinero, y Dios sabe que aquí hay dinero por todas partes. No tanto como había antes, porque al principio la gente se entusiasmó con él y lo tiraba a diestro y siniestro, y el viento se lo llevó. Y algunos, más emprendedores, reunieron montones de dinero y lo escondieron en alguna parte. Aunque no me guste, tengo que reconocer que yo reuní casi medio millón y lo guardé. A veces solía ir a contarlo, pero de eso hace muchos años. Ahora

me vería en un aprieto si me preguntaran dónde está.

Pero aunque yo me preocupe por mi negocio, eso no es nada comparado con lo que mi esposa, Magda, se preocupa por nuestra antigua casa. La verdad es que ella le dedicó treinta años: los mismos que yo le dediqué a mi negocio. Pero en cuanto la habíamos decorado por fin a nuestro gusto, todo el mundo que nos interesaba algo se convirtió en anfibio. Una vez al mes, Magda pide un cuerpo y limpia la casa, aunque ahora una casa sólo sirve para impedir que las termitas y los ratones pillen una pulmonía.

CADA vez que me toca trabajar como ayudante en el depósito local de cuerpos, me doy cuenta de que a las mujeres les cuesta mucho más trabajo que a nosotros acostumbrarse a ser anfibias.

Magda pide cuerpos con más frecuencia que yo, como casi todas las mujeres en general. Tenemos en el depósito más veces más cuerpos de mujer que de hombre, para poder atender a la demanda. Por lo visto, toda mujer tiene que tener un cuerpo para adornarlo con vestidos y mirarse al espejo. Y Magda, bendita sea, no se quedará satisfecha hasta no haber probado todos

los cuerpos de todos los depósitos de la Tierra.

Pero yo no me burlo nunca de eso, porque ha cambiado de un modo maravilloso la personalidad de Magda. Para decir la verdad, su antiguo cuerpo era una cosa que no podía entusiasmar a nadie, y eso la ponía de mal humor muy a menudo, en las épocas antiguas. No podía evitarlo, la pobrecilla, porque nadie puede hacer otra cosa que aguantarse con su cuerpo; y, a pesar de él, yo la quería.

Pues bien, después de que aprendimos a ser anfibios y construimos los primeros depósitos de cuerpos, abriéndolos al público, Magda se transformó por completo. Pidió el de una rubia platinada que había sido famosa estrella de revistas, y yo pensé que ya no iba a querer salir de él. Como decía, adquirió una confianza maravillosa en sí misma.

Como a la mayoría de los hombres, a mí me es casi igual un cuerpo que otro. Sólo se guardaron en los depósitos los cuerpos jóvenes, fuertes y bien formados, de modo que lo mismo es uno que otro. A veces, cuando Magda y yo pedimos a la vez dos cuerpos, en memoria de los tiempos pasados, la dejo que me elija el mío, para gozar mejor del que ella se ha buscado. Y siempre elige una rubia alta y esbelta cuando sale conmigo.

Mi antiguo cuerpo, al que según dice amó durante un tercio de siglo, tenía cabellos negros, era bajo y panzudo, especialmente hacia el final. Soy humano y no pude menos de sentirme dolido cuando lo destruyeron, después de abandonarlo yo, en lugar de guardarlo en el depósito. Era un cuerpo bueno y cómodo; nada de particular, pero seguro. Aunque la verdad es que esa clase de cuerpos no tienen gran demanda en los depósitos. Al menos, a mí nadie me pidió uno.

La peor de mis experiencias con un

cuerpo fué cuando me convencieron de que debía sacar el que perteneció al doctor Rodrigo Valdivia. Pertenece a la Sociedad de Veteranos Anfibios y sólo se lo saca una vez al año, durante el gran desfile de veteranos, en el aniversario del descubrimiento de Valdivia. Todo el mundo dijo que era un gran honor que me hubieran elegido para entrar en el cuerpo de Valdivia y dirigir el desfile.

Y como un estúpido, yo les creí.

**P**ERO les costará mucho trabajo el convencerme de que lo acepte por segunda vez... si lo consiguen. Mientras estuve dentro de aquella ruina comprendí claramente por qué razón Valdivia descubrió que la gente podía pasarse sin sus cuerpos. El que él tenía es un cuerpo que prácticamente lo echa a uno afuera. Ulceras, dolores de cabeza, pies planos, artritis... una nariz como un gancho, ojitos de ratón y un cutis que parece el forro de un baúl viejo. Aun sigue siendo la mejor persona del mundo; pero, cuando estaba metido dentro de ese desdichado cuerpo, nadie se acercaba a él lo suficiente para saberlo.

Cuando empezamos a realizar los desfiles del Día de los Veteranos, tratamos de convencer a Valdivia de que debía entrar en su cuerpo de presidario, pero no lo conseguimos; así es que siempre hay que engañar a algún pobre estúpido, haciéndole creer que se trata de un gran honor. Valdivia desfila también, claro está, pero en el cuerpo de un vaquero de casi dos metros de estatura, capaz de doblar una lata de cerveza entre los dedos.

Valdivia se porta como un chiquillo con ese cuerpo. Nunca se cansa de doblar latas de cerveza, y, cuando termina el desfile, todos tenemos que quedarnos con nuestros cuerpos, mirándolo como si eso nos impresionara mucho.

Algunos dicen que esas épocas

no podría hacer gran cosa con sus manos.

Nadie le habla de eso, porque es el patriarca de la Edad Anfibia, pero desgasta de un modo terrible los cuerpos. Cada vez que se pone uno lo estalla, presumiendo con él. Luego, alguien tiene que entrar en el cuerpo de un cirujano y arreglarlo.

No es que no le tenga respeto a Valdivia. En realidad, creo que no hay nada más respetuoso que decir que alguien es infantil en ciertas cosas, porque la gente de esa clase es la que tiene ideas más grandes e importantes.

En la Sociedad Histórica había un retrato suyo, de las épocas pasadas, y uno ve que nunca le dió a su apariencia exterior la importancia que le dan las personas mayores; que no intentaba sacar el partido posible del cuerpo miserable que le dió la Naturaleza.

Tenía los cabellos largos y cayéndole sobre el cuello; los pantalones tan caídos, que las suelas de los zapatos les abrían agujeros en las vueltas, y el forro de su chaqueta colgando arrugado junto al borde. Y se olvidaba de comer y salía sin la ropa suficiente los días de frío o lluvia, sin hacer caso de las enfermedades hasta que estuvieron a punto de matarlo. Era lo que se solía llamar un distraído. Si recordamos esos tiempos, claro está, nosotros diremos que comenzaba a ser anfibio.

**V**ALDIVIA era un matemático y vivía de su inteligencia. El cuerpo que acompañaba su magnífico cerebro le servía tanto como un montón de chatarra. Cuando se enfermaba y tenía que prestar alguna atención a su cuerpo, se ponía furioso y decía cosas como las siguientes:

—La mente es lo único que vale en el ser humano. ¿Por qué hay que atarla a un conjunto de piel, sangre, carne y huesos?

extrañar que la gente no pueda hacer nada, teniendo que cuidar a un parásito al que hay que alimentar y proteger constantemente del tiempo y de los gérmenes. Y ese cuerpo estúpido termina por gastarse de todos modos... ¡por mucho que uno lo proteja!

—¿A quién — preguntaba — le interesa realmente una de esas cosas? ¿Qué tiene de maravilloso el protoplasma para que vayamos a todas partes con kilos y kilos de él?

—Lo malo — decía Valdivia — no es que haya demasiada gente... sino demasiados cuerpos.

Cuando se le pusieron enfermos los dientes y tuvo que sacárselos todos, sin poder conseguir una dentadura postiza que le resultara cómoda, escribió en su diario:

“Si la materia viva pudo evolucionar lo suficiente para salir del océano, que realmente era un lugar agradable para vivir, no cabe duda de que podría dar un paso más y entrar y salir de los cuerpos, que no son más que puras molestias cuando uno se para a pensar en ello.”

Eso no quiere decir que sintiera envidia de las personas que tenían cuerpos mejores que él. Simplemente pensaba que los cuerpos daban más molestias de lo que valían.

Realmente no tenía grandes esperanzas de que la gente evolucionara y pudiera salir de sus cuerpos mientras él vivía aún. Se limitaba a desear que lo hicieran. Aborto en esa clase de pensamientos, se fué a pasear por el parque en mangas de camisa y se detuvo ante el Zoológico para ver dar de comer a los leones. Luego, cuando la lluvia se convirtió en helado granizo, se dirigió hacia su casa y se interesó al ver a los bomberos, al borde de una laguna, empleando el pulmomotor para volver a la vida a un ahogado.

Los testigos decían que el anciano se había metido en el agua y había

seguido adelante sin que la expresión de su rostro cambiara un instante hasta que desapareció. Valdivia echó una mirada a la cara de la víctima y dijo que nunca había visto a nadie que tuviera más razones para suicidarse. Luego se dirigió de nuevo hacia su casa, y había llegado casi a ella antes de darse cuenta de que el cuerpo que yacía junto a la laguna era el suyo.

**V**OLVIO a ocupar otra vez su cuerpo en el mismo instante en que los bomberos lo hacían respirar de nuevo, y se lo llevó a casa, más bien como un favor a la ciudad que como otra cosa. Entró con él en un guardarropa, salió del cuerpo de nuevo y lo dejó allí.

Lo sacaba solamente cuando quería escribir algo o volver las páginas de un libro, o cuando había que alimentarlo para que tuviera la energía suficiente para realizar las escasas tareas que le encomendaba. El resto del tiempo seguía sentado e inmóvil en el guardarropa, sin consumir casi ninguna energía. El otro día, Valdivia me dijo que su cuerpo le costaba menos de diez pesos por semana, porque se limitaba a sacarlo cuando realmente lo necesitaba.

Pero lo mejor de todo era que Valdivia ya no tenía que dormir porque *eso* tuviera que dormir; ni sentía ya miedo porque *eso* pensara que algo podía hacerle daño; ni comprar cosas que *eso* creyera que debía tener. Y, cuando *eso* no se sentía bien, Valdivia lo dejaba en el guardarropa hasta que mejoraba, y no tenía que gastarse una fortuna para que esa cosa se sintiera cómoda.

Cuando sacaba su cuerpo del guardarropa, para escribir, lo hacía para componer un libro acerca de cómo podía uno dejar su cuerpo. El libro fue rechazado sin comentario alguno por veintitrés editores. El vigésimo

vendió dos millones de ejemplares, y el libro cambió la vida humana más que la invención del fuego, de los números, del alfabeto, la agricultura o la rueda. Cuando alguien le decía eso a Valdivia, él contestaba que su libro no merecía tan débiles elogios. Y yo creo que tenía razón.

Siguiendo durante unos dos años las instrucciones que Valdivia daba en su libro, cualquiera podía salir de su cuerpo cuando lo deseaba. El primer paso era darse cuenta de que el cuerpo era, la mayoría de las veces, un parásito y un dictador, y luego separar lo que el cuerpo quería o no quería, de lo que uno mismo (nuestra psique) quería o no. Después, concentrándose en lo que uno quería e ignorando en lo posible los deseos del cuerpo, aparte de su simple mantenimiento, conseguimos que la psique exigiera sus derechos y se bastara a sí misma.

Eso era lo que Valdivia había hecho, sin darse cuenta de ello, hasta que él y su cuerpo se separaron en el parque, y su psique se fué a ver cómo comían los leones, mientras su cuerpo, sin control alguno, entraba en la laguna.

El truco final de la separación, una vez que la psique había conseguido independizarse lo suficiente, era comenzar a caminar con el cuerpo en cualquier dirección y, de repente, hacer que la psique tomara la dirección opuesta. No sé por qué motivo no podía hacerse estando uno parado... Había que andar.

Al principio, mi psique y la de Magda eran muy torpes y no sabían vivir bien sin nuestros cuerpos, del mismo modo que los animales que se encontraron por primera vez en la Tierra, hace millones de años, no sabían más que revolverse en el fango, boqueando como si se fueran a asfixiar. Pero, con el tiempo fuimos aprendiendo, porque, naturalmente, la psique se adapta con

**M**AGDA y yo teníamos buenas razones para querer salir de nuestros cuerpos. Todo el mundo que deseaba al principio salir de ellos lo hacía por buenas razones. El cuerpo de Magda estaba enfermo y no iba a durar mucho. Cuando ella se fuera, yo no me sentiría ya con muchos deseos de seguir viviendo. Por eso, estudiamos el libro de Valdivia y tratamos de que Magda saliera de su cuerpo antes de que éste se muriera. Yo la imité para que no nos sintiéramos solos. Y lo hicimos a tiempo; seis semanas antes de que su cuerpo terminara por completo.

Por eso desfilamos todos los años en el desfile del Día de los Veteranos. No todos desfilan ese día: sólo los primeros cinco mil que nos convertimos en anfibios. Eramos cobayos y no teníamos gran cosa que perder, pero probamos a los demás cuán agradable y seguro era: mucho más seguro que correr riesgos todos los años dentro de nuestro cuerpo.

Tarde o temprano todos tenían sus motivos para probar el nuevo método. Llegamos a ser millones, y actualmente hay más de mil millones de los nuestros; invisibles, insustanciales, indestructibles y, además, sinceros con nosotros mismos, sin causar molestias a nadie y sin temor a nada.

Cuando no están dentro de sus cuerpos, los veteranos anfibios pueden reunirse en una cabeza de alfiler. Cuando entramos en nuestros cuerpos para el desfile del Día de los Veteranos, ocupamos más de quince mil metros cuadrados, tenemos que comer más de tres toneladas de alimentos para mantener nuestra energía, y muchos de nosotros pillan resfrios o algo peor, o se enojan porque el cuerpo de uno pisa accidentalmente el cuerpo de otro, y hay rivalidades y envidias porque unos cuerpos dirigen el desfile y otros for-

diablos!, no sé cuántas cosas más pasan.

A mí no me entusiasma el desfile. Con tanta gente junta, tanto cuerpo unido... bueno, eso hace que salga a relucir lo peor de cada cual, por buenas que sean nuestras psiques. El año pasado, por ejemplo, el día del desfile de los veteranos hacía un calor horroroso. Como es natural, todos estábamos malhumorados al vernos obligados a permanecer durante horas dentro de cuerpos sudorosos, muertos de sed.

En fin (una cosa lleva a la otra), el director del desfile dijo que le iba a dar una paliza tremenda a mi cuerpo, con el suyo, si yo no marcaba mejor el paso. Naturalmente, como era director del desfile, tenía el mejor cuerpo de aquel año, excepto el del vaquero que se reservaba para Valdivia; pero yo le dije que de todos modos podía irse al cuerno. El se tiró sobre mí, y yo salí entonces de mi cuerpo y me alejé sin ni siquiera detenerme a mirar si el director lo golpeaba o no. El mismo tuvo que llevar luego mi cuerpo al depósito.

En cuanto salí de mi cuerpo dejé de estar enojado con él. Me daba cuenta de lo que sentía. Nadie, salvo un santo, puede ser realmente bondadoso e inteligente durante una hora seguida dentro de un cuerpo... ni tampoco feliz, excepto en escasos momentos. Todavía no he conocido un anfibio que no sea de carácter agradable, alegre e interesante... mientras está fuera de su cuerpo. Y todavía no he conocido ninguno que no se agrie un poco cuando entra en alguno.

En cuanto uno entra en un cuerpo, la química empieza a dominar la situación: las glándulas nos vuelven excitables, coléricos, hambrientos, afectuosos o... bueno, uno nunca sabe lo que va a ocurrir entonces.

**P**OR eso es por lo que yo no puedo enojarme con el enemigo: con las gentes que están en contra de los anfibios. Nunca han salido de sus cuerpos ni quieren aprender a hacerlo. Tampoco quieren que los demás lo hagan, y les gustaría que los anfibios volvieran a sus cuerpos y no salieran más de ellos.

Después de mi disputa con el director del desfile, Magda se enteró de lo ocurrido y dejó su cuerpo en mitad de una reunión de Primeros Auxilios. Y los dos, que nos sentíamos muy contentos de haber dejado nuestros cuerpos y el desfile, fuimos a echar un vistazo al enemigo.

Nunca me gusta ir a verlo. A Magda le gusta para enterarse de lo que usan las mujeres. Como no pueden cambiar de cuerpos, las mujeres enemigas cambian de vestidos, cosméticos y peinados mucho más a menudo que los cuerpos femeninos que tenemos en los depósitos.

A mí no me interesan gran cosa las modas, y todo lo que oye uno decir en el territorio enemigo es tan aburrido que hasta una estatua sentiría deseos de huir de allí.

Generalmente, el enemigo habla de la reproducción al estilo antiguo, que es la cosa más torpe, más cómica y más inconveniente que uno puede imaginarse, comparada con la de los anfibios. Si no hablan de eso, entonces están hablando de comida o de la enorme cantidad de medicinas que tienen que meterse en el cuerpo. O hablan del miedo, que ellos suelen llamar política: la política del trabajo, la política social, la política del gobierno.

Al enemigo le fastidia que nosotros podamos verlo en cualquier momento, mientras que ellos no pueden vernos como no nos metamos en algún cuerpo. Por lo visto nos tienen un miedo espantoso, aunque para nosotros tener un cuerpo a un anfibio es tan comprensible

como tenérselo al sol naciente. Por nosotros, pueden quedarse con el mundo entero, excepto los depósitos de cuerpos. Pero ellos se unen como si esperaran que cayéramos del cielo y les hiciéramos cualquier cosa terrible.

Sus ciudades y campos están llenos de aparatos que, según creen, sirven para avisar la presencia de los anfibios. Esos aparatitos no valen para nada; pero, por lo visto, nuestros enemigos se sienten más a gusto con ellos, como si pensarán que están enfrentados con fuerzas terribles. Pero no pierden el valor y hacen grandes cosas, cosas muy inteligentes para luchar contra ellas. Y constantemente no paran de hablar de la ciencia que poseen y que nosotros no tenemos. Si por ciencia quieren decir armas, no cabe duda de que tienen razón.

**Y**O diría que hay una guerra entre ellos y nosotros. Pero nosotros no hacemos nada para luchar contra ellos, como no sea mantener en secreto el lugar de nuestros desfiles y de nuestros depósitos, y salir de nuestros cuerpos cada vez que hay un raid aéreo o que el enemigo dispara un cohete o algo así.

Eso enfurece más aún al enemigo, porque los raids y los cohetes cuestan caros; y hacer estallar cosas que nadie necesita es un empleo bastante malo del dinero del contribuyente. Nosotros siempre sabemos lo que van a hacer, cuándo y dónde, así es que no nos cuesta ningún trabajo mantenernos lejos de su camino.

Pero son muy listos, si se considera que, además de pensar, tienen que cuidar de sus cuerpos. Por eso siempre voy con cautela cuando me mandan a vigilarlos. Y por eso quise irme en cuanto Magda y yo vimos un depósito de cuerpos en el centro de uno de sus campos. Pero nosotros no habíamos hablado con nadie acerca de lo que el

enemigo pensaba hacer, y el depósito nos pareció muy sospechoso.

Magda se sentía optimista, como se ha sentido siempre desde que se puso el cuerpo de la estrella de revistas, y me dijo que el depósito era seguramente un signo de que los enemigos habían visto la luz y estaban dispuestos a convertirse en anfibios como nosotros.

En realidad, así parecía. Allí teníamos un nuevo depósito, bien provisto de cuerpos y abierto al público, tan inocente como el que más. Lo rodeamos varias veces, y en cada rodeo Magda se acercaba más y más, porque quería ver qué tenían a disposición de las damas.

—Vámonos — le dije.

—No hago más que mirar — dijo Magda —. El mirar no es nada malo.

Entonces vió lo que había en el escaparate principal, y se olvidó de dónde estaba o de dónde venía.

En aquel escaparate había el cuerpo de mujer más extraordinario que yo he visto; mediría un metro setenta de estatura y tenía las proporciones de una diosa. Pero eso no era todo. Tenía piel de color bronce, cabellos y uñas color chartreuse y un vestido de fiesta de lamé de oro. Al lado de aquel cuerpo había el de un gigante rubio, vestido con uniforme de mariscal de campo, azul pálido, con vivos escarlata y el pecho cubierto de medallas.

Me imagino que el enemigo debía de haber robado los cuerpos en el asalto a uno de nuestros depósitos, y luego los había arreglado y teñido y los había vestido con aquella ropa.

—¡Magda, ven aquí! — le dije.

La mujer color bronce, con los cabellos chartreuse, se movió. Sonó una sirena, y unos soldados salieron corriendo de sus escondites y se apoderaron del cuerpo que Magda había tomado.

¡El depósito era una trampa para

El cuerpo cuyo atractivo Magda no

había podido resistir tenía atados los tobillos, y Magda no pudo dar los pocos pasos necesarios para escapar.

Los soldados se la llevaron triunfalmente, como una prisionera de guerra. Yo me metí en el único cuerpo disponible, el del mariscal de campo, y traté de ayudarla. Era una situación sin salida, porque el mariscal de campo era también un cebo y tenía los tobillos atados. Los soldados me arrastraron tras Magda.

**E**L presumido mayor que estaba al mando de los soldados se puso a bailar de contento en la misma carretera. Era el primer hombre que capturaba un anfibio, lo que desde el punto de vista del enemigo era realmente un triunfo. Llevaban años en guerra con nosotros y habían gastado Dios sabe cuántos miles de millones; pero, hasta que nos cazaron a nosotros, los anfibios

Estémes cómpreles a las chicas

El diario de mi amiga

# BILDITA

exploradora



\$ 2.-

Aparece el lunes 2 de noviembre

¡PIDALO A SU CANTILLITA O A SU LIBRERO!

no les habían hecho nunca mucho caso.

Cuando llegamos a la ciudad, las gentes se asomaron a las ventanas, agitando banderas, aclamando a los soldados y silbándonos a Magda y a mí. Allí estaban todas las personas que no querían ser anfibias, que pensaban que el ser anfibio era algo terrible: gentes de todos los colores, formas y tamaños, de todas las nacionalidades, reunidas para luchar contra los anfibios.

Por lo visto, Magda y yo íbamos a ser juzgados en juicio solemne. Después de pasarnos la noche en la cárcel, atados de pies y manos, nos llevaron a la sala de un tribunal donde varias cámaras de televisión nos enfocaron.

Magda y yo estábamos agotados, porque ninguno de los dos estábamos ya acostumbrados a permanecer tanto tiempo encerrados en un cuerpo. Cuando necesitábamos pensar más que nunca, en la cárcel, antes del juicio, nuestros cuerpos comenzaron a sentir dolores de hambre y, por más que lo intentábamos, no podíamos ponerlos cómodos en los catres. Y, como es natural, los cuerpos necesitaban ocho horas de sueño.

El delito de que se nos acusaba era el más grave de todos en los libros del enemigo: *deserción*. Según el enemigo, todos los anfibios eran unos cobardes que habían huído de sus cuerpos, cuando esos cuerpos se necesitaban para actos valerosos e importantes para la humanidad.

No teníamos ni la menor esperanza de que nos absolvieran. La única razón de aquel juicio era que les daba una oportunidad de explicar a los demás por qué ellos tenían tanta razón y nosotros tan poca. La sala del tribunal estaba llena de personajes, todos muy coléricos, bravos y nobles.

—Señor anfibio —dijo el fiscal—, usted es lo suficientemente viejo para recordar las épocas en que todos los hombres tenían que enfrentarse con

la vida, vivida en sus cuerpos, y trabajar y luchar por sus creencias, ¿no es así?

—Recuerdo que los cuerpos siempre estaban luchando y que nadie sabía por qué o cómo impedirlo —le dije cortésmente—. En lo único en que creían todos era en que no les gustaba luchar.

—¿Qué diría usted de un soldado que huyera frente al fuego enemigo? —me preguntó.

—Que estaba muerto de miedo.

—Ayudaría a que se perdiera la batalla, ¿no?

—Oh, claro.

Era inútil discutir un punto así.

—¿No es eso lo que han hecho los anfibios...: desertar de la humanidad frente a la batalla de la vida?

—La mayoría de nosotros seguimos vivos... si eso es lo que quiere decir.

**E**RA cierto. No habíamos vencido a la muerte y no estábamos muy seguros de querer tal cosa; pero algunos de nosotros habíamos aumentado considerablemente nuestras vidas, comparadas con el término de vida normal de los cuerpos.

—¡Huyeron de sus responsabilidades! —me dijo.

—Como huiría uno de un edificio incendiado, señor —le expliqué pacientemente.

—¡Dejando a los demás que lucharan solos!

—Todos pueden salir por la misma puerta que salimos nosotros. Pueden hacerlo cuando quieran. Lo único que necesitan para ello es separar lo que quieren de lo que quiere su cuerpo, y concentrarse en...

El juez golpeó con tal fuerza con su mazo que pensé que iba a romperlo. Habían quemado todos los ejemplares del libro de Valdivia, y allí estaba yo, dando un curso sobre el

de todas aquellas cadenas de televisión.

—Si los anfibios se salieran con la suya —dijo el fiscal—, todo el mundo huiría de sus responsabilidades y dejaría que la vida y el progreso, tal como los conocemos, desaparecieran completamente.

—Sí, claro —convine—. Eso es lo que queremos.

—¿Los hombres no trabajarían más por aquello en que creen? —me desafió.

—En otros tiempos, yo tenía un amigo que abría agujeros en unas planchas. Durante diecisiete años trabajó en la misma fábrica y nunca tenía idea muy clara de para qué servían. Otro conocido cultivaba pasas para una compañía que fabricaba objetos de vidrio, no para que se las comiera nadie, y él nunca averiguó para qué las quería la compañía. Ésas cosas me enferman (ahora que estoy dentro de un cuerpo, claro está), y lo que yo solía hacer para ganarme la vida, me enferma aun más.

—Entonces desprecia usted a los seres humanos y todo lo que hacen —dijo él.

—Los aprecio de veras... más que antes. Pero pienso que es una vergüenza que tengan que cuidar de sus cuerpos. Tendrían que volverse anfibios y verían qué felices pueden ser las gentes cuando no tienen que preocuparse pensando de dónde van a sacar la próxima comida para su cuerpo, o cómo evitar que éste se les hiele en invierno, o qué va a pasarles cuando su cuerpo se gaste.

—¡Pero eso, señor, significa el fin de la ambición, el fin de la grandeza!

—Oh, yo no lo pienso así —dije—. En nuestro lado tenemos bastantes grandes hombres. Y pueden seguir siendo grandes en su cuerpo o fuera de él. Lo único que significa es el fin del miedo —fijé la mirada en la lente de la cámara de televisión que tenía

Haga participar a todos los chicos de hasta 10 años en el

**GRAN CONCURSO**

de **GATITO**



\$ 3..  
el ejemplar

Hay que pintar el retrato de GATITO, Boxeador y mandarlo a:

**GATITO** - Avda. Alem 884 - Bs. As.

¡Hay premios por más de \$ 2.300.-!

más cercana—. Y eso es lo más maravilloso que puede ocurrirle a una persona.

El juez volvió a descargar su mazo, y los personajes del tribunal comenzaron a gritarme que me callara. Los hombres de la televisión apagaron precipitadamente sus cámaras, y se hizo salir a todos los espectadores, excepto a los personajes de alto rango. Comprendí que había dicho algo realmente importante. El público que miraba la televisión no oíría ahora más que música de órgano.

Cuando cesó la confusión, el juez dijo que el juicio había terminado y que Magda y yo éramos culpables de deserción.

**L**O que yo dijera no podía empeorar ahora nuestra situación; por lo tanto seguí hablando.

—Ahora los comprendo mejor, ¡po-

brecillos! —les dije—. No saben vivir sin el miedo. Esa es su única habilidad: asustarse y asustar a los demás para que hagan lo que ustedes quieren. Es su única diversión, ver cómo la gente hace cualquier cosa por miedo a lo que ustedes puedan hacerle a sus cuerpos, o a que los saquen de ellos para siempre.

Magda intervino entonces.

—¡Para conseguir que alguien les haga caso tienen que asustarlo!

—¡Eso es un desacato! —dijo el juez.

—El único medio de asustar a la gente es impedir que salgan de sus cuerpos —le dije.

Los soldados nos agarraron a Magda y a mí y trataron de sacarnos del tribunal.

—¡Esto significa la guerra! —grité.

Todos se detuvieron, y en la sala reinó un silencio absoluto.

—Ya estamos en guerra —dijo con inquietud un general.

—Sí, pero nosotros no —le repliqué—. Mas lo estaremos si no nos sueltan inmediatamente a Magda y a mí.

Mi aspecto era feroz e impresionante en aquel cuerpo de mariscal de campo.

—No tienen armas —dijo el juez—. Fuera de los cuerpos, los anfibios no son nada.

—Si no nos sueltan antes de que contemos diez —le dije—, los anfibios ocuparán los cuerpos de todos ustedes y los llevarán al acantilado más cercano, para despeñarlos. El tribunal está rodeado por ellos.

Claro está que todo eso eran fantasías mías. Dos personas no pueden ocupar un cuerpo a la vez, pero el enemigo no lo sabía. Y comencé a contar:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

El general tragó saliva, se puso muy pálido y movió vagamente una mano.

—Suéltelos —dijo con voz débil.

Los soldados, que estaban muertos de miedo, obedecieron gustosamente. Magda y yo quedamos libres.

Di un par de pasos, dirigiendo mi espíritu en dirección opuesta, y el arrogante mariscal de campo, con medallas y todo, bajó rodando las escaleras, como un trasto.

Me di cuenta de que Magda no estaba conmigo. Seguía aún dentro del cuerpo bronceado, con cabellos y uñas chartreuse.

—Y más aún —la oí decir—: en pago por todas las molestias que nos habido, me enviarán este cuerpo a la dirección que voy a darles, no más tarde del lunes próximo.

**C**UANDO volvimos a casa, el desfile, del Día de los Veteranos terminaba ante el depósito local, y el director del desfile salió de su cuerpo y me pidió excusas por haberse portado como se portó.

—Vamos, Alfredo —le dije—, no necesitas excusarte. No eras tú. Era ese cuerpo que ibas paseando por ahí.

Eso es lo peor que tiene el ser anfibio, aparte de no tener miedo: que la gente le perdona a uno cualquier tontería que haya hecho dentro de un cuerpo.

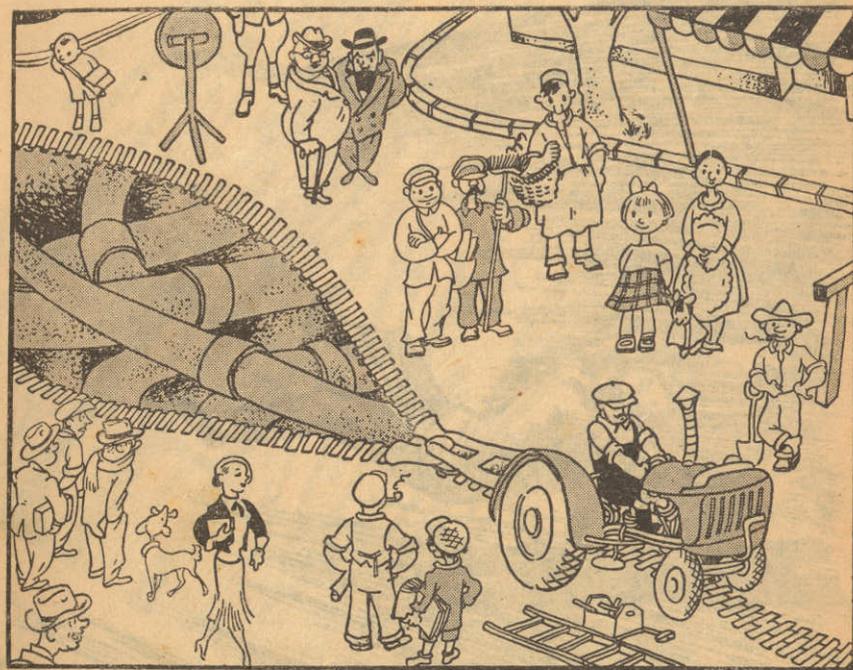
Oh, ya sé que hay inconvenientes también, porque los hay en todo. Todavía tenemos que trabajar de cuando en cuando, para mantener los depósitos de cuerpos y procurarnos la comida necesaria para los cuerpos de la comunidad. Pero ése es un inconveniente muy pequeño, y los inconvenientes grandes no son reales, sino preocupaciones de gentes anticuadas, que no pueden dejar de preocuparse por las cosas que les preocupaban antes de que se convirtieran en anfibios.

Como decía, los viejos tal vez no deberían haberse ido del todo. De cuando en cuando, me entristece el pensar

lo que habrá sido de la industria que tardé treinta años en acreditar.

Pero los jóvenes no recuerdan un pasado de esa clase. Ni siquiera les preocupa mucho, como a los viejos, lo que les ocurra a nuestros depósitos.

Por eso pienso que va a darse un paso más en la evolución: que vamos a romper del todo con nuestro antiguo mundo, como esos anfibios que salieron del fango a la luz del sol y no pensaron más en volver al mar. ✦



CONQUISTAS DE LA TÉCNICA

Calles con cierre relámpago para comodidad de los plomeros.

# El hombre que vendió la **LUNA**

por ROBERT A. HEINLEIN

*Diamantes en la Luna ...  
Vacaciones en la Luna...  
Un nuevo mundo de  
oportunidades,  
de diversiones, de aventuras.*



**¡T**U terminarás por convencerte! George Strong refunfuñó al oír la predicción de su socio.

—Delos, ¿por qué no te dedicas a otra cosa? Hace años que te vengo escuchando la misma canción. Puede ser que alguna vez los hombres lleguen a la Luna, aunque no lo creo, pero, de todos modos, ni tú ni yo viviremos lo suficiente para verlo. La pérdida del satélite de energía ha borrado toda posibilidad para nuestra generación por lo menos.

—¡Claro que no lo veremos, si nos estamos sentados sin hacer nada! Pero nosotros podemos hacerlo.

—¿Me dirás por qué y para qué?

—¡Por qué, para qué!... ¿Será posible que sólo pienses en descuentos y dividendos? ¿Nunca se te ha ocurrido levantar de noche los ojos a la Luna y preguntarte qué habrá en ella?

Harriman suspiró profundamente, y volvió a la carga:

—Podría decirte la verdadera razón, pero creo que no la entenderías. Lo que te interesa es una razón traducida en pesos, ¿verdad? Lo que tú quieres saber es cuánto pueden ganar *Harriman y Strong* y *Harriman Enterprises* con un viaje a la Luna..., ¿no es cierto?

—Sí, y no me vengas con turismo a la Luna o diamantes como ladrillos.

—Me pides que te dé cifras de una empresa completamente nueva y sabes que no lo puedo hacer. ¿Te acuerdas de cuando empezamos con las casas de material plástico? Tampoco querías arriesgarte.

¿Cuánto han dejado hasta el mo-



mento las *Casas para un Mundo Nuevo*?

Strong permaneció en silencio un minuto, haciendo cálculos mentales.

—Bueno... —respondió al fin—, 172.946.004,62 dólares, descontados los impuestos y de acuerdo al balance del año pasado. Hasta el momento el capital en giro es...

—No te preocupes. ¿Cuánto nos correspondió a cada uno?

—Bueno, la sociedad ha recibido 13.010.473,20 dólares, descontados los impuestos personales y la parte que tú te reservaste primero y me vendiste luego a mí el año pasado.

—¿Y cuánto hemos sacado de *Transportes Estratosféricos y Antipodas Transways*?

Strong le contestó de inmediato la cifra exacta.

—¿Recuerdas que tuve que acogotar-te para que gastaras unos pesos en reservar la patente del inyector?

—Tuvimos suerte. ¿Quién iba a pensar en el descubrimiento de yacimientos de uranio en Australia? Y con las casas plásticas también tuvimos suerte; si no hubiera sido por los caminos rodantes, que permitieron desconcentrar las poblaciones, nunca nos hubieran dejado edificar casas plásticas dentro de los municipios tradicionales.

—Ninguna de las dos cosas tiene nada que ver. Los transportes rápidos siempre rinden, y si diez millones de familias necesitan alojamientos econó-

micos y nosotros podemos ofrecérselos, no pueden dejar de comprar. Si los códigos de edificación lo hubieran prohibido los habrían modificado. ¿Qué gobierno puede resistir a una presión fuerte de la opinión pública? Jugamos a una carta segura. Piensa un momento, Jorge: ¿cuáles han sido las aventuras comerciales que nos han dejado dinero, y cuáles no? Cada una de mis ideas de loco resultó un buen negocio. Los únicos negocios que nos fracasaron han sido los de rutina, donde no había riesgos ni innovaciones.

—Pero algunos de nuestros negocios seguros también nos han dado buenos dividendos...

—Sí, pero no alcanzan para pagar tu *yacht*. Vamos, Jorge, no seas cabeza dura. La *Andes Development Com-*

*pany*, el pantógrafo de integración y cada una de mis ideas descabelladas han sido las que nos han hecho ricos..., y cada vez te tuve que arrastrar de las narices.

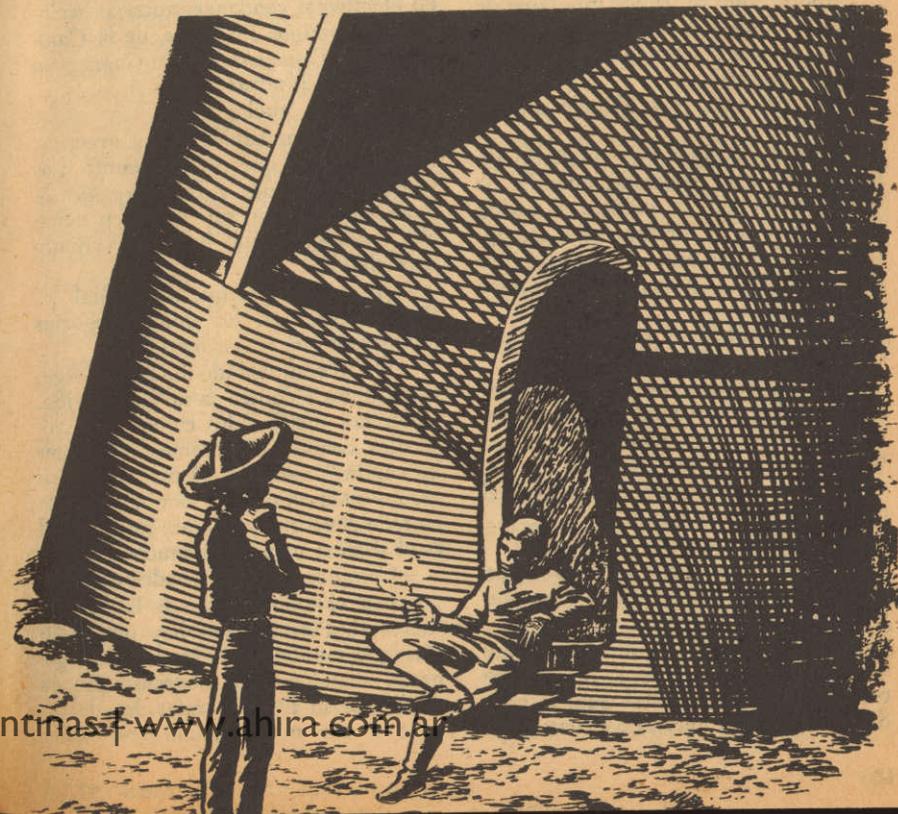
—Sí, dieron resultados, Delos, pero a costa de mi salud.

—¡Pues prepárate! Ahora iremos a la Luna, y te aseguro que no va a ser un mal negocio.

—¡Irás tú! Yo no me muevo de aquí.

—De acuerdo: yo voy a la Luna, y tú te encargas de explotarla.

—Escúchame, Delos Harriman: no tengo ningún inconveniente en reconocer que han sido tus ideas y tu audacia lo que nos ha enriquecido, pero si sigues por el mismo camino terminarás por romperte la crisma. Ya sabes lo del cántaro que iba a la fuente...



—Mira, Jorge. No me importa nada; quiero ir a la Luna, y si tú no me apoyas, es mejor que disolvamos ahora mismo la sociedad.

Strong tamborileó con los dedos sobre su escritorio.

—Nadie ha dicho que no fuera a apoyarte.

—Pues decídetelo. Ha llegado el momento, y estoy resuelto a emprender el viaje a la Luna.

—Bueno... , vámonos ahora, si no quieres llegar tarde a la reunión del sindicato.

**C**UANDO salieron de la oficina, Strong, cuidadoso siempre del centavo, apagó la luz. Harriman había presenciado la operación un millar de veces.

—Jorge, ¿qué te parece una llave de luz automática, con un interruptor que corte la corriente cuando alguien abandona la oficina?

—No está mal; ¿y si alguien se queda dentro?

—Bueno... , hay que diseñarlo de modo que sólo funcione cuando no quede nadie en la pieza... ; podría ser en base a la diferencia de temperaturas: mientras una sola persona irradia calor en la pieza, el interruptor no funciona.

—¿No resultará muy caro y complicado?

—No necesariamente. Le voy a pasar la idea a Ferguson para que la rumie. El dispositivo tiene que ser del mismo tamaño que las llaves de luz corriente, y su costo debe compensarse con el ahorro de luz en un año.

—¿Y cómo funciona?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Yo no soy ingeniero? Eso lo dirán Ferguson y los otros muchachos.

—De todos modos, no me parece negocio. El apagar o no la luz es algo psicológico: hay personas que no pueden ver una luz encendida cuando

hay nadie en la pieza, y hay muchas otras a las que no les importa.

—Pero les importará si siguen las restricciones al consumo de energía. Ahora estamos racionados, y lo estaremos mucho más.

—Ya sabes que este racionamiento es pasajero. En la reunión nos lo confirmarán.

—Jorge, no hay nada menos pasajero en este mundo que una restricción pasajera: el interruptor automático se venderá.

Strong sacó una libreta de bolsillo y una estilográfica.

—Mañana se lo diré a Ferguson.

Estaban ya en la azotea del edificio. Harriman hizo señales a un helicóptero y se volvió a Strong:

—¿Cuánto dinero podemos reunir en efectivo si vendemos nuestras acciones de *Caminos Rodantes*, de la *Compañía de Transportes* y de *Casas para un Mundo Nuevo*?

—¿Te has vuelto loco?

—Es muy probable. Voy a necesitar todo el dinero que puedas reunir. Los *Caminos Rodantes* y la *Compañía de Transportes* ya no son un buen negocio; tendríamos que haberlos vendido hace mucho.

—¡Estás más loco que una cabra!... Precisamente son los únicos negocios estables en que te has metido.

—No lo eran cuando me metí. Jorge, los caminos rodantes ya no tienen vida. Están tan moribundos como los ferrocarriles cuando empezamos a instalar los caminos rodantes. Dentro de un siglo no quedará un solo camino rodante en todo el continente. Dime, Jorge, ¿cuál es el sistema para hacer mucho dinero?

—Comprar barato y vender caro.

—Eso es sólo la mitad; la que te toca a ti. Pero además hay que estudiar qué rumbo toma la situación general, abandonar los negocios que ya no siguen su ritmo y tratar de adelantarse a ese mismo ritmo con otros.

Liquida esas acciones. Voy a necesitar mucho dinero.

El helicóptero había llegado a destino. Aterrizó, y los dos amigos bajaron.

Estaban en la azotea del edificio de la *Compañía Continental de Energía*. Un rápido ascensor los llevó al último piso del subsuelo, donde estaban instaladas las oficinas del *Sindicato de Energía*. La misma distancia que separaba la planta baja de la azotea, separaba este subsuelo de la planta baja. En aquellos años, no obstante un largo período de paz intercontinental, las personas pudientes y las grandes compañías financieras seguían morando en profundísimas criptas, que los ponían relativamente al abrigo de las terribles bombas atómicas. Quien entrase en la oficina subterránea, nunca pensaría que estaba a cien metros bajo tierra: detrás del escritorio del director se abría una ventana que daba a la calle, una calle proyectada por un aparato de estéreo-televisión en perpetuo funcionamiento. Los sistemas más modernos de ventilación y termorregulación mantenían el ambiente a temperatura ideal, tanto en invierno como en verano. La oficina estaba amueblada suntuosamente y con exquisito gusto.

Harriman y Strong saludaron a los directores de las otras compañías que formaban el sindicato. Habían llegado un rato antes y sólo a ellos aguardaban para comenzar la reunión. Dixon, el presidente, golpeó en la mesa:

—¡Caballeros! Cuando ustedes gusten comenzará la reunión. En sus carpetas encontrarán proyectado, como siempre, el orden del día. Avisen cuando lo hayan revisado.

Harriman miró la carpeta y apretó un botón. Una luz verde se encendió sobre su asiento. Otros directores hicieron lo mismo.

—¿Quién falta? —preguntó Dixon—  
—Yo, Jorge.

—Un momento; quisiera controlar un poco las cifras.

Strong terminó la lectura y apretó su botón. Una luz distinta se encendió frente al presidente.

—Bueno, podemos pasar al punto siguiente.

Dixon apretó otro botón, y una pequeña pantalla frente a su escritorio se iluminó: *Informes*.

—El informe de producción — ordenó Dixon.

Una voz femenina sonó en un parlante. Harriman siguió el informe, mirando al mismo tiempo la hoja que tenía delante. Desde la última reunión, habían entrado en funcionamiento cinco pilas atómicas más; había ya, por consiguiente, trece. Las pilas de Susquehanna y de Charleston podían prescindir ya del refuerzo de la usina que normalmente abastecía al camino rodante de la costa atlántica. Los caminos, al no tener que ceder la energía de sus usinas atómicas, estaban recobrando paulatinamente su velocidad y poder de tracción habituales. Para la próxima semana, el camino de Chicago a los Angeles alcanzaría la velocidad máxima. El racionamiento debía mantenerse por un tiempo, pero la gravedad de la crisis había pasado.

A Harriman todo esto le pareció muy interesante, pero completamente ajeno a sus preocupaciones y proyectos actuales. La crisis de energía era un resultado de la explosión del cohete satélite, y se estaba conjurando. Muy bien, pero las posibilidades de los vuelos interplanetarios habían disminuído y hasta desaparecido por completo.

En efecto: tres años antes, el descubrimiento de los combustibles isotópicos Harper-Erickson había asegurado, además de una fuente inocua de energía, la posibilidad de los vuelos interplanetarios.

El sistema del cohete satélite era el siguiente: en uno de los estratocohetes

más grandes que se pudo conseguir, se había instalado una pila de combustibles isotópicos. El cohete se abastecía de la pila misma, y el excedente era trasladado periódicamente a la Tierra. El cohete satélite había sido dejado en órbita libre alrededor de la Tierra. Un cohete menor lo visitaba, llevando provisiones y materiales a sus ocupantes y trayendo el combustible isotópico a la Tierra.

Harriman, en su calidad de miembro del sindicato de energía, había apoyado la instalación del cohete satélite, pero con segunda intención. Contaba con el combustible isotópico fabricado por el cohete para llevar a cabo de inmediato el primer vuelo a la Luna. Ni siquiera se había preocupado por conseguir el apoyo del gobierno: no quería subsidios oficiales; el viaje a la Luna era una ganga que esperaba al que quisiera utilizarla, y Harriman quería ser el primero en hacerlo. Tenía preparada ya la nave espacial. Era uno de los cohetes de su propia compañía, adaptado para el vuelo interplanetario. Las alas se le habían retirado, y los motores, que funcionaban a combustible químico, se habían substituído por otros, adecuados para el combustible isotópico. La nave, bautizada la *Santa María*, estaba lista para partir.

La *Santa María* estaba lista, pero el combustible no llegaba; había que reservarlo para el cohete que iba y venía al satélite y para las necesidades industriales del continente, que crecían cada vez más, superando con mucho la capacidad productiva del satélite. Lejos de suministrar la gran cantidad necesaria de combustible para un "improductivo" viaje interplanetario, el sindicato se había incautado de las pilas atómicas de sales de uranio y de agua pesada (más seguras, pero mucho menos eficaces), a fin de asegurar la provisión de energía indispensable para el

mal funcionamiento de las plantas industriales.

Por desgracia, las pilas atómicas de uranio y agua pesada no podían suministrar los combustibles isotópicos necesarios para impulsar un cohete interplanetario. Harriman terminó por convencerse de que sin el apoyo oficial era imposible conseguir el combustible isotópico que necesitaba.

Y entonces fué cuando el cohete satélite explotó.

LA voz de Dixon vino a sacar a Harriman de sus ensueños.

—El informe de producción parece satisfactorio, caballeros. Si ustedes no tienen inconveniente, sugiero que lo aprobemos. Como habrán observado, dentro de noventa días habremos llegado al límite de energía con que contábamos antes de retirar de funcionamiento la pila de Arizona.

—De acuerdo, pero no tenemos reservas para las necesidades que se presenten — hizo notar Harriman.

—¿Quiere decir que no debemos aprobar el informe?

—De ningún modo: era sólo una consideración complementaria.

—Muy bien; pasemos al punto siguiente. La comisión de personal propone que otorguemos diversos subsidios anuales permanentes a las esposas e hijos de los tripulantes del satélite de energía, como asimismo al piloto del *Caronte*. En estos subsidios están comprendidas becas de estudios, descuentos en los almacenes y proveedurías de la compañía, etcétera.

Uno de los directores, sentado frente a Harriman, Fineas Morgan, presidente del trust de *Industrias Alimenticias*, protestó:

—No veo por qué. ¿No les hemos pagado sueldos extra y los seguros de vida? Por supuesto que es muy triste el desastre sufrido; pero no estamos en una situación de beneficencia.

—Vamos, Morgan; ¿qué le hacen unos centavos? — replicó Harriman.

—Me parece que 900.000 dólares no son centavos. . .

—Un momento, caballeros — interrumpió el presidente de la comisión de personal —. Si miran las minutas, verán que el ochenta y cinco por ciento de la suma propuesta está destinada a la publicidad.

—¿Por qué no lo dijo? — respondió Morgan —. Supongo que no tenemos más remedio que acordar lo solicitado por la comisión, pero me parece un mal precedente.

El presidente Dixon intervino:

—El señor Harriman ha propuesto la aceptación de lo sugerido por la comisión de personal. . . Hagan el favor de votar por sí o por no.

Las luces del tablero se encendieron. Morgan mismo, después de pensarlo un poco, votó por la afirmativa.

—El próximo punto del orden del día tiene relación con el anterior. Han comparecido los abogados de una tal señora Garfield reclamando indemnizaciones a la compañía porque el cuarto hijo de dicha señora ha nacido tullido. La mujer estaba dando a luz en el momento en que estalló el cohete satélite, y el abogado estima que la compañía debe abonar daños y perjuicios. Reclama medio millón de dólares.

Morgan miró a Harriman.

—Supongo que usted propondrá que intentemos una transacción antes de ir a juicio.

—De ningún modo.

Dixon miró desconcertado.

—¿Por qué, Delos? . . . Creo que lo podemos arreglar con diez o quince mil dólares, y estaba por proponer que lo intentáramos. . .

—La respuesta es obvia, Dixon. Es evidente que la publicidad nos puede hacer mucho bien. En primer lugar, la se-

ñora Garfield no es empleada nuestra; además, todo el mundo sabe que para que las emanaciones radioactivas sean nocivas tienen que actuar sobre el plasma de las dos generaciones anteriores. Si dejamos pasar este caso (y ésta es la tercera razón) tendremos la culpa de cuanto niño deforme nazca. Opino que debemos rechazar la propuesta y seguir el juicio a fondo.

—Puede ser un juicio caro.

—No interesa; si es necesario, comparemos al juez.

El presidente de la comisión de Asuntos Legales susurró algo al oído de Dixon y dijo luego en alta voz:

—En nombre de la comisión, apoyo la propuesta del señor Harriman. Esta es la que pensaba recomendar la comisión.

Los restantes miembros del directorio aprobaron por unanimidad.

—El punto siguiente — prosiguió Dixon — es una carpeta entera de demandas basadas en perjuicios sufridos por las ciudades camineras durante la crisis de energía. Unas alegan pérdidas económicas, otras daños morales, pero todas están basadas en el mismo principio. La más importante es la de un almacenero: alega que su *Compañía de Almacenes* y la *Compañía de Caminos Rodantes* están interrelacionadas, y que la decisión de retirar energía de los caminos ha sido tomada sin consultar los intereses de la *Compañía de Almacenes*. ¿Qué opina usted Harriman?

—¡Olvidelo!

—¿Por qué?

—Está previsto. No existe ninguna dependencia jurídica entre la *Compañía de Almacenes* y la nuestra; las únicas dependencias son de hecho. No haga caso: por cada una de las demandas que figuran en la carpeta, *Caminos Rodantes* tiene doce y no puede perder ninguna.

—¿En qué se basa para estar tan seguro de lo que afirma?

—Es un poco largo el cuento — respondió Harriman pasando su pierna por el brazo del sillón —. Cuando yo era muchacho, trabajaba de mensajero en la *Western Union*, y todo el tiempo que pasaba en la oficina lo dedicaba a leer cuanto me caía en las manos. Una de las cosas que leí fueron los formularios de los telegramas. No sé si recuerdan. Al presentar el texto del telegrama, usted daba su conformidad automáticamente a las condiciones impresas en el dorso. La mayoría no las leía siquiera. ¿Sabe usted a qué se comprometía la compañía en aquel formulario?

—A entregar el telegrama, supongo.

—De ningún modo. La compañía se comprometía a intentar despachar el telegrama y a emplear todos los recursos a su alcance, en caso de ser imposible hacerlo por telégrafo; pero, en caso de absoluta imposibilidad, la compañía no se hacía responsable. Todavía recuerdo de memoria el texto: es uno de los más hermosos trozos de prosa inglesa que he leído. Desde entonces, todos mis contratos han sido redactados de acuerdo a los mismos principios. Todo el que demande a *Caminos Rodantes* por incumplimiento de horarios o demoras en el servicio, puede dar por perdida la demanda. Únicamente en el caso de una detención total de los caminos la compañía puede ser responsable judicialmente, y sólo por el valor de la carga consignada o por el precio de los billetes de los pasajeros. De modo que no haga caso a estos pleitos.

Morgan se incorporó en su asiento.

—¿Quiere decir que si esta noche decido ir a mi casa de campo y se produce alguna interferencia o cualquier otro inconveniente en los caminos y no llego hasta mañana, la compañía no tiene ninguna responsabilidad?

—Exactamente. *Caminos Rodantes* no es enjuiciable aun cuando su ma-  
muera de viejo en medio del camino.

Le aconsejo usar su helicóptero. Propongo que dejemos de lado estas demandas y que se encargue *Caminos Rodantes* de sentar la jurisprudencia.

—EL orden del día ha sido tratado, caballeros; pero existe una propuesta de nuestro colega, el señor Harriman, para tratar un asunto que no ha sido incluido en el orden. Si ustedes no deciden levantar la sesión, el señor Harriman la presentará.

Morgan miró con disgusto a Harriman.

—Hago moción de que se levante la sesión.

—Tengo ganas de apoyarla y dejarlos a todos con las ganas — dijo Harriman.

La moción de Morgan no fué apoyada. El presidente indicó a Harriman que tenía la palabra.

—Señor presidente, amigos — miró a Morgan y prosiguió — ... y asociados: como ustedes saben, estoy interesado en la realización de un viaje interplanetario.

Dixon se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡De nuevo, Delos! Si no estuviera en la presidencia, propondría que levantáramos la sesión.

—Sí, señores, ¡de nuevo con la misma música! Hagan el favor de atender. Cuando hace tres años instalamos la pila de Arizona en el cohete y lo convertimos en un satélite para la producción de energía, los vuelos interplanetarios parecían inminentes. Formamos entonces la *Compañía de Vuelos Interplanetarios*, para investigación, estudio y... explotación. El espacio había sido conquistado. Si un cohete podía mantenerse indefinidamente en órbita alrededor de la Tierra, podía también ser dirigido desde allí a cualquier punto del espacio. Sólo faltaba decidirse a hacerlo. Los problemas técnicos ya estaban resueltos; restaban sólo los problemas

financieros y los políticos. En realidad, los problemas técnicos estaban resueltos desde mucho antes: desde la segunda guerra mundial. La conquista del espacio hace mucho que depende exclusivamente de factores económicos y políticos. Ahora bien, gracias al proceso Harper-Erickson, que dió por resultado la posibilidad de lanzar un cohete en órbita alrededor de la Tierra, y el contar con combustible económico, los problemas pendientes parecieron resueltos. Por esta razón no me opuse a que el combustible producido por el satélite fuera destinado en primer término a las necesidades industriales.

Harriman se detuvo, miró a sus socios y prosiguió:

—Me equivoqué. Lo que debí hacer era molestarlos día y noche hasta conseguir que me asignasen la cantidad de combustible necesaria para el primer vuelo. Pero perdí la oportunidad. El satélite ha desaparecido, el *Caronte* ha desaparecido, la planta de combustible isotópico ha desaparecido. Estamos casi en la misma situación que en 1950. Sin embargo... Sin embargo, ¡propongo que construyamos una espacionave y la enviemos a la Luna!

Dixon fué el primero que rompió el silencio.

—Delos, ¿está en sus cabales? Acaba de decirnos que el vuelo es imposible y ahora nos propone que lo intentemos.

—Perdón, Dixon. No dije que era imposible: lo que sostuve es que habíamos dejado escapar la mejor oportunidad. Pese a todo, cada vez es más urgente. La Tierra cada vez está más empobrecida en combustibles y alimentos. Cada minuto nacen 45 niños, 65.000 cada día y 25.000.000 cada año. Si no se hace algo, dentro de poco no quedará un centímetro despoblado. Sí; hemos perdido la mejor oportunidad, pero los inconvenientes técnicos pueden ser subsanados. El único problema es el combustible que se

ma las facturas. Por eso me dirijo a ustedes. En esta sala están concentradas las tres cuartas partes del dinero de la Tierra.

Morgan se levantó y dijo, con visible disgusto:

—Señor presidente, si han terminado ya los asuntos de la compañía, deseo retirarme.

Dixon asintió con un gesto.

—Adiós, Fineas. Por nosotros no se moleste — dijo Harriman —. Ahora bien; como decíamos, el problema del viaje a la Luna es un problema de dinero, y aquí hay mucho dinero. Por consiguiente, hago moción de que financemos un viaje a la Luna.

LA propuesta de Harriman no despertó ninguna emoción en sus socios. Dixon preguntó:

—¿Hay alguien que apoye la propuesta de Harriman?

—Un momento, señor presidente — dijo Jack Entenza, presidente de la *Corporación Continental de Espectáculos* —. Quisiera preguntar a Delos algunos detalles. Delos, yo te apoyé cuando propusiste las líneas de navegación estratosférica, aunque no veía su interés comercial, y lo hice porque me pareció una aventura que no requería demasiado dinero y que podía ser útil para la ciencia o la educación. Pero lo que propones ahora es fantasía pura. No tengo inconveniente en que pongas a prueba tus sueños, pero siempre que no pases de la raya. ¿Cómo te vas a arreglar para ir a la Luna? Tú mismo acabas de reconocer que es absolutamente imposible conseguir el combustible adecuado.

—Vamos, Jack, no hagas bromas de mal gusto; jamás te importó un rábano la ciencia pura. Si me apoyaste fué porque esperabas la concesión para tus cadenas de radio o de televisión. Lo mismo te prometo ahora, pero si no estás de acuerdo, recurriré a tus com-

petidores. Estoy seguro de que pagarán lo que les pida, aunque no sea más que para molestarte.

Entenza lo miró con desconfianza.

—¿Qué aporte debo hacer?

—Todo tu capital disponible y todo el que puedas conseguir a crédito, y si tienes dos camisas, la que no lleves puesta.

—Delos, ¡eres el peor sinvergüenza que conozco!

—Gracias, Jack; viniendo de ti es un elogio. Veo que podremos entendernos. Volviendo al tema; es absurdo que trate de explicarles qué recursos técnicos hay que poner en juego para hacer el viaje a la Luna. Ninguno de ustedes entiende una palabra de ingeniería o de matemática. Sin embargo, voy a decirles cómo iré a la Luna: voy a contratar los mejores ingenieros, pondré a su disposición todo lo que necesiten y les fijaré un sueldo muy superior a todo lo que puedan gastar en su vida; les explicaré qué es lo que quiero y luego los dejaré encerrados en el laboratorio, en el taller y en el cuarto de dibujo. No me importa carecer de combustible; estoy seguro de que mis muchachos descubrirán uno nuevo si es necesario, o harán funcionar con aire los motores.

—Supongamos que el problema técnico pueda superarse. ¿Qué beneficio podemos lograr nosotros comprometiendo hasta el último centavo de la compañía en un proyecto que sólo tiene utilidad para la ciencia pura, o que a lo sumo puede servir para una sola transmisión de radio y televisión? No me opongo a tu proyecto, entiéndeme bien; estoy dispuesto a poner todo lo que sea necesario, pero siempre que haya alguna posibilidad de que el negocio lo justifique.

—¡Claro que lo justifica! No me pidas que te detalle las posibilidades; pero piensa que si el viaje se realiza nos hacemos dueños de un planeta entero, y si queremos, de todos los pla-

netas que están detrás. Es el negocio más brillante de la historia.

Al lado de Entenza estaba sentado Gaston P. Jones, director del *Trans-america Bank* y una docena más de bancos, uno de los hombres más ricos del mundo. Sacudió con cuidado la ceniza de su cigarro y dijo secamente:

—Señor Harriman, le vendo todos mis derechos actuales y futuros en la Luna por cincuenta centavos.

Harriman lo miró y exclamó con entusiasmo:

—¡Trato hecho!

Entenza había estado pellizcando su labio y escuchando con profunda atención.

—¡Un momento, señor Jones! Le ofrezco un dólar.

—Un dólar cincuenta — replicó Harriman.

—Dos dólares.

—¡Cinco dólares!

Entenza y Harriman se miraban estudiándose como dos jugadores de póker. Cuando Harriman ofreció diez dólares, Entenza cesó de pujar y se reclinó en su asiento, sin abandonar su aspecto pensativo.

Harriman miró alegremente en rededor.

—¿Quién de ustedes es abogado?

—la pregunta era innecesaria, porque once de los diecisiete directores lo eran —. Tony — gritó —, prepárame un contrato lo más detallado posible. Todos los intereses, derechos, títulos, intereses naturales, futuros, poseídos directamente o indirectamente, etcétera, etcétera. Lo que interesa es que hasta el último derecho que el señor Jones pueda adquirir en la Luna me pertenezca contra entrega de diez dólares en efectivo y al contado — Harriman arrojó sobre la mesa un billete de diez dólares. Y terminó preguntando—: ¿De acuerdo, señor Jones?

—¡Claro que de acuerdo! — dijo Jones embolsándose el billete —. Lo voy a poner

en un cuadro para mostrárselo a mis nietos y enseñarles lo fácil que es hacer dinero.

—Perfectamente — exclamó Harriman sin arredrarse —. El señor Jones acaba de sentar un precedente comercial fijando el precio que pueden tener los derechos de un ser humano sobre la Luna. ¿Hay algún otro interesado en vender los suyos? . . . Estoy dispuesto a comprarlos todos a diez dólares por cabeza.

—¡Yo pago veinte! — anunció Entenza en voz alta.

Harriman lo miró con desaprobación.

—Jack, no hagas eso; estamos en el mismo bando; no nos conviene alzar los precios.

Dixon interrumpió la conversación, diciendo:

—Señores, les ruego que arreglen sus asuntos privados una vez terminada la reunión. Está en consideración la propuesta del señor Harriman. ¿Hay alguien que la apoye?

—Yo la apoyo. Que se vote — dijo Gaston Jones.

Nadie se opuso a la votación, y Dixon la tomó. El resultado fué de once a tres en contra de Harriman. Votaron a su favor, aparte de él mismo, Strong y Entenza; los otros, en contra. Harriman se levantó antes que los demás y dijo:

—Este resultado no me sorprende: lo descontaba. Mi verdadero interés es el siguiente: puesto que la compañía no está interesada en los viajes interplanetarios, ¿puede venderme todas las patentes y derechos referentes exclusivamente a vuelos interplanetarios y que no afecten los sistemas de producción de energía de la Tierra? La instalación del cohete satélite nos obligó a obtener diversas patentes y cauciones, y quisiera usarlas. No necesito contrato; me basta con una decisión consignada en el acta en la que se diga que la compañía apoya mis investigaciones

siempre que no interfieran con sus intereses primarios. Sólo quiero esto para dejarlos tranquilos.

—No veo ninguna razón para no conceder al señor Harriman lo que pide — dijo Jones estudiando su cigarro —, y creo que no habrá dudas sobre mi desinterés.

—También yo estoy de acuerdo — manifestó Dixon —, pero creo que es más conveniente prestar las patentes en vez de venderlas. Si el señor Harriman da en la tecla, la compañía conservará algún interés. ¿Hay alguien que se oponga?

Ninguno de los directores objetó. Dixon ordenó al secretario que incluyese la decisión en el acta, y la reunión se disolvió. Harriman se detuvo un instante para cuchichear algo a Entenza y fijar una cita; Jones se acercó a Strong, socio privado de Harriman.

—Jorge, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Encantado, pero me reservo el derecho de no contestarla.

—Siempre lo he considerado un hombre de excepcional sentido común. ¿Podría decirme qué le induce a apoyar a un loco de atar como Harriman?

—Tendría que responderle que Harriman no es lo que usted dice . . . , pero no puedo. Lo que sí le puedo asegurar es que cada vez que a Delos se le ocurre lo que a nosotros nos parece un disparate, termina teniendo razón. Le confieso que trabajar con él en este tipo de proyectos afecta mi sistema nervioso; pero tengo más confianza en sus caprichos que en la declaración jurada de cualquier otro.

—Muy bien, Strong; usted es grandecito y sabe lo que hace . . . , pero tenga cuidado.

Harriman había terminado su conversación con Entenza. Strong se reunió con él. Dixon se quedó mirándolos con aire preocupado.

LA casa de Harriman había sido construída en la época en que todos los que tenían recursos para hacerlo huían del centro de la ciudad y construían sus casas bajo el nivel del suelo. Sobre la verdadera morada, situada muchos metros bajo tierra, se levantaba un gracioso chalet, rodeado de un jardín arreglado con el mayor esmero. Las paredes del chalet eran de acero blindado, revestidas de ladrillos por la parte exterior, y daban acceso a las instalaciones subterráneas, que tenían una provisión de aire autónoma y suficiente para varios meses. La casa era invulnerable a todo lo que no fuera un impacto directo. Durante los *Años de Locura*, el cerco había sido reemplazado por otro que presentaba exactamente el mismo aspecto, pero tenía una resistencia tan grande que sólo un tanque embalado lo podía derribar. Las puertas eran también a prueba de golpes.

Por otra parte, no obstante haber sido construída como verdadera fortaleza, la casa era muy cómoda y, por supuesto, muy costosa.

A Harriman no le preocupaban los gastos de la casa; a Carlota le gustaba y la tenía ocupada. Cuando se casaron, Carlota había vivido sin quejarse en un humilde departamento situado en los altos de un almacén; si ahora deseaba jugar a la dueña de casa en un castillo, estaba en su derecho.

Pero el nuevo proyecto de Delos había cambiado fundamentalmente su punto de vista: los miles de dólares en efectivo que insumía cada mes el presupuesto de la casa podían significar, en determinado momento, la diferencia entre el éxito del viaje a la Luna y la prisión por desfalco. Después de la cena, cuando se retiraron los sirvientes, Delos abordó el problema.

—Querida, se me ha ocurrido que tal vez te gustaría pasar algunos meses en Florida.

—¿Florida? ¿En qué estás pensando, Delos? En esta estación el clima de Florida es insoportable.

—Bueno; Suiza, entonces. Elige tú misma el lugar. Tómate unas vacaciones en forma, por todo el tiempo que quieras.

—¡Delos, tú estás maquinando algo!

—Tal vez sí. Se trata de esta casa. Hemos comentado muchas veces que es un capricho demasiado costoso. Me he estado preocupando de si no conviene venderla con terreno y todo. El terreno vale muchas veces más de lo que nos costó. Con lo que saquemos, podemos edificar una casa un poco más moderna y más cálida que esta casamata.

—Creo que tienes razón; yo también he estado pensando en edificar un chalet en medio de las montañas, con las comodidades imprescindibles y un par de sirvientes. Pero no podemos levantar esta casa hasta que esté construída la otra. En algún lado hay que vivir, ¿no te parece?

—Bueno, Carlota; la verdad es que no había pensado en comenzar a edificar de inmediato.

—¿Y por qué no? No tenemos hijos ni los tendremos. ¿Para qué nos sirve el dinero, si no es para darnos los gustos? Si tú quieres, no necesitas preocuparte; yo puedo encargarme de todo.

Harriman la escuchaba comparando cifras mentalmente: "Si la dejo edificar, se estará tranquila; podría vivir en algún hotel cercano al chalet en construcción y yo aprovecharía para vender este monstruo. A diez millas del camino rodante, puedo sacar, del terreno solamente, diez veces más de lo que va a costar el nuevo chalet, y estaré libre de los gastos mensuales".

—Tal vez tienes razón —dijo en voz alta—. Pero supongamos que empiezas a edificar de inmediato. No podrás

vivir aquí: tendrías que vigilar de cerca los detalles de la construcción. ¿Qué te parece si vendemos esta casa?... Ya sabes que nos cuesta un ojo de la cara en impuestos, reparaciones y mantenimiento mensual.

—Eso de ningún modo, Delos: éste es mi hogar.

Harriman tiró un cigarro apenas encendido.

—Lo siento, Carlota, pero las dos cosas juntas no son posibles. Si edificas, no puedes seguir aquí; si te quedas aquí, vamos a cerrar estas catacumbas, echaremos a la calle por lo menos una docena de vagos que andan pagando moscas por la casa y viviremos en el chalet de la superficie: necesito reducir los gastos.

—¿Despedir a los sirvientes? Delos, si tú crees que puedo mantener una casa decente sin contar con la servidumbre necesaria, es mejor que...

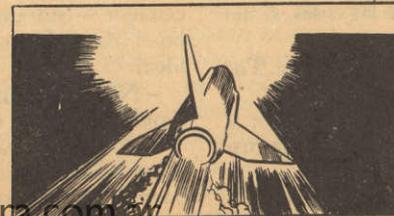
—Basta. Para mantener un hogar no hace falta un batallón de sirvientes. Cuando nos casamos no tenías sirvientes, y lavabas y planchabas mis camisas con tus propias manos. Pero entonces sí que teníamos un hogar. Ahora esta casa es de ellos, de la servidumbre, como tú llamas a esos crápulas. Los vamos a despedir a todos menos al cocinero y un hombre para todo servicio.

Carlota parecía no haberlo oído.

—Delos, ¡sientate y tranquilízate! ¿Quieres explicarme qué significa esto de reducir los gastos? ¿Tienes algún inconveniente en tus negocios? ¡Contéstame!

Harriman se sentó violentamente y respondió:

—¿Es preciso tener inconvenientes en los negocios para suprimir los gastos innecesarios?



¿De qué se trata?... No procures despistarme.

—Carlota, si mal no recuerdo, habíamos acordado que las cuestiones de negocios las dejaría en la oficina. En lo referente a la casa, lo único que digo es que no necesitamos un palacio como éste. Ni aunque tuviéramos dos docenas de chiquillos...

—¡Oh! ¡De nuevo me lo estás echando en cara! —sollozó Carlota.

—Jamás te he echado en cara nada, ni lo pretendo hacer ahora; lo único que te propuse una sola vez es que hiciéramos ambos una visita al médico para ver cuál puede ser la causa de que **no tengamos niños**. Esto te lo dije hace veinte años, y desde entonces me lo estás haciendo pagar. Pero ahora no hay remedio. Lo único que pretendía decir es que dos personas son pocas para un casa de veintidós habitaciones. Pagaré un precio razonable por una casa nueva, si es que quieres edificar, y te asignaré un presupuesto abundante —se detuvo un instante para pensar la cantidad, pero decidió no mencionarla por el momento—. O, si lo prefieres, podemos seguir viviendo aquí en las habitaciones a nivel y clausurar las subterráneas. Sólo deseo que por un tiempo suspendamos el derroche.

Carlota tomó al vuelo la frase:

—Por un tiempo, ¿qué quieres decir? ¿En qué te has metido?

Esperó un momento la respuesta de su esposo; pero, como éste permaneció en silencio, prosiguió:

—Muy bien, si no me lo quieres decir, llamaré a Jorge. El me lo dirá.

—¡No lo hagas! Carlota, te lo aviso... Voy a...

—¿Qué vas a...? No necesito preguntar a Jorge: te puedo leer la respuesta en la cara.

Tienes la misma mirada que cuando me dijiste que habías metido todo nuestro dinero en esos endiablados cohetes.

—Carlota, no digas eso. Los cohetes nos han centuplicado el dinero que invertimos.

—Eso no hace al caso. Ya sé por qué sales con todas estas ideas raras. ¡Estás pensando de nuevo en el viaje a la Luna! Muy bien; escucha lo que te digo: no lo voy a permitir. Lo primero que haré mañana es ir a ver al abogado y averiguar qué medidas debo tomar para hacerte entrar en razón.

Delos guardó silencio durante unos segundos, tratando de controlar su excitación.

—Carlota, no tienes motivo alguno para quejarte: pase lo que pase, tu futuro está asegurado.

—Claro, teniendo asegurado mi futuro, ¡qué me importa quedarme viuda! Delos la miró pensativo.

—No estoy demasiado seguro —dijo.

—Pedazo de . . . , pedazo de bruto sin entrañas. No hablemos más.

Carlota se levantó y salió del comedor sin aguardar respuesta.

Poco después se retiró Harriman.

El valet lo esperaba en su dormitorio. Al verlo entrar, se levantó y corrió a prepararle el baño.

—Déjelo —gruñó Harriman—; puedo desvertirme solo.

—¿Necesita alguna otra cosa, señor?

—Nada, pero si no tiene apuro por irse, quédese un rato. Sírvese un trago. Dígame, Eduardo; ¿cuánto tiempo hace que está casado?

—Treinta años en mayo próximo, señor.

—¿Qué tal le han ido las cosas, si me permite la pregunta?

—En general no me ha ido mal. Por supuesto que muchas veces. . .

—Ya entiendo. Dígame, Eduardo; si no trabajase para mí, ¿qué haría usted?

—Bueno, mi mujer y yo hemos ha-

blado muchas veces de que sería interesante abrir un pequeño restaurante, nada presuntuoso, pero bien atendido. Un lugar donde un caballero podría disfrutar de buena comida con toda tranquilidad.

—¿Para hombres solos?

—No tanto, pero sí tendría un saloncito para caballeros, y lo atendería yo personalmente.

—Pues le aconsejo que empiece a buscar un local.

### III

Alas nueve de la mañana en punto, entró Strong a la oficina, como lo hacía cada día. Se sorprendió de encontrar a Harriman esperándolo. Que Harriman no aportase por la oficina no hubiera en absoluto llamado la atención a Strong. En cambio, que se adelantase a los empleados, era indicio de que algo grave sucedía.

Harriman estaba ocupado con un globo terráqueo y un libro, el *Almanaque Náutico* de ese año. Apenas levantó la cabeza al oírlo entrar.

—Buenos días, Jorge. Dime, ¿con qué personal contamos en el Brasil?

—¿Por qué?

—Voy a necesitar dos o tres hombres de absoluta confianza, que sepan hablar portugués, además de otros tantos que hablen español, aparte de varios otros que tendrán que ocupar puestos subordinados. He descubierto algo muy interesante . . . , acércate. Mira . . . , de acuerdo con esta tabla, la Luna sólo se mueve en un ángulo entre veintiocho y treinta grados al norte y al sur del ecuador —con un lápiz marcó el globo—. Así. ¿No se te ocurre ninguna idea?

—Ninguna, a no ser que estás ensuciando un globo de sesenta dólares.

—¿Y tú has trabajado con terrenos? ¿Qué es lo que adquiere una persona cuando compra un terreno?

—Depende . . . Los derechos minerales y otros derechos a los yacimientos subterráneos son . . .

—No te preocupes por eso. Suponte que adquiere la parcela sin repartir los derechos: ¿hasta qué profundidad es dueño?

—En ese caso lo es de un corte que llega hasta el centro de la Tierra. Así dictaminaron los tribunales en los pleitos sobre explotación de petróleo. En teoría, sería también dueño de la atmósfera que está sobre su terreno, aunque esto ha sido modificado después de los pleitos con las líneas aéreas. Precisamente esto nos evitó tener que pagar pasaje cada vez que uno de nuestros cohetes zarpase para Australia.

—No, Jorge; has leído mal los fallos. Lo que los tribunales han decidido es que el propietario del terreno no puede cobrar peaje, pero no han suprimido el derecho de propiedad al espacio que cae sobre su terreno. Y ni siquiera se ha establecido un derecho absoluto a pasar sobre el terreno. Si a un propietario se le ocurriese edificar una torre de dos mil metros en su terreno, precisamente en medio del camino que siguen los aviones, éstos tendrían que desviarse y no podrían reclamar. ¿Recuerdas que tuvimos que comprar todos los terrenos vecinos a nuestra base de cohetes, para asegurarnos de que nadie fuera a impedir nuestro aterrizaje?

Strong respondió pensativo:

—Sí, creo que me doy cuenta de lo que dices. El antiguo principio de la posesión del terreno (hasta el centro de la Tierra por debajo, y por sobre el terreno hasta el infinito) no ha sido afectado. Pero lo que no veo es qué puede interesarte esto. Supongo que no pensarías cobrar peaje a esas espacionaves de que siempre hablas.

—No, Jorge. Pienso en algo mucho más importante que todo eso: ¿quién es el dueño de la Luna?

—¿Quién es el dueño de la Luna?

—Delos, ¡nada de bromas de mal gusto!

—No bromeo, Jorge. Vuelvo a preguntarte: si las leyes establecen que el dueño de un terreno lo es también de todo el espacio que está sobre él hasta el infinito, ¿quién es el dueño de la Luna? Mira este globo y respóndeme.

—Pero eso no quiere decir nada, Delos. Las leyes de la Tierra no tienen aplicación en la Luna.

—No hace al caso: lo que me interesa es cómo se ven las cosas en la Tierra; cuando estemos en la Luna, ya nos arreglaremos allí. La Luna está situada habitualmente sobre una zona de la Tierra comprendida entre los grados 29 de latitud norte y sur; si una persona es dueño de toda esa franja, dueño es también de la Luna, según todas las leyes referentes a la propiedad territorial. Y por inferencias indirectas, como dicen los abogados, todos los poseedores de terrenos es esa zona tienen colectivamente derecho a vender sus títulos de propiedad sobre la Luna. El único inconveniente está en la dispersión de esos propietarios; pero sabes bien que eso no es obstáculo para ningún abogado.

—¡Eso es pura fantasía!

—Jorge, ¿no has aprendido todavía que la palabra "fantasía" no figura en el diccionario de los abogados?

—Supongo que no estarás pensando en comprar toda la zona tropical. . .

—No —dijo Harriman entre dientes—; pero sería una buena idea comprar los derechos de propiedad en la Luna a los países soberanos que están incluidos en esta franja. Si veo que puedo hacerlo sin producir una inflación, lo podría intentar. Ya sabes que es fácil comprar muy barato algo, cuando su propietario cree que está desprovisto de todo valor. Pero no es ésta mi intención —prosiguió—; lo que quiero es fundar corporaciones, corporaciones locales, en cada uno de esos

países, que consigan autorización de los respectivos gobiernos para exploración y explotación de la Luna, y derecho de reclamar la posesión de la Luna para el propio país. Lo que me interesa es hacer esto sin ruido, para que los precios no suban artificialmente. Por supuesto que las corporaciones estarían en nuestras manos, y por eso necesito un buen equipo de hombres de confianza y bien preparados. El día menos pensado va a surgir un conflicto internacional sobre la posesión de la Luna, y quiero preparar las cosas de modo que salgamos ganando cualquiera sea el resultado.

—Va a salir espantosamente caro, y no sabes siquiera si podrás llegar a la Luna ni qué valor va a tener lo que allí encuentres.

—¡Vamos a llegar! Y más costoso sería no asegurarnos por adelantado los derechos. De todos modos, no tiene por qué resultar caro. Lo que hay que saber es administrar y valorizar las inversiones. En el siglo XIX cuatro hombres fueron de California a Washington con 40.000 dólares. Pocas semanas después no tenían un centavo, pero el congre-

so les había concedido derechos sobre caminos de hierro por valor de mil millones de dólares. El secreto está en no levantar el mercado.

Strong sacudió la cabeza.

—A pesar de todo, tus títulos no van a tener ningún valor: la Luna no está sobre ningún terreno, sino que *pasa sobre* determinados terrenos, como podría hacerlo una golondrina o cualquier otra ave de paso.

—Y nadie es dueño de las aves de paso que vuelan sobre su terreno. Sí, pero la Luna siempre está sobre esos terrenos, *aunque se mueva*. Supongo que no pierdes la propiedad de una piedra que está en tu campo aunque la cambies semanalmente de lugar. ¿Recuerdas aquel pleito sobre las islas flotantes del río Mississippi? . . . El terreno se movía a medida que el río iba formando canales nuevos; pero siempre hubo un poseedor de las islas. Lo que quiero conseguir es que en este caso los poseedores seamos nosotros.

—Permíteme que te recuerde que algunos de estos pleitos sobre las islas fueron fallados unas veces en un sentido y otras veces en otro.

### Rayos cósmicos

UN nuevo dato sobre los rayos cósmicos ha venido a derribar ciertas teorías sobre el origen de estos misteriosos visitantes de la Tierra. Comunican dos geólogos norteamericanos, Kulp y Volchok, que durante los últimos 35.000 años la intensidad de los rayos cósmicos se ha mantenido prácticamente constante. ¿Cómo es que son geólogos los que nos hablan de este tema de física nuclear? Porque la Geología era, hasta hace poco, la ciencia que con más exactitud daba las edades de los fósiles. ¿Qué tiene que ver esto? Que ahora la antigüedad de un fósil tiende a determinarse mediante su contenido en carbono radioactivo, C-14, para lo cual es necesario conocer qué proporción de ese isótopo había en la atmósfera cuando el fósil vivía. Usando fósiles cuya edad se conocía gracias a los geólogos, ellos descubrieron que el aire terrestre ha contenido siempre la misma cantidad de C-14 en los últimos 35.000 años. Y como el C-14 es producido después de varias etapas por los rayos cósmicos, podemos aceptar que éstos han sido de intensidad constante. Este es un ejemplo perfecto de trabajo detectivesco.

—Pues nos acogeremos a las decisiones que nos favorecen. . . ¿Por qué crees que todos los abogados tienen autos y sus mujeres tapados de piel? Vamos, Jorge; a trabajar.

—¿En qué?

—¡En juntar el capital que necesitamos!

Jorge suspiró con alivio.

—¡Bueno!, ¡creí que pensabas usar nuestro dinero!

—Por supuesto que voy a usarlo, pero no va a alcanzar. Nuestro capital servirá para organizar el negocio, pero tenemos que buscar el sistema para que el capital siga evolucionando.

Harriman apretó un botón, y en la pantalla de televisión apareció el rostro de Saúl Kamens, director del cuerpo legal.

—Saúl, ¿puedes venir un momento?

En contados minutos, Harriman expuso al abogado su plan.

—Aparte de esas corporaciones tropicales, tenemos que contar con una sociedad que pueda admitir contribuciones, sin que por ello los contribuyentes adquieran derecho a los beneficios que pueda obtener la sociedad: algo así como la *Sociedad Geográfica*.

Kamens sacudió negativamente la cabeza.

—No puedes comprar la *Sociedad Geográfica*.

—¿Quién te dijo que pensaba comprarla? Lo que quiero es fundar otra.

—Eso iba yo a proponer.

—Pues de acuerdo. Necesitamos disponer, por lo menos, de una sociedad de este tipo, inmediatamente. No debe tener propósitos lucrativos, debe estar exenta de impuestos, y la comisión directiva debe estar integrada por personas adictas, en número suficiente para asegurarnos la mayoría en todas las votaciones que nos interesen. Supongo que en el futuro tendremos que contar con las mismas asociaciones análogas, para las iremos formando a medida que las

necesitemos. Por otro lado, tenemos que constituir nuestra verdadera sociedad, comercial y con propósitos lucrativos; pero no daremos a conocer los beneficios hasta que sea conveniente. El secreto está en que las sociedades no lucrativas se lleven la publicidad y el prestigio, y la sociedad comercial los beneficios. Las sociedades no lucrativas irán destinando por turno sucesivas partidas, de modo que todos los gastos corran por su cuenta. Tal vez sea necesario fundar dos sociedades comerciales en vez de una, por si nos fuera conveniente dejar quebrar a una. Este es el esquema general. Ocupate de los detalles y de darle forma legal.

—Delos, por si te interesa mi opinión te diré que tu propósito de explotar las corporaciones no lucrativas no es del todo honesto.

—¡Un abogado predicando honestidad! . . . No tengas miedo, Saúl; no pretendo estafar a nadie.

—¡Hum!

—Lo que me interesa es un viaje a la Luna, y esto es lo que van a pagar los contribuyentes de las sociedades. . . , y conseguirán su propósito. Bueno, a trabajar y ponme todo en regla.

—Conforme; pero antes quiero referirte una anécdota: ¿sabes lo que respondió el abogado del viejo Vanderbilt cuando éste le propuso un plan semejante? "El plan es excelente tal como está; ¿para qué malograrlo dándole forma legal?" ¿Quieres alguna otra cosa?

—Sí: que pienses a ver si se te ocurre alguna nueva idea. Jorge, hazme el favor de llamar a Montgomery.

Montgomery, jefe de publicidad de Harriman, tenía virtudes: en primer lugar era incondicionalmente adicto a su jefe; en segundo lugar, era capaz de convencer al público de cualquier cosa que se propusiese. Entró en la oficina con un gran portafolio bajo el brazo.

—Me alegro de que me hayas llamado: tenía muchas cosas que consultar-

te. Abrió el portafolios y extendió sobre el escritorio de Harriman varios dibujos y fotografías.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Harriman.

—Para *Casas de un Mundo Nuevo*.

—No me interesa: estamos liquidando esa compañía. No digas nada... , que los muchachos continúen trabajando. Me interesa mantener los precios hasta que terminemos de vender las acciones. Te he llamado para otra cosa —Harriman explicó rápidamente su nuevo proyecto.

—¿Cuándo comenzamos y cuánto podemos gastar?

—De inmediato; y por los gastos te preocupes: pídemelo todo lo que necesites. Este es el negocio más grande que hemos intentado. Piénsalo hasta mañana y ven a verme temprano.

—¡Un momento, por favor! ¿Cómo vas a conseguir todas esas concesiones de los estados tropicales, si comenzamos una campaña de publicidad para anunciar un viaje a la Luna y lo importante que es para todo el mundo?

—¿Me has visto la cara de tonto? Conseguiremos los derechos antes de comenzar la campaña. Tú y Kamens conseguiréis los derechos... Esta es tu primera misión.

—¡Hum!... Creo que es posible... ¿Cuánto tiempo nos das?

—Seis semanas. Si las concesiones no están para esa fecha, más vale que me envíes la renuncia.

—Mejor, te la dejo ahora mismo.

—Bueno... , ya sé que seis semanas son muy poco; pero, ¡apúrate! No podemos dar un paso antes de contar con esas concesiones. Si te demoras demasiado, nos quedamos en la calle, y no iremos a la Luna, que es peor.

—Mira, Delos, ¿qué necesidad hay de perder el tiempo con todas esas concesiones. Si quieres ir a la Luna, llama a Ferguson, y comencemos a trabajar.

—Me gusta que no quieras perder

tiempo; pero hay que pensar bien las cosas. En 1846 un oficial norteamericano invadió California. ¿Sabes qué hizo el Departamento de Estado?

—No.

—Le ordenó retroceder. Parece que se había olvidado de algún requisito. Dos meses después el Departamento de Estado tuvo que invadir de nuevo a California. No sé qué será de nosotros; pero no me gustaría llagar a la Luna y tener que defender mis derechos de ocupación en un tribunal de la Tierra, por no haberme tomado la molestia de asegurarme antes de zarpar. ¿Qué te parece?

—Tienes razón. Eso fué lo que le pasó a Cristóbal Colón.

—Exactamente. No debemos cometer los mismos errores que él.

Kamens escuchaba masticando su cigarro de hoja.

—Muy bien, ¿pero qué valor van a tener esas concesiones de los pequeños estados tropicales una vez que contemos con ellas? ¿No te parece mejor conseguir una sola concesión de las Naciones Unidas? En vez de hacer una docena de gestiones, lo arreglamos en una sola. Casualmente estaba pensando que si lo proponemos al Consejo de Seguridad...

—De acuerdo: iremos al Consejo de Seguridad, pero más tarde. Me parece que no comprendes las líneas generales del plan. Por supuesto que esas concesiones no tienen demasiado valor, a no ser negativamente; pero este valor negativo es muy importante. Escúchame un momento: nos vamos a la Luna o parece que nos vamos. Los países tropicales comienzan a gritar. Les tapamos la boca con las corporaciones que ellos mismos han autorizado. ¿A quién recurren entonces? Por supuesto, a las Naciones Unidas. Ahora bien; todos los países importantes están situados en la zona templada del norte. Al conocer

los fundamentos de las pretensiones de los estados tropicales, se propusieron

bre el mapa y ven que, efectivamente, no les corresponde ni una tajada de la Luna. El país más grande de todos, Rusia, no tiene ni un centímetro de territorio debajo del paralelo 29. Se ven obligados a rechazar las pretensiones de los estados tropicales... o por el contrario, las reconocen; entonces los Estados Unidos gritan: "La Luna pasa sobre Florida y la parte Sur de Texas". El Gobierno Federal no sabe qué hacer: "¿Apoyaremos a los países tropicales en base a la teoría tradicional de la posesión de terrenos? ¿Sostendremos que la Luna pertenece a todo el mundo? ¿Reclamaremos el derecho de ocupación, puesto que han sido norteamericanos los primeros que llegaron al satélite?" Entonces entramos en escena nosotros. Resulta que la astronave que llegó a la Luna era de una sociedad no lucrativa patrocinada por la UN.

—Un momento — interrumpió Strong—. No sabía que la UN pudiera patrocinar asociaciones...

—Y sin embargo puede, ¿no es verdad, Saúl? —Kamens asintió—. De todos modos —prosiguió Harriman—, ya tenemos la asociación; la constituirá hace algunos años. Estoy autorizado para trabajar en todo propósito de interés científico o educacional... , y te aseguro que es una autorización muy amplia. Pero volvamos a donde estábamos. Esta asociación no lucrativa pide a la UN que declare a la Luna territorio autónomo, bajo la protección de las Naciones Unidas. En un primer momento no vamos a solicitar que nos reciban como miembros de las Naciones Unidas, para no complicar las cosas...

—¡Para no complicar! — exclamó Montgomery.

—¡Claro que sí! La colonia Lunar será un estado soberano *de facto*, con dominio sobre todo el satélite y —escuchen bien— con autoridad para com-

titulos de propiedad, establecer monopolios, recaudar impuestos...

—¿Y de quién será?, ¿tuya?

—Bueno, si es mía durante algún tiempo, no la voy a echar a perder, y voy a impedir que otros lo hagan. ¡Dios! ¿no te das cuenta de lo que sucedería si Estados Unidos reclama la posesión de la Luna? Los otros países no van a reconocer su reclamo, y la Luna será la manzana de la discordia en la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad, precisamente cuando la situación mundial comienza a estabilizarse por primera vez en milenios y se puede trabajar tranquilo sin una guerra cada cuatro años. Las otras naciones, con muchísima razón se alarmarán de muerte si cada vez que levantan los ojos al cielo es para pensar que en la Luna han instalado los Estados Unidos su base principal de bombas atómicas. ¿Te parece que pueden permanecer de brazos cruzados?... ¡No señor!... ; cada cual hará todo lo que pueda para asegurarse una parcela de la Luna e instalar allí sus propios dispositivos de seguridad. La Luna es muy grande y puede dar cabida a todos. Se establecerán otras bases y estallará la guerra más infernal de la historia. Y nosotros tendremos la culpa. Pero eso... No. Tenemos que lograr un arreglo que impida a cada una de las grandes potencias dar el primer paso para un conflicto, cualquiera que sea. Esta es la razón de mis precauciones minuciosas y superfluas en apariencia y de los procedimientos tortuosos que propongo. Y además, Jorge, si reclamamos el derecho a la Luna por parte de los Estados Unidos, ¿has pensado en qué situación quedaremos nosotros, en cuanto a hombres de negocios?

—¡A la cabeza!

—¡De ningún modo! Nos dejarán fuera de juego desde el primer momento. El Departamento de Defensa nos dirá: "Muchas gracias, señor Harriman;

muchas gracias, señor Strong. Nosotros confiscamos la Luna en nombre de la Defensa Nacional; agradecemos sus patrióticos servicios y los relevamos de su ardua labor... y no tendremos más remedio que irnos a casa y esperar la próxima guerra atómica. Yo no estoy dispuesto a irme a casa, Jorge. No quiero que se inmiscuyan los milicos. Voy a fundar una colonia en la Luna y seguirla de cerca hasta que pueda manejarse por sí misma. Acuérdate de lo que te digo: ¡trabajamos por la empresa más grande acometida por los hombres desde el descubrimiento del fuego! Si actuamos inteligentemente, puede ser la base para un mundo nuevo y mejor; si damos un paso en falso, estamos adelantando el Juicio Final. Estamos muy cerca, aunque tal vez no lo veamos con nuestros ojos; pero yo quiero poner todo de mi parte para que el viaje a la Luna sea un hecho y para que sus consecuencias sean beneficiosas.

Harriman se detuvo, visiblemente excitado. Strong preguntó:

—¿Terminó tu sermón?

—No. Falta lo mejor. ¿Sabes qué puedes encontrar en la Luna? Pues te lo diré: puedes encontrar gente.

—¿En la Luna? —exclamó Kamens.

—¿Y por qué no? —dijo en voz baja Montgomery a Strong.

—No, en la Luna no. O por lo menos me extrañaría encontrar algo con vida en esa atmósfera sin oxígeno. Me refería a los otros planetas: Marte, Venus y los satélites de Júpiter. Tal vez serés de las estrellas. Suponte que encontramos otros seres inteligentes. ¿Sabes lo que eso significa? Los hombres hemos vivido aislados, solos en el único mundo que conocemos. No hemos sido capaces de comunicarnos con los perros o las abejas. Suponte que encontremos otra raza dotada de inteligencia, seres que piensan de un modo distinto al nuestro: los hombres no estaría-

mos ya solos: ¡podríamos mirar a las estrellas sin tener miedo a nadie!

Harriman terminó de hablar. Parecía exhausto, y hasta un poco avergonzado de su arrebato, como un hombre que ha sido sorprendido realizando algún acto privado. Se quedó frente a ellos escrutando sus rostros.

—Caramba —dijo Montgomery—, ¿creo que puedo utilizar tu discurso para propaganda?

—No hay necesidad; mientras habla conecte el televisor grabador. Cuando quieras podemos proyectar la escena. Es casi una pieza de teatro.

—Nunca he actuado, pero si crees que hace falta, cuenta conmigo.

—¡No, tú no! —exclamó Montgomery con horror profesional—, tú no eres el tipo. Lo declamará un galán; Basil Wilkes, por ejemplo, con esa cara de ángel y esa voz de órgano que tiene. Harriman consultó su reloj de pulsera:

—Bueno; si no hay objeción, hablemos nuevamente de negocios. En primer lugar, los fondos. Podemos comenzar pidiendo donaciones, como para las universidades o institutos de investigación privados. Hay que buscar la gente que necesita evacuar excesos de ganancias para salvarse de los impuestos. ¿Cuánto crees que podríamos conseguir por este sistema?

—Muy poco —respondió Strong—, esa vaca la ordeñan muchas manos.

—Pero no se quedará seca mientras existan millonarios que prefieren hacer donaciones a pagar impuestos. ¿Cuánto puede pagar un hombre para que un volcán de la Luna lleve su nombre?

—Creía que todos los volcanes ya tienen nombre.

—Algunos sí, pero hay muchísimos que no lo tienen, y además está la parte de atrás que no ha sido tocada hasta hoy. Bueno, no hay necesidad de que Montgomery, y hablaremos en su mo-

mento. Hay que encontrar también un sistema para sacarles dinero a los chicos de las escuelas. Hay cuarenta millones de niños en edad escolar; si le sacamos diez centavos a cada uno, son cuatro millones de dólares.

—¿Por qué diez centavos solamente?... Si encuentras un chico muy interesado, puede juntar fácilmente un dólar.

—Sí, ¿pero qué le ofrecemos a cambio, amén de tomar parte en una aventura, etcétera, etcétera?...

—Podemos conseguir los centavos y los dólares al mismo tiempo. Por diez centavos le damos un carnet acreditándolo como miembro del club *Rayo de Luna*...

—No. Me gusta más *Club de Jóvenes Astronautas*.

—Tienes razón. El club *Rayo de Luna* será para las chicas. Hay que interesar también a los *Boy Scouts* y a las *Girl Scouts*. Como decía, le damos a cada chico un carnet, cada diez centavos más que trae le pagamos una estampilla de diversos colores. Cuando ha juntado un dólar, le otorgamos un diploma como para colgar, que tenga detrás un mapa de la Luna...

—No, que el mapa vaya en el frente —dijo Harriman—; así sale más barata la impresión. Además le daremos una garantía escrita comprometiéndonos a que su nombre figure en la lista de *Jóvenes Pioneros de la Luna*, que será grabada en un monumento a levantar en el mismo lugar de la Luna en que aterrice la primera espacionave.

—¡Muy bien! —exclamó Montgomery—, y cuando llegue a diez dólares, le damos un distintivo dorado de *Pionero*, con derecho a votar, o algo así. Y garantizamos que su nombre estará grabado fuera del monumento, mejor dicho *micrograbado* en una cinta de platino.

La cara de Strong presagiaba tormenta.

—¿Y qué le darán cuando haya juntado cien dólares?

—Bueno —respondió alegremente Montgomery—, entonces le damos otro carnet para que empiece de nuevo. No se preocupe, señor Strong; si un chico tiene el coraje de juntar cien dólares, ya encontraremos modo de dejarlo satisfecho. Tal vez lo llevemos a inspeccionar por sí mismo la astronave, o a sacarse una fotografía a su lado, con un autógrafo del piloto, preparado ya en las oficinas por las empleadas.

—¿No les da vergüenza robar a las criaturas?

—¡De ningún modo! No les estamos robando. Les estamos vendiendo algo, que supera en valor todo lo imaginable: realidades intangibles. Esta mercadería no tiene límite de precio; vale lo que cada uno desea pagar.

Strong no se dignó contestar; se limitó a rugir.

Harriman escuchaba sonriendo. Kamens aclaró la garganta:

—Ya que ustedes no tienen reparo en devorar a la juventud, voy a proponerles una idea.

—Lárguela.

—Jorge, tú coleccionas estampillas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto puede valer un sobre que ha sido llevado a la Luna y cancelado allí?

—Mucho, pero es imposible.

—No me parece; podemos conseguir sin demasiado esfuerzo que la espacionave sea declarada oficina postal móvil. ¿Cuánto valdría un sobre cancelado en la Luna?

—Depende del mercado.

—Pero debe de haber un máximo. ¿Puedes fijarlo aproximadamente?

Strong se quedó un momento pensativo, sacó después un lápiz e hizo algunos cálculos.

Harriman no esperó que terminase. —Saúl, me he acordado de pronto

del éxito que tuve con Jones. ¿Cuánto te parece que puede valer un terreno en la Luna?

—Vamos, Delos, refrena tu imaginación. No puedes vender terrenos en la Luna antes de que alguien haya desembarcado allí.

—Hablo en serio, Saúl. Ya sé en qué estás pensando: para vender un terreno hay que dar una descripción aproximada de sus características. No importa. Tú debes saber cómo encontrarle la vuelta desde el punto de vista legal. Estoy dispuesto a vender toda la Luna si es posible: terrenos para edificar, para explotar, concesiones mineras, todo lo que sea posible.

—¿Y si ocuparan sus terrenos?

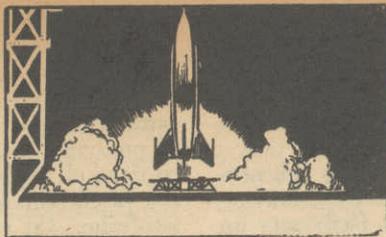
—¡Excelente!, y cuanto antes, mejor. Además, tienes que preparar las cosas para que podamos cobrar impuestos sobre los terrenos vendidos; si no *ocupan los terrenos o no pagan impuestos*, el terreno vuelve a nuestro poder. Tienes que encontrarle la vuelta para que no nos metan en la cárcel. Me parece lo mejor que figurasen a nombre de una de las compañías extranjeras y que se vendiesen aquí.

—Podríamos hacerlo con la compañía de terrenos de Panamá y hacer propaganda por radio y televisión. ¿De veras te parece que podríamos vender los terrenos?

—Vender se vende cualquier cosa, hasta el hielo del Polo —intervino Montgomery—. El problema es encontrar el modo de encarar la propaganda.

Harriman preguntó:

—¿Oyeron alguna vez hablar de la venta de terrenos en Florida?... La gente compró terrenos que no había visto nunca, y los vendió tres veces más caros, sin haberse tomado nunca



el trabajo de ir a verlos. Algunos terrenos cambiaron de mano una docena de veces antes de que el dueño descubriese que estaban tres metros bajo el agua. Nosotros podemos ofrecer ne-

gocios mucho mejores que éstos: una hectárea de terreno seco, con sol en abundancia, a diez dólares, o cien hectáreas a un dólar cada una. ¿Quién va a dejar escapar una oferta como ésta? Y más cuando se difunda el rumor de que en la Luna existe uranio en grandes cantidades.

—¿Y hay de veras uranio?

—¿Cómo puedo saberlo? Cuando pase el entusiasmo por los terrenos, anunciaremos la ubicación de la *Ciudad Lunar*, y resultará que precisamente los terrenos que la rodean no han sido vendidos todavía. No te preocupes, Saúl; si existe un terreno, cualquiera sea su ubicación, Jorge y yo lo venderemos. Estoy pensando —añadió con aire preocupado— que nos conviene reservarnos los derechos minerales, porque tal vez haya efectivamente uranio.

—Calculo que medio millón —dijo de pronto Strong.

—¿Medio millón qué?

—El valor de los sobres cancelados en la Luna. ¿No hablábamos de eso? Calculo que podemos contar con cinco mil interesados, coleccionistas serios y casas de filatelia. Pero tendríamos que dejar el dinero en depósito a nombre de una sociedad hasta que esté terminada la espacionave y el viaje sea una realidad.

—De acuerdo...; lo dejo en tus manos —dijo Harriman—. Pero ten en cuenta que al último momento podemos necesitar medio millón más.

—¿Qué comisión me das? —preguntó Kamens—. La idea fué mía.

—Por ahora te ofrecemos nuestro profundo agradecimiento y diez hectáreas en la Luna. ¿Qué otros recursos podemos explotar?

—¿No vas a emitir acciones? —preguntó Kamens.

—A eso iba. Pero no acciones preferenciales, sino de mera participación, sin voto en asamblea.

La pantalla del televisor de Harriman se iluminó.

—Señor Harriman —dijo la secretaria—, está aquí el señor Dixon. Dice que no tiene cita, pero que usted tendrá interés en recibirlo.

—Creí que habíamos terminado —murmuró Harriman. Y en voz alta—: Muy bien, hágalo pasar.

—Bien... ¡Un momento, señor!... Acaba de llegar el señor Entenza.

—Que pase también.

Harriman desconectó el televisor y dijo a sus compañeros:

—¡A callarse la boca y abrir bien los ojos!

Dixon entró seguido de Entenza. Se sentó, miró en torno, hizo ademán de hablar y volvió a mirar a los otros, especialmente a Entenza.

—Puedes hablar con confianza, Dan; estamos entre amigos —dijo Harriman.

—He estado pensando el asunto, Delos, y he decidido apoyarte. Como prueba he traído esto.

Extendió sobre la mesa un contrato de venta firmado por Morgan, exactamente igual al que Jones había firmado con Harriman. Entenza lo miró con sorpresa, luego sacó de su bolsillo tres contratos de venta, firmados todos por sendos directores del sindicato de fuerza.

—Tres a uno, Dan —dijo Harriman sonriendo.

Dixon sacó dos contratos más y los puso sobre la mesa.

—¡Sitios más! —dijo Harriman.

man, decidido a no mencionar para nada los siete contratos que había firmado él la noche anterior.

—Jack, ¿cuánto has pagado por esos contratos? —preguntó.

—A Standish tuve que darle mil dólares; los demás salieron baratos.

—Mal hecho. Te dije que no hicieras subir los precios. ¿Y tú, Dan?

—Los conseguí a buen precio.

—No quieres hablar, ¿eh? No importa. Pasemos a otra cosa. ¿Cuánto dinero traen ustedes.

Entenza miró a Dixon y preguntó:

—¿Cuánto hace falta?

—¿Cuánto puedes juntar?

Dixon dijo fastidiado:

—Pongamos las cartas sobre la mesa. 100.000 dólares.

—Ah, ¿lo que quieres es reservar un asiento para el primer viaje a la Luna? De acuerdo; cuenta con él por ese precio.

—Bueno, dejémonos de fintas. ¿Cuánto hace falta?

El rostro de Harriman no cambió de impresión, pero su mente trabajaba a toda máquina. Lo habían tomado desprevenido, no había podido conversar todavía con su ingeniero en jefe y no tenía ni siquiera un cálculo aproximado...

—Dan, ya te avisé que te va a costar por lo menos un millón de entrada.

—Así me pareció... ¿Y cuánto me va a costar seguir en el juego?

—Hasta el último centavo.

—No digas tonterías, Delos. Tengo más capital que tú.

Harriman encendió un cigarro para disimular su agitación.

—Te propongo que entremos a partes iguales.

—De acuerdo; aportas la misma cantidad que nosotros, pero te llevas dos partes. Con una condición: yo dirijo.

—Bueno, tú diriges los trabajos, pero no te opondrás a que mande a un su-

pervisor. Cuenta desde ahora con un millón, y seguiré poniendo por partes iguales lo que sea necesario.

—Manda al supervisor; pero creo que nunca te hemos traicionado...

—Efectivamente, y no hay necesidad de comenzar.

—Como quieras; pero manda a alguien que sepa callarse.

—No te preocupes. Tomaré mis medidas para que no se vaya de la lengua.

Harriman calculaba interiormente los recursos de Dixon.

—Más adelante tal vez sea necesario venderle otra participación, Dixon. Este asunto va a tragar mucho dinero.

—Habla cuando llegue el momento. No acostumbro a dejar hundirse un negocio por falta de capital.

—Trato hecho —respondió Harriman—. ¿Has oído, Jack? ¿Estás de acuerdo?

Entenza secó el sudor de su frente y contestó:

—No puedo juntar un millón de repente.

—No interesa, Jack. Basta tu palabra. Puedes tomarte el tiempo que necesites para arreglar tus cosas.

—Pero tú dijiste que un millón era solamente el comienzo. Yo no puedo aportar indefinidamente a ese ritmo; tengo familia y debo pensar en ella. Hay que fijar un límite.

—No es para tanto, Jack. Tu familia está segura con sólo tus rentas.

—No se trata de eso... Lo que no quiero es tener que exprimir hasta el último centavo para seguirles el tren.

Harriman esperó a que Dixon hablase. Este dijo finalmente:

—No nos interesa ahorcarte. Si nos garantizas que tu capital no te permite entrar en la sociedad con un aporte idéntico al nuestro, entra con lo que puedas y prorrataremos los aportes y las ganancias.

—Me parece lo mejor —dijo Harriman.

Se le había ocurrido que si Entenza entraba con el mismo capital que Dixon, Strong y él, perdían él y su socio la mayoría. Por lo visto, Strong había pensado lo mismo, pues propuso:

—No conviene que entremos todos con partes iguales, porque podríamos llegar a una "impasse" en las votaciones.

Dixon se alzó de hombros.

—No me preocupa. Me embarco en esto porque tengo confianza en Harriman. El sabrá cómo manejar las cosas para que la sociedad marche.

—¡Iremos a la Luna, Dan! —exclamó Harriman.

—No quise decir esto. Lo que me interesa personalmente es que, vayas o no a la Luna, tú sabrás hacer que la sociedad prospere. Ayer a la tarde estuve revisando los balances de algunas de tus compañías; eran muy interesantes. Propongo que descartemos desde ahora toda posibilidad de estancamiento en las votaciones, concediendo al director (que serás tú, Delos) la facultad para decidir. ¿Estás de acuerdo, Entenza?

—Sí.

Harriman estaba preocupado, pero trataba de disimularlo. No confiaba en Dixon, aunque le ofreciera el oro y el moro. Se levantó bruscamente y dijo:

—Señores, les ruego que me dispensen; tengo que retirarme un momento. Los dejo con el señor Strong y el doctor Kamens.

Estaba seguro de que Kamens no se iría de la lengua aun tratándose de sus futuros socios. En cuanto a Strong, sabía que su mano izquierda no estaba enterada de cuántos dedos tenía la derecha.

SE despidió de Montgomery y entró en la oficina de Ferguson, ingeniero jefe de Harriman Enterprises. Harriman esperó al que se calmase y me dió esta mañana una idea para un

interruptor de luz automático. Al principio no me pareció práctico, pero luego...

—¡Deje eso! Páselo a uno de los muchachos y desprecúpese para siempre. Estamos en otra cosa. Supongo que se habrá enterado.

—He escuchado algún rumor...

—¡Despida de inmediato al que se lo dijo! No, mejor envíelo al Tibet en misión especial hasta que terminemos... Bueno, ¡que se vaya al diablo! Quiero que me construya una espacionave para ir a la Luna. Lo más pronto posible.

Ferguson pasó una pierna por el brazo del sillón, sacó un cortaplumas y comenzó a limpiarse las uñas.

—Lo dice como si me ordenase construir un galpón...

—¿Y qué diferencia hay? Desde 1949 contamos con los combustibles necesarios. Junte a sus ayudantes para hacer los planos, reúna a los mecánicos para armarlo y ¡manos a la obra! Yo me encargo de pagar las cuentas... ¿Qué problema hay?

Ferguson levantó la vista al techo.

—Combustibles necesarios... —repetió ensimismado.

—Exactamente. Los cálculos demuestran que con hidrógeno y oxígeno se puede lanzar un cohete a la Luna, y de la Luna a la Tierra. El único problema está en el diseño adecuado.

—Diseño adecuado —repetió Ferguson, como si estuviera ausente—. ¿Qué sabe usted de diseños? ¿Dónde consigo el acero? ¿Qué material uso para el escape? ¿Cómo diablos puedo quemar las toneladas necesarias de su mezcla sin gastarla por completo en residuos? ¿Cómo puedo conseguir una razón de masa satisfactoria con un cohete múltiple? ¿Por qué no me dejó construir la espacionave cuando contábamos con los combustibles verdaderamente adecuados?

Harriman esperó al que se calmase y me dió esta mañana una idea para un

—¡Hummm!... Estuve pensando toda la noche. Mi señora está enojadísima con usted. El único sistema para hacer esto es conseguir, en primer lugar, una asignación para investigaciones del Departamento de Defensa; luego...

—Andy, ocúpese de la ingeniería y déjeme a mí los problemas políticos y económicos. No necesito sus consejos.

—Cálmese, Delos. No estaba hablando de problemas políticos... Quería decirle que el Departamento de Defensa tiene almacenado un inmenso material de estudio y de consulta sobre cohetes, clasificado por problemas. Sin autorización gubernamental, es imposible echarle un vistazo siquiera.

—Ese material no ha de ser mucho ni demasiado importante. ¿Qué puede hacer un cohete del gobierno que no lo hagan ya los nuestros? Usted mismo me dijo que las investigaciones del gobierno no tenían demasiado interés.

—Es un poco difícil explicárselo en términos corrientes, pero tenga la seguridad de que los datos en poder del gobierno nos son muy necesarios. No hay ninguna necesidad de gastar dinero en investigaciones que ya están hechas.

—¡Gaste todo lo que necesite!

—Pueden ser millones.

—¡Gaste cuanto necesite! No me asustan los millones. Escúcheme, Andy; en este asunto no tiene que inmiscuirse para nada el ejército.

Harriman consideró mentalmente la conveniencia de exponer al ingeniero sus razones para no tener relación con el ejército, y decidió que no convenía.

—¿Necesita imprescindiblemente los datos del ejército? ¿No es posible arreglarlo contratando uno de los ingenieros que trabajan para ellos, o que han trabajado en otra época?

Ferguson pellizcó sus labios.

—¿Cómo quiere que haga algo si usted me cierra todos los caminos?

—No pretendo cerrarle ningún camino. Por razones que no hacen al caso

no quiero que el ejército tenga nada que ver con nosotros. Dígame si puede arreglarse sin él, o buscaré otro que pueda hacerlo.

Ferguson hizo como que no había oído.

—Conozco un muchacho que trabaja en la base de cohetes de White Sands; es un muchacho muy capaz y muy informado. Imagínese que era encargado de sección.

—¿Quiere decir que lo podría poner al frente de su equipo de diseñadores?

—Exactamente.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¿Para quién trabaja ahora?

—Le diré: cuando el gobierno clausuró la base de cohetes, me pareció que era una gran lástima que un muchacho con tantas condiciones se quedase en la calle, y lo contraté para nuestra compañía. Es el ingeniero jefe de la estación de San Francisco.

—Quiere decir que trabaja en reparaciones... ¿Cómo se le ocurre darle un empleo así a un hombre con capacidad de creación? Llámelo por televisión. No... Hable a San Francisco y que lo manden en un cohete especial. Almorzaremos juntos.

—Da la casualidad — respondió calmadamente Ferguson — que lo llamé anoche; está esperando afuera. Se llama Coster, Bob Coster.

El rostro de Harriman resplandeció de satisfacción.

—¡Zorro maldito!... ¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando a nada... Quería hacerle comprender que necesitábamos a este hombre. Si usted me deja hacer el trabajo, le propongo que lo nombremos ingeniero jefe del grupo de diseño. Pero con una condición: hay que dejarlo completamente tranquilo; no hay cosa que fastidie y perturbe más a un técnico que la intromisión de los profanos...; de modo que lo moleste para nada, ¿me oye?

—De acuerdo. Pero tampoco tiene que meterse usted a controlar los gastos o a pedirle cuentas cada semana... ¿De acuerdo?

—Creo que sí.

—Pues hágalo entrar.

Por lo visto, para Ferguson, "muchacho" era un término bastante lato, por que Coster aparentaba unos treinta y cinco años. Era alto, corpulento y de aspecto enérgico, pero sereno.

Harriman le estrechó la mano y le dijo sin preámbulos:

—Bob, ¿puede diseñarnos un cohete para ir a la Luna y volver?

—¿Dispone de reservas de combustible X?

"Combustible X" era la designación corriente del combustible isotópico producido por el cohete satélite.

—No.

Coster permaneció en silencio un momento y afirmó después:

—Puedo construirle un cohete sin piloto que llegue hasta la Luna.

—No sirve. Tiene que ser un cohete que me lleve a mí y regrese. No me interesa si aterriza por freno atmosférico o con reservas de energía.

Coster necesitaba su tiempo para preparar sus respuestas. A Harriman le pareció escuchar cómo giraban ruedas en su cabeza. Por fin dijo:

—Va a costar muy caro...

—¿Quién le preguntó si era caro o barato? ¿Puede hacerlo o no?

—Podría intentarlo.

—¡Pues inténtelo! ¿Le parece que lo podrá lograr? ¿Jugaría hasta la camisa a qué puede hacerlo? ¿Estaría dispuesto a arriesgar su vida?... Si usted no tiene fe en sí mismo, está perdido desde este instante.

—¿Cuánto está usted dispuesto a arriesgar? Le aviso que será muy caro... y no sé si usted sospecha lo que puede costarle.

—Y yo vuelvo a decirle que no se preocupe por el dinero. Coste lo que

necesite. Yo me encargo de las cuentas.

—Si de veras usted está dispuesto a gastar lo que sea necesario, puedo hacer lo que me pide. Le pasaré un informe sobre los gastos que demandará y el tiempo que necesito.

—De acuerdo. Comience a formar su equipo. ¿Dónde vamos a instalar los talleres, Andy?, ¿en Australia?

—No — respondió Coster —, no puede ser en Australia. Necesito una montaña para colocar una catapulta. De este modo se puede ahorrar el primer subcohete.

—¿De qué altura tiene que ser la montaña? ¿Sirve el Pikes Peak?

—No es suficiente. Creo que tendría que ser en los Andes.

—Sí; tiene que ser en los Andes — corroboró Ferguson —; las montañas son más altas y están más cerca del Ecuador. Por otra parte, tenemos facilidades para hacerlo mediante la *Andes Development Company*, una de nuestras compañías.

—Haga como quiera, Bob — dijo Harriman —. Me gustaría más que fuera en Pikes Peak; pero usted es el que tiene que decidirlo.

Harriman pensaba que sería muy ventajoso que el cohete zarpase de los Estados Unidos. Calculaba las ventajas que tendría para la propaganda el lanzamiento de un cohete desde una montaña que podía divisarse a cientos de millas alrededor.

—Le contestaré cuando haya estudiado el asunto.

—Muy bien. Hablemos ahora de su sueldo. Olvídese de todo lo que ha ganado hasta ahora. ¿Cuánto dinero necesita?

—En un trabajo como éste me basta ganarme los cigarrillos.

—¡No sea tonto!

—Déjeme terminar. Ganar para cigarrillos y una condición: yo tengo que tomar parte en el primer viaje.

—Y yo vuelvo a decirle que no se

—Lo entiendo perfectamente. Mientras tanto, yo le fijaré el sueldo. Tiene que calcular una nave para tres personas, a no ser que usted sea piloto.

—No lo soy.

—Entonces que sea para tres personas. ¡Yo también voy!

#### IV

ME alegro de que te hayas puesto de mi parte, Dan. No quisiera dejarte sin empleo. Antes de que esto termine, la compañía de energía se va a ver en un buen aprieto.

—¿Cómo?

—Voy a instalar pilas de alta temperatura en la parte de atrás de la Luna, iguales a la de Arizona y a la del cohete satélite. Las manejaremos por control remoto. Si explotan, no importa. En una semana vamos a tener más combustible que la compañía en tres meses. No me interesa hundir a la compañía, pero necesito asegurar una fuente de energía para los vuelos interplanetarios. Si no lo puedo conseguir aquí, lo fabricaré en la Luna.

—Muy interesante; pero, ¿dónde vas a conseguir uranio para seis pilas? Mis últimas referencias son que la Comisión de Energía Atómica ha reservado todo el uranio para los próximos treinta años.

—¿Uranio? No te preocupes; lo conseguiremos en la Luna.

—En la Luna... ¿Hay uranio en la Luna?

—¿No lo sabías?... Pensé que por eso te habías pasado a nuestro bando.

—No, no lo sabía — respondió Dixon cavilosamente —. ¿Qué pruebas tienes?

—¿Yo?... Ninguna. No soy un sabio, pero es un hecho bien comprobado; creo que espectroscópicamente, aunque no estoy seguro. Pregúntale a algún entendido. Pero no manifiestes demasiado interés: todavía no conviene mostrar

el juego. Bueno, me tengo que ir. Dentro de media hora salgo para Rotterdam. Gracias por el almuerzo.

**H**ARRIMAN se levantó. —Haga como quiera, señor Van der Velde; le estoy dando la oportunidad de proteger sus intereses y los de sus colegas. Todos los geólogos están de acuerdo en que los diamantes son un producto de las altas temperaturas volcánicas. ¿Qué le parece que encontraremos aquí?

Puso una gran fotografía de la Luna sobre el escritorio del holandés. Este miró sin inmutarse la superficie del planeta, acibillada por mil cráteres gigantescos.

—Si es que usted llega allí, señor Harriman...

Harriman recogió la fotografía.

—Dé por seguro que llegaremos... y encontraremos diamantes de primera calidad, aunque no tengo inconveniente en admitir que puedan pasar veinte o cuarenta años antes de que los podamos extraer en cantidad suficiente como para desequilibrar el mercado de la Tierra. He venido a verlo porque sé

que lo peor que puede suceder a su gremio es una afluencia excesiva de diamantes al mercado, sin haber combinado de antemano cómo graduar los precios. No me gustan los pánicos financieros; pero lo único que puedo hacer es advertírselo de antemano. Buenos días.

—Haga el favor de escucharme un momento, señor Harriman. Siempre me desconcierto cuando alguien me explica los beneficios que me puede hacer. ¿No prefiere hablar un poco de lo que yo puedo hacer por usted?

Harriman se sentó nuevamente. Le gustaban mucho los Países Bajos. Cada vez que descubría un carrito de lechero tirado por perros y guiado por un muchacho con zuecos de madera se detenía asombrado; sacaba fotografías y daba suculentas propinas al lecherito, olvidando por completo que era subvencionado por la Oficina de Turismo. Después de su entrevista con Van der Velde, visitó otros joyeros, pero sin hablarles de la Luna. En casa de uno de ellos adquirió un hermoso broche de diamantes para Carlota: el presente de la paz.

### Flor de un día

**U**N problema técnico del vuelo interplanetario es el de mantener exactamente la posición de la astronave en su órbita, y hacerla variar justo lo que hace falta en el momento preciso en que hace falta (por ejemplo para que las toberas de escape apunten en la dirección deseada). Este problema lo tienen también los torpedos, que deben mantener la nariz apuntada hacia el blanco, sin dejarse desviar por el oleaje o irregularidades del motor. En ambos casos la cosa se consigue por medio de giróscopos, lo mejor que se conoce para estabilizar posiciones. Pero para que un giróscopo que está en reposo se ponga de pronto a andar a 13.000 revoluciones por minuto, hace falta un motor especial, de mucha potencia. Y en el caso del torpedo, sólo hace falta que funcione una vez; después será destrozado por la explosión. Este motor existe ya para los giróscopos de torpedos, que no son nada livianos. Tiene 25 HP y forma de cilindro de 25 cms. de largo y 10 cms. de diámetro. Apenas pesa cinco kilos, comparado con los 200 kilos que pesan los motores industriales de la misma potencia. Este milagro de la física se logró en la parte del primer cohete a la Luna.

Luego, tomó un aerotaxi y voló a Londres, donde mantuvo varias conferencias con los directores de los sindicatos locales de diamantes; arregló con sus agentes un seguro en el Lloyd's contra la posibilidad de otro vuelo exitoso a la Luna y sostuvo por televisión una larga conferencia con su oficina. Escuchó varios informes, especialmente los relacionados con Montgomery, y se enteró de que ese día había viajado a Nueva Delhi. Pidió comunicación con él, habló largamente y salió por fin a toda prisa hacia el aeródromo para tomar el cohete de regreso. A la mañana siguiente despertó en Colorado.

Al llegar a Peterson Field, donde estaban instalados los talleres de la espacionave, el portero le cerró el paso: no sabía que era el dueño de la casa. Hubiera podido evitarlo llamando a Coster para que diese órdenes al portero, pero prefirió poner a prueba la organización del establecimiento antes de ver a Coster. Afortunadamente, el jefe de guardia lo conocía de vista y se apresuró a franquearle la entrada.

Con un brazalet de tres colores en el brazo para poder circular libremente, Harriman vagabundeó durante algo más de una hora inspeccionándolo todo. En el taller de máquinas encontró relativa actividad y también en el de fundición; pero la mayoría de los talleres restantes estaban casi desiertos. Harriman suspendió la inspección de los talleres y se dirigió al edificio principal.

El salón de los dibujantes estaba en actividad; también el salón del piso superior y la sala de cálculos. En cambio, en la sala de estructuras había varios escritorios desocupados, y en el salón de metalurgia, como en el laboratorio adjunto, reinaba un silencio de cripta. Estaba a punto de cruzar el edificio de los laboratorios de química cuando se encontró con Coster.

—¡Señor Harriman!, acabo de enterarme de que usted estaba aquí.

—¡Espías por todos lados! No quería interrumpirlo.

—No faltaba más... ¿Quiere pasar a mi oficina?

Instalados ya frente a frente, preguntó Harriman:

—Bueno, ¿y cómo van las cosas?

Coster se crispó al oír la pregunta.

—Puede decirse que bien...

Harriman advirtió que las bandejas del escritorio de Coster estaban llenas de papeles que desbordaban por la mesa. Antes que Harriman pudiera responder, se iluminó la pantalla televisora, y una voz femenina anunció:

—Señor Coster, lo llama el señor Morgenstern.

—Dígale que estoy ocupado.

Después de unos instantes, la voz de la secretaria resonó tímidamente de nuevo:

—Dice que necesita hablar con usted.

Coster parecía atribulado.

—Discúlpeme un momento, señor Harriman. Conecte con Morgenstern — dijo.

—¡Por fin, jefe!... Estamos en un lío — resonó la voz de Morgenstern —. Todos los que alquilamos están descompuestos, y la compañía alquiladora no los quiere arreglar. Me parece que no nos queda más remedio que cancelar el contrato y entendernos con la otra compañía. Nos hacen una proposición que me parece conveniente. Nos garantizan...

—Ocúpese de ello. Usted hizo el contrato y tiene autoridad para cancelarlo. Ya sabe que no necesita consultarme.

—Sí, pero me pareció que usted preferiría estar enterado...

—¡Le digo que lo resuelva usted mismo! Con tal de que tengamos seguros los transportes, no me importa cómo — Coster desconectó la pantalla.

—¿Quién era? — preguntó Harriman.

—¿Quién?... Ah, sí; Morgenstern; Claudio Morgenstern.

—No me interesa el nombre. ¿Qué cargo tiene?

—Es uno de mis ayudantes. Se encarga de los edificios, el terreno y los transportes.

—¡Despídalo!

Coster se quedó estupefacto. Antes de que se hubiera podido recobrar, entró una secretaria con una pila de papeles para inicialar y firmar. Coster frunció el ceño, los firmó y la despició.

—No fué una orden — aclaró Harriman —, sino un consejo. No pienso intervenir para nada en lo que está a su cargo, pero quisiera aconsejarle algo, si usted me lo permite.

—Por supuesto que sí — respondió Coster, irritado todavía.

—Dígame, Bob, ésta es la primera vez que es usted director de algo, ¿verdad?

Coster vaciló un momento, pero lo admitió.

—Yo lo he contratado — prosiguió Harriman — fiado en el juicio de Ferguson, quien sostiene que es usted el ingeniero más capaz de construir una espacionave para ir a la Luna. No tengo motivo alguno hasta el momento para cambiar mi resolución. Pero la dirección general de una empresa no es asunto de ingeniería, y en esto tal vez pueda darle una mano.

Harriman se detuvo un momento como interrogando. Al ver que Coster no le respondía, prosiguió:

—Entiéndame bien; no se trata de

censurarlo. Administrar una empresa es algo que requiere una experiencia muy concreta...

Mientras hablaba, Harriman decidía interiormente dejar en la calle a Coster si no aceptaba sus indicaciones, dijera lo que dijese Ferguson.

Coster tamborileó sobre su escritorio.

—No sé qué pasa. No acabo de lograr que nadie lleve a cabo lo que le encargo sin necesidad de estarle encima.

—¿Ha trabajado mucho en los diseños durante estos días?

—Todo lo que puedo. A la noche trabajo allí — dijo señalando con la mano a un escritorio vecino.

—Esto no marcha, Bob. Yo lo he contratado en calidad de ingeniero. Esto está pésimamente organizado. Los talleres deberían estar enloquecidos de trabajo, y están tranquilos; su oficina debería estar silenciosa como una tumba, y es un avispero.

Coster hundió su rostro en las manos, evidentemente afectado.

—Tiene razón, señor Harriman. Sé lo que debo hacer, pero cada vez que me siento frente a la mesa para trabajar en un problema técnico, aparece un estúpido para consultarme sobre los camiones, sobre el teléfono, sobre qué sé yo... Lo siento, señor Harriman; créi que lo podría hacer...

Harriman lo consoló: —No se deje deprimir, Bob. Lo que veo, estos últimos días no ha dor-



mido demasiado. Le diré lo que hace falta. Ahora mismo mando llamar a Ferguson. Yo me hago cargo de este escritorio durante unos días, y trataré de montar una organización eficiente de veras, que le permita desocuparse de los camiones y tonterías por el estilo. Quiero que su cerebro esté lleno de cálculos vectoriales, de reacciones y rendimiento de combustibles, no de contratos con camioneros.

Harriman se asomó a la puerta, echó una mirada en la oficina adyacente y llamó en voz alta a uno de los empleados, que podía ser el encargado.

—Oiga, usted: ¡venga aquí un momento!

El hombre se levantó con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Qué desea usted?

—Haga colocar este escritorio en aquel rincón y traslade todo el material que hay encima a una oficina desocupada. ¡Pronto!

—¿Y quién es usted para darme órdenes?, ¿se puede saber?

—¡Maldito sea!

—Haga como le dice el señor Harriman — dijo Coster al empleado.

—Antes de veinticinco minutos debe estar listo — ordenó Harriman.

Volvió al escritorio de Coster y pidió comunicación con la oficina central de la compañía.

—Jim, ¿anda por ahí Jock Berkeley? Dale una licencia y mándamelo en seguida aquí, a Peterson Field. Que el cohete salga dentro de diez minutos. Su equipaje despáchalo después...

Harriman escuchó la respuesta y agregó:

—No, no; nuestra organización no se va a desplomar sin él, o si se desploma es porque nos hemos equivocado al elegir el jefe y al asignar los sueldos... Sí, sí, te doy permiso para que me des un puntapié la próxima vez que me veas, pero necesito a Jock aquí de inmediato. Adiós.

Terminada la comunicación, Harriman atendió personalmente al traslado del escritorio y los papeles de Coster a la oficina desocupada, desconectó el teléfono y ordenó que le llevaran también una cama.

—Esta noche le instalaremos un proyector, una mesa de dibujo, una biblioteca y todo lo que necesite para su trabajo de ingeniero. Haga una lista con todo lo que hace falta para eso, y llámeme si necesita alguna otra cosa.

Harriman volvió a la oficina que había ocupado Coster; se sentó lleno de energías ante el escritorio y dispuesto a revisar todo el sistema y corregir sus defectos.

Cuatro horas después se dirigió en compañía de Berkeley a la oficina de Coster. Lo encontró dormido en el escritorio, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Trató de salir sin despertarlo, pero Coster se levantó.

—Lo siento... Me he quedado dormido.

—Para eso le traje la cama: es más cómoda. Le presento a Jock Berkeley, su nuevo ayudante. Usted sigue siendo el ingeniero jefe e indiscutible, y Jock jefe supremo en todo lo demás. De ahora en adelante sólo tiene que preocuparse de una cosita: construir una astronave. De todo lo demás se ocupará Jock.

Coster estrechó la mano de Jock. Este le dijo:

—Descargue sobre mí todo el trabajo que le moleste; usted sólo tiene que ocuparse del aspecto técnico. Lo único que le pido es que me tenga al tanto de los trabajos que se emprenden, para poder tener una visión de conjunto. Le voy a conectar un micrófono en esta oficina con un dictáfono que estará en la mía, cerrado con una combinación que sólo yo conozco. Puede trasmitirme todo lo que quiera.

—Magnífico — exclamó Coster. A Harriman le pareció que había rejuve-

necido cinco años en las cuatro horas transcurridas desde que él había llegado.

—Y si necesita algo que no sea técnico —prosiguió Berkeley—, déme un grito y estaré aquí. El patrón quiere hablar con usted ahora de su trabajo. Los dejo.

Harriman se sentó. Coster suspiró con alivio.

—¿Se va sintiendo mejor? —preguntó Harriman.

—Me gusta mucho ese tipo Berkeley.

—Me alegro. De ahora en adelante será para usted como un hermano siamés. Despreocúpese por completo. Conozco muy bien a Jock. Hágase a la idea de que usted vive en un sanatorio de descanso. Y, de paso, ¿dónde vive usted?

—En una pensión del pueblo.

—¡Qué absurdo! ¿No se le ocurrió siquiera instalarse aquí en el edificio?

Harriman se acercó al escritorio y apretó un botón.

—Berkeley... mande a buscar las cosas del señor Coster a la pensión y arrégglele un departamento en las dos piezas que comunican con su oficina.

—Muy bien, señor.

—Bueno, Bob, hablemos ahora de la espacionave. ¿En qué estamos?

Durante dos horas conversaron, revisando detalle por detalle la situación de acuerdo a los planteos de Bob. Evidentemente, no habían avanzado mucho en la construcción desde que alquilaron el terreno, pero Coster había adelantado bastante el estudio teórico y los cálculos antes de verse anegado por los problemas administrativos. Harriman, aunque no era ingeniero, ni siquiera buen matemático, había devorado con tanta avidez cuanto libro existía sobre viajes interplanetarios, que pudo seguir casi al detalle todas las explicaciones de Coster.

—No veo ningún estudio de la catapulta que me había dicho.

—¡Ah, es verdad! Le confieso que me apuré demasiado a hablar.

—¿Cómo? La oficina de propaganda ya se ha ocupado de las maquetas y ha preparado dibujos del futuro cohete. Yo pensaba hacer de Colorado Springs la capital de los vuelos interplanetarios... ¿Qué pasa?

—Dos inconvenientes: tiempo y dinero.

—Deje el dinero. Para eso estoy yo.

—Queda el problema tiempo. Sigo pensando que un cañón eléctrico es el mejor sistema para dar la aceleración inicial a un cohete impulsado por combustibles químicos. Algo así...

Coster hizo un rápido dibujo del proyecto, hablando al mismo tiempo.

—De este modo se puede prescindir de la descarga inicial, que es precisamente la que requiere más energía y la más ineficaz, por su tremenda razón de masa...; pero, ¿cómo fabricarla? Es imposible levantar una torre de tres kilómetros de alto, lo suficientemente sólida para aguantar la fuerza del estallido inicial... o por lo menos no se puede terminar este año. Por lo tanto, hay que usar una montaña. Pikes Peak es adecuada y tiene la ventaja de ser accesible. Pero, ¿qué hay que hacer para prepararla? Primeramente un túnel desde la base hasta la cima, y ancho como para que quepa la cohetonave cargada.

—¿Por qué no sube usted el cohete hasta la cima y lo introduce por allí?

—Ya lo he pensado, pero los ascensores necesarios para levantar la cohetonave cargada, hasta tres mil metros de altura, necesitan una solidez que no le puedo dar con ninguno de los materiales existentes en el mercado. Respecto a la catapulta, es posible construirla de modo que el mecanismo de aceleración sea reversible y graduado, pero esto no conduciría a otros problemas de ingeniería, tales como gigantesco

les hasta el vértice de la nave. Y todavía queda el asunto del caño de la catapulta. No puede ser tan pequeño como la nave, respecto al calibre; es decir, no ajustado como un cañón para una bala. No se comprime impunemente una columna de aire de tres mil metros de altura. Claro, puede construirse una catapulta montaña; pero se tardarían diez años o más...

—Entonces, prescinda de la catapulta montaña; la construiremos en el futuro. En este viaje tenemos que valernos de otro recurso. ¿Qué le parece una catapulta de superficie? Hacemos el lanzamiento por un surco trazado en el flanco de la montaña, el cual se curva y verticaliza hacia la cumbre.

—Francamente, yo había pensado algo así. Tal vez lo podamos hacer más adelante; por el momento, nos crea nuevos problemas. Aun cuando pudiéramos diseñar un cañón eléctrico con la curva en la parte superior (lo que no podemos hacer por ahora), tendríamos que preparar la astronave para terribles presiones laterales. Ahora bien, esto sólo se conseguiría con blindajes especiales y reforzando la estructura, con lo cual nos hallaríamos frente a un enorme incremento de peso inútil para nuestro propósito fundamental: la astronave.

—Bueno, ¿qué solución propone?

—Volver a lo que sabemos: un cohete de explosión en serie.

## V

—¡MONTY!

—¡Señor!...

—¿Conoce usted esta canción:

Harriman entonó:

—*La Luna es de todos; las cosas mejores no cuestan...*

—Me parece que nunca la he escuchado.

—Es muy vieja; no es de su tiempo. Bueno, quiero que la ponga de moda

nuevamente y que todo el mundo la cante hasta hacerla insoportable.

—Muy bien. ¿Cuándo quiere que llegue al máximo de saturación?

—Dentro de tres meses. Tome, pues, la primera frase y úsela como lema en la propaganda. ¿Qué tal van las cosas en Florida?

—Me dieron bastante trabajo. Al principio parecía que iba a tener que sobornar a toda la legislatura, hombre por hombre, pero luego se difundió el rumor de que la ciudad de Los Angeles había contratado un cartel de publicidad para colocarlo en la Luna. Entonces fué todo fácil.

—Muy bien. Me parece que no es mala idea. ¿Cuánto pagaría la Cámara de Comercio de Los Angeles por un aviso así?

Montgomery anotó en su agenda y dijo:

—Lo voy a averiguar.

—Supongo que ahora se dedicará a Texas; Florida ya está demasiado trabajada.

—Dentro de unos días. Por ahora estamos esparciendo algunos rumores para ablandar el ambiente. Fíjese.

Sacó un diario, el *Banner*, de Dallas, y le mostró el encabezamiento de la primera página:

¡LA LUNA PERTENECE A TEXAS!

—¡Magnífico!

—Aquí tengo un disco de la campaña radial. Esto es lo que transmitimos al terminar la audición infantil: "...y basta por esta noche, chicos. No se olviden de mandar las etiquetas. Recuerden: el primer premio es una estancia de cien hectáreas en la misma Luna; el segundo es una réplica de la espacionave que irá a la Luna, y hay además cincuenta y tres caballitos mansos con montura completa. Las composiciones que tienen que mandar no deben pasar de cien palabras y serán

juzgadas por su originalidad y sinceridad, no por el mérito literario. Envíenlas con las etiquetas a *Tío Taffy*, Cásilla de Correo 214".

UN ordenanza introdujo a Harriman en la oficina del presidente de la compañía cafetera *Moka*. Se detuvo al entrar frente al escritorio del presidente y pausadamente sacó del bolsillo una escarapela, que colocó en su solapa.

Patterson Griggs levantó la vista de los papeles que tenía delante.

—Bueno, es verdaderamente un honor, Delos... — al mirarlo cambió de expresión —. ¿Qué significa ese distintivo? ¿Me quieres provocar un derrame de bilis?

Harriman se sacó el distintivo y volvió a colocarlo en el bolsillo. Era un redondel de cinco centímetros, de color amarillo, que llevaba en negro esta sigla 6+, la marca registrada de la única compañía rival de la *Moka*.

—De ningún modo, Patterson; no quiero hacerte rabiar. Yo también estoy aburrido de ver a la mitad de los chicos en edad escolar con este distintivo. Pero no vine a molestarte, sino a hacerte una proposición.

—¿De qué se trata?

—Cuando me detuve en la puerta, este disco tenía proporcionalmente para ti el mismo tamaño que la Luna cuando la miras desde tu jardín. Sin embargo, pudiste leer sin dificultad lo que está escrito en el disco; por eso te enojaste.

—¿Y qué tiene esto que ver?

—Bueno, es para que te imagines la impresión que te haría ver el 6+ escrito en la Luna, en vez de verlo en los pulóveres de los chicos. ¿No te parece que afectaría algo tus ventas?

Griggs le respondió nerviosamente:

—Por favor, Delos, déjate de bromas pesadas... He tenido un día y no estoy para aguantarte.

—No es ninguna broma. Ya debes haber oído que estoy metido en un viaje a la Luna. Entre nosotros, debo confesarte que es una aventura muy costosa... Pues bien, hace algunos días vino una persona a verme. Perdóname que no mencione nombres... Bueno; por otra parte, tú te lo puedes imaginar. Lo cierto es que este hombre era el agente de publicidad de cierta compañía que quería reservar los derechos de publicidad en la Luna. Le advertí que podía fallar el viaje, pero me respondió que su cliente se arriesgaba de todos modos. Y me explico su plan.

Harriman meditó un instante; después continuó:

—Mira esto — sacó una gran hoja de papel y la extendió sobre el escritorio —. Fíjate; el equipo está colocado en el centro de la Luna. Puede lanzar a un mismo tiempo 18 cohetes en todas direcciones. Los cohetes tienen una espoleta de tiempo y estallan todos simultáneamente y a la distancia que se desee. En el cohete va instalada una bomba que explota también y difunde una nube de polvo de carbón. Como tú sabes, en la Luna no hay aire, de modo que las partículas de carbón se difunden sin esfuerzo alguno. Este es el resultado.

Harriman volvió la hoja y mostró un dibujo de la Luna. Sobre ella se veía en negro: 6+.

—¡Conque eran esos canallas...!

—No he dicho eso. El dibujo es sólo para mostrarte cómo funciona el aparato.

Griggs le respondió visiblemente trastornado:

—No creo que resulte.

—Una firma muy seria de pirotecnia me ha garantizado que sí, siempre que yo pueda llevar el equipo necesario al lugar indicado. Por otra parte, ya sabes que en la Luna no hay casi gravedad; tú mismo podías arrojarte una

piedra a tres kilómetros, sin esfuerzo alguno.

—El público va a reaccionar en contra...

—No lo creo; no han reaccionado cuando ensuciamos el cielo con nubes de humo desde un avión. No, Griggs, el público ya está acostumbrado a la propaganda en la atmósfera.

—De todos modos —respondió Griggs mordiendo el labio—, no sé para qué vienes a quitarme la tranquilidad con esto. El nombre de nuestro producto es demasiado largo para escribirlo en la Luna. No se verían las letras.

—Exactamente por eso he venido a verte. Mira: para mí, el viaje a la Luna no es sólo una cuestión de dinero; me enfermaría verlo estropeado por la propaganda comercial. Pero el hecho es que estoy muy mal de dinero, y los canallas de tus competidores me han hecho una oferta que no sé si podré rechazar. El martes tengo que darles la respuesta. Estuve despierto toda la noche buscando cómo arreglármelas sin recurrir a ellos... y me acordé de ti.

—¿De mí?

—Sí, de ti y de tu compañía. Después de todo, ustedes también necesitan publicidad. Se me ocurrió que hay muchos modos de hacer publicidad desde la Luna sin necesidad de estropearla. Supongamos que tu compañía adquiere la concesión para la publicidad en la Luna, pero con el compromiso de no hacer uso de los cohetes. ¿Qué te parecen unos carteles en una parrilla bebiendo café en la Luna? Suponte que el café *Moka* es la única bebida que se lleva en la espacionave... Hay mil modos de hacer propaganda, y tú los conoces mejor que yo — Harriman consultó su reloj —. Bueno, tengo que dejarte. Si te gusta la propuesta, avísame mañana a mi oficina al mediodía; yo enviaré a mi jefe de publicidad para que converse con el tuyo.

EL dueño de la gran cadena de diarios lo tuvo en la antesala sólo el plazo mínimo, el que correspondía a los millonarios y a los ministros. Al entrar a su oficina, Harriman volvió a colocarse un distintivo, pero esta vez no era el 6+, sino la hoz y el martillo.

—Buenos días, Delos. ¿Cómo van las cosas? — advirtió de pronto el distintivo y la expresión de su rostro cambió por completo —. ¡Oye: si es un chiste, es de muy mal gusto!

—No es un chiste — respondió Harriman guardando el distintivo en el bolsillo —; es una pesadilla. Coronel, usted es una de las pocas personas de este país que tienen conciencia de que el comunismo es aún una amenaza.

A los pocos minutos hablaban familiarmente, como si los diarios del coronel no se hubieran opuesto al viaje a la Luna desde el comienzo. El periodista preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió la idea? ¿Dónde robaste los planos del cohete?

—No los robé; los copié — la respuesta de Harriman, aunque en broma, no estaba demasiado lejos de la verdad—. Los planos no tienen importancia; lo que interesa es terminar cuanto antes la espacionave y llegar a la Luna. No podemos correr el riesgo de que una potencia enemiga se nos adelante e instale una base en la Luna. Años enteros he soñado con títulos de periódico anunciando que los rusos habían aterrizado en la Luna y fundado la República Socialista Soviética de la Luna (digamos treinta científicos de ambos sexos), pidiendo luego la admisión en la URSS. Por supuesto que la admisión les era concedida de inmediato. Después de estas pesadillas me levantaba temblando. No tengo noticias de que en estos momentos estén pintando una hoz y un martillo en la Luna, pero es perfectamente posible, dada su psicología. Fíjese en esos cartelones inmensos que tanto les gustan.

El periodista mordió el cigarro que tenía en la boca.  
—Ya veremos cómo averiguarlo. ¿Hay algún medio para apresurar tu viaje?

## VI

—¿SEÑOR Harriman?  
—Sí.

—Aquí está de nuevo el señor Le-Croix.

—Dígale que no puedo verlo.

—Sí, señor... Ah, señor Harriman, el otro día no lo mencionó, pero dice que es piloto de cohetes.

—Pues mándelo a Transportes Estratosféricos. Yo no contrato pilotos.

En la pantalla del televisor apareció un rostro de hombre en vez del de la secretaria de Harriman.

—Señor Harriman, soy Leslie Le-Croix, piloto suplente del *Caronte*.

—No me impor... ¿Dijo usted *Caronte*?

—Sí, señor, y tengo que hablar con usted.

—Pase.

Harriman saludó a su visitante, le ofreció un cigarro y lo observó luego con interés. El *Caronte*, cohete encargado de ir y volver al cohete satélite, era lo más parecido a una astronave que había existido hasta el momento. Su piloto, muerto en la explosión que destruyó al *Caronte* y al satélite, era el predecesor de los futuros navegantes interplanetarios.

Frente a Harriman estaba un hombre de mediana estatura, pulcro, de mirada inteligente y grandes manos, como de jockey. LeCroix no se turbó y examinó a su vez a Harriman.

—¿En qué puedo servirlo, capitán LeCroix?

—Usted está armando una espacionave para ir a la Luna.

—¿Quién le dijo tal cosa?

—Esa astronave se está construyendo, y los muchachos dicen que es cosa de usted exclusivamente.

—¿Y entonces?

—Yo quiero ser su piloto.

—¿Por qué?

—Porque soy el más indicado.

Harriman se detuvo para lanzar una nube de tabaco.

—Si puede demostrar su afirmación, el puesto es suyo.

—¡Trato hecho! Dejaré afuera mi nombre completo y dirección — respondió LeCroix, poniéndose en pie.

—Espere un momento. Quiero hablar un poco con usted. Yo también voy a bordo de la espacionave, y quiero saber un poco más de usted antes de confiarle mi pescuezo.

La conversación fue larga y animada. Hablaron de cohetes, de viajes interplanetarios, de lo que podían encontrar en la Luna. Harriman se fue entusiasmando progresivamente, feliz de haber encontrado otro espíritu tan afín con el suyo y caldeado por los mismos sueños. En su interior estaba ya resuelto a confiar el puesto a LeCroix, y la conversación comenzó a orientarse sobre una común aventura.

Después de largo rato, dijo Harriman:

—Lo siento mucho, Les, pero todavía tengo que hacer algunas cositas hoy, o de lo contrario ninguno de nosotros irá a la Luna. Usted vaya a Peterson Field y póngase al habla con Bob Coster. Yo le avisaré desde aquí para que lo reciba. Si llegan a un acuerdo, puede contar con el contrato — escribió unas palabras en una hojita y se la entregó a LeCroix —. Entregue esto a la señorita Perkins cuando salga, y ella lo incluirá en la lista de pagos.

—Eso puede esperar.

—Sí, pero hay que comer.

LeCroix aceptó la hojita, pero no se marchó.

—Hay una cosa que no acabo de entender, señor Harriman.

—¿Qué es?

—¿Por qué esta astronave...

espacionave para combustible químico, en vez de hacerlo para combustible X? No es que me importe; estoy dispuesto a pilotarla, pero es una lástima que elija usted el camino más difícil en vez del más fácil. Yo sé que hace algunos años usted adaptó el *Ciudad de Brisbane* para combustible X.

—¿Cómo dice eso, Les? Es como si me preguntase por qué tienen alas los cerdos. No hay una gota de combustible X en todo el mundo, ni lo habrá hasta que lo fabriquemos nosotros... en la Luna.

—¿Quién le dijo eso?

—¿Qué insinúa?

—Según mis informes, la Comisión de Energía Atómica asignó combustible X a varios países, y muchos de ellos no estaban preparados para usarlo; pero como era un asunto de gobierno, lo recibieron lo mismo. ¿Qué se hizo de este combustible?

—¡Ah! Ya sé a qué se refiere... No hay que pensar en ese combustible. Cuando se produjo el estallido del satélite, lo volvimos a comprar privadamente para atender a las necesidades inmediatas... Yo debí haberme asegurado una parte para mí.

—¿Está completamente seguro de que todo ese combustible ha sido empleado?

—Por supuesto que sí... No; tiene razón; no estoy seguro. Yo me ocuparé. Adiós, Les.

**H**ARRIMAN puso inmediatamente en funcionamiento su organismo de informaciones, y al punto tuvo la respuesta: se conocía el destino de todas las partidas de combustible entregadas por el gobierno, a excepción de la correspondiente a Costa Rica. Este país no la había vendido de nuevo cuando se produjo el desastre del satélite, porque estaba construyendo una planta de energía en la que su cuota de combustible podía ser utilizada. Pero...

hasta el momento. Era menester averiguar qué había sido del combustible.

Montgomery estaba en Managua. El gobierno guatemalteco había sido derribado últimamente por una revolución, y Harriman quería asegurarse de que la corporación lunar local no fuera tocada. Montgomery recibió un mensaje cifrado en el que se le ordenaba trasladarse a San José de Costa Rica, averiguar qué había sido del combustible, comprarlo y enviarlo por barco cuanto antes. Por su parte, Harriman marchó a entrevistarse con el presidente de la Comisión de Energía Atómica.

El funcionario pareció muy satisfecho de la visita y dispuesto a ayudarlo. Harriman comenzó la conversación explicando que deseaba un permiso para hacer investigaciones sobre combustibles isotópicos: sobre combustible X, para ser más preciso.

—Tendrá que hacer el pedido por la vía jerárquica, señor Harriman.

—Así lo haré. Sólo he venido para conocer su opinión personal, antes de solicitarlo.

—Con mucho gusto, pero yo soy solamente uno de los miembros de la comisión y nos guiamos exclusivamente por el informe de nuestro departamento técnico.

—Vamos, Carlos, usted sabe perfectamente que tiene en las manos la mayoría en las votaciones... ¿No puede darme su opinión extraoficial?

—Muy bien, Delos; extraoficialmente hablando, usted no puede tocar una gota de combustible X... ¿Para qué quiere el permiso de investigación?

—No se preocupe por eso. Yo sabré qué hacer con él.

—Como usted quiera... La situación es ésta: aunque no estuviéramos obligados por ley a controlar hasta el último milicurio de combustible X, que, como usted sabe, está calificado apto para armas atómicas, sería lo mismo. No existen ni rastros de combustible X

en todo el mundo — Harriman no respondió—. En segundo término, si usted puede conseguir un permiso para producir combustible X, será con la sola condición de no utilizarlo en cohetes.

—¿Por qué me pone esta condición?

—Usted está armando una espacionave, ¿no es verdad?

—¿Yo?

—Vamos, Delos; nobleza obliga. No vale la pena que trate de disimular. Estamos entre amigos, y además es mi oficio el estar enterado de lo que pasa por ahí.

El funcionario se levantó y sacó de la caja de hierro, empotrada en una de las paredes de su despacho, un volumen, que puso en el escritorio, frente a Harriman. En el lomo se podía leer en grandes caracteres:

*Investigaciones Teóricas sobre la Estabilidad de Diversos Combustibles Isotópicos. Con Notas sobre la Explosión del Satélite de Energía.* En la cubierta del libro estaban estampadas

una cifra y la siguiente leyenda: **SECRETO.**

—Ya no tengo nada que ver con el Sindicato de Energía. Y aunque tuviera, no lo entendería.

—Muy bien; se lo explicaré yo. Pero lo que le voy a decir es secreto de defensa. Supongo que conoce las leyes al respecto...

—¡Le digo que no me interesa saberlo!

—Como usted quiera; pero escúcheme al menos un consejo: no trate de cargar con combustible X una cohete nave. El combustible X es una gran cosa, pero no sirve para los cohetes. Eso es lo que dice el informe.

—¡Que se vayan al diablo! Hemos tenido en funcionamiento durante tres años al *Caronte*.

—Y pueden estar agradecidos a su suerte. La opinión oficial, pero absolutamente confidencial, del gobierno, es que el *Caronte* fué la causa de la explosión del satélite y no a la inversa. Al principio pensamos que el satélite originó el desastre; pero los registros de radar nos hicieron sospechar lo contrario. Según el radar, el *Caronte* explotó unas fracciones de segundo antes que el satélite. Entonces ordenamos una investigación teórica a fondo y llegamos a la conclusión de que el combustible X no puede ser empleado por los cohetes.

—¡Es absurdo! Por cada kilo de combustible X consumido por el *Caronte*,

las plantas de energía de la Tierra consumen ciento. ¿Por qué no explotaron todas?

—Es un problema de blindaje. Un cohete está necesariamente menos blindado que una instalación fija, pe-

ro además existe el hecho de que el cohete opera en el espacio. Nuestra teoría es que la explosión fué provocada por los rayos cósmicos primarios. Si usted lo desea, puedo llamar a alguien del departamento de fisicomatemática para que se lo explique...

Harriman sacudió la cabeza.

—Usted sabe perfectamente que yo no soy científico... Supongo que no hay más que hablar...

—Así lo creo. Lamento mucho haberlo desengañado —Harriman se levantó para marcharse—. Ah..., una cosita antes de que se vaya. ¿No se le ocurre que el combustible X es un tipo de mis colegas subalternos, verdad?

—Por supuesto que no. ¿Para qué iba a hacerlo?

—Me alegro mucho... Usted sabe, señor Harriman, que algunos de mis subordinados no son tal vez los mejores especialistas del mundo; es muy difícil retener a un sabio de primera fila, dadas las restricciones que impone el gobierno; pero en cambio todos mis hombres tienen una gran virtud: son leales a toda prueba. Como sé esto, me desagradaría muchísimo y hasta lo tomaría como una afrenta personal, si alguien intentara seducir a alguno de ellos.

—¿De veras?

—Sí. De paso, ¿sabe que cuando estaba en la universidad era campeón de medio pesado? Estoy algo desentrenado, pero todavía me defiendo bien.

—Gracias, Carlos. Yo nunca fuí a la universidad, pero me gusta mucho el póker, y sobre todo el juego limpio. No se preocupe, Carlos —agregó cambiando de tono—, no tengo intención de tentar a sus muchachos; sería como ofrecer un bife a un muerto de hambre. Bueno, ¡hasta pronto!

De vuelta en su oficina, Harriman llamó a su secretario privado.

—Despache un nuevo mensaje cifrado al señor Montgomery. Dígame que consigne el combustible a Panamá, en vez de a los Estados Unidos.

Dictó luego un nuevo mensaje para Coster, ordenándole suspender los trabajos del *Pionero* (nombre con que habían bautizado a la espacionave impulsada a combustible químico) y dedicarse al *Santa María*, antiguamente llamado *Ciudad de Brisbane*.

La conversación con el presidente de la Comisión de Energía Atómica había modificado substancialmente los planes de Harriman: tendría que lanzar la espacionave desde fuera de los Estados Unidos. Era absurdo empeñarse en usar el combustible X en la *Santa María*.

Por otra parte, tampoco podía sacar la *Santa María* del territorio de los Estados Unidos sin reacondicionarla para combustibles químicos. Por lo tanto, lo más conveniente desde todo punto de vista era valerse de una tercera espacionave del tipo de la *Santa María*. Tendría, pues, que enviarla en barco, desarmar los motores para combustible X de la *Santa María* y fletarlos también por separado. En menos de seis semanas Coster podía tener preparada la nueva espacionave, y entonces... él, Coster y LeCroix zarparían rumbo a la Luna.

En cuanto a los rayos cósmicos... era absurdo preocuparse: ¿no había acaso funcionado el *Caronte* tres años enteros sin el menor inconveniente? Había que hacer el viaje, como fuera, para probar que era posible. Luego, si se podían conseguir combustibles más seguros, habría tiempo para prepararlos; ya tendrían un incentivo. Si Colón hubiera esperado hasta contar con un barco adecuado, todavía estaríamos en Europa. Un hombre debe afrontar los riesgos, o nunca hará nada.

Harriman, íntimamente satisfecho con su decisión, se puso a redactar el mensaje con las nuevas instrucciones. Su secretaria lo interrumpió:

—Señor Harriman, el señor Montgomery quiere hablar con usted. Está en la pantalla.

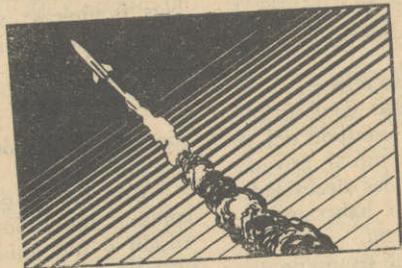
—¡Cómo! ¿Ya ha recibido mi mensaje?

—Lo ignoro, señor.

—Bueno, pásemelo.

Montgomery no había recibido el segundo mensaje, pero tenía novedades para Harriman: Costa Rica había vendido toda su reserva de combustible al Ministerio de Defensa inglés inmediatamente después de la explosión. Ni en Costa Rica ni en Inglaterra quedaba una pizca de combustible.

Harriman se apartó de la pantalla y se desplomó en la silla completamente



Archivo Historico de Revistas Argentinas www.wahira.com.ar

atontado. Cuando se repuso llamó a Coster.

—Bob, ¿está ahí LeCroix?

—Sí; precisamente salíamos a almorzar juntos. Aquí lo tiene.

—Les, su propuesta fué muy interesante. Me he movido como un trompo, pero a último momento vino otro y me sacó la pelota...

—¿Cómo? ¡Ah! Ya entiendo... Lo siento mucho.

—No pierda tiempo en lamentarse. Seguimos con el proyecto inicial. ¡Tenemos que llegar!

—¿Quién lo duda?

## VII

Artículo de *Mecánica Popular*, tirada de junio: YACIMIENTOS DE URANIO EN LA LUNA. Un artículo largo sobre las perspectivas maravillosas de una nueva industria.

Artículo de la revista *Fin de Semana*: LUNA DE MIEL EN LA MISMA LUNA. Un informe sobre una nueva estación de turismo, que podrán utilizar sus hijos.

Artículo del *American Sunday Magazine*: ¿HAY DIAMANTES EN LA LUNA? Un especialista afirma que en la Luna los diamantes pueden ser tan comunes como los guijarros.

**P**OR supuesto, Clem, yo no entiendo una palabra de mecánica electrónica, pero me han explicado esto. Tú dirás si está bien. Hoy por hoy se pueden recibir las emisiones de una estación de televisión en la superficie correspondiente a un grado, ¿verdad?

—Sí, siempre que se use una pantalla suficientemente grande.

—Ahora bien, la Tierra cubre una superficie de dos grados, cuando se mira desde la Luna. Por supuesto que

está muy lejos, pero en cambio no existen las pérdidas de energía, y las condiciones de transmisión son perfectas e invariables. Una vez que esté instalado el equipo, no resultará más caro transmitir desde allí que desde una montaña en la superficie de la Tierra, y siempre resultará más barato que mantener la línea de helicópteros de relevo que tienes ahora. ¿No es así?

—Es un plan demasiado fantástico, Delos.

—¿Qué es lo fantástico? Llegar a la Luna es cosa mía; pero cuando esté allí podrás contar con transmisiones interplanetarias. Puedes jugarle la camisa. Ahora, si no estás interesado, igual quedamos amigos... Yo buscaré otro candidato.

—No he dicho que no estuviera interesado.

—Bueno, pues decídetelo de una vez. Otra cosa: no quiero meter la nariz en tus asuntos, pero, ¿no es verdad que has tenido muchos inconvenientes desde que no puedes contar con el cohete satélite para retransmitir en cadena?

—Ya sabes la respuesta; no me tortures. Los gastos han crecido astronómicamente, sin que haya perspectivas de un aumento en los ingresos.

—No me refería a eso. ¿Qué hay de la censura?

—No pronuncies siquiera esa palabra. ¿Cómo quieres que aguante un negocio en este país, si a cada paso chocas con un charlatán gritando qué es lo que se puede hacer y qué es lo que no se puede hacer; qué se puede mostrar y qué no se puede mostrar?... Te aseguro que es como para plantarlo todo y dedicarte a vender corbatas. La falla está en el principio mismo: ¡es como pedir que los adultos vivan a leche porque a los bebés les hace mal la carne! Si yo pudiera echarle mano

—¡Tranquilo...!, tranquilo, Clem.

—dijo Harriman interrumpiéndolo—. ¿No se te ocurrió nunca que es imposible interferir una transmisión de televisión irradiada desde la Luna, y que, aparte de todo, no pueden tener vigencia allí las leyes de censura de la Tierra?

—¿Cómo?... ¡Dilo de nuevo!

Artículo de *Life*: LIFE VA A LA LUNA. — *Life-Time Inc.* tiene el orgullo de anunciar a sus lectores que acaba de cerrar trato para brindarles una relación del primer viaje a la Luna.

Del prospecto de la *Compañía de Seguros del Atlántico Norte*: SEGUROS PARA UNA ERA NUEVA. — La misma compañía que protegió a sus asegurados contra el incendio de Chicago, contra el incendio de San Francisco, contra todo desastre acaecido después de la guerra de 1812, extiende ahora su radio de acción ofreciendo seguros contra toda pérdida inesperada *aun en la Luna*.

**S**EÑOR Harriman, ¿podría hacerse una escapada hasta aquí?

—¿Qué sucede, Bob?

—Inconvenientes — respondió lacónicamente Bob Coster.

—¿De qué tipo?

Coster vaciló un momento.

—Me parece mejor decírselo personalmente... Si usted no puede venir, iremos Les y yo.

—Bueno, iré esta tarde.

Cuando Harriman saludó a LeCroix pudo advertir que detrás de su impasibilidad se escondía una gran amargura. Coster parecía enfadado y a la defensiva. Esperó estar a solas con los dos y preguntó:

—¿Qué hay, muchachos?

LeCroix miró a Coster. El ingeniero se sonrió y dijo:

—Señor Harriman, usted conoce to-

das las etapas por las que ha pasado el proyecto.

—Más o menos.

—Primero hubo que dejar de lado la catapulta. Entonces llegamos a esto.

Coster puso sobre la mesa un diseño del cohete. Más que un solo cohete eran cuatro, uno dentro de otro, dispuestos para explotar en serie. El mecanismo era grande, pero de líneas esbeltas. El ingeniero continuó:

—Desde el punto de vista teórico, el diseño era apto; en la práctica exigía gran economía de peso. Comenzaron entonces los del grupo de impulsión a añadir unas cosas, los de control otras, y así sucesivamente. Nos vimos obligados a llegar a esto otro.

Sacó un nuevo diseño. Era básicamente igual al primero, pero mucho más ancho: casi piramidal.

—Añadimos — prosiguió Coster — otro subcohete en torno al cuarto, en forma de anillo. Logramos ahorrar mucho peso adaptando los aparatos de control del cuarto subcohete de modo que sirviesen para el quinto también. El cohete tenía todavía bastante densidad de sección como para atravesar la atmósfera, aunque era poco aguzado.

Harriman asintió:

—Me parece que vamos a tener que dejar de lado la idea de un cohete de explosión en serie.

—Pero, ¿cómo lo va a evitar si no cuenta con combustible X?

—Si construye usted una catapulta decente, podrá lanzar un cohete simple, impulsado por combustible químico hasta dejarlo en órbita alrededor de la Tierra.

—Seguro.

—Pues eso es lo que debemos hacer. Una vez que esté en órbita, lo cargamos de combustible nuevamente.

—Sí, es el viejo proyecto de la estación de relevo. Supongo que está bien; más aún: sé que está bien. Sólo que la espacionave no podrá ser reabaste-



cida y seguir viaje luego a la Luna. Lo que convendría es tener cohetones especiales que no se detengan en ninguna parte y que vayan de un solo salto hasta otra estación de relevo cerca de la Luna. Entonces...

LeCroix, contra su costumbre, intervino muy impaciente:

—No pierdas tiempo, Bob. Ya no podemos hacer nada de esto. Termina con el cuento.

—Tiene razón — apoyó Harriman.

—Bueno, sea como fuere, el modelo que hemos preparado hubiera podido hacer el viaje, y, ¡maldito sea!, todavía lo podría hacer.

Harriman lo escuchaba sin acabar de comprender.

—No le entiendo, Bob. ¿No es éste acaso, el diseño aprobado y construido ya en sus dos terceras partes?

—Sí... pero no sirve.

—¿Por qué?

—Porque lo hemos cargado con demasiado peso muerto, señor Harriman. Usted no es ingeniero y no puede imaginarse cómo merma la eficacia de una nave cuando se la carga con cualquier cosa que no sea el combustible y los motores de impulsión. Tomemos por ejemplo los dispositivos de aterrizaje del quinto subcohetete. No funciona más que un minuto y medio; luego, hay que dejarlo caer. Pero no se puede correr el riesgo de que caiga en el centro de Kansas City y aplaste media docena de inocentes ciudadanos. Por consiguiente, hay que equiparlo con un equipo de paracaídas. Pero eso no basta; hay que seguirlo con radar y contar por centos remanentes de los paracaídas cuando está en campo

abierto. Y esto significa más peso muerto.

—Entonces quiere decir que nos hemos equivocado al elegir los Estados Unidos como punto de partida, en lugar de un sitio desierto — dijo Harry—. Supóngase que zarpamos de un lugar desierto, la costa del Brasil, por ejemplo, y dejamos caer los subcohetetes en el Atlántico... ¿Cuánto peso ahorraríamos una vez suprimidos los aparatos de control de caída?

Coster miró al vacío durante unos segundos y movió luego su regla de cálculo.

—Podría andar — dijo.

—¿Cuánto costaría trasladar la espacionave en este momento?

—Bueno... habría que desarmarla por completo. No le puedo dar ni un cálculo aproximado, pero saldría caro de veras.

—¿Cuánto tiempo perderíamos?

—Hum... tampoco le puedo responder... Dos años; con suerte, dieciocho meses. Tendríamos que preparar el terreno y levantar los talleres...

Harriman trató de encontrar una solución, aunque desde el primer momento supo que no era posible. Había estirado demasiado la cuerda, y podía romperse de un momento a otro. Mantener la expectativa del público y el crédito de los capitalistas durante dos años más sin ofrecerles antes ninguna realización concreta, era absolutamente imposible. Toda la gigantesca estructura de propaganda se derrumbaría como arena.

—No hay caso, Bob.

—Me lo imaginaba. Por eso traté de añadir todavía un sexto subcohetete. He llegado al punto máximo. ¿Ve esta montaña?... Su velocidad efectiva es menor que la anterior.

—¿Es decir que está usted vencido? ¿No puede construir una espacionave para ir a la Luna?

—No.

LeCroix exclamó abruptamente:

—¡Desaloje el estado de Kansas!

—¿Cómo?

—Desaloje a todos los habitantes...; que el cuarto y quinto subcohetetes caigan donde quieran. La tercera sección cae en el Atlántico, la segunda entra en órbita alrededor de la Tierra, y el núcleo de la cohetonave llega a la Luna. Lo puede hacer si no se gasta peso en los paracaídas de la cuarta y quinta secciones. Pregúntele a Bob.

—¿De veras? ¿Qué dice, Bob?

—Tiene razón. Vuelvo a repetirle que el obstáculo es la carga parásita. El diseño básico es correcto...

—Vamos a ver. ¡Un atlas!

Harriman estudió el mapa de Kansas y Colorado, hizo algunos cálculos en el papel y miró al vacío, como lo había hecho Coster cuando calculaba para la espacionave.

—No es posible — dijo por fin.

—¿Por qué?

—Dinero. Cuando les dije que no se preocupasen por dinero, me refería a la espacionave. Evacuar toda esta zona, aunque fuera por un solo día, costaría seis o siete millones de dólares. Además, no faltarán unos cientos de cabezas duras que se nieguen a moverse de su casa.

LeCroix dijo mordiendo las palabras:

—Si los grandísimos estúpidos no quieren moverse... ¡que paguen las consecuencias!

—Entiendo sus sentimientos, Les. Pero este proyecto es demasiado grande para ocultarlo y también para llevarlo a cabo. Si no podemos garantizar la seguridad de la población, nos impedirán lanzar el cohete... No puedo comprar a los jueces de dos estados: hay algunos que no están en venta.

—No importa, Les; fué una buena idea — dijo Coster para consolarlo.

—Me pareció que resolvía el problema de todos...

—¿Iba a proponer otra solución, Bob? — preguntó Harriman.

Coster lo miró con recelo.

—Sí. ¿Recuerda que hemos hecho el diseño contando con tres pasajeros y sus equipos?

—Sí... ¿Qué insinúa?

—No tiene por qué ser para tres pasajeros. Podemos dividir la primera sección en dos partes, reducir al mínimo el tamaño de la nave, como para que quepa estrictamente un hombre, y despojarla de todo lo restante. Esta es la única solución. Mire — hizo rápidamente un diseño —: Lugar para un hombre y alimentos para una semana. Eliminamos la cocina, las literas, el depósito de oxígeno; al piloto le basta con el casco de presión y su tanque portátil. Reducimos todo al mínimo necesario para que un hombre aguante doscientas horas. Así podemos llegar a la Luna.

—Creo que es lo que hay que hacer — dijo LeCroix mirando a Coster.

Harriman contempló angustiado el dibujo. No cabía duda...; era la única solución. Para los fines de propaganda y de financiación, lo mismo daba que fuera uno y no tres, con tal que llegase a la Luna y volviera. Un solo viaje, y el dinero afluiría a torrentes. Sería fácil diseñar cohetonaves de pasajeros...

Los hermanos Wright habían comenzado con menos.

—Si no queda otro remedio, decidámonos — dijo en voz baja.

—Muy bien, pero usted recuerda con qué condición me encargué del trabajo... Ahora Les me restriega un contrato, según el cual le corresponde a él ser el piloto...

—No se trata de eso, Bob, y lo sabes bien. Tú no eres piloto. Te romperías la cabeza y echarías a perder todo, solamente por tu tozudez...

—¡Aprenderé a manejarlo! Después de todo, ¿quién lo conoce como yo?

Mire, señor Harriman, no me gustaría tener un pleito con usted... Dice Les que le va a poner un pleito, pero mi contrato es más antiguo y...

—No le haga caso, señor Harriman. Déjelo que le ponga el pleito. Yo le voy a llevar la espacionave a la Luna y se la voy a traer intacta. El la destrozaría.

—O voy yo, o dejo plantada la espacionave — dijo Coster.

Harriman pidió silencio.

—¡Calma, ¡calma he dicho! Y escuchen un momento. Pueden ponerme pleito los dos, si les parece. Bob, no diga tonterías. En esta etapa de la construcción cualquier ingeniero lo puede reemplazar. Dígame en serio que no hay otro remedio sino reducir la capacidad a un tripulante.

—Así es.

—Pues lo tiene delante.

Los dos se quedaron atónitos.

—Cállense la boca. ¿Qué les llama la atención? ¿Creen ustedes que me he metido en este lío y comprometido hasta el último centavo para pagarles a ustedes un viajecito a la Luna? ¿Por qué no puedo ser yo el piloto? Mi salud responde, y no soy tan tonto como para no poder aprender lo que sea necesario. No le voy a dejar el lugar a nadie en el mundo... ¡A nadie! ¿Me oyen?

Coster fué el primero que pudo hablar.

—Jefe, usted no se da cuenta de lo que dice.

Dos horas después la discusión continuaba. Durante la mayor parte del tiempo, Harriman había permanecido sentado, obstinado en no responder a los argumentos de sus subordinados. Por último salió de la pieza con un pretexto cualquiera. Al regresar, preguntó:

—Bob, ¿cuánto pesa usted?

—¿Yo? Un poco más de 90 kilos.

—Casi 100 kilos, le calculaba yo. ¿Y usted, Les?

—Setenta.

—Bob, diseñe la espacionave para un solo pasajero de setenta kilos.

—¿Cómo?... Un minuto, señor Harriman.

—¡Cállese! Si yo no puedo aprender a pilotear una espacionave en seis semanas, tampoco lo puede usted.

—Pero yo sé matemáticas y tengo los conocimientos básicos para...

—¡Cállese, le digo! A Les le ha costado tanto tiempo aprender su oficio como a usted el suyo... ¿Le parece que él puede convertirse en ingeniero en seis semanas? Y entonces, ¿de dónde saca que usted puede convertirse en piloto en el mismo plazo? No estoy dispuesto a sacrificar mi nave para satisfacer su egoísmo. Además, usted mismo dió la clave para la solución cuando analizábamos el problema. El verdadero factor es el peso de los pasajeros, ¿no es verdad? Todo... *todo* está en función de ese peso, ¿no es verdad?

—Sí, pero...

—¿Sí o no?

—Bueno, sí... es verdad; pero sólo quería...

—Cuanto más pequeño es un hombre, tanto menos alimento y líquido consume, menos aire gasta, menos espacio ocupa. Irá Les — Harriman se adelantó y puso una mano en el hombro de Coster —. No es lo peor que nos hubiera podido pasar... Pudimos ser los primeros seres humanos que pisasen la Luna. Yo siento más que usted no poder serlo. Pero este viaje tiene que hacerse, a costa de cualquier sacrificio personal. Si resulta, le prometo que el segundo viaje lo haremos usted y yo con Les como chofer. Será el primer viaje de pasajeros. Mire, Bob, usted puede llegar muy lejos en este asunto si obra con sensatez... ¿Qué le parece el puesto de ingeniero jefe en la Luna?

Coster trató de sonreír, pero no pasó de una mueca.

—No estaría mal del todo.

—Estoy seguro de que le gustará. La vida en la Luna va a ser fundamentalmente un problema de ingeniería. Ya hemos hablado de ello otras veces. Tendrá la oportunidad para llevar a la práctica todas sus teorías... Levantará la primera ciudad, instalará el gran observatorio...

Coster empezaba a ceder.

—No me parece mal. Y usted, ¿qué va a ser?

—¿Yo? Tal vez sea el primer alcalde de la Ciudad de la Luna — la idea acababa de ocurrírsele y la paladeó —. Yo nunca he tenido ningún cargo público... Bueno, dejémoslos de sueños. ¿Quedamos de acuerdo?

—Si no queda otro remedio... — respondió Coster con desgana. Pero de pronto se animó nuevamente, se encendieron sus ojos y estrechó la mano de Les —. Bueno, viejo. Yo la construyo y tú la piloteas.

—Trato hecho... Y tú y el patrón comiencen ahora mismo a hacer los planes para los próximos vuelos... y que quepamos todos...

—¡De acuerdo!

—Así me gusta — dijo Harriman poniendo su mano sobre las de sus compañeros —. Adelante, los tres juntos... ¡Nosotros fundaremos la Ciudad de la Luna!

—La llamaremos Ciudad Harriman — dijo LeCroix emocionado.

—De ningún modo. Desde niño he soñado con ella, y se llamaba Ciudad de la Luna. Así tiene que ser.

—La voy a marcar en los planos — dijo Coster.

Harriman se marchó inmediatamente. Había sorteado el obstáculo más grave de cuantos se le opusieron, pero estaba tremendamente deprimido y no quería que sus compañeros lo notasen. Había sido una victoria muy costosa,

y se sentía como un zorro que tiene que cortarse él mismo una pata para poder escapar de la trampa.

### VIII

**STRONG** se hallaba solo en la oficina cuando recibió un llamado de Dixon.

—Jorge, ando buscando a Delos. ¿Lo has visto?

—No. Está en Washington arreglando no sé qué acerca de aduanas. Creo que vuelve pronto.

—Bueno. Si llega, que nos espere. Entenza y yo queremos hablar con él. Vamos para allá.

Media hora después entraban en la oficina. Entenza parecía muy preocupado. Dixon conservaba la impassibilidad de siempre. Después de saludar a Strong, dijo Dixon:

—Jack, tú tienes algo que arreglar, ¿verdad?

—Ah, sí, Jorge; ya no hay necesidad de mi prorrata. He conseguido el dinero y traigo mi parte completa.

Strong recibió el cheque y lo colocó en un cajón del escritorio.

—Delos se alegrará mucho — comentó.

—¿No vas a darle un recibo? — preguntó Dixon.

—Si Jack lo prefiere... De todos modos es un cheque cruzado, y no hace falta. Tú dirás, Jack.

—Si no te es molesto...

—De ningún modo.

Strong redactó un recibo completo y se lo entregó a Entenza.

Dixon dejó pasar unos minutos y preguntó luego:

—Jorge, tú estás bastante metido en este asunto, ¿verdad?

—Tal vez.

—¿Quieres asegurar tu inversión?

—¿Cómo?

—Francamente, quisiera proteger

también mi parte. ¿Quieres venderme el medio por ciento de tu parte?

Strong reflexionó un momento. La verdad es que estaba preocupado... muy preocupado. La presencia del supervisor de Dixon lo había obligado a operar siempre en efectivo y al contado... y sólo el mismo Strong sabía cómo les había costado a él y a Harriman seguir el ritmo.

—¿Para qué quieres comprar mi parte? — preguntó.

—Te aseguro que no es para interferir las iniciativas de Delos. El sabe lo que hace y tenemos que apoyarlo, pero me sentiría mucho más tranquilo personalmente si estuviera en condiciones de frenarlo en el caso de que intentase alguna aventura que nos comprometiera demasiado. Necesitamos un freno de seguridad.

Strong volvió a reflexionar. Lo que más impresión le hacía es que siempre había estado de acuerdo con lo que Dixon decía. Había asistido sin intervenir personalmente a las operaciones de Delos, viéndole disipar dos fortunas enteras, laboriosamente reunidas durante años. Delos estaba obsesionado: nada le importaba fuera del viaje. Esa misma mañana no había querido mirar siquiera un informe sobre las ventas del interruptor automático.

Dixon se inclinó sobre Strong.

—Di tu mismo el precio, Jorge. Seré generoso.

Strong se enderezó en el asiento.

—Te lo vendo...

—¡Magnífico!

—...si Delos está de acuerdo; si se opone, no.

Dixon murmuró una maldición, y Entenza lanzó un rugido. La conversación hubiera podido tornarse violenta de no haber entrado Harriman en la oficina.

Nadie dijo una palabra de la próxima vez que Dixon y Strong preguntó sobre el viaje. Harriman dijo satisfecho.

—Salió todo a pedir de boca; pero cada día resultan más caros los negocios en Washington. Bueno... ¿qué dicen ustedes? ¿A qué debemos el placer de su visita? ¿Estamos en reunión de directorio?

Dixon se volvió a Entenza.

—Diselo, Jack.

Entenza se encará con Harriman.

—¿Cómo te has atrevido a vender los derechos de televisión en la Luna?

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Porque me los habías prometido a mí. Ese fue el convenio y figura en el contrato.

—Mejor será que lo revises bien, Jack. Y no te encocores. Tú tienes los derechos de radio, televisión y otras diversiones *para el primer viaje a la Luna*. Eso sigue en pie. Tienes, además, el derecho de transmitir por radio desde la espacionave, siempre que sea posible instalar un transmisor allí.

Harriman decidió que no era el momento oportuno para informar a Entenza que la necesidad de eliminar peso muerto hacía imposible esto último. En la astronave no se colocaría otro material electrónico que el estrictamente necesario para la astronavegación.

—Lo que he vendido — prosiguió Harriman — ha sido una franquicia para instalar una estación de televisión en la Luna. Dicho sea de paso, no era la exclusividad, aunque Clem Haggerty lo cree así. Si quieres comprar una, podemos hacer negocio.

—¡Comprar una!...

—O tal vez la puedas conseguir gratis, si convences a Dixon y Strong de que tienes derecho. Yo no quiero causarte inconvenientes. ¿Alguna otra cosa?

—Sólo saber en qué estamos ahora — intervino Dixon.

—Caballeros, pueden tener la seguridad de que el *Pionero* zarpará el próximo miércoles a la hora prefijada.

Y ahora, si me disculpan, salgo para Peterson Fields.

Sus tres socios quedaron solos y en silencio. Entenza murmuraba algo para su colete; Dixon parecía pensar, y Strong se limitaba a esperar que hablasen los otros dos. Dixon lo hizo por fin.

—Bueno, ¿qué dices de mi propuesta?

—Vi que no te pareció conveniente mencionársela a Delos.

—Entiendo... — Dixon depositó cuidadosamente en el cenicero la larga ceniza de su cigarro habano —. Es un hombre raro, ¿no es cierto?

Strong, mirándolo evasivamente, contestó:

—Sí.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—A ver... Le di el empleo en...

—¿Le diste un empleo? ¿Quieres decir que fué empelado tuyo?

—Sólo unos meses; después nos asociamos y comenzamos una nueva compañía. Supongo que ya entonces tenía el complejo de poderío.

—No — dijo Dixon cautamente —, yo no lo llamaría complejo de poderío, sino complejo mesiánico.

—¡Nada de mesiánico! — exclamó Entenza —. Es un canalla...

Strong lo miró tranquilamente.

—Yo no hablaría así de él si estuviera en tu lugar. No hablaría así...

—Tranquilízate, Jack — dijo Dixon imperiosamente —. Strong es capaz de darte un golpe. Uno de sus defectos es que parece capaz de inspirar una adhesión verdaderamente feudal. Por ejemplo, a ti mismo, Jorge. Yo sé de buena fuente que estás metido hasta las cejas... y no quieres aceptar mi propuesta. Esto va contra la lógica...

—Sí, es un hombre difícil — asintió Strong —. Algunas veces me parece que es el último de los buscadores de oro.

—¿Has leído a Carlyle, Jorge?

—Sí... ya sé a qué te refieres: la

teoría del héroe. Pero no estoy de acuerdo con Carlyle.

—Sin embargo, actúas como si lo estuvieses. Para decirte la verdad, creo que Delos no sabe ya lo que hace. Está poniendo las bases para un nuevo imperialismo. Habrá que aguantar muchas cosas antes que podamos neutralizarlo. Tal vez no debíamos haberlo apoyado, y tal vez hubiéramos debido detenerlo, si es que alguien podía detenerlo. De todos modos, ya no hay nada que hacer: estamos en el baile y tenemos que bailar. ¡Ojalá termine bien! Vamos, Jack.

## IX

EL crepúsculo caía sobre la llanura escondido detrás de los picos, y la redonda cara de la Luna llena se asomaba por el este. En medio del campamento de Peterson Fields, el *Pioneer* se alzaba hacia el cielo. Un alambrado de púas lo rodeaba a varios cientos de metros, para contener a la muchedumbre de curiosos. Detrás de la alambrada, los policías patrullaban incesantemente. Entre la muchedumbre se movían otros policías. Dentro del espacio alambrado se veían los camiones estacionados, con los equipos de radio y televisión. Micrófonos de control remoto estaban situados alrededor de la astronave. Junto a ella había más camiones. Decenas de personas se movían en febril pero metódica actividad.

Harriman esperaba en la oficina de Coster. Este se hallaba en la playa de aterrizaje, y Dixon y Entenza tenían una habitación reservada. LeCroix, bajo la acción de los esporíferos, dormía en el dormitorio de Coster.

A la puerta de la oficina de Harriman se produjo una vehemente disputa. Harriman abrió bruscamente

—Si es otro periodista, dígame que

no. El capitán LeCroix no concederá ninguna entrevista no autorizada previamente.

—¡Delos, déjame entrar!

—¡Oh... eres tú, Jorge! Entra... Estamos asediados.

Harriman entró y alargó una pesada valija.

—Aquí está.

—¿Qué es?

—La valija con los sobres para cancelar en la Luna. Delos, ¡es medio millón de dólares! Si no la hubiera encontrado en tu ropero, estábamos listos.

Harriman hizo un esfuerzo por dominarse.

—Muchas gracias, Jorge.

—¿Quieres que la ponga yo mismo en la nave?

—¿Cómo?... No..., yo me encargaré —miró el reloj—. Ya es hora de despertar a Les. Dame la valija. No vengas ahora. Te despedirás en el campo de aterrizaje.

Harriman pasó a la pieza siguiente. Esperó a que la enfermera inyectase al piloto un estimulante para despertarlo, y luego la despidió. Cuando volvió a la cama, el piloto estaba abriendo los ojos.

—¿Qué tal te sientes, Les?

—Muy bien.

—¡Pues, arriba! Dentro de unos minutos tendrás que salir. Pero antes quiero decirte dos o tres cosas.

—¿Sí?

—Fíjate en esta valija...

Harriman le explicó rápidamente de qué se trataba.

—Pero no puedo llevarla —dijo LeCroix con asombro—. El peso está cubierto hasta el último gramo.

—Por supuesto que no la vas a llevar...; pesa más de veinte kilos. Por el momento la voy a esconder en este ropero. Cuando vuelvas de la Luna, me acordaré y tú harás como que la sacas del conete.

LeCroix sacudió su cabeza y dijo:

—No me gusta nada, pero no estoy para discutirlo.

—Me alegra que no lo estés, porque de lo contrario tendría yo que ir a la cárcel por medio millón de dólares roñosos. Ya hemos gastado ese dinero. De todos modos, no tiene importancia: sólo tú y yo sabremos el secreto, y los coleccionistas quedarán tan satisfechos como si realmente hubieras llevado sus sobres a la Luna —Harriman esperó ansioso la respuesta del piloto.

—Bueno, bueno. ¿Quién va a pensar en filatélicos en una noche como ésta?

—Algo más —dijo Harriman sacando del bolsillo un paquete mediano—: esto sí lo tienes que llevar contigo. El peso ya está incluido en los cálculos. Escucha lo que tienes que hacer.

Harriman le explicó detalladamente su intención y LeCroix lo escuchó sin dar crédito a lo que oía.

—A ver si te entiendo —dijo—. ¿Tengo que dejar que lo descubran y luego referir exactamente lo sucedido?

—Así mismo.

—Tú sabrás lo que haces. Vamos; faltan veinte minutos —LeCroix se puso el paquete en el bolsillo y salió, seguido de Harriman.

STRONG se reunió con su socio en la cabina blindada de observación. —¿Está la valija a bordo? —preguntó con ansiedad—. No se la vi subir a LeCroix.

—Ya la había mandado yo. Mejor es que ocupes tu puesto. Ya han encendido la luz de aviso.

Dixon, Entenza, el gobernador del estado, el vicepresidente de la república y una docena más de personajes estaban ya sentados frente a los periscopios instalados en las ranuras de la torre de control. Strong y Harriman ocuparon los dos únicos asientos libres.

Harriman comenzó a sudar y sintió que estaba temblando. En la pantalla del periscopio veía la figura de la cohetonave y en los micrófonos resonaba la voz de LeCroix controlando los informes de la estación. Cerca de él, un locutor transmitió por radio los detalles de la partida. Harriman era el jefe de la operación, pero ya no le quedaba nada por hacer, como no fuera esperar y rezar.

Un cohete de señales, verde y rojo, se levantó en el aire y estalló: faltaban cinco minutos. Los segundos se estiraban como si fueran de goma. Cuando

## Medicina científica

PARACE que por fin los médicos se han convencido de que las estadísticas usuales sirven de muy poco, y han decidido hacer las cosas según indican los matemáticos que se especializan en esa rama. Eso es lo que indica la inauguración de un hospital fuera de lo común en Bethesda, Maryland. Este hospital tiene 500 camas y todas las comodidades para enfermos y médicos, pero su peculiaridad consiste en que allí no se internarán enfermos de cualquier dolencia. Sólo se admitirán los que padezcan una enfermedad bien determinada, y que además se parezcan entre sí en cuanto a edad, físico y enfermedades sufridas anteriormente. Esta es la única manera de controlar la eficacia de distintos tratamientos: aplicarlos en las condiciones más semejantes posibles. Seguramente muy pronto empezaremos a conocer resultados sorprendentes de este nuevo método médico.

faltaban dos minutos, Harriman sucumbió a una irresistible necesidad de salir y verlo todo. Saltó de su asiento y se precipitó a la puerta de salida. Coster lo vio con espanto, pero no hizo nada para detenerlo. Coster no podía abandonar el puesto, pasara lo que pasara. Harriman apartó de un empujón al policía que trataba de impedirle el paso y se lanzó al exterior.

Hacia el este, la astronave se erguía hacia las nubes como una pirámide alargada. Harriman aguardó.

Los segundos corrían, pero la espacionave seguía inmóvil.

¿Qué pasaba? No faltaban sino dos minutos cuando él salió (estaba seguro), y sin embargo no sucedía nada. No se oía el menor ruido, a no ser los alaridos de las sirenas distantes, llamando la atención a la multitud. Harriman sintió que se le detenía el corazón y que no podía respirar. Algo andaba mal: fracaso.

De la cabina de control salió un nuevo cohete de señal. En la base de la espacionave apareció una pequeña llamarada...; se extendió rápidamente en torno. El *Pionero* comenzó a levantarse bamboleándose un momento sobre una columna de fuego... De pronto tomó velocidad con tan increíble rapidez que en un segundo desapareció hacia el cielo. Harriman sólo pudo ver un círculo de llamas, el del anillo de cohetes, que se perdía en la noche. Creyó por un momento que caía sobre él y llevó instintivamente la mano a los ojos.

Entonces llegaron hasta él las ondas sonoras.

No era un ruido: era un rugido blanco de todas las frecuencias: sónico, infrasonico, supersónico, tan increíblemente cargado de energía que le golpeó en el pecho como una maza. Lo escuchó en sus dientes y en sus huesos, más que en sus oídos. Sus rodillas se doblaron y braceó como frente a una catarata.

Luego vino el vacío provocado por el desplazamiento de la nave, y una ráfaga huracanada, que parecía arrancarle las ropas, lo derribó contra la pared de la cabina de control y lo arrastró varios metros por el suelo.

Harriman se incorporó penosamente, tosiendo y braceando. Se acordó entonces de mirar al cielo. El *Pionero* era una estrella brillante apenas perceptible.

Entró como pudo en la cabina.

Reinaba allí una tensión insoportable. Cada hombre inclinado sobre su tablero anunciaba los datos que le correspondían. En el micrófono central sonó la voz de un speaker:

—“Puesto uno... puesto uno para Estación Central de Control! El quinto subcohete se ha desprendido según horario... La nave y el subcohete están separados...”

Coster interrumpió con nerviosidad: —¿Está localizado ya el subcohete?

¿Lo controlan ya?

En el fondo, el locutor radial continuaba transmitiendo nerviosamente:

—¡Un gran día, señoras y señores!..., ¡un gran día! El poderoso *Pionero*, desapareció como un águila de fuego hacia nuestro planeta hermano. Muchos de ustedes lo han visto partir en sus pantallas de televisión... ¡Ojalá lo hayan visto como yo, lanzarse a las nubes, dejando detrás un arco iris de llamas y cargado con...

—¡Termine de una vez con esa charla! —gritó Coster enfurecido—. Y ustedes cállense la boca —ordenó a los espectadores.

El vicepresidente de los Estados Unidos se dio vuelta sonriendo a sus compañeros e hizo señales de que callaran. Los otros obedecieron, pero pronto reiniciaron en voz baja sus comentarios.

Una voz femenina cortó el relativo silencio:

—“Puesto de seguridad número uno... puesto de seguridad número uno...”

uno para Estación Central! El subcohete número cinco a la vista... zona 24... zona 24.”

En un rincón de la cabina se iluminó un mapa mural de los estados de Colorado y Kansas. Las ciudades y las granjas que no habían sido evacuadas estaban iluminadas en rojo. El encargado señaló con un puntero la zona indicada.

Frente al mapa se encontraba sentado un hombre joven, con la mano sobre una palanca. Era un oficial de aeronáutica, especialista en bombardeos, contratado especialmente. Cuando accionase la palanca el paracaídas del subcohete se soltaría, y el subcohete caería a la Tierra. Tenía que guiarse exclusivamente por los informes del radar. En su cerebro la experiencia acumulada durante largos años integraba los informes que recibía de sus instrumentos, esperando el momento exacto para mover la palanca. No parecía preocupado.

—“¡Puesto número uno... puesto número uno para Cabina Central de Control! El subcohete cuarto se ha desprendido de acuerdo a lo fijado...”

Casi de inmediato otra voz:

—“¡Puesto de seguridad número dos... puesto de seguridad número dos! Siguiendo al subcohete cuarto... la espacionave ha ganado de inmediato una altura de mil doscientos kilómetros... mil doscientos kilómetros... sector prefijado.”

Nadie se acordaba de Harriman.

En la pantalla iban apareciendo puntos luminosos que señalaban la ubicación y la altura del subcohete quinto. El observador apretó de pronto la palanca que empuñaba. Se levantó des-perezándose y preguntó:

—¿Alguien tiene un cigarrillo?

—“¡Puesto de seguridad número dos! El subcohete quinto cayó a ciento veinte kilómetros al oeste de Charleston Carolina del Sur.”

—¡Repita! —rugió Coster.

—“Corrijo..., corrijo..., ciento veinte kilómetros al este. Repito: al este”.

Coster suspiró aliviado. Un nuevo informe lo sacudió.

—“¡Puesto número uno a Estación Central!..., ¡Puesto número uno a Estación Central! El subcohete tres se desprendió cinco segundos antes...”

Un telespeaker colocado en el escritorio de Coster resonó:

—“Señor Coster... el observatorio de Monte Palomar quiere hablar con usted...”

—Dígale que se vayan a... ¡No! ¡Dígale que esperen!

Otra voz interrumpió:

—“¡Puesto de seguridad número uno! El impacto ha sido a 20 kilómetros de Dodge City...”

—¿Hubo víctimas?

El puesto de observación número uno interrumpió antes de que pudiera responder el puesto de seguridad:

—“Subcohete dos desprendido... subcohete dos desprendido... la espacionave ha quedado libre...”

—¡Señor Coster... por favor, señor Coster.

Una voz no escuchada hasta el momento:

—“Puesto dos a Estación Central..., puesto dos... Estamos rastreando la nave... No corten... Daremos distancias y rumbo...”

—“¡Puesto dos de seguridad! El subcohete cuarto cae en el Atlántico... 57 millas al este de Charleston... rumbo 039... repito”.

—“Señor Coster, por favor; el observatorio necesita urgente hablar con usted”...

Harriman salió de la habitación. Se sintió de pronto muerto de cansancio y profundamente deprimido.

El campo de aterrizaje parecía raro sin la espacionave. Harriman la había visto levantarse metro por metro... y ahora se había marchado. La Luna se-

guía subiendo y parecía despreocupada por el *Pionero* que en algún lugar del espacio volaba hacia ella...

Algunas sombras se movían en torno a la planchada donde había estado el *Pionero*. Alguien se acercó en la oscuridad, llamando:

—¿Señor Harriman?

—¿Eh?

—Soy Hopkins, de la *Associated Press*... ¿Quiere hacer alguna declaración?

—¿Cómo dice? Ah... no... ahora no; estoy muy cansado.

—Sólo una palabra. ¿Cómo se siente después de haber organizado el primer vuelo a la Luna... si es que tiene éxito?

—¿Quién duda que lo tendré? —Harriman se irguió con esfuerzo—. Diga que este vuelo es el comienzo de una nueva era para la humanidad; la más grandiosa de cuantas ha vivido hasta el momento. Dígalos que cada uno de nosotros podrá seguir los pasos del capitán LeCroix, descubrir nuevos planetas, construir nuevos hogares. Dígalos que esto significa fronteras nuevas... Este vuelo significa... bueno, basta por hoy. Estoy agotado... ¿quiere dejarme solo, por favor?

Coster salió de la cabina acompañado de los funcionarios. Harriman le preguntó:

—¿Está todo bien?

—¡Por supuesto!... El subcohetes quinto mató una vaca: no ha habido otro inconveniente.

Harriman tuvo que conversar con el gobernador, el vicepresidente y los demás funcionarios, y acompañarlos a sus vehículos. Coster y él quedaron solos por fin.

—¿A dónde vas, Bob?

—A dormir por lo menos una semana... ¿y usted?

—Si me permites, me voy a acostar en tu cuarto...

—Por supuesto... Las almohadas están en la bañera.

—No las voy a necesitar.

Tomaron unas copas en el departamento de Coster, hablando poco y a desgana. Coster llamó a hélicotaxi y se marchó al hotel. Harriman se tendió en la cama... leyó unas revistas atrasadas sin poder conciliar el sueño. Por último ingirió varias cápsulas somníferas.

## X

**A**LGUIEN lo sacudía fuertemente. —¡Señor Harriman, despierte!... El señor Coster está en la pantalla.

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¡Ah!... sí...

Se levantó y llegó arrastrándose hasta el televisor. Frente a él estaba el rostro excitado de Coster:

—¡Delos... llegó! En Palomar han visto las señales, y ahora situaron la nave misma...

—Un momento, Bob; no puede haber llegado ya. ¡Si salió anoche!

Coster replicó desconcertado:

—¿Qué está diciendo? ¿No se sienten bien? Les zarpó el miércoles.

Harriman comenzó a orientarse vagamente. No, la partida no había sido la noche antes... Recordó brumosamente un viaje a las montañas y un día pasado durmiendo al sol; una fiesta en la que había bebido demasiado... ¿Qué día era hoy? No lo sabía. Si LeCroix había llegado a la Luna, tenía que ser... ¡qué importa!

—Muy bien, Bob...; estaba medio dormido. Creo que soñé de nuevo la partida. Dime las novedades otra vez y despacio...

Bob comenzó de nuevo:

—LeCroix ha aterrizado junto al cráter de Arquímedes. Desde Palomar se puede ver la nave. Dicen que hay una gran mancha señalando el lugar. Seguramente les ha espacionado...

cantidad de polvo de carbón, como habíamos previsto...

—¿Te parece que vayamos a verlo por el telescopio?... No; mejor dejarlo para luego. Tenemos que hacer muchas cosas.

**N**O veo qué otra cosa podemos hacer, señor Harriman. Nuestros doce mejores expertos en balística están calculando las trayectorias posibles...

Harriman estuvo a punto de decirle que pusieran otros doce, pero se limitó a desconectar la pantalla. Se encontraba todavía en Peterson Fields, con una de las mejores estratonaves de *Skyways* lista para zarpar al lugar del mundo que fuera necesario en cuanto él lo ordenase. Hacía 24 horas que LeCroix se encontraba en la estratosfera superior, esperando que se neutralizase la velocidad terminal y la tremenda energía cinética.

Lo habían situado varias veces con el radar, pero era imposible (ya que no tenía a bordo ningún tipo de transmisor) determinar qué ruta seguiría para aterrizar. Harriman escuchaba los informes del radar y maldecía su decisión de aliviar el peso eliminando el transmisor.

Las cifras del radar comenzaron a disminuir. Una voz anunció:

—¡Se prepara para aterrizar!

—Avisa a la estratonave que salimos.

Harriman retuvo la respiración y aguardó. Treinta inacabables segundos y la voz anunció:

—La espacionave está aterrizando al oeste de Chihuahua, Méjico.

Harriman se precipitó corriendo a la puerta.

Dirigido por la radio, el piloto de la estratonave de Harriman localizó al *Pionero* posado en medio del arenoso desierto, y llevó su aparato junto a él en un perfecto aterrizaje. Antes que se hubiera detenido, ya Harriman force-

LeCroix estaba sentado junto a la espacionave, a la sombra de una de sus alas triangulares. Un vaquero lo miraba boquiabierto. Cuando LeCroix vio a Harriman que se acercaba, tiró el cigarrillo que fumaba ávidamente y le gritó:

—¿Qué tal, Delos?

Delos lo abrazaba ya, a punto de sollozar.

—¡Me alegro de verte, muchacho!

—¡Más me alegro de verlo a usted! Pedro —señaló al vaquero— no habla inglés.

LeCroix miró en torno. Sólo vio a Harriman y su piloto.

—¿Dónde están los demás? —preguntó—. ¿Coster, los muchachos?

—No los esperé. Llegarán de un momento a otro.

Otra estratonave volaba en círculos, preparándose para aterrizar.

—¡Bill! —gritó Harriman al piloto—, ¡vete a buscarlos!

—Ya están por llegar; no vale la pena...

—Haga como le digo.

—Como quiera.

El piloto se alejó por la arena con visible disgusto. LeCroix parecía desconcertado.

—Pronto, Les; ¡ayúdame con esto!

Esto eran los sobres cancelados "en la Luna". Entre Harriman y LeCroix los sacaron de la estratonave, y los llevaron al *Pionero* y los colocaron en uno de los compartimentos ocupados anteriormente por las provisiones.

—¡Por fin! —exclamó Harriman, secándose el sudor de la frente—. Un minuto más y nos descubren... ¡Es medio millón de dólares! ¡Lo necesitamos!

—Por supuesto, señor Harriman; pero los día...

—¡Bajito, ya están ahí! ¿Qué tal con el otro asunto? ¿Está arreglado?

—Sí... pero quería decirle...

—¡Silencio!

No eran sus amigos, sino una ola de periodistas, locutores, fotógrafos, etc., que se precipitaba sobre ellos.

Harriman los recibió con la mejor de sus sonrisas.

—¡Adelante, muchachos! Están en su casa. Saquen fotografías, suban a la nave, miren todo lo que quieran, pero no molesten al capitán LeCroix. Está cansado.

Otra estratonave había aterrizado entretanto, esta vez con Coster, Dixon y Strong. Entenza llegó por su lado y se puso de inmediato a dar órdenes a los locutores, cameramen y televisadores. Estuvo a punto de trabarse a golpes con un filmador no autorizado. Llegó por último una gran estratonave de transporte cargada con soldados mejicanos, que se acercaron a la carrera. De no se sabe dónde aparecieron unas docenas de vaqueros. Harriman se abrió paso entre la muralla enloquecida de periodista y filmadores, mantuvo una rápida pero costosa conversación con el capitán de los soldados y obtuvo que las tropas protegieran a la espacionave, a punto ya de ser destrozada.

—¡Deje eso! —sonó la voz de LeCroix en el interior de la cabina—. ¡No es asunto suyo! —la voz del piloto subió de tono—. ¡Le digo que lo deje!

Harriman se aproximó nuevamente a la puerta de entrada.

—¿Qué pasa, Les?

Dentro de la cabina, donde apenas cabían dos hombres echados, estaban no menos de cuatro. Parecía que habían estado forcejeando.

—¿Qué pasa, Les?

LeCroix tenía en sus manos una pequeña bolsa, aparentemente vacía. Sobre su asiento yacía como una docena de piedras preciosas que refulgían bajo la luz. Un periodista tomó una y la miró al trasluz.

—Estos tipos andan metiendo las narices en lo que no les interesa —respondió irritado LeCroix.

—¿No nos dijo usted que mirásemos todo lo que quisiéramos?

—Efectivamente —respondió Harriman.

—Parece que su piloto no contaba conque descubriésemos esto. Lo tenía escondido en el asiento.

—¿De qué se trata?

—Son diamantes.

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy absolutamente seguro.

Harriman encendió pausadamente un cigarro.

—Esos diamantes están ahí por orden mía.

Detrás de él estalló una llamarada de magnesio. Una voz gritó:

—¡Levanta más la roca, Jeff!

El reportero llamado Jeff hizo como se le pedía y comentó:

—Parece que no le gusta mucho esto, señor Harriman.

—No me molesta en absoluto: me interesaba saber qué efecto pueden tener las radiaciones sobre los diamantes. Yo le ordené al capitán LeCroix que pusiera los diamantes en la astronave.

—¡Caramba! —exclamó irónicamente el reportero—. Si no me lo explica, hubiera creído que su piloto encontró esos ladrillos en la Luna, ¡y que se los estaba escondiendo!

—Como publique eso, le pongo un juicio por calumnia. Tengo la más absoluta confianza en el capitán LeCroix. ¡Déme los diamantes!

—Pero no la confianza suficiente como para entregarle los diamantes, ¿eh?

—Déme las piedras y márchese!

Harriman sacó a LeCroix, tan pronto como pudo, de las garras de los curiosos y lo llevó a su propia estratonave.

—Basta por hoy —dijo a los periodistas—. Los atenderemos en Peterson Fields.

Cuando la estratonave hubo arrancado, dijo a LeCroix:

—Has hecho un excelente trabajo,

—Ese Jeff debe de haberse quedado bastante intrigado.

—¿Eh? ¡Oh!, no hablaba de eso, sino del vuelo. Ahora eres el hombre más importante de la tierra.

LeCroix se encogió de hombros y comentó:

—Con la nave que armó Bob no tiene ninguna gracia. Hablemos de los diamantes.

—Olvídate de los diamantes. Tú ya hiciste tu parte. Nosotros colocamos los diamantes en la espacionave y se lo hemos dicho a todos tal como sucedió. No tenemos la culpa si no nos quieren creer.

—Pero, señor Harriman:

—¿Qué?

LeCroix desabotonó uno de los bolsillos de su overol y sacó un pañuelo anudado y bastante sucio, lo desató y volcó en las manos de Harriman una cantidad mucho mayor de diamantes, más hermosos que los que había llevado a la Luna.

Harriman los miró atontado.

—¡Guárdalos! —dijo a LeCroix.

—Pero nos corresponden a todos por igual.

—Buena, pues guárdalos para nosotros. ¡Y ni una palabra a nadie! No, ¡espera! —eligió dos de los mayores—. Voy a hacer dos anillos, uno para ti y otro para mí; pero no digas una palabra a nadie, o no los querrá nadie ni a cinco centavos.

Es verdad —pensó. Muchos años atrás, el Sindicato de Diamantes había caído en la cuenta de que una sobreabundancia de diamantes los priva de todo su valor, a no ser para usos industriales. En la Tierra existe una superproducción de diamantes, pero el Sindicato la controla, para que las piedras no se desvaloricen.

No vale la pena traer diamantes a la Tierra.

Pero si hay uranio, es distinto. Harriman se volvió a mirar y

se abandonó a sus gratos ensueños. La voz de LeCroix le hizo volver en sí.

—¿Sabe, Delos? . . . ¡Aquello es muy hermoso!

—¿Eh?, ¿qué?

—La Luna, por supuesto. Volveré tan pronto sea posible. Tenemos que prepararlo todo para poder volver cuanto antes.

—Claro, claro. . . y tenemos que hacer una cohetonave en que quepamos todos. . . Esta vez tengo que ir también yo.

—¡Ojalá!

Harriman preguntó, casi con indiferencia:

—Les, ¿qué aspecto tiene la Tierra desde allí?

—Pues. . . , parece. . . , parece. . . — LeCroix se detuvo—. Es imposible explicárselo. Es sencillamente hermoso. El cielo es negro y. . . Bueno, espere a verlo con sus ojos.

Harriman asintió con un gesto.

—Sí, ¡pero es muy difícil esperar!

## XI

“CAMPOS SEMBRADOS DE DIAMANTES EN LA LUNA”.

“¿QUE HAY DE LOS DIAMANTES DE LA LUNA? ¿ES TRUCO O REALIDAD?”

“ . . . pero consideren esto, estimados oyentes: ¿por qué motivo iban a llevar diamantes a la Luna? . . . Cada gramo del cohete había sido rigurosamente calculado. Es imposible pensar que fueran a llevar los diamantes si no había una razón muy convincente. Muchas autoridades científicas han declarado que la explicación alegada por Harriman es absurda. No es difícil suponer que los diamantes han sido llevados a la Luna para hacernos creer que habían sido encontrados allí. Por otra parte, ¿por qué juraron desde un principio,

tanto Harriman como el piloto, que los diamantes no venían de la Luna? Lo que es absolutamente cierto es que los diamantes estaban en la espacionave cuando ésta llegó de vuelta a la Tierra...

**S**TRONG estaba como de costumbre en la oficina cuando entró Harriman. Antes que los socios pudieran hablarse, sonó una voz y apareció el rostro de la secretaria en la pantalla:

—Lo llaman de Rotterdam.

—¡Dígale que se vaya a plantar tulipanes!

—Es el señor Van der Velde, señor Harriman.

—Bueno.

Harriman dejó hablar al holandés, y le dijo luego:

—Señor Van del Velde, las declaraciones del piloto y las mías son rigurosamente exactas. Yo mismo coloqué esos diamantes en la cabina antes de la partida del *Pionero*. Los diamantes han sido extraídos en la Tierra. Los compré precisamente en Rotterdam, cuando fuí a entrevistarme con usted. Puedo probarlo.

—Pero señor Harriman...

—Haga como le parezca. Tal vez existan en la Luna diamantes, y más grandes que esos; pero puedo garantizarle que los diamantes de que hablan los periódicos los llevó LeCroix desde la Tierra.

—¿Y para qué iba a mandar diamantes a la Luna?, ¿para burlarse de nosotros?...

—Si no le agrada la que le doy, búse una explicación mejor. El hecho es que usted tiene un contrato conmigo reservándose una opción... Si quiere cerrar trato, el plazo vence estrictamente el martes a las nueve, hora de Nueva York, como está especificado en el contrato. Decídase.

Harriman desconectó el aparato y se

encaró con su socio que lo miraba con aire preocupado:

—¿Qué tripa se te rompe?

—Estuve reflexionando sobre esos diamantes. He revisado la lista de carga del *Pionero*...

—No sabía que te interesaba la ingeniería...

—No, pero entiendo las cifras.

—Bueno, lo encontraste...: item F-17-c, quinientos gramos, reservado para mí personalmente.

—Sí lo encontré...; pero no encontré otra cosa peor...

Harriman sintió un escalofrío en el estómago.

—¿Qué?...

—No vi peso reservado para los sobres cancelados.

—Pues debe estar... Déjame ver la lista de carga.

—No está, Delos. Bien lo sabes. Cuando insististe en ir a recibir solo al capitán LeCroix, entré en sospechas. ¿Qué sucedió, Delos? ¿Los pusiste subrepticamente a bordo?

Strong miraba fijamente a su socio, mientras éste jugaba con los dedos.

—Hemos estado en algunos negocios poco claros, pero ésta es la primera vez que alguien podría decir con razón que Harriman y Strong lo han estafado.

—¡Pues que se vaya al diablo, Jorge! Volvería a estafar cien veces, a robar, a hacer lo que fuera necesario, con tal de llevar a cabo algo como lo que hemos hecho.

Harriman se levantó y comenzó a caminar por la habitación.

—Teníamos que disponer de ese dinero, o hubiéramos debido suspender el vuelo. No teníamos ni un centavo... y tampoco lo tenemos ahora. ¿Lo sabes, verdad?

Strong asintió:

—Pese a todo, esos sobres debieron ir a la Luna; eso es lo que nosotros prometimos.

—¡Malditos sean! Te digo que me olvidé por completo. Cuando me acordé, ya era demasiado tarde para arreglar de nuevo la lista de carga. Pero no hace al caso. Pensé que si LeCroix se estrellaba, nadie se preocuparía por los sobres, y que si triunfaba, tendríamos mucho dinero. Y lo tendremos, Jorge, lo tendremos.

—Hay que devolver el de los sobres.

—¿Ahora?... Espera un poco, Jorge, a que tengamos de nuevo nuestro capital en buen estado. Te prometo que entonces devolveré el dinero de esos malditos sobres, uno por uno y de mi bolsillo. Te lo prometo solemnemente.

Strong seguía sentado y en silencio. Harriman se detuvo frente a él.

—Quiero preguntarle algo: ¿crees tú que podíamos echar a perder todo lo hecho, por un escrúpulo puramente teórico, puesto que en realidad no hemos defraudado a nadie?

Strong suspiró.

—Perfectamente. A lo hecho, pecho. Cuando llegue el momento, devuelve ese dinero con los fondos de la sociedad.

—Gracias, Jorge. No hace falta; usaré el mío.

—No, señor; si estamos en las buenas, tenemos que estar también en las malas.

—Como tú quieras.

Harriman volvió a su escritorio. Ninguno de los dos tenía nada que agregar. El ordenanza anunció a Dixon y Entenza.

—¿Qué tal, Jack, te sientes mejor ahora?

—No, gracias. Para transmitir lo que transmití tuve que romperme las narices con diez personas. Delos, ¿por qué no había un transmisor de televisión en la espacionave?

—Ya te he explicado que esta vez era imposible por razones de peso. Pero en el segundo viaje, y en todos los res-

tantes, lo habrá. Tu concesión te va a dejar una montaña de dinero.

Dixon carraspeó.

—Por eso hemos venido a verte, Delos. ¿Cuáles son tus planes?

—¿Planes? Seguir adelante. En el segundo viaje iremos LeCroix, Coster y yo. Instalaremos un campamento permanente. Tal vez Coster ya se quede allí. En el tercer viaje llevamos una colonia de ingenieros nucleares, mineros, expertos en cultivos hidropónicos, ingenieros de comunicaciones. ¡Fundaremos Ciudad de la Luna!

Dixon lo escuchaba pensativo.

—¿Y cuándo empieza a rendir dinero todo este trabajo?

—¿Qué quieres decir?... ¿Quieres que te devolvamos tu capital, o prefieres esperar las ganancias? Lo podemos arreglar de las dos maneras.

Entenza estaba por decir que quería que le devolviesen su capital, pero Dixon lo interrumpió:

—Por supuesto que queremos las ganancias. El capital ya ha sido invertido.

—¡Me alegro!

—Lo que no termino de ver es de dónde saldrán las ganancias. LeCroix ha completado el viaje afortunadamente, y nosotros tenemos el honor de haberlo preparado, pero... ¿dónde están las ganancias?

—Dale tiempo al tiempo, Dixon.

—¿Cuáles son los derechos que podemos cobrar ya?

—Los derechos sobre cine, televisión, radio...

—Te equivocas. Echale una mirada al contrato. Jack tiene la concesión, pero paga derechos a la sociedad, es decir, a nosotros.

Dixon se adelantó a Entenza, que abría la boca para hablar.

—Un momento, Jack. ¿Qué otra cosa?... Con sólo esos derechos no salimos del paso.

—Los endosos... Montgomery y los muchachos se ocupan de eso. Los de-

rechos de autor del "best seller" actual: nuestro libro "Mi viaje a la Luna". Le puse una estenógrafa a LeCroix que no lo ha dejado ni a sol ni a sombra, y conseguí un escritor que compusiera un libro con los relatos de LeCroix. Tenemos además los derechos concedidos a la primera y única astrolínea.

—¿Cuál?

—La nuestra. Kamens y Montgomery están ahora en París trabajando en eso. Yo iré a reunirme con ellos esta misma tarde. Y vamos a reforzar la concesión con otra concesión otorgada en la Luna apenas haya allí una colonia y se haya constituido como ciudad. Será un estado autónomo bajo la protección de la UN. Ninguna astronave podrá aterrizar o despegar allí sin su permiso. Además, podemos conseguir los derechos de una docena de compañías más, para fines diversos. Aparte de las concesiones, les cobraremos los impuestos correspondientes, tan pronto como esté constituida la Corporación Municipal de Ciudad de la Luna, de acuerdo a las leyes del estado de la Luna. Venderemos todo menos el vacío, ¡y quién sabe si no vendemos también el vacío para fines científicos! Y no te olvides que tenemos todavía muchos terrenos por vender.

—Tus ideas son magníficas, Delos — respondió secamente Dixon —, pero un poco remotas. Hablemos de lo inmediato.

—En primer lugar, tenemos que conseguir que las Naciones Unidas reconozcan nuestros derechos. En este momento está reunido en sesión secreta el Consejo de Seguridad. A la noche se reúne la Asamblea General: va a arder Troya. Por eso tengo que estar allí. Si las Naciones Unidas deciden (como no tienen más remedio) que su propia asociación no lucrativa es la única que tiene derechos soberanos sobre la Luna, comenzaré a trabajar. Nuestra pequeña corporación no lucrativa va a conceder

una serie de derechos a otras corporaciones más crecitas y de absoluta seriedad, en pago a la ayuda que le prestarán para instalar su laboratorio de investigaciones, su observatorio astronómico, un instituto selenográfico y varias otras empresas no lucrativas. Este es el compás de espera que tenemos que aguantar hasta tener en la Luna una colonia estable. Luego...

—No me interesan los detalles jurídicos, Delos. Te conozco lo suficiente como para tener la seguridad de que no dejarás escapar nada por ese lado. ¿Qué es lo que tenemos que hacer *ahora y en concreto*?

—¿Ahora?... Ahora tenemos que construir otra astronave, pero de mayor tamaño. Coster ha comenzado los diseños para una catapulta gigantesca. Gracias a ella y sin recurrir a subcohetes para vencer la gravedad inicial, podemos dejar una espacionave en órbita libre alrededor de la Tierra. Luego instalaremos allí permanentemente la estación para abastecimiento de las que hagan el viaje hasta la Luna. De este modo es posible llegar a la Luna en base a combustibles químicos, sin tener que arrojar como lastre las nueve décimas partes de la nave.

—¡Parece caro!

—Lo será. Pero no te preocupes. He pensado una serie de pequeñas combinaciones para asegurarnos el dinero hasta que podamos mover nuestro campamento y emitir acciones. Ya hemos vendido algunas. Si hacemos otra emisión, las venderemos mil veces más caras.

—¿Y tú esperas que te apoyemos hasta que todo tu esquema esté completo? Sólo empezará a entrar el dinero cuando funcione regularmente una línea de espacionaves llevando y trayendo mercadería y pasajeros a la Luna. Y ahora, ¿qué van a llevar? ¿Quién pagará los viajes?

—¿Quién? Pues, quien encontramos que nos pague, ¿qué haces aquí?

—Creo, Delos. ¿Pero cuáles son tus planes inmediatos?, ¿cuál es tu presupuesto?, ¿con qué recursos cuentas?... ¡Y no me hables de los diamantes!

Harriman dejó su cigarro en el cenicero.

—Pues hay una mercadería que podemos embarcar desde ahora mismo.

—¿Cuál?

—Conocimiento.

Entenza escupió; Strong parecía alarmado; Dixon asintió.

—Yo compraré eso. El conocimiento siempre tiene algún valor para el que lo sabe utilizar. Estoy de acuerdo. La Luna es un lugar para reunir conocimientos. Creo que puedes sacar provecho del próximo viaje. ¿Cuál es tu presupuesto y tu plan?

Harriman no respondió. Strong estudiaba ansiosamente su rostro. Gracias a una larga práctica, las reacciones de su amigo eran para él tan explícitas como una declaración por escrito. Se dio cuenta de que su socio estaba acorralado. Aguardó nervioso, pero listo para apoyar el juego que quisiera mostrar. Dixon prosiguió:

—Por lo que dices, Delos, juzgo que no tienes suficiente dinero para el próximo viaje, y, lo que es peor, no sabes de dónde sacarlo. Tengo fe en ti, Delos, y te he dicho desde un comienzo que no me gusta dejar hundir los negocios por falta de apoyo. Estoy dispuesto a seguir contribuyendo, siempre que me vendas una quinta parte.

Harriman se encaró con él:

—Ya le has comprado su parte a Jack, ¿no es cierto?

—No diría tanto...

—Hace rato que se ve claramente; no trates de disimular.

Entenza protestó:

—No es verdad... Yo soy independiente... Yo...

—Jack, tú eres un canalla — dijo severamente Harriman.

—Hablemos claramente, Dan. Tú

tienes ya el cincuenta por ciento del capital. De acuerdo al contrato, mientras Jorge siga apoyándome, yo decido las votaciones empatadas. Si te vendemos otra parte más, tendrás el setenta y cinco por ciento..., y pasas a ser el patrón. ¿No es eso lo que buscas?

—Delos, creo haberte dicho que confiaba en ti.

—Sí; pero estarías más satisfecho si me tuvieras con la soga al cuello. Pues no te daré el gusto. Si es necesario, dejaré que los vuelos interplanetarios esperen otros veinte años. Voy a dejarte ir a la quiebra a la sociedad y viviremos para la posteridad. Mejor es que pienses otro plan.

Dixon no le respondió. Harriman se levantó y comenzó a pasear otra vez. De pronto se detuvo y se dirigió nuevamente a Dixon:

—Dan, si tú realmente te dieras cuenta de lo que podemos hacer, no tendría ningún inconveniente en entregarte el control. Tú no ves en esto nada más que un modo de hacer dinero rápido. Estoy perfectamente dispuesto a dejarte enriquecer, pero no quiero que mates la gallina de los huevos de oro. La raza humana está a punto de emprender la conquista del Universo, y esto va a plantear problemas, al lado de los cuales la estructura del átomo es un juego de niños. No estamos preparados, y si no se toman todas las salvaguardias, podemos viciarlos para siempre. Y tú serías el primero en echarlo a perder, si te dejo el control en las votaciones, *porque tú no lo entiendes*.

Se detuvo para tomar aliento y prosiguió luego:

—Toma por ejemplo el problema de la seguridad en los vuelos. ¿Sabes por qué permití que LeCroix hiciera el viaje en lugar de hacerlo yo?... ¿Tal vez porque tenía miedo?... No...; porque quería que regresase a salvo. Si hubiéramos fracasado, los viajes inter-

planetarios habrían sufrido una nueva postergación. ¿Sabes por qué quiero tener el monopolio? Porque a cualquier cretino se le va a ocurrir inmediatamente fabricarse una astronave, ahora que sabe que se puede hacer. ¿Te acuerdas de los vuelos trasatlánticos?... Después del vuelo de Lindberg, todo pilotucho de tres al cuarto se sintió obligado a hacerlo también; algunos hasta llevaban a sus hijos. La mayoría de ellos se hundieron o perdieron en el mar. Los aeroplanos adquirieron fama de peligrosos, porque las aerolíneas hambrientas de dinero sólo se preocuparon de montar servicios, sin tener en cuenta los problemas técnicos. No quiero que las astronaves adquieran fama de peligrosas: son demasiado grandes y demasiado caras. Si se llega a difundir el miedo, podemos sentarnos y esperar al oficial de justicia para que nos embargue.

Dixon respondió:

- ¿Debo repetirme una vez más que confío en ti? ¿Cuánto dinero necesitas?
- ¿Cómo?... ¿En qué condiciones?
- Contra un pagaré tuyo.
- ¿Un pagaré mío?

### Un paso más

UN paso más se ha dado hacia la construcción de la astronave robot. Se trata de un instrumento de guerra, inventado por los ingleses, que le han dado el nombre de Ecko. Ecko es un servomecanismo, que ayudado por el radar hace de artillero automático: apunta los cañones, teniendo en cuenta la distancia a que está el blanco y su velocidad. La idea no es nueva, pero recién ahora se ha podido construir el aparato de tamaño y peso aceptables para instalarlo en aviones, y que soporte el rudo trato de aterrizar y decolar. Ese mismo aparatito, casi sin modificaciones, puede ser instalado en una astronave como vigia permanente, para destrozarse con una carga explosiva cualquier meteorito que se aproxime en forma peligrosa. Y así tenemos resuelto el problema más del vuelo interplanetario...

—Por supuesto que con alguna garantía.

Harriman lanzó un juramento.

—¡Ya me parecía que había una trampa! Sabes demasiado bien que hasta mi último centavo está metido en esto.

—Pero están tus seguros. Yo sé que tú tienes una gruesa suma en seguros.

—Sí, pero todos a nombre de mi mujer.

—Me parece recordar que cierta vez Entenza te hizo presente lo mismo y que tú le respondiste que siempre le quedaría algún seguro inembargable o algo semejante, como para que tu señora no se viese enteramente en la calle.

Harriman pensaba desesperadamente.

—¿Y qué vencimiento tendría ese pagaré?

—Ninguno: a pagar cuando puedas y en las cuotas que desees. Lo único que te exijo es una cláusula por la cual el pagaré no esté incluido en las quiebras a que puedas verte obligado.

—Pero una cláusula así no tiene ninguna efectividad legal.

—Ya lo sé; pero la tendrá para tu conciencia, ¿verdad que sí?

—Hum... sí... sí, claro que sí.

—Bueno, trae tus pólizas, y veremos cuánto te puedo dar.

Harriman lo miró, luego se dio vuelta bruscamente y se dirigió a su caja de hierro. Volvió con un gran paquete de pólizas. Era una suma verdaderamente impresionante. Dixon sacó un memorándum de su bolsillo y dijo:

—¿No falta una, la de la *Atlántico Norte*?

Harriman lo miró con asombro.

—¿Será posible que me obligues a despedir a todos mis secretarios?

—No — respondió Dixon suavemente —; no consigo mis informes entre tus empleados.

Harriman volvió a la caja y retiró la póliza que faltaba.

—¿Quiere las mías, señor Dixon? — preguntó Strong.

—No, no es necesario — respondió Dixon —. Me basta con esto, por ahora. No te olvides de enviar a mi despacho la circular anunciando el cambio de titular de la póliza.

Sacó de su bolsillo un pagaré por el importe exacto de las pólizas, y un cheque, que entregó a Harriman.

Harriman firmó el pagaré, comentando al mismo tiempo:

—Hay veces que no sé quién se burla de quién. Bueno; adiós, muchachos; me marcho a París. Jorge, encárgate de arreglar los detalles con Dan.

Strong esperó a que su socio se marchara y dijo a Dixon:

—Debería romper esto en pedazos.

—No lo hagas, Jorge. ¿Ves cómo confío en él? ¿Has leído alguna vez a Carl Sandburg?

—Ya sabes que no soy muy aficionado a la lectura.

—Te aconsejo este libro; trata de un hombre que esparció el rumor de que había petróleo en el infierno. Al poco tiempo se descubrió que era verdad.

a buscarlo. El hombre que inventó el asunto los mira marcharse a todos y luego se rasca la cabeza y dice: "Después de todo, tal vez sea cierto"... y se marcha también.

Strong esperó un buen rato, y dijo finalmente:

—No comprendo.

—Sólo quiero tomar mis precauciones, Jorge. Tú también deberías hacerlo. Delos puede llegar a creer sus propios rumores: ¡diamantes! Vamos, Jack.

### XII

LOS meses siguientes fueron tan intensos como los que precedieron a la partida del *Pionero*, ahora honorablemente retirado en un museo. Un grupo de ingenieros, y grandes dotaciones de técnicos y obreros, trabajaron en la construcción de la catapulta; otros dos grupos igualmente numerosos, en el armado de dos nuevas cohetonaves: la *Mayflower* y la *Colonial*; una tercera nave estaba en diseño. Ferguson era el ingeniero en jefe de todo el trabajo. Coster, en pareja siempre con Jock Berkeley, era director técnico y trabajaba unas veces en una parte y otras en otra, según le parecía.

Harriman se movía como una sabandija de una ciudad y de un continente a otro continente y otra ciudad. Los problemas administrativos lo tenían aborrito las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana; pero, forzando a Kamens y Montgomery hasta la extenuación y quedándose él días enteros sin dormir, se hacía sus ratitos para ir al campamento de trabajo y conversar con LeCroix y Coster.

Había decidido fundar la Ciudad de la Luna el próximo viaje. El *Mayflower* podía llevar siete personas, los alimentos y demás provisiones necesarias, y además un suplemento de alimentos, materiales, útiles y herramientas para que cuatro de los siete pasajeros pu-

dieran quedarse en la Luna hasta el próximo viaje.

Los cuatro colonizadores se instalarían en un albergue de aluminio, hermeticamente cerrado y a la presión necesaria, que sería enterrado en la Luna hasta que la próxima expedición les llevase materiales para un alojamiento menos precario.

La elección de estos colonos dió motivo a una nueva campaña publicitaria, una nueva venta de acciones y terrenos y una puja despiadada entre los candidatos. Harriman insistió en que fueran dos matrimonios, pese a las protestas unánimes de las asociaciones científicas. Transigió finalmente con que los dos matrimonios fueran de investigadores, lo cual dió lugar a varios matrimonios, y a los subsiguientes divorcios, al conocerse el resultado de la elección.

El *Mayflower* tenía el volumen máximo que podía tolerarse de acuerdo a los cálculos para que la espacionave quedase en órbita libre con el impulso de la catapulta y el de sus propios cohetes. Antes de su partida, serían lanzadas cuatro grandes estratonaves, casi de su mismo tamaño. No eran astronaves; su única misión era la de servir de cisternas para que el *Mayflower* se aprovisionase de combustible y siguiera viaje hasta la Luna.

Mediante escrupulosísimos cálculos balísticos y una técnica de lanzamiento perfectamente estudiada, las cuatro estratonaves quedarían en la misma órbita y en el mismo lugar. La *Mayflower* iría a encontrarse con ellas para recibir el combustible.

Esta era la maniobra más arriesgada. Si las cuatro estratonaves cisternas quedaban a la distancia conveniente unas de otras, LeCroix podría utilizar el combustible que le quedase para acercarse maniobrando a ellas; si la colocación fallaba, el *Mayflower* se quedaría para siempre en el espacio.

Para obviar este riesgo, en un primer momento se pensó en que las estratonaves cisternas llevarían un pequeño cohete cada una, a fin de que los respectivos pilotos pudieran salir en ellos, llegar a la atmósfera y aterrizar luego planeando. Pero Coster ideó un dispositivo más sencillo y eficaz: un piloto automático controlado por radar.

La primera estratonave no llevaría control automático, pero las otras sí. Al llegar a la proximidad de la primera, el piloto automático de la segunda la acercaría hasta unirse con ella, y lo mismo harían sucesivamente los de la tercera y la cuarta. Si los pilotos automáticos funcionaban, LeCroix no tendrían dificultad ninguna para acercárseles.

### XIII

**S**TRONG quiso mostrar a Harriman los informes de venta del interruptor automático. Harriman los apartó a un lado.

Strong volvió a ponérselos delante de las narices.

—Harías bien en preocuparte un poco por cosas como ésta. Alguien tiene que ocuparse en esta oficina de que entre un poco de dinero, dinero *muestro*, si no quieres que terminemos vendiendo verdura en un carrito.

Harriman se recostó en la silla y cruzó las manos detrás de la nuca.

—Jorge, ¿cómo puedes hablar de esas cosas en un día como éste? ¿No hay ni un gramo de poesía en tu alma? ¿No escuchaste lo que dije cuando entré: *las estratonaves cisternas se han reunido como queríamos?* Partimos antes de una semana.

—Me alegro; pero no por eso hay que descuidar los negocios.

—Ocupate tú. Yo tengo que hacer.

—¿A qué hora dijo Dixon que volvería?

—¡Muy bien! — Harriman mordió la

punta de su cigarro —. ¿Sabes, Jorge? Ya no lamento no haber ido en el primer viaje. Estoy nervioso como un novio esperando en la iglesia, y no menos alegre — y comenzó a tararear.

Dixon entró solo; Entenza no lo acompañaba desde que se hizo público que le había cedido su parte en la sociedad; Harriman le estrechó la mano.

—¿Sabes las novedades, Dan?

—Sí, Jorge me lo dijo.

—Dentro de una semana estaré en la Luna. ¡No acabo de creerlo! — Dixon se sentó en silencio —. ¿Ni siquiera me vas a felicitar? ¡Hombre, éste es un gran día!

Dixon le preguntó:

—Delos, ¿por qué quieres ir?

—¿Cómo?... No hagas preguntas tontas. Porque para esto he estado trabajando y soñando años enteros.

—No es una pregunta tonta. Los cuatro colonizadores tienen razones obvias y cada uno es un especialista selecto. LeCroix es el piloto; Coster es el ingeniero que va a planear la colonia estable; pero, ¿para qué vas tú? ¿Cuál es tu función?

—¿Mi función?... Bueno, yo soy el tipo que dirige el asunto. Cuando llegue a la Luna, voy a presentar mi candidatura para alcalde.

—No sabía que pensabas quedarte en la Luna.

Harriman dijo con fingida indiferencia:

—Todavía no está decidido. Si podemos construir el albergue rápidamente, tal vez nos sobren provisiones para que yo pueda quedarme hasta el otro viaje. Supongo que no me vas a retar por eso, ¿verdad?

Dixon lo miró fijamente.

—Delos; no puedo permitir que vayas a la Luna.

Harriman quedó tan desconcertado que no pudo emitir una palabra. Por fin se repuso y replicó:

—No hagas bromas de mal gusto.

Dan. No me puedes detener... Nada ni nadie puede detenerme.

—No puedo dejarte ir, Delos. Tengo demasiado dinero metido en esto. Si algo te sucede, lo pierdo todo.

—No seas tonto. Tú y Jorge lo pueden llevar adelante perfectamente, aunque faltase yo.

—Pregúntale a Jorge.

Strong no dijo nada. No parecía de seoso de tropezar con la vista de su socio. Dixon prosiguió:

—No trates de escabullirte, Delos. Esta aventura es tuya y tú eres esta aventura. Si tú desapareces, todo se hunde. No hablo de la navegación interplanetaria; le has dado un gran impulso y seguirá sola aunque no estés tú. Me refiero a nuestra compañía. Si tú no estás al frente, la tendremos que vender a mitad de precio. Los bienes tangibles no existen casi.

—¿Qué importan los bienes tangibles? Lo que vendemos son los intangibles. Hace rato que lo sabes.

—Precisamente; y nuestro bien intangible más importante, por no decir único, es tu personalidad. No puedes arriesgar tu vida hasta que nos hayamos consolidado y la compañía empiece a rendir. Entonces, Jorge o yo, o cualquier empresario competente, puede seguir adelante.

Harriman se levantó y apoyó sus manos en el escritorio.

—No me puedes impedir que vaya. Tú sabías desde un comienzo que yo quería ir en este viaje. Ninguna fuerza de la Tierra o del Infierno puede impedir que vaya.

—Siento mucho defraudarte, Delos. Pero yo puedo detenerte, y lo haré. Puedo embargarte la nave.

—¡Inténtalo y verás!... Yo tengo tan buenos abogados como tú.

—Temo que descubras que has perdido tu popularidad en los juzgados del país desde que se supo que la Luna no pertenecía a los Estados Unidos.

—¡Inténtalo, te digo!... Te voy a derrotar y te voy a retirar además tu participación!

—Tranquilízate, Delos. Estoy seguro de que ya tienes preparada alguna triquiñuela para dejarnos fuera de la compañía a mí y a Jorge, si lo crees necesario. Pero no se trata de eso. Yo también deseo que la espacionave salga el día fijado..., pero sin ti. Tú mismo decidirás no ir.

—No, ¿eh?... ¿Crees que me he vuelto loco?

—Todo lo contrario.

—¿Y por qué no voy a ir, puesto que nada deseo más que eso?

—Por el pagaré que me firmaste. Quiero que me lo pagues.

—Es imposible. El pagaré no lleva fecha.

—No, pero quiero estar seguro de que lo cobraré.

—¿Pero no ves que si yo muero lo cobrarás mucho antes?

—¿Te parece?... Creo que estás equivocado: si tú mueres *en un viaje a la Luna*, no cobro un centavo. He consultado una por una todas las compañías de seguros. Todas me han asegurado que se negarán a pagar el seguro si tú pones un pie en la astronave.

—¡Tú las has apalabrado!

—Tranquilízate, Delos, ¡o se te va a reventar una vena! Ciertamente, las he consultado, pero lo hice en defensa de mis intereses. No pretendo cobrar ese pagaré *ahora*...; quiero cobrarlo con las ganancias que sacarás tú de nuestra compañía, una vez que la hayas consolidado debidamente.

Harriman arrojó su cigarro en el ca-

nasto. Apenas lo había fumado, des-  
trozándolo en cambio a mordiscos.

—No me importa que pierdas hasta el último centavo. Si no te hubieras metido, las compañías hubieran pagado sin objetar.

—Este es un punto flaco de tus planes, Delos. Para que los vuelos interplanetarios puedan progresar, es necesario que las compañías aseguren las mercaderías y los pasajeros como si fueran viajes normales.

Harriman quedó pensativo.

—Ya me voy a ocupar de eso. Jorge, llama a Kamens. Si es necesario, tendremos que fundar también una compañía de seguros.

—No te preocupes ahora, Delos. Lo que interesa es que tú no puedes ir en este vuelo. Hay infinitos detalles como éste, que debes estudiar.

—¿Todavía no te has convencido de que iré a cualquier precio? Embárgame la espacionave, si quieres. Cuando venga el oficial de justicia lo sacaré a balazos.

Dixon parecía apenado.

—Lamento tener que recurrir a otro medio; pero si te empeñas, lo haré.

—¿Cuál?

—Tu esposa.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Está dispuesta a iniciarte un pleito de separación ahora mismo. Ya sabe lo de los seguros; si se entera de que quieres irte a la Luna te denunciará, y tendrás que dar cuenta de tus bienes.

—¡Tú le has sugerido esto!

Dixon vaciló. Sabía que Entenza había informado, por venganza, a la señora de Harriman; pero no quería

echar leña al fuego de una enemistad privada.

—No me necesita: es lo suficientemente inteligente como para averiguarlo por sí misma. Sí, he hablado con ella, pero porque primero me mandó llamar.

—¡No me importa lo que haga! Los voy a derrotar a los dos.

Dixon puso una mano sobre el hombro de Harriman.

—No lo tomes así. Nadie pretende privarte de tu sueño dorado. Lo único que quiero que comprendas es que no te puedes ir todavía. Nosotros te hemos apoyado hasta aquí; ahora te toca a ti apoyarnos a nosotros.

Harriman no respondió. Dixon prosiguió hablando:

—Si no sientes ninguna obligación para conmigo, ¿qué dices de Jorge? El no te abandonó cuando yo quise comprarle su parte, aunque parecía que ibas a arruinarlo. No lo dejes tú ahora; porque sin ti se arruinará sin remedio.

Harriman se dió vuelta sin mirar a Dixon y le preguntó a su amigo:

—¿Tú qué dices, Jorge? ¿Debo quedarme?

Jorge frotó sus manos y se mordió los labios. Finalmente miró a Harriman y le respondió:

—No te preocupes por mí, Delos. Haz lo que juzgues conveniente.

Harriman se quedó mirándolo largamente. Su rostro se contrajo como si estuviera por llorar.

—Bueno, bueno... me quedo.

#### XIV

ERA una de esas tardes gloriosas, tan abundantes en la región del Pikes Peak, precedida por un día tormentoso durante el cual las descargas eléctricas habían barrido todas las nubes del cielo. El tubo de la catapulta se elevaba sobre un flanco de la montañ

taña, excavado como un verdadero túnel para alojarla. En el coheteródromo provisional, a medio construir todavía, Harriman despedía, en compañía de varias personas, a los viajeros del *Mayflower*.

La multitud de espectadores llegaba hasta el borde mismo de la catapulta. No había necesidad de alejarlos: los cohetes no estallarían hasta que la nave hubiera salido del caño de la catapulta, y a muchos kilómetros de la superficie. Sólo la cohetonave y sus carriles refulgentes estaban custodiados por los guardias.

Dixon y Strong estaban juntos en un extremo del sector reservado para los pasajeros y los funcionarios de la compañía. Ambos observaban a Harriman, que se despedía de los colonizadores.

—Buen viaje, doctor. Cuídelo bien,

## NUMEROS ANTERIORES de más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse o adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

### Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Pregunta Nº 1: 4. — Pregunta Nº 2: 1. — Pregunta Nº 3: 5. —  
Pregunta Nº 4: 4. — Pregunta Nº 5: 8. — Pregunta Nº 6: 1. —  
Pregunta Nº 7: 2. — Pregunta Nº 8: 5.

Janet... No lo deje correr detrás de las muchachas de la Luna.

Vieron a Harriman conversar privadamente con Coster y palmearlo luego en la espalda.

—Parece animado, ¿no crees? —cuchicheó Dixon.

—Tal vez hubiéramos debido dejarlo partir — le respondió Strong.

—¿Cómo? De ningún modo. Hicimos lo que debíamos. De todas maneras, su lugar en la historia está seguro.

—La historia no le preocupa; lo único que quiere es ir a la Luna.

—¡Pues al diablo! Que se vaya a la Luna apenas termine con esto. Después de todo, es su obra...: él nos ha metido a todos.

—Ya lo sé.

Harriman se dió vuelta, los divisó y fué a saludarlos.

—¡No pongan cara de entierro! Ya estoy resignado. Iré el próximo viaje. Qué buena cara tiene, ¿eh? — dijo, señalando al *Mayflower*.

Ya habían cerrado la compuerta; las luces de partida estaban encendidas; los tableros se iluminaban y apagaban. Sonó la sirena.

Harriman se adelantó un paso o dos.

—¡Ya sale!

La muchedumbre lanzó un alarido. La gigantesca espacionave se puso en movimiento...; comenzó a deslizarse lentamente por los carriles...; cobró progresivamente velocidad mientras subía hacia la cumbre... Cuando dobló la curva y salió hacia las nubes, era ya diminuta...

Pareció detenerse un momento en el aire...; una llama apareció en la cola, y se lanzó rodeada de fuego hasta perderse de vista.

**L**A muchedumbre se había abalanzado hacia el recinto cercado por cuerdas, donde estaba Harriman con sus acompañantes. Harriman se desembarazó y quedó atrás, a pocos pasos de Strong y Dixon, que lo observaban sin ser vistos. Harriman contemplaba el cielo.

Strong susurró al oído de Dixon:

—¿Sueles leer la Biblia?

—A ratos.

—Parece Moisés mirando la Tierra Prometida.

Harriman bajó su vista y los vió.

—¿Todavía están ahí? Vamos... ¡hoy mucho que hacer!



# EL SISTEMA SOLAR (V)

## PESO Y TAMAÑO

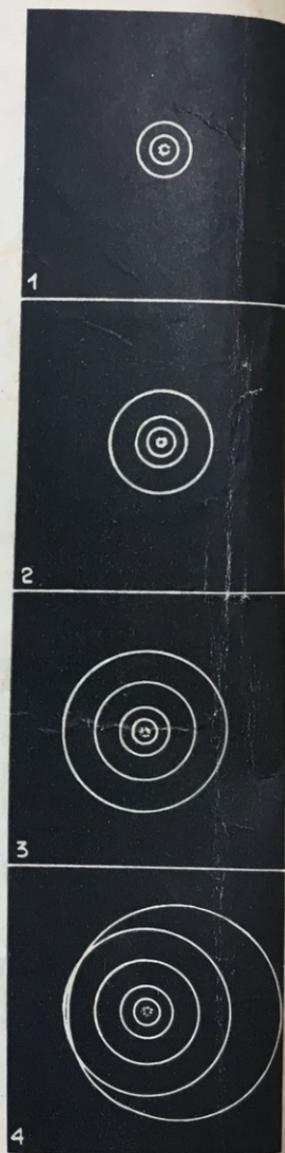
Los planetas son de tamaños muy distintos. Por ejemplo, Júpiter, el Gigante, tiene un diámetro casi 12 veces mayor que el de la Tierra. Sin embargo, si hiciéramos esferas de hierro que tuvieran respectivamente el mismo peso, debido a las densidades diferentes, el diámetro de la esfera de Júpiter sólo sería 7 veces mayor. En la siguiente tabla se dan los diámetros ecuatoriales de los respectivos planetas, y los diámetros de las esferas de hierro correspondientes.

Diámetro ecuatorial del planeta (en Km.)      Diámetro de una esfera de hierro del mismo peso (en Km.)

Mercurio	5.000	3.880
Venus	12.400	10.530
Tierra	12.700	11.330
Marte	6.000	5.430
Júpiter	139.500	77.250
Saturno	115.100	51.700
Urano	51.500	27.760
Neptuno	49.900	29.230
Plutón	10.500	10.460

## DESCUBRIMIENTO DE LOS PLANETAS

Fig. 1. — Saturno es el último de los planetas visibles a ojo desnudo. Desde la antigüedad hasta 1781, el sistema solar conocido termina allí. Fig. 2. — Después del descubrimiento de Urano (1781). Fig. 3. — Después del descubrimiento de Neptuno (1846); Fig. 4. — Después del descubrimiento de Plutón (1930). (Las órbitas de los planetas hasta Marte no han sido representadas.)



# LA LEY DE BODE

Ordenadas en sucesión creciente, las distancias de los planetas respecto del Sol parecen presentar cierta regularidad. Esto fué descubierto hace ya mucho tiempo, por Bode, en 1778, es decir en la época en que el planeta más lejano que se conocía era Saturno. Su explicación sigue siendo un misterio.

Fabriquemos una sucesión de números, tomando primero el 0, luego el 3 y los demás por duplicación sucesiva de este último. Obtenemos entonces la siguiente sucesión:

0, 3, 6, 12, 24, 48, 96, 192...

Ahora sumémosle 4 a cada uno. La sucesión queda:

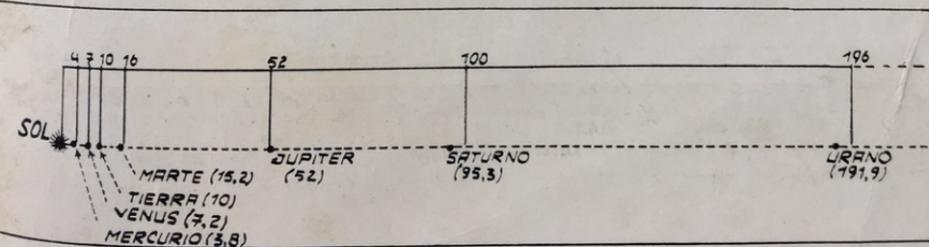
4, 7, 10, 16, 28, 52, 100, 196...

y la relación entre estos números es casi exactamente la relación entre las distancias medias de los planetas al Sol.

Para comprobarlo basta atribuir a la distancia entre el Sol y la Tierra la cifra 10, y ver qué valores toman entonces las distancias al Sol de los otros planetas; salvo el caso de Plutón, que ya es extraño por muchas otras causas, los números que se obtienen confirman la ley.

Los resultados comparados son:

	Distancia media de los planetas a Sol, suponiendo la distancia Tierra-Sol = 10.	Distancia dada por la Ley de Bode.
MERCURIO	3,8	4
VENUS	7,2	7
TIERRA	10	10
MARTE	15,2	16
JUPITER	52,0	52
SATURNO	95,3	100
URANO	191,9	196
NEPTUNO	300,7	388
PLUTON	394,6	772



**más allá** PRESENTA EN EL PROXIMO NÚMERO:

**novela corta**

**JARDIN de INFANTES**

por **CLIFFORD SIMAK**. A todo buen sentir, éstos eran, evidentemente, "presentes guesos". Pero no hay precaución o prudencia que valgan cuando los obsequios son tan desesperadamente necesarios, y llegan aparentemente sin costo. Pero ¿qué son estos regalos y cómo se arreglará la cuenta?

**cuentos**

**¡ABAJO con los REFEREES!**

por **DONALD COLVIN**. El football, artículo de exportación interplanetaria... Un cuento humorístico, con una moral psicológicamente profunda.

**PLANETA de ARENA**

por **MURRAY LEINSTER**. No había nada más que arena... pero el desierto ocultaba sus tremendas manifestaciones de vida.

**BOOMERANG**

por **JORGE MORA**. En pocas palabras, un drama de intensidad excepcional.

**la conquista del espacio**

**GUSANOS del ESPACIO**

Un nuevo capítulo de la soberbia obra de **WILLY LEY**, con otras magnificas ilustraciones de **CHESLEY BONESTELL**.

**espaciotest**

más atormentador y entretenido que todos los anteriores.

**MAS ALLA DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA**

**\$ 5.-**